



LUIS DELGADO

El navío *Santísima Trinidad*

COMBATE DE SAN VICENTE

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A

Lectulandia

Interesante, como siempre, pleno de acción, de situaciones dramáticas y de un análisis histórico de aquellos terribles momentos del país y de la Armada, este libro nos narra un momento importante aunque negativo de la historia naval española: la desastrosa derrota de la Real Armada junto al cabo San Vicente, infligida por la flota británica al mando del almirante Jervis, con la inclusión bajo su mando del comodoro Horacio Nelson.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañon

El navío «Santísima Trinidad»

Una saga marinera española - 08

ePub r1.0

Titivillus 27.10.15

Título original: *El navío Santísima Trinidad*
Luis M. Delgado Bañon, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Así faza buen viaje, faza;
muy buenos días dé Dios a vuestras mercedes,
señores de popa a proa.*

Decía el paje a bordo de los buques del siglo XVI, después de rezar el Padrenuestro,
el Avemaría y dar los buenos días.

*De todos los colores,
azul me inclina,
porque tengo un amante
guardiamarina.*

Cantar marinero

*Estando en la mar pescando,
metí la mano y saqué
una niña e quince años,
y con ella me casé.*

Cantar marinero

Nota

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

Quiero dedicar esta obra de forma muy especial, con mi mayor admiración y sincero afecto, al contralmirante José Ignacio González-Aller Hierro, buen amigo e indiscutible maestro en esa afición común que disfrutamos por nuestra historia naval y la conservación del patrimonio de la Armada. Trabajé bajo sus órdenes un tiempo alargado de disfrute permanente, circunstancia difícil de olvidar. Le agradezco su imparable y contagioso entusiasmo, los muchos consejos recibidos y la inagotable información que siempre puso a mi servicio de forma generosa, tan importante para llevar a cabo esta empresa literaria, mereciendo especial mención los gráficos del combate de San Vicente incorporados a esta obra, que aclaran los muchos y diversos existentes. Algún día debería reconocerse, como merece, su excepcional trabajo y dedicación hacia ese apartado rincón de nuestra actividad marinera profesional, tan importante para la historia de la Armada y, por lo tanto, de España, así como el patrimonio común de las futuras generaciones.

Prólogo

Cuando me dispongo a comenzar este nuevo volumen, el octavo de la serie de novela histórica naval a la que bauticé en su inicio como Una Saga Marinera Española, siento una profunda tristeza, como siempre me ocurrió al repasar determinados pasajes de nuestra historia a través de los siglos. Digo esto porque, de forma especial y en cuanto a nuestra Armada se refiere, comienzo el periodo del declinar definitivo, el principio del desastre absoluto al que nos arrastraron políticos y generales de mira estrecha, más apegados a su propia estima y beneficio personal que al bien de España, hasta conseguir que aquella gran Armada del siglo XVIII se desperdigara poco a poco hasta dejar de existir, como se abre al viento el humo que brota de una chimenea. Y no debo omitir, como responsables mayores del fuego exterminador, a un Rey y un Príncipe de Asturias sin un mínimo decoro personal e institucional, al punto de arrojar la necesaria admiración y el debido respeto a la Corona hasta el más inmundo y abyecto rincón.

Aunque este volumen se abra con el llamativo título del Santísima Trinidad, único navío de cuatro puentes y el de mayor poder que navegó por el mundo, un mastodonte de los mares con una capacidad artillera incomparable, en el subtítulo aparece un combate que bien desearía borrar de las páginas de nuestra historia. La razón es bien sencilla. Debo acometer como eje central de esta obra lo que, posiblemente, representó el momento más indigno e indecoroso de esa Institución a la que tanto quiero, y a la que pertenezco con orgullo desde hace más de cuarenta años. Y aunque son muchas las razones a disposición para argumentar en defensa propia, si repasamos el verdadero estado de nuestra fuerza naval en aquellos días, más aparente que otra cosa, no es menos cierto que ofrecieron la peor cara aquellos que debían, por su empleo y responsabilidad, dar ejemplo de valor y sabiduría marinera al más alto nivel.

Como norma de la colección, intento que cada obra de la serie conforme un mundo propio y particular, que pueda ser leída con independencia aunque se recuerden, de forma inevitable, momentos acaecidos en las etapas precedentes, que ofrecen importantes perspectivas a cada nuevo ejemplar.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos vividos en los siete ejemplares anteriores. De esta forma, el lector que acomete un nuevo volumen sin experiencias previas en la colección, puede hacerse una idea general de la serie.

En la obra inicial, La galera «Santa Bárbara», el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano de tierra adentro, que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos. Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en

Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia es condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en aquella época, seis años como forzado a galeras. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible crear una familia y enriquecer su hacienda.

En la segunda obra, La cañonera «23», el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera sufrido por su progenitor a temprana edad. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar el necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna. Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte, como por encanto, en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, Pecas, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, La flotante «San Cristóbal», basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes. Gigante consigue embarcar en una de ellas, bajo el mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tan alargada fama alcanzaría con el paso de los años.

Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, las desafortunadas vacilaciones del teniente general Córdoba al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero, Pecas, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la época.

En la cuarta entrega, El jabeque «Murciano», tomo como foco histórico de referencia las jornadas de Argel, para abordar, en forma particular, la acometida en el verano de 1784, que cimentó las bases de la paz acordada con la Regencia argelina,

santo y seña de la piratería berberisca que tanto dañaba las costas y comercio mediterráneos. Nuestro protagonista, el ya alférez de navío Francisco Leñanza, siguiendo los consejos de su admirado general Barceló embarca en el jabeque Murciano, unidad entroncada en la escuadra que, bajo el mando del bravo marino mallorquín, se dirige a la bahía de Argel para castigar la ciudad, sus defensas y fuerzas navales.

En el quinto volumen, La Fragata «Princesa», llevo a cabo un brusco cambio en el escenario geográfico, trasladando al ya teniente de fragata Leñanza a las Indias, al departamento marítimo de San Blas, en la costa mejicana actual. Como foco histórico principal he tomado los últimos descubrimientos y exploraciones llevados a cabo en la costa americana del Pacífico, cuando nuestra Armada redondea el círculo mágico del descubrimiento americano en sus costas del noroeste.

Tras un azaroso y alargado viaje por los mares del Norte y del Sur, Gigante arriba al apostadero de San Blas, para tomar el mando de su departamento marítimo y dirigir las expediciones hacia el Norte, embarcado en la fragata Princesa, con la decisiva intención de posesionar, fortificar y poblar nuevas tierras para España. Y es precisamente en las islas Nutka, donde surgen los problemas con los intereses británicos y los buques destacados a tal efecto, que llevaron a las dos poderosas naciones a una situación cercana al rompimiento de hostilidades.

El sexto volumen, La Fragata «Sirena», ofrece un trueque de amistades, impensable años atrás. Con Francia en plena orgía revolucionaria, la Convención declara la guerra a medio mundo. De esta suerte, entramos en alianza inesperada y de conveniencia con los británicos, tras luchar contra ellos a lo largo del siglo que agonizaba. Corren los primeros meses de 1793 cuando Gigante, ya en el empleo de teniente de navío, embarca en la fragata Santa Casilda como segundo comandante, unidad en la que asiste a las jornadas de Cerdeña. Posteriormente y una vez más bajo el amparo del jefe de escuadra don Federico Gravina, desembarca en el puerto de Tolón para defender la plaza de los ataques revolucionarios.

El volumen séptimo, El Navío «Triunfante», aborda la séptima parte de la guerra a la Convención, hasta alcanzar la paz de Basilea en 1795. Gigante, en el empleo de capitán de navío, continúa al mando de la fragata Sirena, para pasar posteriormente como segundo comandante del navío que da título a la obra. A bordo del Triunfante asiste en la costa catalana a las operaciones de apoyo naval a las fuerzas del Ejército, que luchan en el frente oriental y libran decisivas batallas con los franceses.

Por fin, en este nuevo volumen que llega a sus manos y como ya he comentado en las primeras líneas, deberé abordar la nueva guerra con la Gran Bretaña, una vez firmada esa esperpéntica reedición del pacto familiar que tan poco nos favoreció a lo largo del siglo y que, por fin, nos llevó a la ruina más absoluta. Pero desde el primer momento me propuse escribir novela histórica con el necesario rigor, razón por la que entraré en las páginas negras a fondo y con los necesarios detalles, aunque poco guste en recordarlos.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra, para hacerla amena y atractiva al lector. Mi querido personaje, el segundo de los Gigante, luce ya el entorchado de brigadier, por lo que adquiere funciones de gran importancia, acompañado por su inseparable compañero Pecas, cuya carrera continua amadrinada a la suya.

Como fin de estas líneas, les adelanto que el próximo volumen, el noveno, lucirá en su título el navío Príncipe de Asturias, buque insignia de la escuadra española que, bajo el mando del teniente general Gravina, tomó parte en el tristemente famoso combate del cabo Trafalgar. Y verá la luz en el mes de octubre de 2005, doscientos años después de ese luctuoso día para las armas de España, último combate de grandes proporciones en el que nuestra Armada tomó parte, antes de pasar a ser una fuerza sin influencia alguna en el concierto internacional. Pero ya les adelantaba la entrada en páginas negras que, lo deseemos o no, son parte importante de nuestra historia.

Luis M. Delgado Bañón

1. Luciendo entorchado

Cuando hace algunos meses comencé a escribir con serias dudas y mano temblorosa estos modestos recuerdos, en los que intento narrar mi vida y, como objetivo principal, exponer los hechos más importantes de la Real Armada a ella aparejados, los vividos en primera persona y con balas silbando por las orejas, no me creía capaz de abarcar tan alargado periodo. Les aseguro como verdad de ley, mi disposición inicial a cargar el aparejo y abandonar la empresa al primer envite negativo, o considerar que sobrepasaba mis pobres facultades con la pluma. Sin embargo, son ya muchos los pliegos a la espalda, escritos con letra prensada al tiento y trazo largo, tantos que estimo el resultado como increíble proeza, muy superior a correr temporal por barbas y sin aparejo, amparado sin duda por venturoso destino y con vientos muy propicios. Se trata de circunstancia difícil de creer pero cierta como la ineludible llegada de la muerte. Y como el cuerpo se mantiene a flote, por mucho que sus cuadernas canten a destiempo como carraca de estero, continuó la maniobra con decisión aunque, en verdad, el ánimo se tienda en desventura hacia las cubiertas bajas, ante la época histórica que he de afrontar.

En la juventud, cuando la mar se abre de color azul y el espíritu se mueve a repique de gloria, creemos posible enderezar el rumbo de cualquier nave, aunque se haya rendido algún palo, desarbolado masteleros, y las reliquias del aparejo cuelguen de las vergas en desorden de muerte. No obstante, conforme avanzamos en nuestra vida y, en mi caso particular, fui adquiriendo empleos de mayor responsabilidad en la Real Armada, acabé por comprender que afrontábamos empresa de muy difícil o imposible solución, a no ser que se diera un cambio de fuerza al timón en su más alta magistratura, lo que no se abría a la vista o el pensamiento ni de lejos.

Creo que rematé los últimos cuadernillos, tras la penosa pérdida del navío Triunfante, cuando se alcanzaba la paz con la Convención francesa, aquella que acabó siendo denominada de Basilea por haberse firmado el acuerdo en dicha capital el 22 de julio de 1795. Tanto mi gran amigo y compañero Pecas como yo nos mantuvimos a bordo del navío Reina Luisa, como miembros de la mayoría general^[1] del teniente general don Federico Gravina durante algunas semanas más, por si saltaba apetitosa liebre en el campo profesional, aunque barruntáramos el cercano futuro con escasa esperanza.

La escuadra apostada en Cartagena se encontraba bajo el mando del teniente general don José de Mazarredo Salazar, esperanza única y cierta de la Institución por su autoridad profesional y claridad de ideas, siendo nuestro jefe segundo cabo^[2] de la misma. Deben tener en cuenta que las noticias de guerra abierta llegan pronto a las unidades de la Armada, incluso por conducto de andanadas y capturas anteriores a la oficial declaración, en esa costumbre de nuestro secular enemigo britano de disparar con anterioridad al rompimiento de hostilidades y en deshonrosa ventaja. Sin

embargo, las firmas de armisticios y paces acordadas se difieren en el tiempo, entre rumores transmitidos con sordina, hasta entrar en verdad cabal y por publicaciones oficiales.

Ya les comenté en su momento, si la memoria se mantiene en acuerdo, mi inesperado ascenso al empleo de brigadier en compañía del gran amigo e inseparable compañero, sorpresa que no entraba en nuestros cálculos ni en sueños de gloria, aunque Pecas pronosticara tales beneficios por adelantado como norma habitual. El alcance de la paz, en unas condiciones que recibieron la crítica de importantes voces, debió contentar en mucho a su personal valedor don Manuel Godoy, al punto de proponer a Su Majestad caudaloso volumen de ascensos, gracias y mercedes, no siempre ajustadas a los méritos de cada uno.

Don Carlos el cuarto, quien según algunos rumores cerrados llegó a sufrir penas de orden y verdadero terror al observar el avance de los ejércitos franceses en la península, incluso con planes de levantar el vuelo con la Real familia hacia el virreinato de Nueva España, concedió de forma generosa tales peticiones. Y para comenzar el cortesano sorteo, dedicó a su excelso valido, ascendido anteriormente a capitán general de los ejércitos, el pomposo título de príncipe de la Paz, un honor reservado hasta el momento en exclusiva para los herederos de la corona. No era más que la vergonzosa progresión de una actitud difícil de justificar, en clamoroso menoscabo de los más y mejores.

Aunque parezca condición difícil de creer en nación seria y moderna, dentro de aquel río de mercedes concedidas por el puño real, a la Real Armada le correspondió el ascenso de diez jefes de escuadra a teniente general, doce brigadieres y nada menos que 25 capitanes de navío. Pero como la guerra sufrida contra la Convención no había sido entablada con importantes combates de escuadra ni acciones de extraordinaria relevancia naval, parece ser que los títulos de nobleza, que ostentaban por gracia o familia algunos oficiales de guerra de la Real Armada, operaron con fuerza a la selección y sin rendición de méritos. De esta forma, mi gran compañero Pecas, recién ascendido a capitán de navío, pero duque de Montefrío por sangre, y mi humilde persona, aunque ostentara el condado de Tarfí ceñido por acción de armas, fuimos elevados de forma inesperada al empleo de brigadier, con lo que ya podíamos presumir de entorchados en las vueltas aunque fuesen en plata. Y como la Real Orden presentaba la fecha de 8 de septiembre de 1795, pasábamos a ser los dos inseparables compañeros de exacta antigüedad militar, aunque apareciera mi nombre por delante del suyo en las listas oficiales de nuestra Institución, al ser mi patente como capitán de navío de fecha más lejana.

Quien más felicidad mostraba en su rostro por los inesperados ascensos, abriendo los ojos en plato como si hubiese sido elevado en persona a la más alta magistratura del estado, era nuestro fiel Setum. Este hombre de conducta inigualable en tantos aspectos, continuaba ejerciendo funciones de criado, secretario y amigo aunque, en realidad, se incorporaba como un miembro más de nuestra familia por derecho

propio. Era un regalo de los dioses que ese sabio africano de piel negra como zulaque de cangilón, tantas veces salvador de nuestras vidas, decidiera dedicarse al cuidado de mi persona por el resto de sus días, con tintes de lealtad elevados hasta el infinito o más allá.

A pesar del inesperado galardón cortesano, he de reconocer que un sentimiento de escondida vergüenza se mantenía prendido en mi interior por razón fácil de comprender. No cuadraba en luces ni por millas adentro, conseguir un ascenso por el simple hecho de pertenecer a la nobleza, precisamente en mi persona donde tanta sangre plebeya corría por las cien ramas familiares, un detalle este último a mantener en sello lacrado por siempre jamás. Pecas opinaba en contrario aunque fuese de portas afuera, como habrán supuesto quienes ya conocen sus hábitos y costumbres.

—Deja de romperte la cabeza con tales pensamientos, Gigante, o acabarás por entrar en religión de abadesas. Aunque ese ablandahigos de don Manuel Godoy, favorito de nuestra Señora e incuestionable valido del gran Señor, consiga la ruina de la España entera y de nuestra Armada en particular, no debemos desaprovechar la ocasión ni abandonar cualquier ola que se presente a favor en nuestra carrera. Nada hemos de reprocharnos, bien lo sabe Dios, porque no obramos a la sombra en contubernios de alcoba. Es posible que se consultara en su momento a los más prestigiosos generales, y ahí puede entrar alguna recomendación del nuestro, porque don Federico Gravina nos mantiene en tan alta estima.

—Vamos, Pecas. Sabes que estos ascensos se han llevado a cabo en cortesano sorteo, sin tener en cuenta las condiciones profesionales y de mérito que tal prebenda ha de aparejar. Muchos compañeros con méritos sobrados quedaron en el camino y con carreras atrasadas.

—¿Y qué? Es cierto que ascendieron algunos inútiles, incluso quien no ha demostrado el necesario valor en momentos de trance. Pero en lo que a nosotros se refiere, también rematamos otros merecimientos anteriores sin recompensa. ¿Recuerdas tu combate con la división francesa a bordo de la fragata Sirena, que ni siquiera aparejó una mínima felicitación superior? Los ascensos son como el humor de las mujeres, que van y vienen a voluntad de amores y por sendas escondidas.

—No debería ser así.

—Hablas como el mismísimo ángel justiciero o un pobre clérigo infantil de aldea —Pecas entonaba en chanza con su tonillo habitual—. ¿En qué mundo vives, amigo mío? No pertenecemos a la Royal Navy, esa marina britana donde se fusila al almirante que ha fallado en sus obligaciones, y se asciende como norma a quien más lo merece, aunque también guarden excepciones vergonzosas en el saco. Además, no pertenecemos al grupo de los oficiales de regia camarilla, ni mucho menos, y por decisión propia, que siempre nos abrimos a la mar con peligro amadrinado al pellejo en forma voluntaria. Desde que éramos guardiamarinas hasta el día de la fecha, conseguimos nuestras vueltas^[3] por méritos de sangre y riesgo personal. Si ahora nos corresponde este precioso entorchado como dulce silbato de sirena, lo aceptaremos

como de ley, porque lo merecemos en mayor consideración que muchos otros.

—De acuerdo, Pecas. No creas que me molesta la Real prebenda. Por fortuna, no soy tonto de baba caída ni dado a regalar doblones de oro por las calles. Bienvenida sea esa paz con los revolucionarios franceses, que lo han hecho posible.

—Así me gusta. Pero esa paz de la que hablas traerá cola de diablo y en fuegos, ya lo verás —movió la cabeza hacia ambos lados con gesto preocupado.

—¿Por qué lo dices? Es cierto que Godoy ha dado marcha atrás y acaba por aceptar, aunque no pueda mencionarse en público, alguno de los postulados esgrimidos por su mortal enemigo, el pobre conde de Aranda. Pero con ese rumbo camina desde que comenzó a ser elevado sin méritos hasta las más altas esferas del estado.

—No me refiero solamente a ese aspecto, que ya debería avergonzar a más de uno. Según me pareció escuchar a nuestro general en conversación reservada, se levantan voces en contra de los acuerdos suscritos en Basilea, y algunas de cierta importancia. Por ejemplo, parece ser que acaba de ver la luz en la corte un trabajo que expone ciertas reflexiones negativas sobre la paz acordada, escrito por don Alejandro Malaspina, que mucho dará que hablar. Supongo que el príncipe de la Paz actuará contra él sin medida, en cuanto tenga conocimiento del panfleto.

—Pues con Malaspina puede topar ese advenedizo en muro de piedra, que es persona protegida en derecho por Sus Majestades. Aparte de su clamoroso éxito en el viaje científico que llevaron a cabo las corbetas Descubierta y Atrevida bajo su mando, fue ascendido a brigadier en marzo de este mismo año y goza del favor real, siendo recibido en palacio con cierta asiduidad.

—Nada puede oponerse a los designios del principesco valido y bien lo sabes. Veremos cómo acaban los huesos de don Alejandro en esta historia.

—No seas pesimista. Deberá abrirse algún claro entre los nubarrones. Más pronto que tarde, Su Majestad comprenderá quién es ese indigno personaje.

—Desde luego, Gigante, acabarás por cantar misa en catedral.

Aparte de estas conversaciones, porque eran muchos los rumores que navegaban en negro entre corrillos y publicaciones más o menos reservadas, al entrar en periodo de paz contemplamos la triste realidad de pasar a cuartel en tierra, porque eran muchos los brigadieres sin posibilidad de recibir destino en la mar. Y ya sabemos la desastrosa costumbre española de desarmar los buques y licenciar dotaciones cuando no nos encontramos en periodos de guerra declarada, la medida más negativa a lo largo del siglo para el correcto funcionamiento de nuestras unidades. Ya lo decía con su habitual sabiduría una de las coplillas de puerto:

*Ya finalizó la guerra,
por fin se alcanzó la paz,
generalitos a cientos,
brigadieres por demás,*

*a millares capitanes
sin navíos en la mar.*

Para mayor desgracia, algunos detalles inesperados vinieron a obrar en contra de nuestras posibilidades para mantenernos a bordo y en la mar, que no eran muchas. En la tercera semana de octubre, tras disfrutar de un regalado almuerzo en el palacio de capitanía general en Cartagena, nuestro jefe y benefactor, el teniente general don Federico de Gravina y Nápoli, sufrió un severo ataque de perlesía. El capitán general, don Miguel José Gastón de Iriarte, ordenó con severa urgencia el trasladado del enfermo a su buque, dando aviso al cirujano mayor de la escuadra para el necesario y rápido cuidado. Ese gran galeno que fue don Pedro Belomo diagnosticó un retoque convulsivo en el lado izquierdo de la cara, comprendiéndole principalmente los músculos del ojo y la boca, entortándole ésta considerablemente, por lo que fue sangrado el jueves 22 y el viernes 23, sumando estas evacuaciones dieciocho onzas de sangre.

Gracias a celestial intervención o empleo de santo particular en favor, los tratamientos, purgas y medicinas obraron en acuerdo, aunque el mal no se encontrara aliviado al ciento pocos días después como nuestro general aseguraba, lo que era condición fácil de comprobar a la vista. Y como una vez en clara mejoría debía tomar sin falta los baños medicinales en la localidad de Mula o Archena, aunque al final se decidieran los expertos por los de la fuente tibia de Villavieja, cerca del lugar de Nules en el reino de Valencia, quedamos sin esa protección directa tan necesaria en momentos de cambios y mutación de destinos.

Como ya algunos navíos tomaban el camino de los muelles de desarmo y la situación de nuestro jefe directo no se aclaraba ni era momento para entrarle con problemas personales, decidimos acudir a la mayoría general de la escuadra y sopesar posibilidades de futuro. Pero tal y como preveíamos, aunque siempre se espere un milagro en el pecho, encontramos una tajante y cordial negativa a nuestras peticiones de embarque. De esta forma y con extraordinaria rapidez, fuimos pasados a cuartel en la villa y corte, este último detalle de localización a petición propia.

Con el ánimo abatido hasta la bodega, aceptamos esa situación que ya habíamos vivido con demasiada asiduidad en los periodos de paz, momentos en los que nuestra Armada olvidaba que es necesario prepararse y adiestrarse en la guerra cuando tiempo hay para tal función. Sin más intentos ni maniobras posibles, aparejamos carruaje y equipajes, con Setum al mando de la expedición, prerrogativa que ejercía al punto y sin admitir resquicio contrario. Pocos días después tomábamos camino hacia el noroeste por senda conocida, para llegar a la capital de los Reinos en la segunda quincena del mes de noviembre, momento en el que parecía comenzar uno de nuestros periodos de sesteo terrestre entre guerras.

Como en ocasiones anteriores y sin dudarle, instalé los reales con mis cuñados en su lujoso palacio de Montefrío, donde siempre fui tratado con mis hijos como parte

inseparable del grupo familiar, especialmente tras la muerte de mi inolvidable mujer y hermana del gran amigo. Fue grato comprobar la belleza de la pequeña Cristina, nacida pocos meses atrás mientras andábamos por la bahía de Rosas en operaciones de guerra, ofreciendo los sinceros parabienes a la afortunada madre. Y disfruté en sinceros al observar cómo Pecas sonreía cual tonto de feria al tomarla entre sus brazos, mientras su mujer, María Antonia, exhibía a las claras el merecido orgullo.

Aunque Pecas aseguraba de forma continua mi buena estrella y suerte permanente en el correr de la vida, en silencio comprendía yo que era mi cuñado el tocado por el dedo del destino en bienaventuranza sin límite. Aunque mi querida Cristina se hubiese marchado demasiado pronto de nuestras vidas, con dolor amadrinado muy por alto en su único hermano, Pecas se mantenía como representante de una de las principales casas de España, hijos creciendo en salud y, por encima de todo, una esposa, María Antonia, que era un regalo celestial.

Disfrutamos los primeros días en familia, esos inolvidables y gloriosos momentos que se viven tras alargadas ausencias. En mi caso particular, gocé del tiempo rodeado de los tres hijos y con el primogénito Santiago, el tercer Gigante de nuestra saga marinera, en crecimiento imparable de cuerpo y mente. Debo reconocer que me sentía orgulloso hasta la galleta al observar ese recio muchacho de once años y cuerpo acorde al apodo familiar, sangre de los Leñanza al ciento y sin duda alguna, que ya sobrepasaba en altura a su pequeño tío. Pero también veía con gozo a Cristinita quien, a sus nueve años, mostraba cada día con mayor claridad en su rostro los rasgos de la madre perdida, cualidad que me entristecía por llano sin remedio posible. Por su parte, el pequeño Francisco, con más sangre materna en sus venas, parecía crecer a lo ancho, aunque fuerte de salud y ánimo.

No sin asombro, caí en la cuenta del cambio producido en mi cuñada que, poco a poco, en silencio pero sin pausa, se había convertido en el alma directora de la casa. Tras haber vivido los primeros años de su matrimonio un tanto oscurecida por la inagotable personalidad de Pecas, pasaba ahora a desplegar una silenciosa autoridad con extraordinario tacto, que marcaba el discurrir del tiempo en la familia. Además, si ello era posible, la encontré más hermosa que nunca, como si el último alumbramiento le hubiese concedido esa belleza reposada y cabal que eleva a algunas mujeres hasta límites insospechados de esplendor y atracción.

Aunque disfrutamos en familia como en ocasiones anteriores, las noticias de importancia para España y nuestra Armada en particular comenzaron a batir tambores con tenebrosa repetición, como si el destino hubiese decidido acometer con saña a la orgullosa España hasta rendirla de bruces en ignominiosa vergüenza. Tocábamos los primeros días de diciembre cuando acudimos a la Secretaría de Marina para dar cuenta de nuestra presencia y recabar informaciones. Y puedo declarar que sentí inmenso placer al vestir por primera vez el uniforme grande de brigadier, sin reconocermelo en el espejo. Ya trepábamos muy por alto en las escalas, por mucho que nuestro cerebro se moviese todavía en rondas de juventud con imposible retorno.

A los pocos minutos de correr pasillos oscuros en la Secretaría, la primera sorpresa nos la ofreció el brigadier Mariano de Ancares, con quien habíamos coincidido a bordo del navío San Francisco de Paula, del que era comandante, cuando mudó a él su insignia el general Gravina en las últimas operaciones de guerra sobre la costa catalana. Y nos debía un favor de vida, por haberlo rescatado de las aguas con el sentido perdido, tras espantoso accidente de su falúa en aguas menorquinas. Fue al preguntarle por la salud del Secretario^[4], cuando se abrió su cara en clara interrogación.

—Ya veo que no estáis al corriente de las últimas nuevas. Don Antonio Valdés ha sido exonerado del cargo de Secretario de Marina e Indias a petición propia, aceptada por Su Majestad el 13 de noviembre pasado.

—¿A petición propia? —preguntó Pecas con sincera incredulidad—. Últimamente escucho con demasiada asiduidad ese dichoso término y en personas de especial relevancia. ¿No se esconde mano negra tras esa petición?

—Eres listo como vuelo de grillo por cornisa, Cisneros —el brigadier Ancares se abrió en sonrisas, que bien conocía las habilidades del pequeño—. Sin que salga de estos pasillos, son muchos y dispares los rumores sobre las causas que forzaron al bailío^[5] para solicitar tal medida. Pero ya desde el día diecisiete, poco después de la renuncia, ocupa su cargo el teniente general don Pedro Varela y Ulloa.

—¿El experto en cartografía y expedientes de límites territoriales? —pregunté por haberlo conocido en el departamento marítimo de San Blas.

—No, ése era don José, su hermano menor, jefe de escuadra que murió el pasado año en La Habana, cuando se dirigía a desempeñar una comisión científica en la América septentrional. Según parece y para desgracia de nuestros intereses, el nuevo Secretario no es tan brillante como el fallecido en ninguno de los aspectos profesionales.

—Si es un inútil y falta de personalidad, lo habrá escogido don Manuel Godoy. Así podrá torearlo a su antojo y con una sola mano, sin problemas añadidos —exclamó Pecas con su habitual severidad.

—Baja el tono, Santiago —Ancares lo tomó por el brazo con afecto—, que en esta casa los oídos se mueven a ritmo de filigrana. Pero según aseguran los que bien lo conocen, no andas desencaminado en tus predicciones. En poco o nada se parece a su ilustre predecesor. Lo estiman como poco inteligente y muy dado al servilismo, si con ello consigue prebenda de orden y se mantiene en las alturas que no merece. Además, es bien conocida su aversión personal y discrepancias con el bailío, por lo que piensa entrar al desbarate de su obra si con ello puede molestarlo.

—Ya te digo que lo habrá escogido Godoy, con lo que podrá mangonear al ciento y por las claras en los asuntos de Marina —reiteró Pecas en forma desabrida.

—Seamos sinceros y no olvidemos —apostillé para entrar en discusión—, que también con el secretario Valdés manejaba el príncipe de la Paz al gusto.

—No te falta razón, Leñanza, pero no olvidemos que el bailío fue nombrado para

el cargo por nuestro gran Rey don Carlos el tercero, lo que mucho pesaba en el ánimo de su augusto hijo. De esta forma, disponía de especial predicamento personal y era capaz de dirigirse a Su Majestad por escrito y en desacuerdo cuando lo estimaba oportuno, aunque, es cierto, no fraguasen siempre sus recomendaciones.

—Viene al pelo y gusto del mozalbete ensalzado, semental de corte con ambición sin límites —seguía Pecas, despotricando—. Este guardia de corps enaltecido hasta los altares en la cámara regia, acabará por nombrar en Real Orden hasta los gavieros de las fragatas. Pero, dime, Ancares. ¿Qué rumores son esos corridos sobre la exoneración del Secretario Valdés?

—Bueno, según se asegura, el bailío defendía por las claras al brigadier don Alejandro Malaspina que, como sabréis, ha sido encarcelado hace pocos días y será sometido a causa en breve.

—¿Malaspina encarcelado y con causa judicial por correr? —Mi sorpresa era sincera—. ¿Por qué?

—Será por sus críticas a la paz conseguida por Godoy —declaró Pecas con seguridad.

—En efecto. Ese trabajo suyo al que tituló, Reflexiones relativas a la paz de la España con la Francia, así como otros escritos relativos a los efectos sobre la Real Armada, parece ser que, en opinión del príncipe de la Paz, tocan materias graves, delicadas y secretas del mismo Estado. Pero también corren rumores sobre otras posibles causas menos espirituales.

—¿Otras causas? ¿Cuáles pueden ser? —Pecas preguntaba a ritmo de bombarda.

—Hay quien asegura que es el autor de un peligroso panfleto anónimo titulado, Comentarios sobre la vida de la Reina María Luisa, aunque otros a los que considero más enterados, alegan que no es cierta tal conjetura y su perdición fue la de caer víctima inocente de los enredos abiertos entre la Reina y dos de sus damas, la Matallana y la Pizarro, con don Manuel Godoy por detrás del telón. Eran momentos en los que el valido parecía perder el afecto de nuestra Señora, y el pobre Malaspina se vio metido en el entuerto, con documentos de interés para el Estado en inadecuado trasiego. Como resumen final, la influencia del favorito sobre el Monarca se impuso, siendo la Matallana presa y desterrada, mientras nuestro brigadier era apresado en la noche del pasado 23, siendo conducido al cuartel de Guardias de Corps, para pasar poco después al castillo de San Antón, en la Coruña, donde se encuentra en estos días.

—¡Qué barbaridad! —Pecas bramaba de rabia—. ¿Cuándo terminarán estas vergüenzas que arrastran a la Real familia hasta los más bajos escalones del crédito nacional? Han sido muchos y extraordinarios los servicios rendidos por el brigadier Malaspina a la Corona. Fue el secretario Valdés, precisamente, quien lo estimó como el adecuado para comandar una de las más importantes expediciones científicas del siglo. Y por un capricho cortesano, un pique de alcoba más propio de figurines acicalados, puede perder la vida.

—No creo que llegue a tanto la maniobra —entró Ancares en necesaria aclaración—, pero se rumorea que será desterrado a su país de nacimiento y cuna, la Lombardia. Y con orden tajante adosada, bajo pena mortal, de no poder restituirse jamás al territorio nacional. Lo más triste es que se llegue a considerar como extranjero a quien con tanta fidelidad ha servido a España, de la que se siente fervoroso hijo.

—Por esa razón habrá pedido Valdés el relevo —afirmé con seguridad—. Si ya sufrió bastante con Godoy durante la última guerra y las discusiones entabladas entre Ejército y Armada, el caso Malaspina habrá sido la gota que hace rebosar el vaso de la paciencia.

—Eso aseguran. Además, estaba bastante quemado con las permanentes intromisiones del valido en el gobierno de la Armada, que iban a más, por lo que acabó por alegar falsas enfermedades para dejar el cargo.

Se hizo el silencio, como si no fuéramos capaces de asimilar las negras noticias que nos barrían sin descanso. Por fin, fue Pecas quien entró en pesquisas.

—Parece que te sonrío la suerte, brigadier Ancares —entonaba mi compañero con soniquete—. ¿Qué destino te han concedido?

—Formo parte de la Comisión de Armamento, una de las últimas disposiciones del secretario Valdés, para analizar nuestra artillería y su empleo. Por suerte, me escogió el general don Domingo Pérez de Grandallana para ejercer como secretario de la misma. Pero me temo que, tras muchos estudios y discusiones, llegaremos a las conclusiones de otras veces, sin los caudales necesarios para enmendar los yerros. Si no me hubiese caído esta inesperada gracia de mano de mi querido general, bajo cuyas órdenes serví en varias ocasiones, me encontraría como vosotros, pasado a cuartel. Y si veníais en busca de trabajo rumboso, veo la empresa hartamente difícil.

—Habrá que esperar otra guerra —murmuré en voz baja y con cierto desaliento.

—Llegará pronto —aseguró Ancares—. Tras esta alianza inesperada que hemos mantenido con la Gran Bretaña, algún problema surgirá con los ingleses, especialmente si nos ven sin aliados y en franca decadencia, lo que es una palpable realidad. Además, ahí continúa Gibraltar para aumentar el resquemor y el desasosiego.

—Si no mantenemos la amistad con los britanos, acabaremos por perder alguna isla apetitosa o las Indias en general —Pecas movía sus brazos en desesperanza—. Mucho apetecen los ingleses nuestras Filipinas y el Puerto Rico. ¿Imagináis una contienda contra la Gran Bretaña en solitario?

—Nada sucederá si no entra la Francia en concierto negativo para nuestros intereses, como sucedió a lo largo de todo este siglo que rendimos con notables pérdidas territoriales. Nos hace falta una alargada paz con los britanos y situar la Real Armada donde le corresponde, especialmente en cuanto a dotaciones y pertrechos —alegué con sinceridad—. Es posible mantener su amistad, ahora que no volveremos a caer en nuevas alianzas con nuestros vecinos del norte, que nos llevaron a la ruina.

Recordad las palabras de ese gran Rey don Fernando el sexto, cuando el marqués de la Ensenada le entraba con fuegos y boca caliente: Con todos guerra y paz con Inglaterra. Después de todo, puede ser una suerte que hayan triunfado los revolucionarios y no puedan reeditarse los nefastos Pactos de Familia.

—Ya veremos lo que piensa el príncipe de la Paz sobre el asunto, porque seguirá llevando sobre sus hombros la política nacional en solitario y sin que ningún sabio político pueda acariciarle los oídos en conveniencia.

—Lástima que no haya toninas, morenas, congrios y marrajos en el río Aranjuez, para que se comieran las tripas del valido en una de sus excursiones fluviales, cuando se traslada al Real Sitio.

Las palabras de Pecas, exclamadas con asombrosa sinceridad, nos hicieron reír por alto. Pero estábamos de acuerdo con sus deseos, aunque en mi opinión unas tercianas de grado superior podían obrar con más misericordia y justicia.

Regresamos a casa tras aquella primera visita con el ánimo abatido. Y no se debía tal estado a nuestra situación particular o profesional porque, gracias a Dios, gozábamos de suficiente fortuna personal para no sufrir las indignas estrecheces de muchos de nuestros compañeros, obligados a trabajos poco acordes a su posición para mantener la familia. Era la desolación que nos cubría el alma al analizar el futuro de España y de la Armada en particular, lo que nos hundía en la más tenebrosa desesperanza porque, en verdad, no veíamos a nadie capaz de enderezar el vergonzoso camino que se abría por nuestra proa.

2. Okumé

El tiempo comenzó a discurrir a mi alrededor con dulce y plácida fluidez, ese amoroso fondeo en tierra y a buen resguardo que sólo los hombres de mar son capaces de experimentar. Mi vida se mantenía en una especie de ligera somnolencia, sin novedades a favor o en contra, rodeado por la familia y Setum, las personas que más quería y base fundamental de mi estructura. Bien sabe Dios que ningún ser humano podía pedir más..., salvo el mando de un navío en el caso de un brigadier de la Real Armada. Pero no se confundan, que los marinos se disocian en dos, ambas vidas paralelas fundidas en un todo, una en reposo y la otra en permanente movimiento con las olas.

Creo necesario repetir que tanto la situación económica de Pecas como la mía eran envidiables, y no deben apreciarla como norma habitual en los miembros de nuestra Institución por aquellos días. Gracias a Dios, disponíamos de suficiente fortuna personal para encarar las épocas de destino con soldadas de miseria, que no eran pocas, sin penalidades añadidas. No era el caso de gran parte de nuestros compañeros que, sin rebozo y a las claras, malvivían hasta extremos difíciles de sospechar, al punto de verse obligados a ocupar trabajos poco dignos a su condición para mantener a la familia, las más de las veces gracias a su preparación académica y ejercicio de profesorado con nobles alumnos. Sin olvidar que la Real Hacienda se atrasaba en los pagos al personal por más de seis meses en media inadmisibles, como si debieran recibir del cielo lo que necesitaban para sobrevivir.

En ocasiones llegaban a nuestro conocimiento noticias concretas de algún compañero o amigo en tan atribulada situación económica, que deberían haber hecho sentir vergüenza propia a quienes regían los destinos de la Real Armada, aunque el silencio oficial marque como norma el comportamiento de los entorchados con faja^[6] celestial, aposentados en asientos de fortuna. Y nacía con presteza el deseo de prestar ayuda, aspecto difícil de encarar porque nunca es fácil tender la mano en auxilio, sin tocar la fibra sensible del propio orgullo.

Antes de finalizar el año, en los últimos días de noviembre, supimos de la firma del Tratado de Amistad, Límites y Navegación entre nuestro Señor don Carlos y los dirigentes de los nuevos Estados Unidos de América, primero que formalizaban las independizadas colonias británicas. Entre otros aspectos presentaba el muy beneficioso para España de establecer la devolución a sus legítimos propietarios de los buques y efectos recobrados de beligerantes o piratas. Fue este un tema de permanente discusión con el joven estado, aunque no siempre se siguieran los artículos signados con la necesaria escrupulosidad y precisión.

En cuanto a mi situación personal, para beneficio propio no me encontraba sometido al habitual acoso de mi cuñado, en cuanto a la necesidad de encontrar una nueva mujer y madre para mis hijos. La experiencia sufrida con la criolla

californiana, que tomara tan dramático desenlace, pareció hacerle desistir en su empeño de ejercer como casamentero de fortuna. No debo negar que mi condición de viudo a edad temprana, brigadier de la Real Armada, corona condal en la pañoleta y respetable fortuna favorecía que algunas madres me señalaran en su interior como presa adecuada para sus hijas en estado de mejorar. A pesar de las muchas invitaciones a fiestas privadas y saraos que recibí y asistí en ocasiones, con damiselas elegidas de especial belleza y atractiva dote, evitaba cualquier mínimo progreso sentimental, atadura en firme o vaga promesa. Pero debo explicar una razón importante y añadida, que navegaba a favor de cubrir distancias, o no comprenderán mi situación emocional de aquellos tiempos.

Como estamos en momentos de plena sinceridad, les daré a conocer un detalle que siempre mantuve a puerta cerrada con lacre y que nadie, salvo Setum con sus especiales dotes de brujería, llegó siquiera a sospechar. Y ya sabemos de la fidelidad del buen africano hacia mi persona, por lo que podía confiar plenamente en su absoluta discreción. El hecho que provocó un nuevo sobresalto en mis sentimientos más profundos, aunque ya no obraran con el retumbo emocional de la edad temprana, tuvo lugar durante las fiestas navideñas. Celebramos fechas tan señaladas en familia, a punto de entrar en el año nuevo de 1796 que tantas sorpresas de todo tipo aparejara a nuestras vidas, unidos los Cisneros y los Leñanza en un cuerpo común e indivisible como siempre. Fue en aquellos días cuando saltó la liebre bien dentro, un animal que mantuve amarrado con grillos en el fondo de mi alma.

Una tarde, cercana la despedida del año que agonizaba, nos manteníamos en el saloncito que llamaban de las rosas, María Antonia, Pecas y yo en una de las habituales y cotidianas tertulias. Comentábamos en chanza y abierta diversión algunos curiosos detalles de esos ofrecimientos casamenteros lanzados hacia mi persona, jaleados en sorna por el pequeño brigadier, como solía denominar a mi inseparable compañero. Como tantas otras veces, María Antonia, con el verdadero cariño que me profesaba, tomó una de mis manos para decirme lo que había escuchado de su boca en anteriores ocasiones.

—Toma la vida con calma y no apresures el andar, Francisco. Si has de encontrar una nueva mujer para tu vida, aparecerá sin buscarla porque te será enviada en el momento oportuno. Pero no fuerces la situación ni hagas caso a voces interesadas, que no siempre buscan tu bien. Y jamás lo hagas pensando en tus hijos porque, mientras Dios me conceda fuerzas, ya sabes que tienen en mí una verdadera madre.

Fue en aquel preciso instante, mientras la miraba a los ojos, cuando se produjo una explosión en mi interior como jamás podía haber imaginado, ni sospechar siquiera. De pronto, como una verdad revelada de origen divino y oscurecida por un espeso telón hasta el momento, comprendí que estaba locamente enamorado de mi cuñada María Antonia, la mujer del gran amigo y compañero, a quien quería como un hermano privilegiado. Al tiempo que ese sentimiento se abría en el pecho con claridad meridiana, una capa de vergüenza absoluta me hacía sentir deshonor y

repugnancia hacia mi persona, como si hubiese cometido el peor acto de indignidad y falta de lealtad a quien más la debía. No obstante, para bien o para mal los sentimientos del corazón navegan como buque en mares caprichosas e inciertas, proclives al capricho de las olas que toman las bandas con inesperada alegría o perdición.

Creo que desde aquel mismo momento, pude convertir mi rostro en una máscara de cinismo, condición que siempre me costara extraordinario trabajo. Pero la necesidad hace milagros y en aquel aspecto era de todo punto inexcusable. Debía ocultar el más mínimo detalle en los ojos, gestos o compostura que revelaran la verdad oculta, a no ser que estuviera dispuesto a abandonar la escena y perder a los que tanto quería, una condición que, al tiempo, podía ser nefasta para mis hijos. De esta forma, aquel escondido amor, platónico en su estado más puro, convivió en mis adentros con las escotillas selladas a buen viaje, sin abrir un mínimo resquicio al exterior. Y de tal modo conseguí llevarlo con necesidad amorosa añadida, porque disfrutaba de la compañía de María Antonia y su simple observación, siendo consciente de que ése era el límite marcado para el resto de la vida.

Quiero aclarar, aunque sea empresa hartamente difícil para una mente estragada por la mar y el viento, que no suponía aquella situación un particular calvario o sufrimiento del alma. Amar en silencio y sin posibilidad alguna de alcanzar la cofa presenta su especial atractivo, aunque pueda tratarse de extraña y rara condición, acompañada a esta vida por fuerza y al ciento. Pero juro que así se amadrinaba el concierto a mi pecho muy dentro, cual pájaro de extraño vuelo que repica a un largo por los sentimientos. Deben tener en cuenta que, durante muchos años, Cristina lo había representado todo, aunque el pecado volara en carnes criollas y a destiempo. Pero tras la desgraciada pérdida y el regreso de la pasión negra con estampa corrida en fuegos, encontraba por fin la necesaria paz interior, mientras observaba aquella excepcional mujer sin dolor ni desgarramientos internos.

Por aquellos días de fiestas navideñas, tuvo lugar un extraño episodio que, sin embargo, presentó una importante influencia en nuestras vidas a largo plazo, aunque no lo sospecháramos en el momento ni le concediéramos mayor crédito. Una mañana fría y entrada en copos de nieve, mientras paseaba por los jardines del palacio de Montefrío con Setum en charla sobre posibles empresas de caza, actividad a la que tan aficionado era el africano, me atacó en sorpresa con un inesperado asunto.

—Si me permite cambiar el tema, señor, desearía pedirle un favor muy especial.

—Puedes darlo por hecho, si en mi mano se encuentra allanarlo.

—No es para mi persona, que tengo mucho más de lo necesario, aunque me afecte en camino directo —pareció dudar antes de proseguir—. En esta misma calle se encuentra la residencia de don Ambrosio Carvalho, rico asentador aragonés con bastantes años de estancia en las Indias, donde debió amasar su incomparable fortuna que ahora multiplica de forma notable. Según tengo entendido, son famosas sus fiestas cortesanas, así como una generosidad sin límites.

—Un advenedizo querrás decir —era Pecas quien se había unido al grupo, tras haber escuchado las palabras de Setum—, con orígenes poco conocidos. Pero es cierto que ha conseguido reunir un fabuloso patrimonio, gracias a los abastecimientos que suministra al Ejército en extrema prioridad. Y según algunas voces más o menos cerradas, ese pícaro ha entrado en oscuras connivencias con determinados políticos, generales y oficiales de la Secretaría. De ahí su generosidad, aunque siempre aplicada en las fuentes de las que puede seguir bebiendo.

La intervención de mi amigo pareció cortar las ideas de Setum, aunque lo animé a proseguir.

—Continúa por tu senda, Setum. ¿Qué importante favor era el que pedías?

—Verá, señor. Ese advenedizo, como dice don Santiago, posee un joven esclavo negro llamado Okumé.

—¿Un esclavo? —pregunté, sorprendido—. Creía que se trataba de una práctica abandonada.

—Querrás decir un siervo —aseguró Pecas.

—Llámelo como quiera, don Santiago, pero no es un hombre libre, y para mí eso es un esclavo, aunque se utilicen otras palabras.

—En ese punto tienes toda la razón.

—Creía que tras la firma de los tratados con las regencias del norte de África, se había abandonado esa práctica que siempre he encontrado denigrante para la persona humana —alegué con decisión.

—Y así parece ser —confirmó Pecas—. Según dicen son imprescindibles en las colonias, especialmente en algunas de ellas con cultivos que exigen mano de obra barata y en gran cantidad. Pero lo cierto es que mantenemos la trata en vigor, aunque mucho se discuta en estos días sobre las corrientes abolicionistas que tanto pregonan los revolucionarios franceses. La verdad es que, hoy por hoy, es una práctica poco habitual en Europa. Pero sigue siendo legal desde un punto de vista jurídico, aunque los derechos casi feudales que se entronizaban en los campos hayan desaparecido en gran parte.

—El caso es que este joven se mantiene como esclavo, siervo o el nombre que le quieran aplicar, al carecer de la más mínima libertad —Setum parecía impacientarse—. Y por extraña casualidad, utiliza algunas palabras que reconozco, aunque no pertenezca a mi raza por enteros. Debo reconocer que me hace sentir una profunda tristeza cuando lo observo cargando bultos como bestia de carga. Es un buen chico y parece muy desgraciado.

Setum dejó en el aire sus últimas palabras, mirando sus manos con interés.

—Creo recordar que deseabas pedirme un importante favor. ¿Por qué dudas en hacerlo? —Ahora era yo quien perdía la paciencia con el africano, por encontrar anormal los rodeos en persona que solía atacar de proa y sin titubeos.

—Porque no sé si es posible lo que deseo, señor. Me gustaría..., me gustaría que le compraran ese joven al rico asentador. Y que pudiera vivir en nuestra compañía.

Setum me lanzó una mirada preñada de grave ansiedad, como pocas veces lo había observado en su persona. Me conmovió el brillo de sus ojos sin razón aparente aunque, en verdad, no comprendía todavía hacia donde podían caminar sus pensamientos.

—¿Comprar ese esclavo? ¿Para qué? No alcanzo a entenderlo. ¿Tienes algún interés personal que desconozco?

—Pues está tan claro como el agua de la fuente, amigo mío —intervino Pecas con su habitual seguridad y ligereza—. Tu fiel secretario quiere que compremos ese siervo para su uso personal.

—No es así exactamente, don Santiago, y le hablo en serio —Setum miró a Pecas con un gesto de claro reproche—. Quiero que lo adquieran para que viva con nosotros y ayude en mis obligaciones. Pero no como esclavo sino como hombre libre. Les repito que siento una pena especial por ese joven, a quien su amo no trata con la dignidad que todo ser humano merece. Además, parece noble de corazón.

Debo reconocer que mi ignorancia era absoluta en el tema que se planteaba. Por fortuna, mi compañero parecía estar al tanto con la necesaria información.

—La manumisión del esclavo es factible de acuerdo con nuestras leyes. Pero el principal problema que podemos encontrar en el camino es la negativa de ese tal Ambrosio Carvallo, porque si se niega a nuestros deseos, nada se podría hacer —se giró para dirigirse a mí—. Si consigues que te venda sus derechos, puedes declararlo liberto con todas las de la ley.

—¿Y cómo puedo atacar el problema? ¿Le envió una misiva en ese sentido?

—No es necesario involucrarse de forma directa en el asunto, Gigante. Estoy seguro de que tu buen amigo y excelente administrador, don Alonso Sanromán, se encontrará al día de esos menesteres legales y podrá cumplir el encargo con su diligencia habitual.

—Tienes razón, no había caído en ese detalle. De acuerdo, Setum, lo intentaré tal y como desees.

La cara de felicidad de aquel hombre al que tanto debía era ya un regalo adelantado, aunque todavía se mantuvieran en nebulosa las razones que lo podían haber movido para elevar tal petición.

—Muchas gracias, señor. No sabe cómo se lo agradezco.

—No cantes victoria demasiado pronto —entró Pecas en razones—. Nunca se puede estar seguro cuando abres negocios con esos pájaros indios venidos a más.

Como era necesario, contacté con don Alonso Sanromán quien, a pesar de haber entrado en la cincuentena, se mantenía fuerte y animoso. También aquel hombre había representado en mi existencia un papel de extraordinaria importancia, siendo de destacar muy por alto su discreción y honradez con mi padre y conmigo en esa otra vida que ya se perdía en la memoria del tiempo, mantenida a puerta cerrada con siete llaves.

Don Alonso prometió llevar a cabo la gestión sin pérdida de tiempo, alegando

sencillez en los trámites si el propietario se avenía a la norma legal y solicitaba un precio razonable. Y como era de esperar, entró de frente y no falló el administrador en sus promesas porque, tres días después, se presentaba en casa con la respuesta del vecino adinerado. Para su sorpresa, don Ambrosio Carvallo deseaba llevar a cabo un trato directo con mi persona, sin aceptar intermediario alguno. Tanto a mí como a Pecas también nos extrañó aquella postura, que discutimos en familia con libertad.

—El indiano es un bribón desalmado que quiere sacarte el alma en bolsa de pesos duros por ese pobre esclavito. Y no muestres esa cara de reproche, que conozco bien a los de su clase. Aunque sea un deseo de Setum, que para ti es oro de ley, no deberías acoplarte a sus pretensiones si se salen de madre. En último caso, puedes amenazarlo con alguna denuncia, porque siempre andan los asentadores bordeando la ley con sus turbios negocios.

—Hablas a la ligera, Pecas —protesté en serio—. Estás suponiendo mala catadura en quien no conoces, sólo porque hizo fortuna en las Indias, como tantos otros que tratamos con elevado respeto. Además, bien sabes que no es ése mi estilo de actuar. Pediré cita para visitarlo y exponerle el caso en persona, si así es su deseo.

—Allá tú con tus bondades celestiales, pero anda con ojo o te desvalijará la faltriquera.

—No llegue a un trato final sin comunicármelo, alegando necesidad de consulta. No quiero dar la razón a ninguno, pero también yo hice preguntas y el sujeto no parece ser persona de fiar —don Alonso entraba con su habitual prudencia.

—De acuerdo.

Como deseaba rematar el asunto al disparo, pocos días después me desplazaba en persona a casa de don Ambrosio Carvallo, para llevar a cabo la gestión. Como amistosa respuesta a mi petición de visita, había recibido una invitación para hacer las once en su residencia, una costumbre que me recordaba las semanas pasadas en aquella preciosa Cartagena americana. Y siguiendo las indicaciones de Pecas, sabio como nadie en tales menesteres, calcé el uniforme grande con los relucientes entorchados de plata, trasladándome en el mejor carruaje de la casa aunque se encontrara a escasos metros del palacio de Montefrío.

La mansión del adinerado asentador, aunque de noble y sobrio aspecto en su fachada, mostraba extraordinario y suntuoso despliegue en el interior, con gran cantidad de adornos que, sin duda, el dueño había trasladado con su persona desde las Indias. El conjunto dejaba un regusto recargado y excesivo en maderas olorosas, pero no desmerecía de la pretensión. Y tras un corto recibo en un recogido salón, apareció el personaje ataviado con sus mejores galas, como dispuesto a rendir visita en cámara regia. Aunque me llamara en contra desde el primer vistazo, es cierto que se comportó con exquisita educación y cortesía en los primeros momentos.

—Bienvenido a ésta mi humilde casa, señor conde de Tarfí. Le aseguro que representa un alto honor recibir en mi modesta morada a un valeroso brigadier de nuestra Real Armada.

—Y yo le agradezco su invitación como merece, en rápida respuesta a mi petición.

El anfitrión se mantuvo durante algunos minutos con expresiones aduladoras en exceso, por encima de lo que marca la severa cortesía. Y acepté un ligero refrigerio poco apetecido, hasta que decidí tomar el toro por los cuernos y sin mayor dilación.

—Verá usted, don Ambrosio. El motivo de mi visita, aparte de saludarle personalmente, es el de pedirle un especial favor, si ello fuera posible.

—Usted dirá, señor conde. Ya sabe que me tiene a su entera satisfacción.

—Se trata de un siervo joven que mantiene a su disposición. Creo que se llama Otumé.

—¿El esclavo Okumé? —Sus ojos parecieron bailar en sangre—. ¿Ha osado molestarle ese condenado?

—Nada de eso, no se preocupe. Muy al contrario porque, según tengo entendido, es un buen chico. La razón de mi visita es que desearía tenerlo a mi servicio, por supuesto con la compensación que estime usted oportuna.

—¿Quiere comprarme al esclavo Okumé?

Debía encontrarse habituado a la compra y venta de esclavos aquel hombre, porque hablaba de ellos como si se tratara de cualquier producto o mercancía. Sin esperarlo, una sonrisa torcida se abrió en su boca, al tiempo que volvía a preguntar.

—Si me lo permite y considera oportuno, señor conde, ¿podría saber la razón que le mueve a tal petición?

Me tomó desprevenido la pregunta, por lo que dudé algunos segundos antes de contestar. Por fin, decidí entrar en sinceros, que no hay mejor camino para trillar en la vida.

—La verdad es que así lo ha pedido mi secretario, un hombre negro a quien mucho debo, empezando por la vida en repetidas ocasiones, y a quien dispenso especial amistad y cariño. Tal es mi aprecio personal que me gustaría satisfacer sus deseos, para disponer de ese joven en auxilio de sus funciones.

—Comprendo —mentía porque no parecía entender la petición ni de lejos, aunque se avino en gestos de asentimiento—. Siempre declaro que entre caballeros todo es posible. Debe saber que es bueno en el trabajo este joven esclavo, y tomaría elevado precio en los mercados de La Habana o Cartagena.

—La verdad, don Ambrosio, no me interesan los detalles de ese comercio que encuentro tan poco cristiano y edificante —la sangre se calentaba en mis venas conforme avanzaba la conversación de aquel hombre—. Si accede a la petición expuesta, mi administrador le hará llegar la cantidad que estime oportuna.

El anfitrión comenzó a jugar con una pequeña daga en sus manos, tras tomarla de un cercano velador. Parecía pensar algún desconocido detalle. Me sorprendió con una nueva pregunta.

—Supongo que con su alta categoría y posición, trabajaréis en la Secretaría de Marina.

—Nada de eso. En estos momentos me encuentro a la espera de embarque, cuando ello sea posible. Pero, la verdad, entiendo que no viene al caso su pregunta.

—No malinterprete mis palabras, por favor. Ya sabe que trabajo desde hace algunos años con la Secretaría del Ejército, a plena satisfacción de las partes. Precisamente por estos días, ando en disquisiciones para realizar ofertas de determinados pertrechos a la de Marina, ventajosas sin duda. No me vendría mal disponer de un amigo en esa noble Institución, a la que pertenecéis con adecuado orgullo —abrió una inconfundible sonrisa en su boca antes de continuar—. Pero debéis saber, señor conde, que suelo ser extremadamente generoso con quien...

Aunque mucho deseaba complacer a Setum, decidí cortar sus palabras al momento. Pecas había acertado de lleno al aventurar la opinión sobre el indeseable sujeto. Era imposible soportar un segundo más bajo aquel techo y ante la mirada de aquel redomado sinvergüenza, falto de una mínima y necesaria cortesía. Abandoné el asiento con cierta brusquedad, dispuesto a largar metralla.

—No estoy dispuesto a mantener este tipo de conversación un segundo más, señor Carvallo. Tengo por norma no escuchar ofrecimientos que considero indignos al ciento, así como impropios de cualquier caballero o persona decente. Olvide la petición expuesta por mi parte, como si no hubiese existido. No deseo llevar a cabo ningún negocio con usted, por lo que le ruego me ofrezca compañía hasta la puerta sin dilación.

Había largado mis palabras con resolución y un tono de voz que no dejaba lugar a dudas. No debía esperar don Ambrosio tan brusca reacción porque mudó el rostro en blanco, al tiempo que se levantaba abriendo los brazos en excusas.

—Por favor, señor conde. No tome mis palabras en sentido incorrecto. Nada más lejos de mi...

Como es de suponer, lo dejé con la pica alzada en temblores, porque ya dirigía mis pasos hacia la salida. Y ni siquiera esperé la adecuada apertura del portón, porque lo abrí con mis propias manos aunque un sirviente apresurara los pasos con su amo a la carrera.

Cuando regresé al palacio de Montefrío, narré a Setum y Pecas la conversación mantenida. Y debo reconocer que me hizo sufrir por alto el rostro desolado del africano, que esperaba con seguridad otro desenlace bien distinto del asunto. Mi cuñado, como tantas otras veces, se limitó a emitir una de sus sentencias.

—Te está bien empleado, gigantón de San Juan de Berbio. Parece mentira que sepas tan poco de esta vida, con los años que llevas a mi lado. Ya dije que no debías rebajarte y tratar en persona con gentuza de esa ralea, cañaveral de medio pelo. Estas cosas se arreglan de otra forma, si no se acepta el camino decoroso.

Como mantenía mi ánimo abatido, no contesté a mi compañero ni entendí bien sus palabras. Pero la sorpresa de orden y más inesperada se produjo tres días después, cuando llegó Setum alborozado para comunicarme que el esclavo Okumé se había presentado, con un sobre dirigido a mi nombre. Lo abrí con desgana, a pesar de la

alegría que expresaba el rostro del africano. Con escritura arreglada en puntillas y letras muy juntas podía leerse: Espero que V. E. disculpe la tremenda descortesía elevada contra su eminente persona, más propia en quien desconoce las normas de etiqueta por su nacimiento. Tan sólo le pido con extrema humildad que acepte en desagravio este ofrecimiento del esclavo Okumé, aunque nada pueda remediar mi torpe e inadvertido pecado. Le adjunto el traslado oficial del esclavo a su nombre, en documento conveniente firmado y sellado por ley.

En efecto, en el mismo sobre don Ambrosio adjuntaba la documentación legal por la que me traspasaba la titularidad del nacido esclavo Okumé. Quedé perplejo y sin saber con seguridad los pasos que debía dar. Así se lo comuniqué a Setum por las claras.

—Este culebrón malnacido me regala a su esclavo. Debe haber quedado dolorido por mi reacción. Pero, la verdad, no sé si debo aceptarlo.

—¿Por qué no, señor? —El rostro de Setum mostraba un gesto de dolorosa súplica, ante la posibilidad de que rechazara el gentil ofrecimiento—. Para su tranquilidad, debo comunicarle que, si no ando equivocado, don Santiago ha debido mediar en este asunto, porque veo su mano en el desarrollo.

—¿Mediar? ¿Cómo?

Sin perder tiempo, buscamos a Pecas, a quien encontramos en el saloncito acompañado de María Antonia. Tras mostrarle el recado, contestó con naturalidad, sin mostrar una mínima sorpresa.

—Ya esperaba una acción parecida. Como todos los de su gremio, es un infame cobardón.

—¿La esperabas? Me dice Setum que has mediado en el asunto.

—¿No queríais al esclavito? Pues ya lo tenéis. Tras tu penoso encuentro, le envié un recado cargado de pólvora y palanqueta, urgiéndole a reparar la ofensa en este sentido. Y, como era de esperar, cargó velas con rapidez.

—¿Un recado? Nada me comentaste. ¿Qué le decías? —Aunque creía conocer a mi amigo Pecas como los dedos de mi mano, nunca dejaba de sorprenderme.

—Vamos, Gigante, qué podía decirle. Le afeé su conducta como merecía, desde luego, al tiempo que deslizaba alguna ligera y velada amenaza.

—¿Lo citaste al alba con pistola, a la señal y 35 pasos? —Sonreía, consciente de que la puntería de mi amigo era de las peores.

—Nunca me rebajaría a ese punto con tamaño sujeto, aunque habría puesto una bala en su entrecejo con facilidad. Sencillamente, le comuniqué que si el esclavito Okumé no llegaba a esta casa de forma inmediata, y se disculpaba con el brigadier conde de Tarfí como mandan las normas en todo caballero aunque él no lo sea, informaría a determinados tenientes generales del Ejército, parientes míos, de su pobre catadura personal y profesional para que tomaran las medidas oportunas.

—¿Tenientes generales? ¿Parientes tuyos? ¿Sabías ese detalle de la familia, María Antonia? —Preguntaba en sorna abierta.

—Vamos, Francisco, cómo te extrañas —hablaba imitando el tono de su marido en chanza—. Ya sabes que Santiago es pariente de media España, si así le interesa.

Por fin, todos reímos y Setum con boca abierta en millas, irradiando felicidad por los costados. Y sin tener en cuenta ningún detalle más, el joven Okumé entró a formar parte de la casa desde aquel día. Pero aunque lo tuviera pensado en avance, fue María Antonia la que tocó un tema que consideraba de la mayor importancia.

—Debo exponer con claridad un aspecto que considero de la mayor importancia e irrefutable. Nadie vivirá en esta casa como esclavo. Bastante sufrí con esa práctica deleznable en el virreinato del Perú, aunque nada pudiera remediar. Este joven se quedará al servicio de Setum, si a bien lo tiene y como liberto.

—¿Cómo liberto dices? —Pecas pareció seriamente sorprendido—. ¿Vas a conceder la manumisión a este esclavo, que tan buen precio alcanzaría en los mercados de La Habana o Cartagena?

Entre risas, porque se veía a Pecas entrar por chanzas, apoyé a mi cuñada, aunque no fuese necesario.

—Estoy de acuerdo contigo, María Antonia. Además, el pliego del joven se encuentra a mi nombre y yo le concederé la manumisión. Setum, deberás encargarte del muchacho.

—Lo haré con mucho gusto, señor. Este joven es sano y fuerte, habla muy bien nuestro idioma y es cristiano bautizado en la niñez, aunque no comprenda a fondo su religión y los preceptos añadidos. Pero ya sabe que no suelo equivocarme y parece noble de corazón, así como dispuesto a colaborar en todo lo que se le pida. Siempre agradecerá este detalle y haberlo librado de las garras de ese..., de ese advenedizo.

Setum pronunció la última palabra con la entonación que habría utilizado Pecas, lo que aumentó el nivel de las carcajadas, incluidas las del pequeño brigadier.

Conocí por fin a Okumé, quedando desde el primer momento impresionado por su extraordinaria fortaleza. Aunque aseguraba haber cumplido trece años de edad tan sólo, era alto y musculoso como un mocetón bragado en forros. De piel muy negra, pareja a la de Setum, disponía de los mismos ojos, grandes y abombados, con el blanco resaltando como estrella en la noche. Y desde el primer momento comprendí el buen tino de Setum, porque el joven parecía honrado y cabal, al tiempo que agradecido en luces por el favor recibido, aunque todavía no fuera consciente del don que le acababa de entregar la diosa fortuna. Y si poco a poco se fue ganando el ánimo de todos, cuadró al compás con mi hijo Santiago, de quien se hizo inseparable compañero.

En estos días, tantos años después, cuando escribo los recuerdos de toda una vida, me reafirmo más y más en certificar la natural y superior inteligencia de Setum. Aunque en aquellos momentos consideramos la cuestión de Okumé como un capricho del buen africano, poco tiempo necesité para comprobar que se trataba de un plan perfectamente diseñado para el futuro. Como bien saben los que han leído algunos de estos cuadernos, Setum me era fiel hasta un extremo difícil de imaginar.

Pero tras su adoración a mi persona, se abría otra no menor a quien debía pareja dedicación por ser mi primogénito, el tercer Gigante de nuestra saga familiar. Y pensando en él había conjeturado la necesidad de un segundo Setum, como accesorio necesario e imprescindible que debía amadrinarse a la vida de mi hijo. Y bien sabe Dios que no erró en sus predicciones.

3. Futuro incierto

Continuamos con nuestra vida placentera y regalada en los primeros meses del nuevo año de 1796, aunque pronto recibiríamos sorpresas de grado y, bien lo sabe Dios, no todas en rosas abiertas. Ya les he comentado que debíamos encarar, aunque no lo supiera entonces, un alargado y fundamental periodo en nuestra historia y, de forma muy especial, para la Armada, cuando de verdad nuestra Institución debería jugar sus cartas a muerte y sin la colaboración que era de esperar desde las más altas magistraturas.

Parece mentira o difícil de creer, que las cabezas rectoras de los destinos de España no comprendieran con la claridad de otras naciones, que sin una Armada suficientemente fuerte y poderosa el imperio ultramarino, y con él nuestra presencia en el concierto internacional, se desplomarían como montaña de cenizas clavadas al viento. Porque la Armada ampara, o debe amparar, a las otras marinas comerciales que se nutren en doble vía y con necesario apoyo mutuo. Es importante recordar que desde mayo de 1793, cuando se dio la orden para construir los navíos Neptuno y Argonauta^[7], ambos de dos puentes y 80 cañones, no se había puesto la quilla de ningún nuevo rey de los mares. De esta forma, con la entrega de los dos citados navíos en 1795 y 1796, se cortaba la permanente construcción en nuestros arsenales a lo largo del siglo, en ese apartado tan importante e imprescindible para cualquier potencia naval. Y bien sea por grande o pequeño, todo elemento entra en conjunto a la junta, porque para mantener una Marina poderosa y con los últimos adelantos técnicos, se necesita conservar en las gradas de construcción un movimiento permanente día a día, que no sólo en los combates navales se pierden los buques, sino también con temporales, varadas, abordajes y otros muchos factores que obran a la contra.

Hasta el mes de marzo disfrutamos de forma esporádica con sesiones de caza en la hacienda serrana, donde llevamos a cabo jornadas de mucho frío pero con abundancia de reses y buenas piezas al cobro. Tras una acertada indicación de mi secretario africano que, por otra parte, esperaba, aumentó el grupo cinegético a cuatro, lo que abrió nuevas expectativas y disfrute general. Ahora Setum se empleaba también en adiestrar a Okumé, que parecía disponer de sangre pistera en sus venas y con abundancia. A la tarea colaboraba con sumo agrado mi hijo Santiago, que poco a poco se unía en muy estrecha amistad y camaradería con el nuevo liberto. Quien no estuviera al tanto de las especiales circunstancias que enrolaron al nuevo africano en la familia, daría por sentado que el joven era hijo aventajado del compadre moreno, y también yo lo habría creído porque cada día encontraba más parecidos a Setum y Okumé, de cuerpo y espíritu, cual dos almas gemelas.

Como seguíamos sacando lustre a los pasillos de la Secretaría de Marina en forma periódica, aunque no se percibieran signos de cubrir nuestras esperanzas y deseos

profesionales de momento, nos manteníamos bien surtidos de información general. Debió ser en marzo cuando tuvimos conocimiento de los actos solemnes llevados a cabo en la isla Española, base inicial de nuestro asentamiento en las Indias, perdida con motivo de lo estipulado en los acuerdos de la paz de Basilea. Ya se sabe que a lo largo del siglo XVIII, con puntuales excepciones, un tratado de paz llevaba consigo pérdidas territoriales para nuestra España, acostumbrada a pagar errores propios y ajenos. Y fue materia de acuerdo general lo que con especial iniciativa llevó a cabo el comandante en jefe de la escuadra española destacada en la que fue primera de nuestras islas americanas.

Habiendo recibido el teniente general don Gabriel de Aristizábal, cuya escuadra se mantenía en el escenario antillano^[8] todavía, orden para cumplir la obligada condición de entregar a Francia la parte española de la isla de Santo Domingo, tomó las medidas que estimó oportunas. De su propio entendimiento consideró que no era cuestión de orden y honor dejar en aquella tierra española los restos del gran descubridor y esclarecido navegante don Cristóbal Colón, primer Almirante, Virrey y Gobernador General de las Indias Occidentales, llevando a cabo la exhumación y embarque de sus cenizas. Y aunque estoy seguro de que toda persona cabal asiente ante tal medida, hubo personajes en nuestra Corte que catalogaron tal acción con sonrisas y como absurdo sentimentalismo de oficiales de la Real Armada, encastrados solamente en el recuerdo de épocas pretéritas.

La apertura de la bóveda se llevó a cabo el 20 de diciembre del año rendido, asistiendo a la magna ceremonia las principales autoridades militares, civiles y eclesiásticas, así como el pertinente oficial escribano que levantó en forma de ley el acta de la solemne sesión. Los huesos empolvados del ilustre personaje se instalaron en magnífico ataúd, costado por el cabildo de la capital en generosa ofrenda y como triste homenaje a su perdida hispanidad. Tras celebrar los oficios exigidos en la santa catedral, los restos, porteados por ocho oficiales de la Real Armada, fueron trasladados en solemne y concurrida procesión hasta el bergantín El Descubridor, buena elección del comandante en jefe de la escuadra. Es cierto que el nombre del buque se amoldaba al punto a la empresa requerida.

A bordo del bergantín y con las autoridades presentes, se trasladaron los restos desde el puerto hasta la desembocadura de la rada, momento en el que se transbordaron al navío San Lorenzo, mientras las unidades de la escuadra rendían los honores fúnebres de ordenanza propios a la dignidad del almirante. No obstante, se vivieron momentos de especial nerviosismo y preocupación, cuando el ataúd era izado por medio de la red de carga a bordo del navío, por haber faltado una de las guías y mantenerse durante algunos segundos con evidente peligro de caer sobre las aguas. Es posible que el alma del gran almirante hubiese celebrado reposar para siempre en el lecho marítimo de aquellas costas, donde rematara su hazaña descubridora.

Por fin, el San Lorenzo arrumbó hacia La Habana, una navegación con vientos

bonancibles y mar en plata de encargo celestial, en cuyo puerto disfrutó a la llegada de similares honores al desembarcar el féretro el 19 de enero del año del señor de 1796, para proceder, en procesión amparada por fuerzas de la Armada en rendido duelo, a su traslado para ser inhumado en la capilla mayor de la catedral, al lado del evangelio. Debo exponer que junto a los restos del almirante, en la escuadra de Aristizábal abandonaron la isla perdida las autoridades, corporaciones y establecimientos pertenecientes a la dominación hispana, así como más de cinco mil individuos de toda clase que no quisieron perder su nacionalidad española, siendo transportados a Cuba,

La Guaira, Puerto Cabello y Puerto Rico con sus pertenencias y efectos personales.

En aquellos corrillos que manteníamos por distintos negociados de la Secretaría, uno de nuestros habituales informadores era el todavía brigadier Martín del Horno, esposo de la parienta de Pecas Teresa del Moral, marquesa de Fenestroso. Quien sepa de mis viejas aventuras recordará el importante y tenebroso papel jugado en mi vida, aunque de forma involuntaria, por ese brigadier a quien mi inseparable compañero denominaba como pobre oficial, amparado para progresar por la escala militar en la fortuna familiar de su horrenda esposa y querida prima. Debo reconocer que del Horno era apocado y corto de luces, pero buen hombre y siempre fiel a mi persona, aunque en su casa renacieran los rescoldos que me llevaran cerca de la perdición absoluta.

También intentaba favorecernos el brigadier Mariano de Ancares, cuyos favores recibidos no olvidaba. Una de aquellas mañanas en las que ejercíamos rondas indagatorias, llegó a ofrecernos trabajo o, según sus propias palabras, una positiva distracción que ocupara nuestro tiempo en beneficio propio y del servicio, aunque no se tratara del destino a bordo que esperábamos con cierto azogue en las venas. Aunque a Pecas el ofrecimiento no le entró muy por barlovento y estaba dispuesto a rechazarlo de plano, conseguí convencerlo porque, en mi opinión, podía ser de gran utilidad profesional asistir a esa comisión que debía estudiar el armamento de nuestros buques. Y para mi sorpresa aceptó el pequeño, aunque con su habitual y fingida superioridad asegurara que lo hacía para mi único beneficio, dados los escasos conocimientos que poseía en esa materia. Era su peculiar estilo de broma casi permanente.

Aunque no participábamos en la comisión como vocales de número, podíamos exponer nuestras propias convicciones, de cierto valor tras las misiones de guerra desempeñadas, que no eran pocas. Y pronto destacó Pecas en las discusiones, donde entraba como gallo enjaretado en pelea, de forma especial cuando el órgano de trabajo quedaba reducido sin demasiados entorchados a la vista, que siempre coartan el ejercicio de la libre opinión. Recuerdo que en uno de aquellos intercambios, tomó la palabra el brigadier del cuerpo de ingenieros don Mateo Palancar, quien comenzó a exponer la normativa de construcción en curso, así como sus opiniones personales al

respecto.

—Si queremos igualar la potencia artillera de los britanos, debemos actuar sin pérdida de tiempo y someternos de una vez a su sistema. Estimo que los obuses de bronce de calibres 36, 48 y superiores, que hemos instalado a bordo de navíos y fragatas, no admiten comparación con las carronadas inglesas de 42, 68 y 96 libras. Deberíamos producir armamento en esa línea y aumentar el número de estas últimas piezas en nuestros buques, o seremos barridos en los combates a corta distancia.

—Más que atender a las piezas y sus calibres —entró Pecas con decisión y solvencia en su voz—, deberíamos tener en cuenta los ritmos de fuego, que solamente se adquieren en escalón elevado con un permanente adiestramiento de las brigadas artilleras a bordo. De poco sirve disponer de un mayor número de piezas, superior calibre o más libras a disparar por andanada, si después los ingleses nos triplican el ritmo de fuego, como suele ser norma general, además de llevar a cabo punterías más certeras para barrer el personal de las cubiertas. Y esto sólo se puede conseguir con la permanencia de los buques en la mar y continuos ejercicios de fuego real, aunque se gaste pólvora del Rey en abundancia. Eso sin contar con la necesidad de nutrir a las dotaciones con verdaderos artilleros de mar, y no la tropa de vagos y maleantes que cuadran nuestros equipajes^[9] en estos días.

—Sin olvidar tampoco el armamento portátil —me decidí a entrar en un tema que bien conocía, por haberlo sufrido en mis carnes—. En combates a corta distancia es fundamental disponer de fusileros en suficiente número y calidad, bien apostados en troneras, cofas y cubiertas. Pero desde que nos obligaron a ceder al Ejército de los Pirineos un elevado porcentaje de nuestras existencias a bordo, todavía no nos han sido devueltos con una merma más que apreciable en las unidades, que haría difícil combatir a corta distancia o situación de abordaje con posibilidades de éxito. En estos días, muchas unidades disponen solamente de los posos más miserables de los arsenales, fusiles antiguos y casi desechados.

—Los dos tenéis razón sobrada en vuestros argumentos —contestó el brigadier Palancar—. Pero esta comisión de armamento se ha compuesto para identificar las piezas artilleras que estimamos más útiles para nuestras unidades. Por mi parte, entiendo como más positivo y defiendo a ultranza el uso de las carronadas^[10] britanas, si no queremos sufrir importantes reveses en el futuro. Por supuesto, sin olvidar otros detalles de relevancia, como la definitiva y masiva instalación de las llaves de fuego en todos los cañones, también de origen británico, que elimina la penosa utilización de los botafuegos^[11]. El empleo de las mechas disminuye la adecuada puntería y aumenta el peligro a bordo. Por supuesto que de poco sirve elevar el número en libras de balas y metralla que un buque puede lanzar en cada andanada, sin tener en cuenta la importancia del ritmo de fuego, así como la adecuada puntería, pero es ése un aspecto que se sale del cometido de esta comisión.

—¿Y se alistarán los fondos necesarios para esas soluciones, con el estado actual de nuestra Hacienda? —Pecas entraba con esa sonrisa burlona tan habitual en él, que

poco gustaba al personal—. Estamos en periodo de paz, con el desarme de buques y disminución del gasto que suele llevar aparejada la situación en insensata medida, sin contar el atraso en las pagas a nuestro personal.

De esta forma, las discusiones derivaban fuera de la derrota establecida. Todos teníamos razón, aunque cada uno empeñara sus esfuerzos en una dirección determinada. Y como el Secretario de Marina era un personaje pusilánime y acomodaticio que sólo respondía en afirmación a las opiniones elevadas, poco podíamos esperar de beneficio para las unidades de la Armada, por mucho que algunas voces enérgicas, como la de don José de Mazarredo, comandante general de la escuadra del departamento de Cádiz, comenzaran a escucharse a tiro de bombarda. Aunque seguimos asistiendo a las discusiones alguna semana más, pronto las abandonamos al comprobar que nada positivo acabaría por salir, por muchos informes y memorandos que se elevaran a la superioridad. La verdad es que, por mi parte, dudaba que fueran leídos siquiera con la necesaria atención. Pero bien que recordé estas discusiones meses después, cuando la real situación de nuestra artillería se nos presentó a repique de tambor y en caminos de sangre.

Una sorpresa agradable por aquellos días, entrados en un mes de mayo excesivamente caluroso, fue conocer que el teniente general don Federico Gravina, conseguida la curación de sus males, había sido recibido en el Real Sitio de Aranjuez por Su Majestad don Carlos. En este caso, fue el brigadier del Horno quien nos puso en antecedentes. Como es de suponer, le atacé en su despacho con rapidez para que brindara los necesarios detalles.

—¿Se ha repuesto don Federico de sus males al ciento? ¿No padece secuela alguna? Me comentó un cirujano a bordo del navío Reina Luisa, que esos ataques perláticos^[12] dejan la sangre en espesura y con males futuros —preguntaba interesado en verdad, por tratarse de persona a la que mucho estimaba y tanto debía.

—Eso parece, aunque hay quien asegura que todavía le tiembla el pulso y recae en ligeras reacciones nerviosas. Pero han debido sentarle bien las aguas tomadas en el Reino de Valencia. Ha sido recibido por nuestro Señor don Carlos, que lo tiene en especial aprecio, aunque no haya consentido en sus deseos.

—¿Qué deseos son esos? ¿Embarcar de nuevo? —Era un rayo de esperanza al que me aferraba por sus posibles derivadas hacia mi persona.

—No andan los tiros en esa dirección, ni mucho menos —aseguró del Horno con rotundidad—. Es noticia corrida que por encontrarnos en periodo de paz, don Federico Gravina ha solicitado licencia de Su Majestad, para trasladarse a la isla de Sicilia y visitar a su padre, anciano ya, a quien no ve desde hace veinticinco años. Pero para sorpresa general, se le ha negado tal deseo, con orden de permanecer en la Corte.

—¿Le ha negado Su Majestad a su más querido general esa petición de visita familiar? ¿Por qué? Es difícil de comprender, en persona de permanentes servicios —era sincero en mi comentario.

—Son muchos los rumores que cuelgan en ese sentido. Hay quien asegura que todo deriva de un recelo personal por parte de la Reina María Luisa.

—¿De la Reina? —Atacó Pecas a la brava—. ¿También entra la gran Señora en esos menesteres, no contenta con fomentar la carrera de su...?

—Por favor, Santiago —del Horno giraba la vista a nuestro alrededor, por si se encontraba alguna oreja inoportuna en las cercanías—. Has de ser más prudente en tus comentarios, si no quieres verte desterrado a cien leguas de la corte en pocos minutos, y te hablo muy en serio. Dicen algunas lenguas que desde la supuesta intriga de Malaspina, cae sobre nosotros una nube negra entablada por deseo de la Señora.

—¡Válgame el cielo! Pero si fue ella la intrigante que llevó al pobre Malaspina a la ruina.

—Todos lo saben, pero es seguro que la Reina ha tomado cejas de través con nuestra Institución, y lanza demasiadas cruces a la contra y en andanada. Por desgracia y como es de dominio general, es grande el ascendiente de la Señora sobre Su Majestad y sufriremos las consecuencias, si no cambian los vientos. Pero contra Gravina existe otro tema muy particular, y es sin duda su condición de haber nacido en Sicilia y que su padre todavía resida allí. Hay quienes lo consideran, voces malintencionadas sin duda —observaba el gesto de mi cara—, que es un napolitano al servicio de España, incluso quien lo califica como palermitano amparado en faldas regias para progresar.

—¿Napolitano al servicio de España? —No podía creer las últimas palabras de nuestro informador—. ¡Por todos los cristos de la mar serrana! Pero si lleva más de veinte años de servicios prestados en la Real Armada, con la general satisfacción y personal aprecio de Sus Majestades.

—No sólo eso —intervino Pecas—. Cuando andaba en la bahía de Rosas cubriendo destino de ayudante del general, y como me sabéis curioso por naturaleza, cayó en mis manos un memorial de su padre, el duque de San Miguel, príncipe de Montevago y marqués de Santa Elisabeta, en la que solicitaba a Su Majestad don Felipe V la grandeza de España, así como el reconocimiento de naturaleza española para sí y sus descendientes, in perpetuo. Poco después, accedió nuestro primer Rey de la casa Borbón, por despacho, a los deseos expuestos por don Juan Gravina y Requeséns.

—Es difícil comprender tanta insidia y maldad —insistía por mi parte, sin llegar a creer como ciertas las noticias de nuestro compañero.

—Me limito a comentaros lo que por aquí se escucha. Pero en estos momentos —insistía del Horno con voz queda—, parece que los reinos de Nápoles y España, aunque sean hermanos los soberanos, discurren por distintos caminos o, más bien, éstos comienzan a separarse con cierta claridad. Y no es el único problema el profundo antagonismo, por no utilizar palabras más fuertes, que existe entre nuestra Reina y María Carolina, la de Nápoles, lo que nadie pone en duda. La Convención francesa amenaza al trono hermano y, según comentan, don Manuel Godoy desea

estrechar lazos al punto con los republicanos para asegurar nuestra posición en Europa. De esta forma, Gravina puede llegar a encontrarse en apurada situación porque, aunque español, nació en Palermo y mucho recuerda su tierra.

—¿Estrechar lazos con los franceses revolucionarios? —Pecas no era tan delicado en el tono de su voz—. ¡Válgame el cielo! Si ya he protestado como norma contra los pactos de familia signados a lo largo del siglo, de funesto recuerdo y que siempre beneficiaron al francés mientras aumentaban nuestra ruina, sólo faltaría comenzar a cavilar empresas con estos desalmados.

—No he dicho eso —se apresuró a concretar nuestro compañero—. Parece que Godoy intenta mantenerse al margen de la disputa entre Francia y Gran Bretaña, que acabará por reventar en armado conflicto más pronto que tarde, lo que no será cuestión fácil. Pero volviendo al tema que tanto te interesaba —del Horno se dirigió a mí con un gesto de tranquilidad en su cabeza—, podrás visitar a tu querido general, que ha de permanecer en la Corte por tiempo indefinido. Al menos y también según comentarios corridos, disfruta mucho en la caza de perdices y codornices, con jornadas cinegéticas en compañía del príncipe de Parma y su mujer, la Infanta María Luisa, con quienes ha forjado una buena amistad.

—Mucho gusta don Federico Gravina de agasajar y pelotear a las altas magistraturas, aunque reciba alguna coz de muerte como la de negarle la venia de visita a su padre. Pero así es este personaje, aunque mis palabras no gusten una onza a mi buen amigo —Pecas me dirigió la vista con cerrada sonrisa.

—Eres demasiado negativo en tus comentarios, pecoso del demonio. Si se le ha ordenado permanecer en la Corte, no le queda más opción. Además, es persona culta y educada, sin olvidar su condición de gentilhomme de cámara en ejercicio.

—Demasiado cortesano para mandar escuadra —sentenció Pecas mientras abandonaba el despacho.

De esta forma, con periódicas visitas a la Secretaría y otras distracciones menos profesionales, discurría el tiempo, sin avistar por la proa cercana una mínima posibilidad de embarco, meta perseguida con ahínco por nuestra parte. Según se aseguraba sin rebozo, no andaba la escuadra con vacantes a la vista por cubrir, sino más bien al contrario, que ya sabemos los caminos de la Armada en tiempos de paz.

Aunque ya el cuerpo reclamaba otras actividades menos relajantes, que no siempre la calma chicha se abre en ventura, en el mes de julio nos alcanzó una nueva que produjo gran alegría en la casa. Habíamos preguntado por el general Gravina en diversas ocasiones en la Secretaría, incluso con recado verbal en el gabinete de don Pedro Varela, donde debería acudir don Federico con cierta asiduidad. Y por fin, de forma inesperada como suelen acaecer los movimientos en la Armada, recibimos aviso en el palacio de Montefrío, en el que don Federico Gravina, el general con quien tantas veces había rendido servicios a lo largo de mi carrera, nos citaba a Pecas y a mí en su residencia.

Llegamos a la morada de don Federico a las cinco en punto, hora convenida en la

invitación, siendo trasladados por su mayordomo, el fiel Antonio Mazanini, sin pérdida de tiempo a su presencia. Como tantas otras veces, nos recibió con muestras de alegría y extrema deferencia, norma habitual en su conducta. Y después de ofrecernos un refrigerio con extrema cordialidad, que aceptamos gustosos, entró en preguntas sobre nuestra salud y la de nuestras familias, como querido pariente que se interesa al detalle por nuestras vidas. Y en verdad que encontré al general muy repuesto de sus males aunque, como había escuchado, se le apreciara cierto movimiento inestable en sus manos cuando éstas no descansaban en firme.

—Tal y como nos habían comunicado, le veo muy repuesto de sus males, señor.

—Así es, Leñanza. La verdad es que solamente se trataba de un pequeño retoque nervioso, posiblemente producido por la espesa faena que debimos lidiar en el golfo de Rosas —nos ofreció una sonrisa apagada—. Pero parece que, por fin, las aguas de esa localidad valenciana evaporaron los males al ciento. Ya sé que habéis acudido a esa comisión de armamento dirigida por el general Grandallana, aunque se trate de una idea original del general Mazarredo, aceptada por el anterior Secretario. Y es muy necesaria, por si volvemos a guerrear con el inglés, cosa que Dios no quiera. Debemos reconocer y declarar sin que parezca desmerecimiento para nuestras personas, que no se encuentra la Real Armada en estos días para afrontar amenazas de orden.

—Es necesario reorganizar las escuadras, señor —Pecas hablaba con extremo respeto, no exento de esa decisión que le brotaba de las venas en momentos importantes—. Debemos reforzar la Matrícula Naval y olvidarnos de las levas salvajes que tan poco aportan a la efectividad de nuestras unidades.

—Y adiestrarnos en tiempos de paz, como el que disfrutamos en estos días, que ése es el momento indicado —apostillé con rotundidad.

—Es cierto lo que decís y todos los que vestimos este glorioso uniforme lo reclamamos día sí y otro también. Pero el estado de la Real Hacienda se encuentra bajo mínimos, como no recuerdo en mis muchos años de servicio. Si además tenemos en cuenta que el Ejército se lleva la parte del león en las asignaciones, en proporción difícil de imaginar tiempo atrás, pocas esperanzas nos quedan.

—No se trata de tema nuevo, señor, porque siempre tomó la gran tajada el Ejército de las cajas del estado.

—Desde luego, Cisneros, pero tras la guerra contra la Convención y el temor a ser invadidos desde el norte por la frontera terrestre, ha aumentado la desproporción de forma desastrosa para nosotros. Y no es ése el camino, que los vientos no apuntan en tal sentido.

Nos dejaron pensativos y en silencio las palabras de don Federico, sin llegar a comprender su significado. Pero como la confianza dispensada a mi persona era grande, me permití la necesaria pregunta.

—¿A qué se refiere, señor, si me permite elevar la pregunta?

—Bueno, se trata de una opinión personal que puede ser errónea —Gravina se

movió inquieto en su butaca por primera vez—. Creo entender que los futuros caminos de nuestra política se dirigen más bien hacia una comprensión con la Francia, aunque mucho nos separe el sistema político de los revolucionarios.

—Sería un gran error, mi general —Pecas, menos discreto, espetó su opinión con inapropiada energía.

—Es posible que tenga razón —sonrió con benevolencia—. No podemos presumir de ganancias territoriales en los acuerdos firmados con la Francia a lo largo del siglo. Ya les digo que se trata solamente de una opinión personal, pero pronto sabremos el camino cierto que toma la política. Según aseguran voces elevadas, parece imposible una verdadera neutralidad, aunque sería de todo punto necesaria para recobrar el pulso como nación poderosa. Ahora más que nunca es imprescindible el seguro arribo de los caudales de Indias a la península y poder rellenar la faltriquera nacional, con la que recuperar nuestra economía, así como disponer de un Ejército y una Armada que infundan suficiente respeto. Como sabrán, la penuria que se cierne sobre nosotros puede llegar a ser insoportable y redundará en detrimento bochornoso de nuestra fuerza naval. Ya le comenté a nuestro Señor don Carlos en la audiencia concedida, la necesidad de retomar la construcción de navíos y fragatas, quebrada al ciento de forma incomprensible. Y prometió llevarlo a cabo, cuando se enderece nuestra oprimida economía.

—Esa añorada y necesaria neutralidad de la que habla, señor, fue conseguida en su momento por nuestro Rey don Fernando VI. No es una meta imposible y así la consiguen otros estados europeos cuando conviene a la política nacional.

—Esas mismas palabras expuse a Su Majestad, Leñanza. Podéis estar seguros que nuestro Señor don Carlos es bueno de naturaleza y quiere de verdad a los miembros de su Armada, por mucho que corran bocas negras en comentarios. También es sensible a nuestra situación.

Dudábamos Pecas y yo por entrar en la pregunta decisiva, porque podía representar carga excesiva. Pero el enano, más bravo en ese aspecto, se decidió por fin.

—Esperemos que el príncipe de la Paz sea de la misma opinión.

—Eso creo —Gravina volvió a mostrar cierto nerviosismo—. Aunque sé de las muchas comidillas que corren en contra del príncipe, con quien mantengo excelentes y muy amistosas relaciones, es mucho el servicio que rinde a la nación, con una entrega absoluta y encomiable. Además, confío en su inteligencia y amor a la patria, que antepone por encima de cualquier causa. Son muchos los problemas que corren por su mesa, y espero que Dios le otorgue la sabiduría de escoger el camino adecuado, una decisión a la que nos impele una situación internacional tan complicada como jamás hemos sufrido.

Volvimos a temas de escaso interés durante algunos minutos. Pero antes de despedirnos, sin telones ocultos y por las claras, tanto Pecas como yo le elevamos nuestra petición de embarcar. Deseábamos a muerte el mando de navío, máxima

aspiración de todo oficial de guerra de la Armada. Volvió a sonreír don Federico, como padre afectuoso, aunque en verdad sólo me rebasara la edad en diez años de vida.

—Comprendo vuestra inquietud y es bueno ese afán que mostráis sin rebozo. Dios quiera que me equivoque, si las razones a la vista son las que preveo, pero estimo que pronto podréis cumplir vuestros deseos. Y creo que lo merecéis como el que más.

Volvimos a quedar con los pensamientos cubiertos de dudas, que poco aclaraban el futuro esas medias palabras del general. Pero cuando regresábamos en el carruaje hacia casa, Pecas bramó por largo y sin cortapisas.

—Me parece, Gigante, que la maniobra se encuentra embastada por corto y con escasas dudas a la vista. Preveo una alianza con la Francia revolucionaria para luchar contra el inglés.

—Eso no es posible ni en millas, aunque podríamos deducirlo de las insinuaciones de don Federico. En primer lugar, sería difícil de comprender una alianza con quien guillotínó al pariente, esos revolucionarios que defienden el fin de las monarquías. Además, hasta un pobre ciego vería a las claras que no nos encontramos en momentos para guerrear contra el inglés, aunque recibamos el apoyo de los buques franceses.

—¿Apoyo? Esos bastardos continuarán dedicados a su pastel y nos utilizarán en provecho propio, como de costumbre, dejándonos con el trasero a los vientos cuando así les convenga.

—No me gusta el panorama ni el espíritu derrotista que he creído entrever en las palabras del general.

—Creo que la suerte está echada y no a favor precisamente. Bueno, si entramos en nuevo conflicto, será necesario nutrir con brigadieres a los navíos. Es la única parte positiva.

—Mucho anhelo mandar un dos puentes, nuestro sueño dorado, pero lo desecho si va a acarrear la ruina de España y de la Armada.

—Lo que sea, será, amigo mío —Pecas me golpeó en el brazo con inesperada sonrisa—. Como dice Setum, estará escrito en el libro del destino. Pero debo reconocer que me ha quedado un regusto amargo de la conversación mantenida con el general. Me refiero a su personal opinión sobre ese semental engreído de Godoy. ¿Cómo puede referirse a él con tal admiración?

—Es amigo personal y...

—No digas bobadas ni intentes una defensa imposible. A don Federico le gustan demasiado el peloteo y los enjuagues cortesanos. Bueno, ya sabes mi opinión sobre él.

Lo sabía, sin duda, y aunque me dolía muy dentro, porque apreciaba al general como persona en gran medida, debía concordar con Pecas en un elevado tanto por ciento. Con estos pensamientos y el ánimo rendido a la baja llegamos al palacio de

Montefrío. Poco confiaba en el próximo futuro, aunque en aquellos momentos no podía sospechar el rumbo que llegaría a tomar España en los próximos años.

4. El Bergantín

Entrados en las altas temperaturas del mes de julio, ese terrible calor seco que se vive en la villa madrileña, sin una mínima bonanza costera que tanto agradece el hombre de mar, creí llegado el momento, tantas veces postergado, de girar visita a la hacienda El Bergantín. Mucho quería y recordaba esas tierras extremeñas donde curé las heridas sufridas a bordo de la flotante San Cristóbal, aunque el alma se mantuviera en zozobra permanente hasta la inesperada llegada de Cristina. Y sin poder evitarlo, en el mismo momento de tomar la decisión volví a rememorar aquella determinante fecha, 13 de septiembre de 1782, que tan decisiva pudo ser para las armas de España con la conquista de Gibraltar, cuando salí despedido a los aires con escasas posibilidades de retornar a la vida.

No me crean vencido por la nostalgia o indeciso ante ciertas imágenes grabadas a troquel en mi alma, por narrar esos momentos. Pero sin saber porqué, en aquellos días estivales creí necesitar el dulce amargor de los recuerdos, esos que duelen muy adentro, por la imposibilidad de recuperar siquiera un mínimo y perdido rastro de los sentimientos más queridos. Y tampoco sabría contestar si me preguntaran por la razón verdadera que me impulsó a ese pequeño y voluntario destierro, aunque arguyera razones de todo tipo mareadas al viento.

Tras pensarlo detenidamente y con ciertos argumentos trazados en el cerebro, decidí utilizar como única compañía a mi primogénito, Gigante, con Setum y Okumé en inseparable simbiosis. Los pequeños Francisco y Cristina permanecieron con sus tíos, que marcharían por unos días a la hacienda de Las Garitas del Marqués, allá por tierras andaluzas en Castellar de la Frontera que disfrutaban de vientos más generosos, cercana al escenario bélico algecireño donde se inició nuestra carrera naval. Más recuerdos embarcados en el ya abultado cofre aunque, en este caso, Pecas pudiera barajar la costa de sus pensamientos con mayor felicidad, si la realidad supera al cuadro que la ficción es capaz de mostrar con tanta claridad en nuestra mente.

También es cierto que la decisión de volver a esa hacienda extremeña, que tan particular rincón ocupó siempre en mi pecho, se debió a la insistencia de mi hijo Santiago en su deseo de navegar y guerrear en la mar, porque ya reclamaba el mozo sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas de forma pertinaz. Y como ya elevaba consultas y embastaba planes por mi parte para solicitar la oportuna licencia, y adelantar tal petición al momento de cumplir los trece años, lo que tendría lugar en el verano del año siguiente, deseaba disfrutar con él unos días en especial intimidad, porque una vez abierto a la mar nada sabemos del futuro. Estimaba necesario ponerlo al día de la existencia de esa tierra y su amadrinada historia, así como otros aspectos de nuestra familia.

Aunque intenté que el viaje desde la Corte se redujera en lo posible, no por ello pude evitar caer en los recuerdos y revivir aquel otro, trece años atrás, cuando tanto

Cristina como yo regresábamos a la normalidad de la vida. Pero decidí como especial homenaje a mi hijo que no podía caer en trasnochados sentimientos de dolor, sino mostrarle esa parte de mi vida que debía conocer por corto y sin intermediario alguno, ese secreto tan celosamente guardado al que tan sólo el fiel administrador don Alonso Sanromán y mi compañero Pecas habían tenido acceso.

Como el trayecto se presentaba muy por largo decidí, llegado el momento, que Gigante conociera la verdad completa de mi existencia, en especial esa parte que debía quedar a puerta cerrada y por siempre, tan sólo a disposición de las venideras generaciones. De esta forma, en la primera noche, unidos los dos en la intimidad de un pequeño dormitorio ventero, le narré la vida de mi padre, el antiguo galeote, así como los caminos que convirtieron al humilde Francisco Leñanza, natural de Fuentelahiguera de Albatajes, en el noble personaje de San Juan de Berbio que sentara plaza en la Real Compañía, con un expediente de limpieza de sangre a sus lomos más falso que la lealtad del apóstol Judas. También le expliqué mi especial cariño por aquella hacienda extremeña, con los difíciles amores que le hicieron brotar a la vida.

Al llegar al término del extenso relato y rendido de cuerpo y alma como si hubiese mantenido una furiosa cabalgada de varias jornadas, el pequeño Gigante se abrazó con fuerza contra mi pecho, como se afirma el náufrago al madero salvador. Pude comprobar con cerrada emoción que las lágrimas rodaban por sus mejillas, una continuación, quizás, de las que largara sobre el hombro de mi padre años atrás en parecida situación. Creo que se hizo más hombre todavía desde aquel momento, y mi orgullo creció al comprobar su cariño y comprensión.

Con paradas al quite y poco descanso concedido a los animales, atravesamos Talavera de la Reina, Oropesa, Trujillo, Mérida y Almendralejo, con noches en ventas de buen yantar y sin intentar visitas a nobles parientes como en la anterior ocasión. De esta forma, en la tercera jornada llegábamos a la ciudad de Zafra, donde tomamos la vereda en dirección a Santa Marta. Una vez transpuesta la pequeña villa, a media legua de distancia y por la vereda que conduce a Villalba de los Barros, encontramos un recio portón abierto al margen izquierdo, en cuya parte superior podía leerse, en bellas letras de forja, la palabra mágica y doliente: El Bergantín. Y era tanto el tiempo transcurrido, que la memoria se negaba con especial contumacia a recordar los detalles, escarbados en mi cerebro con infantil curiosidad.

Disfruté explicando a mi hijo que nos encontrábamos en un territorio de la provincia pacense llamada Tierra de Barros, de una belleza y fertilidad incomparables. La dehesa que comprara a mi nombre en su momento don Alonso Sanromán a tan beneficioso precio, era de gran extensión y excelente categoría. Comenzamos a rodar por las tierras de *El Bergantín*, mientras los recuerdos brotaban en cascada sin fin. En particular, rememoré la figura de mi padre, a cuyo sacrificio debía los caudales que propiciaron tan suculento negocio y el ascenso social en mi persona, imposible de creer años atrás. Pero también entró Cristina en volandas de

humos blancos por la cabeza, especialmente el día de nuestra boda y las semanas siguientes, imposibles de olvidar por la extraordinaria felicidad amadrinada a sus costuras.

Por fin, después de trepar por una escarpada cuesta con visible esfuerzo de los animales, alcanzamos una pequeña meseta preñada de encinas y alcornoques. Pero como especial milagro, al abrirse la cerrazón del bosque pudimos observar una edificación rectangular, de una sola planta y magníficas dimensiones. Por encima de cualquier otro detalle sobresalía el color rojizo de la piedra utilizada en su construcción, que le confería un aspecto guerrero aunque de digna nobleza. La sencillez en sus líneas, así como el innegable parecido con los edificios militares para el establecimiento de tropas, indujeron a Pecas desde el primer momento a bautizarlo como El Cuartel, nombre que permaneció para siempre. El frontal se extendía en dirección levante-poniente, mientras un imponente arco de media herradura situado en el centro, ofrecía cierta grandeza a la entrada principal, donde hiciera instalar el escudo de Tarfí en piedra. En realidad se trataba de un regalo de mi inseparable compañero para, según sus propias y rimbombantes palabras, concederle la necesaria dignidad de un modesto palacete.

Recibí una calurosa bienvenida por parte de don Melquíades Valdivia, un buen hombre que llevaba los asuntos de la hacienda con demostrada y magnífica probidad, aunque ya necesitara el auxilio de un grueso cayado para manejar sus pasos con cierta seguridad. Pero de forma especial me fundí en un abrazo con Ambrosio, el casero, y su mujer Felicia, a quienes recordaba con especial cariño por haber recibido inolvidables muestras de bondad y aprecio en momentos muy difíciles para mi persona. Comprobé que no parecía haber pasado el tiempo por sus cuerpos, aunque aumentaran las carnes ya extensas en derredor. Y no tardé en recordar los extraordinarios guisos de la buena mujer, que me llevaron a un rápido restablecimiento cuando todavía el cuerpo andaba en inestable equilibrio.

Mi hijo Gigante miraba todo con la curiosidad propia de los jóvenes. Me agradó que se mantuviera un buen rato admirando el escudo que coronaba la entrada de la casa, aunque ya conociera al detalle el significado de sus cuarteles, escogidos por mi parte con autorización de Su Majestad don Carlos III, tras concederme el condado de Tarfí por mis acciones en el cautiverio africano y el posterior apresamiento del bergantín inglés. Y disfrutaba como niño en juegos con las preguntas del hijo tan querido, sintiendo revivir algunos sentimientos perdidos.

—¿Es grande la hacienda, padre?

—Se trata de un predio magnífico que conseguimos a un precio de saldo, gracias a las deudas contraídas en el juego por su anterior dueño, un cortesano sin fuste ni amparo. Y debemos recordar con agradecimiento los sabios manejos de don Alonso Sanromán, que lo hicieron posible. En total, entre lo que podemos considerar como dehesa boyal, la de pasto y labor, monte medio y bajo con robles, encinas y alcornoques, más los terrenos dedicados al cereal y varias puntas de olivar, deben

alcanzar las cien caballerías.

—¿Caballerías? Nunca he escuchado esa palabra para medir las tierras.

—Se trata de una antigua denominación, usada desde la Edad Media. Correspondía a la porción de tierra que se concedía a los caballeros que habían contribuido a la conquista o colonización de un territorio. Aunque en desuso general, en estos días una caballería comprende unas sesenta fanegas aproximadamente.

—¿Hay buena caza?

—Extraordinaria —entró Setum en respuesta, como experto máximo del tema—. Buena cantidad y calidad de reses, algunas con más puntas en las alas que una tranca de labrado. Pero también cochinos con los colmillos más doblados que jamás habrá visto ser humano, y cualquier pieza menor de pluma o pelo que apetezca al guiso. Esta hacienda es incomparable en muchos aspectos y difícil de olvidar. Ya la recorreremos palmo a palmo y prepararemos aguardos en su sitio, que todo se mantiene al punto en mi cabeza a pesar del tiempo transcurrido —ofreció una sonrisa de absoluta satisfacción—. Disfrutaremos de esta tierra que tan bien recuerdo, cuando tu padre andaba enflaquecido de carnes y espíritu.

—¿Es eso posible, padre? —preguntó Gigante con guasa y cierto escepticismo.

—Pues así es, aunque te cueste creerlo. Llegué a esta hacienda como un alfeñique de feria en todos los sentidos, tras volver a la vida en milagroso despertar, porque no sólo el cuerpo rondaba en obra muerta, pero estos vientos me devolvieron a la vida.

—Los vientos y las extraordinarias comidas que prepara la mujer del casero, en especial la caza bien macerada y con adobo al punto. Y aunque no lo apetezco por religión, según tu padre el vino de esta zona es fuerte y más espeso que la sangre. También Okumé se pondrá como un toro en pocos días.

—¿Más todavía? —Gigante tocaba los brazos musculosos del moreno, quien poco a poco entraba en familia con gozo de todos.

—Estoy fuerte pero tengo hambre —contestó Okumé con esa sonrisa que abría a boca de cañón, coronada por dientes de marfil.

—Siempre tienes hambre por mucho que comas. Serías capaz de engullir un cochino entero sin respirar —también yo golpeé sus fuertes brazos—. Como aumentes unas pulgadas más estos músculos, acabarás por romper las mangas de las camisolas.

—Bien sabe tu padre que nunca sobran los músculos en la mar, cuando la gran señora decide ponerse a males o te llegan las balas entre bigotes blancos —Setum se dirigía a Gigante con su habitual tono paternal—. Y Okumé deberá encontrarse a tu lado cuando hagas la guerra contra franceses o britanos. Por esa razón, cuanto más fuerte sea, mejor para tu seguridad.

—¿Es eso cierto, padre? —Mi hijo parecía encantado con la noticia—. ¿Podrá acompañarme Okumé cuando me haga a la mar para guerrear contra los enemigos de España?

Fue entonces cuando comprendí perfectamente la maniobra de Setum, si me

quedaba alguna duda. Para colmo, el rostro del nuevo miembro familiar me miraba en muda interrogación, como si temiera una negativa.

—Por supuesto. Okumé te acompañara cuando salgas a la mar, bien sea en paz o guerra, como siempre hizo Setum a mi lado.

—¡Esa sí que es una buena noticia! En ese caso —Gigante se dirigía a Okumé con alegría—, no tendremos que separarnos cuando siente plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas.

—Por supuesto que no —alegué con seguridad—. Allí te acompañaré.

La alegría en los rostros de los jóvenes, que lo celebraban con un abrazo, me hizo sentir un ramalazo de felicidad, al tiempo que miraba a Setum con el agradecimiento más profundo reflejado en la cara. Pero no necesité articular una sola palabra, porque ya el africano me entraba en habitual sentencia.

—No pensará el señor que iba a dejar marchar al pequeño Gigante a la mar y a la guerra, sin la adecuada compañía de protección. Además, conforme pasan los días me reafirmo más en la opinión inicial que ya le expresé sobre este muchacho. Okumé es fuerte, valiente como un león, leal y jamás olvidará el precioso don recibido de su familia, que ya comienza a considerar como propia. Y por fortuna, parece que los jóvenes se han hermanado al ciento, circunstancia muy importante.

—Eres un genio, amigo mío —lo tomé por el hombro con el especial afecto que sentía, mientras paseábamos cerca del Cuartel.

—Hay que prever el futuro, señor, si no queremos sufrir nubes negras a destiempo.

Los días comenzaron a transcurrir con extraordinaria velocidad en El Bergantín, clara señal de que el disfrute era intenso. Y aunque nunca estimara como acertado ese proverbio, que aplica la velocidad del tiempo en dependencia de los placeres, debí aceptarlo como refrán marinerero, porque en verdad fueron días difíciles de olvidar. Recorrimos la hacienda a caballo, cazamos piezas de lustre y comimos en cantidad y calidad de gloria, con Felicia dispuesta a que recuperáramos sus especiales sabores. Y para colmo de bienes, Okumé hizo rodar por la vertiente llamada La Garrocha un cochino de tamaño asombroso, como si se tratara del abuelo mayor de toda la especie. En recuerdo de la hazaña, colgamos en el pabellón de caza aquellos colmillos cerrados, capaces de rodear el cuello más generoso. Debió ser la experiencia más feliz de su vida, porque sólo bastaba observarle el rostro cuando pasaba cerca del trofeo.

Pero una vez más debo recordar aquí las palabras del inolvidable general Barceló, al comparar el curso de nuestras vidas con el capricho de los mares, los vientos y las olas. Y puedo jurar por los dioses que la tierra es una prolongación de esa parte en permanente movimiento, y sujeta a sus mismos caprichos y veleidades. Atacábamos la última semana del mes de agosto cuando, una mañana en la que batíamos el paso de las torcaces a ritmo de descarga como navío de 74 cañones, nos alcanzó Manolín en furiosa cabalgada, con urgente aviso de la llegada a la hacienda de una visita

inesperada.

Trasladados al Cuartel sin pérdida de tiempo, nos encontramos con Feliciano, uno de los fieles de Pecas en el palacio de Montefrío. El pobre hombre mostraba aspecto de haber cabalgado a muerte y sin descanso durante demasiadas horas. Como es fácil suponer, todo el negro se vino a mi cabeza y ya esperaba noticias de luto familiar o catástrofe de grado.

—¡Feliciano! ¿Qué desgracia ha sucedido en la familia? ¿Enfermó alguno de los niños?

—¿Desgracia? —Parecía sorprendido por mi pregunta y la inquietud reflejada en el rostro—. Ninguna desgracia que yo sepa, señor.

—Vamos, buen hombre, larga las nuevas sin achantarte. Pareces haber cabalgado hasta dejar los cueros de los animales al suspiro, sin cobrar alimento y durante varias jornadas. ¿Ninguna enfermedad atacó a los miembros de la familia?

—No, señor. Cuando abandoné la Corte, todos en casa andaban en salud y con buen color. Tiene razón al asegurar que he cabalgado como no recuerdo haberlo hecho jamás, y son demasiadas las leguas atravesadas. Pero tan sólo recibí la orden de don Santiago de batir espuelas sin descanso, hasta hacerle entrega de este recado en mano. Y he cumplido como siempre.

Extendió su mano oscurecida por el polvo del camino, para entregarme un pliego en doble cierre y lacrado con tres seguridades. Como es fácil imaginar y sin esperar mayor información, partí los sellos con extrema urgencia para leer las palabras un tanto misteriosas de mi compañero.

Querido Francisco:

Siento interrumpir tus dulces jornadas de descanso y opulentas comidas camperas en El Cuartel, pero debes regresar a la Corte sin pérdida de tiempo. No pienses en males ni enfermedades familiares, que todos andamos fuertes y sanos al ciento. Las nuevas son de otro orden y con motivos políticos, que pueden afectar nuestro futuro muy por alto. Aunque quedes con la natural inquietud, no puedo ser más explícito por escrito, dada la reserva que la información disponible acarrea. Espero verte en pocos días. No remolonees y azuza a los animales, aunque sufran.

Un fuerte abrazo.

Pecas

Una vez leído el recado de forma repetida, renegaba en mis adentros por la táctica del enano, que dejaba en ascuas los pensamientos. Al menos, me tranquilizaba la noticia de buena salud general, porque no podía sospechar ocultamientos en temas de gravedad. De todas formas, al tiempo que recomendaba a Felicia ofrecer adecuada comida y bebida al pobre Feliciano, así como el merecido descanso, tranquilicé a Setum que ya interrogaba con gesto de preocupación en su rostro.

—Ningún asunto grave o enfermedad familiar, pero debemos regresar a la Corte sin pérdida de tiempo.

—¿Se ha declarado guerra?

—Eso mismo he pensado en un primer momento, pero en tal caso me lo habría comunicado por ser causa de dominio público. No acierto a comprender qué noticia secreta ha podido llegar a los oídos de don Santiago, para propiciar un recado de tal urgencia, aunque mucho guste de estos misterios. Pero ya sabes que huele las informaciones como nadie, y en este caso deben ser de nota mayor, para haberle decidido a enviar este urgente mensaje.

—Debe ser noticia de guerra, estoy seguro —insistía Setum.

—No necesariamente. Pueden haber acaecido grandes cambios políticos, marejadas en la Secretaría de Marina o cualquier otra razón de peso. También puede haber muerto el príncipe de la Paz por inesperada enfermedad, aunque en ese caso me habría adjuntado don Santiago unas frascas de su mejor vino para la oportuna celebración. Pero ahora en serio, debe tratarse de tema muy importante y relativamente secreto, para negarse a ponerlo por escrito en recado personal y con hombre de su plena confianza. Pero, bueno, lo que ha de ser, será. Todo se encuentra escrito en el libro del destino.

Sonrió Setum cuando escuchó de mi boca una de sus habituales sentencias. Pero no perdió un segundo más, porque salió en tromba acompañado de Okumé para preparar equipajes y todo lo necesario.

De esta forma, abandonamos la hacienda extremeña de El Bergantín como presos fugados a la carrera. Mi hijo Gigante y su inseparable moreno mostraban gestos de disgusto en sus rostros, lo que certificaba lo mucho que habían disfrutado en las semanas pasadas. Y también yo podía afirmar que habían sido días de extrema felicidad, una cura necesaria que, para colmo de bienes, me había acercado al primogénito tan querido. Habíamos estrechado aún más los lazos que siempre deben unir a padre e hijo, sin que los signos de la necesaria autoridad nublen la buena amistad que, en el fondo, debe surgir para el bien de la marea familiar. Y tal condición no le es concedida al oficial de la Armada con facilidad, porque es mucha y larga la separación que la carrera le exige.

Si en el trayecto de ida hacia tierras extremeñas había impuesto cierta diligencia y escaso descanso para animales y personas, en esa extraña inquietud que siempre me atacó por arribar a puerto en cualquier circunstancia o condición, pueden comprender que en este tornaviaje forzado hacia la capital de los Reinos atizara los cueros sin desmayo. De todas formas, despotricaba en mi interior por las interrogantes creadas por Pecas, una conducta con la que siempre disfrutaba y ahora se abría en diferentes posibilidades que analizaba sin tregua. A tal punto llegó mi inquietud, que el buen Setum debió entrar en componendas de tranquilidad.

—Nada ganará con escudriñar sus pensamientos en guadaña y a ritmo de duelo. Ya sabe que don Santiago es ducho especialista en crear inquietud.

—Ya lo he pensado, Setum, pero para hacernos regresar a la Corte en cabalgada de espanto, debe albergar serias y poderosas razones.

—Y las habrá, sin duda, aunque muchas veces los temporales más furiosos se disuelven como por encanto con una buena tromba de agua. Es posible que se haya reproducido la guerra contra el francés, que esos republicanos no son de fiar.

—Esa posibilidad es difícil de creer, porque no andaba el príncipe de la Paz en esa línea de juegos, si eran ciertos los rumores que llegaron a nuestros oídos. Fue grande el miedo instalado en la Corte, cuando los franceses llegaron a amenazar las Castillas.

—Y tanto. Al punto de llegar a entablarse planes secretos para el traslado de la Real familia hacia el virreinato de Nueva España —Setum presumía de mantenerse bien informado.

—Eso fueron rumores sin confirmar, que me niego a creer. Pero también es cierto que los franceses apetecían el acuerdo de paz.

—Pues será guerra con los britanos, que no aparece en el horizonte otra posibilidad.

—Tampoco debería ser así, a no ser que hayan apresado algún convoy de las Indias con suculento botín, o atacado alguna plaza en nuestras provincias americanas. Dios no lo quiera, que no se encuentra la Armada en estos días para batirse con los ingleses.

—Padre, en caso de guerra —intervino Gigante con los ojos en brillo y palpable emoción—, ¿sería posible sentar plaza de guardiamarina con anterioridad?

Miré a mi hijo con abierta satisfacción. No era mala esa inquietud y sana impaciencia por incorporarse a la Armada, que recordaba a la sufrida en mis carnes a temprana edad. Sin embargo, aunque sintiese un declarado orgullo en mi pecho, también lo imaginaba con el sable en la toldilla de algún navío, expuesto a la sangre y la mutilación, pensamientos que cruzaban las venas con dolor.

—No es posible antes de que cumplas los trece años. Debes recordar que, en teoría, los que aspiran al ingreso en la Real Compañía deben encontrarse en edades comprendidas entre los catorce y dieciocho años, aunque con petición expresa de exención puede intentarse a los trece, demostrando ciertas cualidades, lo que es norma bastante corrida que espero conseguir sin mayor complicación. De esta forma, deberás esperar al año próximo, para comenzar el curso en octubre, si continúan las normas vigentes cuando elevé consulta hace pocos meses.

—Un año es mucho tiempo —parecía abatido, como si esa guerra no declarada más que en su cerebro, fuese la última oportunidad de rendir servicio en la Armada.

—Un año pasa por nuestras vidas como vuelo de cormorán, hijo mío. Debes tener en cuenta que nunca las guerras aparejan el bien de las naciones, sino muerte y miseria casi siempre. Por desgracia, serán muchas a las que podrás concurrir.

Setum sonreía en cerrado mientras aleccionaba al joven. Parecía sentir el mismo orgullo paterno o ampliado quizás, en esa relación tan especial que nos unía. También

entró en vereda con sus recomendaciones habituales.

—Debes emplear más tiempo en las ciencias y las artes del caballero. Sable y pistola son imprescindibles. Y también tú, Okumé, que andas flojo con el chuzo de abordaje en la mano. Aumentaremos las horas dedicadas a tales asignaturas.

—Pero si Okumé viene a la guerra conmigo —alegó Gigante—, deberás entregarle esa gumía de la que no te separas nunca y que, según comentáis, tantas veces salvó la vida a mi padre.

—Esta gumía es sagrada y nadie la sacara de su funda encajada hasta mi muerte —Setum palpó el arma estibada en el fajín—. Me la entregó tu padre cuando comenzamos la evasión del cautiverio africano hace ya muchos años, y aquí seguirá por siempre jamás, mozalbete. Ya armaremos a Okumé en conveniencia, no te preocupes.

En un tiempo que podríamos considerar como exigido a las postas del Rey en encargo de misión diplomática urgente, cubrimos la distancia de regreso a la Corte con polvos encajados en las pestañas. Por fin, atravesamos con el carruaje el portón del palacio de Montefrío en el último día del mes de agosto, nerviosos por lo que el próximo destino nos podía deparar. Mucho habíamos hablado de posibles guerras, elucubraciones sin medida aunque nada supiéramos de esas importantes noticias que mi cuñado albergaba en sobre cerrado. No obstante, una voz en mi interior avisaba de futuros por bolas negras, sin poder comprender su significado, aunque no dispusiera de las especiales dotes adivinatoras que adornaban a Setum. Pero pronto caería la verdad a espaldas y con asombro general de toda España.

5. Un Tratado sorprendente

Grande era el nerviosismo entablado en el pecho cuando penetraba en los salones del que consideraba como mi propio hogar. Pero para mantener la norma establecida, hube de atar por corto la impaciencia y cumplir con los necesarios saludos a la familia, aunque las serpientes recorrieran el estómago a un largo. Entre abrazos de niños y recuento de las aventuras cinegéticas de mi primogénito en la hacienda extremeña, amenizadas a la larga por Setum, elevaba una mirada interrogante a Pecas. Pero nada dejaba ver en ella el muy ladino, disfrutando de seguro con aquella penitencia impuesta a mi conciencia.

Una vez amansadas las ansias juveniles y alcanzada la torrentera al recodo de calma, arrastré a mi cuñado con pueril excusa hacia su despacho privado. Cerré la puerta con fuerza y sin dudarle, al tiempo que me encaraba con él sin esperar un segundo.

—No me habrás hecho recorrer media España a galope de postas negras, para mantener en ascuas el ánimo durante horas, culebrón endemoniado. ¿Qué noticias tan extraordinarias son éstas que no podías transmitir por escrito, y hacían necesaria mi presencia en la Corte, cuando disfrutaba de la vida muy por ancho?

—Calma, gigantón, que nunca has dispuesto del don de la paciencia e imprescindible medida, tan necesarios en un caballero entregado a la carrera de las armas. Además, estoy convencido de que ya echabas de menos mis charlas y deseabas regresar al placer de la civilización —exhibió su habitual rostro guasón, antes de continuar—. Seguro que no me equivoco.

—Deja ya los preliminares y entra en harina sería de una vez, enano —elevé mi mano en amenaza.

—De acuerdo, pero con tranquilidad. Si te he hecho venir a golpe de rueda no es para satisfacción propia o interrumpir tu sesteo campero en ese inmundo Cuartel, sino por perentoria necesidad. Ha llegado a mis oídos una importantísima noticia, tras jurar el más absoluto silencio sobre los evangelios, porque tal información no puede salir de esta estancia. Y conste que hablo en serio. Prometo por el honor de mis antepasados, que estas palabras conforman verdad de ley y sin broma aparejada, Francisco.

—¡Vamos, Pecas! ¡Larga el velacho de una puñetera vez! Ya sabes de mi discreción que no es, precisamente, una de tus más acendradas cualidades. Si alguien fue capaz de confiarte noticia de tal importancia, no conoce a Santiago de Cisneros.

—Estás equivocado al ciento, amigo mío. En este caso y como norma excepcional de mi conducta, habría mantenido la promesa. No obstante, te considero como hermano de sangre, razón por la que debo quebrantar el santo juramento. Ahora en serio, Francisco, te aseguro que se trata de información muy secreta y reservada —me alarmó la seriedad entablada en su rostro, circunstancia poco habitual en su

persona—. Las sorprendentes nuevas que, te adelanto, considero nefastas para la Armada y para España, llegaron a mis oídos por pura casualidad. Esta circunstancia se produjo gracias a la lealtad de un miembro del Consejo de Estado que se encontraba bajo las órdenes directas de mi padre, en su paso por la secretaría privada de Su Majestad y, para mi sorpresa, guarda buen recuerdo de él. La fuente no puede ser de mayor credibilidad. Puedes estar seguro de que este caballero ha tomado parte en las muy secretas negociaciones que han dado como fruto la firma en San Ildefonso, el pasado 18 de agosto, de un tratado de alianza ofensiva y defensiva que nos llevará a la ruina más absoluta.

—¿Alianza de guerra firmada por Su Majestad? ¡Por Dios! ¿Con quién?

—Aunque te cueste creerlo, con la Francia revolucionaria, esa pandilla degenerada que detesta las monarquías y cualquier noble creencia, contra la que hemos luchado a muerte hasta hace pocos días.

—¿Alianza con la Convención francesa? Vamos, Pecas, eso no es posible.

—No lo pongas en duda, que el acuerdo ha sido firmado por las partes en la fecha señalada.

Mi extrañeza era de grado y todavía, a pesar de la seriedad de mi cuñado, parecía broma pesada. Intentaba buscar en el cerebro una posible explicación a tal circunstancia.

—Bueno, se escuchaban rumores en ese sentido antes de mi partida, de forma especial el acercamiento personal de don Manuel Godoy a nuestros vecinos del norte. Incluso algunas voces, interesadas a favor del valido, indicaban que era el único camino para España ante la persistente ambición britana sobre nuestras frutas coloniales. Pero eso no es más que falsa moneda y argumentos a favor del petulante príncipe. Ya sabes que, en mi opinión, no sólo es posible una neutralidad en este conflicto abierto entre los franceses y medio mundo, sino que la necesitamos como el agua para sobrevivir. Debemos reanudar las construcciones navales en nuestros arsenales y reestructurar la Armada en muchos flancos.

—Aunque concuerde contigo hasta la regala, todo eso no son más que cuentos y margaritas de leyenda, amigo mío. Con la alianza firmada, debemos poner a disposición de la Francia, cuando así lo requiera, un respetable número de fuerzas navales y terrestres en un plazo máximo de tres meses. Y nos lo exigirán, no te quepa duda, además del peligro que supone para nuestro comercio con las Indias la amenaza de la marina inglesa.

—¿Esos regicidas nos arrastran a una guerra contra toda la Europa? Más que torpeza, lo estimaría como una locura sin medida.

—Bueno, el tratado firmado solamente es efectivo para luchar contra la Gran Bretaña.

—Tampoco puedo comprenderlo. ¿Una alianza parcial?

—Pues así es. Recuerdo perfectamente, porque el caballero del que te hablaba me narró el tratado completo, denigrante e incomprensible desde cualquier punto de

vista, que en su último artículo declaraba: Siendo la Inglaterra la única Potencia de quien la España ha recibido agravios directos, la presente alianza sólo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y la España permanecerá neutral respecto a las demás Potencias que están en guerra con la república.

—Nunca ha sido fácil a lo largo de la Historia, mantener una parcialidad en las guerras abiertas, que el amigo del enemigo en enemigo feroz se convierte por naturaleza propia. Lo creo porque sé que hablas en serio, aunque cueste mucho aceptarlo como cierto. ¡Si nos hemos encontrado en perfecta connivencia con la Gran Bretaña hasta hace pocos días, para luchar contra esos villanos! Embarcarnos en una guerra contra la Gran Bretaña en nuestra situación actual es un suicidio. Supongo que, como de costumbre, toda acción se negociará al deseo y arbitrio de los franceses, es decir, a defender sus intereses. Como tantas veces hemos asegurado, volvemos a equivocarnos el aliado en este siglo. Supongo que nos ofrecen la fruta gibraltareña al alcance de la boca, como en ocasiones anteriores.

—Nada de eso. Para colmo, en esta ocasión ni siquiera se habla de Gibraltar como punto de especial interés para España. Ni de ningún objetivo concreto, salvo que se intente recuperar alguna isla antillana, y ésta es una opinión personal. Pero respecto a la Roca por la que tanto hemos luchado, nada de sitios, bloqueos o cualquier acción parecida.

—Pues lo comprendo menos todavía. ¿Qué rendimientos podemos obtener en esta guerra, con la Real Hacienda estibada al vacío? ¿Quién ha sido capaz de entablar un acuerdo semejante?

—¿Quién va a ser? El semental de la Corte, ese advenedizo que, para mayor descrédito, firma como si se tratara de un príncipe de sangre.

—¿A qué te refieres?

—Pues que nuestro Secretario de Estado, ese capitán de guardia de corps enaltecido a los altares, encabeza como firmante el tratado en los siguientes términos, y te aseguro que no exagero un ápice: Don Manuel Godoy Alvarez de Faria, Ríos, Sánchez, Zarzosa, príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma y del estado de Albalá, grande de España de primera clase, regidor perpetuo de la villa de Madrid y de las ciudades de Santiago, Cádiz, Málaga y Écija, y veinticuatro de la de Sevilla, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, gran Cruz de la real y distinguida española de Carlos III, comendador de Valencia del Ventoso, Rivera y Acenchal en la de Santiago, caballero gran Cruz de la real orden de Cristo y de la religión de San Juan, consejero de Estado, primer secretario de Estado y del despacho, secretario de la Reina, superintendente general de Correos y Caminos, protector de la Real academia de las nobles Artes y de los reales gabinetes de la historia natural, jardín botánico, laboratorio químico y observatorio astronómico; gentilhomme de cámara con ejercicio, capitán general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real Cuerpo de guardias de Corps, etc.

—Ese etcétera es tuyo o del príncipe.

—Así reza textualmente en el documento, lo que refleja con claridad la petulancia del engreído advenedizo. Ahora que lo creíamos fenecido, se reaviva el pacto con la Francia, aunque en versión revolucionaria.

—Una reedición de los funestos Pactos de Familia, reeditado con los que guillotinaron la cabeza del querido familiar. ¡Qué baje Cristo de la cruz y nos lo explique a las bravas! Supongo que ya se encontrarán los britanos al acecho de nuestros buques y comercio de Indias, para engrosar sus arcas antes de la ruptura formal.

—Por difícil que sea de creer, parece que no les ha llegado la noticia, aunque su espionaje sea el mejor del mundo. En opinión de mi informador, también es posible que no les interese en estos momentos darse por enterados del secreto Tratado porque, según aseguran, agentes británicos se encuentran en París para negociar la paz.

—Bueno, eso nos libra de soportar algún acto de hostilidad británico antes de la formal declaración de guerra que, supongo, se hará pronto. Espero que, al menos, se hayan tomado las medidas necesarias. ¿Hay noticias sobre la formación de escuadras? Supongo que ésa es la verdadera razón de tu misiva.

—En efecto. Tu querido general don Federico Gravina continúa de saraos y partidas de caza por la Corte, con lo que deberás atacarlo por ambas bandas y exponerle a las claras nuestros deseos.

—Eres una raposa ballenera, enano. Para eso me has hecho venir.

—Calma, gigantón, y no largues estupideces sin medida. Como te decía, dadas las especiales circunstancias de la ocasión con los britanos en sordina, disponemos de algún tiempo para preparar el terreno en las Indias y en la península, así como hacer llegar los caudales necesarios para nuestra fenecida hacienda. Ya desde los primeros días de agosto se ha ordenado la formación de diversas escuadras. Al menos, mostramos cierta diligencia, aunque nuestro infeliz Secretario se encuentre a las órdenes directas de Godoy, que es quien decide toda medida hasta la media pulgada.

—Ya era así antes de la firma.

—En efecto, pero ahora aumentado por mil. Se ha ordenado formar una escuadra bajo el mando de don Ignacio María de Álava, con destino a las islas Filipinas, formada por tres navíos, entre ellos el Montañés, y dos fragatas. Otra de siete navíos y cuatro fragatas, bajo el mando del marqués del Socorro, debe partir hacia la América septentrional.

—¿Para enlazar con la del teniente general Aristizábal?

—No, con independencia y diferentes misiones. Para apoyar la que has mencionado sale una división bajo el mando de Ruiz de Apodaca, con tres navíos, dos fragatas y un bergantín. Pero también se ha ordenado armar la escuadra del Océano, bajo el mando de don Juan de Lángara, con 15 navíos, 12 fragatas, dos corbetas y dos bergantines, así como la del Mediterráneo, al cargo del conde Morales de los Ríos, con 11 navíos, 11 fragatas y tres bergantines que, supongo, se

incorporarán a las fuerzas de Lángara en su momento. En total, si sumamos los buques sueltos programados en misiones independientes, unas 143 unidades. Muchas ramas y troncos debilitados.

—¿El conde de Morales de Los Ríos al frente de tan crecido número de buques? Todavía continúa ese..., ese pájaro detentando mando de escuadra.

—Ese cobardón deberías decir y no errarías una mota. Aunque cueste creerlo como cierto, es normal después de haber recibido el condado, por el simple acto heroico de haber hecho el ridículo en el norte del África. Después de todo, es norma habitual en nuestra Armada.

Quedé pensativo unos segundos, porque no cuadraba el escenario en mi cabeza al ras. De pronto, como inesperada revelación, comprendí que faltaba una pieza principal en el encaje.

—¿Y el general Gravina? ¿Deberá mantenerse en un despacho cuando tanto empeñamos?

—Ya te digo que se mantiene desembarcado y en la Corte. Desde luego, no ha sido nombrado para ninguna escuadra, que yo sepa. No conocía su pasión por la caza de volateo, a la que dedica mucho tiempo en compañía de dignidades con sangre real.

—No me entres a guasas con persona a la que mucho respeto y debo, Pecas. Es posible que todavía no se considere recuperado de su afección nerviosa. Entonces y por las claras, me has hecho venir porque atisbas posibilidades de embarque y pretendes que hable con ese general a quien tanto criticas.

—Sabes que mis críticas fueron siempre demostradas y acertadas, aunque también yo lo aprecie mucho como persona. Pero debemos tomar el viento que se nos abre por el anca^[13], y sabemos que don Federico te dispensa especial cariño, lo que es cualidad a conducir en provecho propio.

—No debería ser necesario andar siempre con peticiones —alegué con tristeza.

—¿En qué mundo vives? —Pecas parecía desesperar—. Por desgracia, así se funciona en nuestra Institución. Aunque seas un oficial brillante y con demostradas acciones de mérito en tu expediente personal, siempre es necesario un empujón de alivio desde las alturas. Debes elevar petición de recibo a don Federico Gravina y solicitarle un cable de remolque para que nos entreguen el mando de un navío porque, según tengo entendido, algunos andan con capitanes de navío al frente y deberían aprovechar la experiencia de jóvenes brigadieres como tú y como yo.

Continuaba pensativo. Algo en el interior me decía que faltaba una pieza importante en el rompecabezas, aunque no fuera capaz de localizarla. Pero fue Pecas quien dio en la diana con su siguiente comentario.

—Olvidaba un chascarrillo de la mayor importancia y que, para nuestra desgracia, puede dar al traste con todo. Bueno, sin guasa aparejada, que se trata de cuestión trascendental en opinión de muchos y bien triste por su significado. ¿No has comprobado la ausencia de algún famoso general en la lista de las escuadras, aparte tu querido Gravina?

—Pues no sé... ¡Don José de Mazarredo! —Por fin comprendía mi desazón interior—. ¿No recibe ningún mando el general considerado como el mejor táctico naval?

—No sólo el mejor táctico, por favor. Hablando en plata de ley, Mazarredo es el único general capacitado de verdad para mandar escuadra que tiene la Real Armada en sus filas en estos momentos, aunque no concuerdes con la idea y se estimen mis palabras como mera exageración. Es un hombre cultivado en todas las ramas de la guerra naval, que exige disciplina a muerte en los buques, personal experimentado para manejarlos, así como llevar a cabo ejercicios de mar y guerra en tiempos de paz y conflicto abierto. Además, es osado, valiente, gran organizador, imaginativo y de los pocos capaces de maniobrar una escuadra como un almirante britano. Sin olvidar que ha llevado a cabo gestiones diplomáticas de primer orden, como la de Argel.

—Por favor, Pecas, ya sé de tu gran admiración por don José de Mazarredo, creencia muy extendida entre nuestros compañeros. Y estoy de acuerdo en líneas generales con tu exposición aunque, en mi opinión, elevas a demasiada altura sus cualidades —mentía ahora porque concordaba al ciento con mi amigo, pero no estaba dispuesto a cederle el tramo completo en la discusión.

—No he mencionado más que una pequeña parte de sus virtudes mentales y marineras, y lo sabes muy bien. Recuerda que fue el elegido entre muchos para comprobar las características en la mar de los ildefonsinos^[14], en comparación con los gauterianos^[15]. En 1784, cuando el Secretario Valdés comprendió la necesidad de recopilar las Ordenanzas, a él se lo encargó por derecho. Y cuando dejó el mando del San Ildefonso y su división adjunta, pasó a Madrid para llevar a cabo tan importantísima misión. Como es listo cual demonio y sabe escoger a sus hombres, pidió le acompañase en la tarea el comandante de la fragata Santa Casilda, don Antonio de Escaño, que deberá ser en el futuro su continuador, porque todos hablan en luces de ese cartagenero. Como bien sabes, la obra es de una importancia y lucidez extraordinarias, que no ha dejado cabo suelto de todo destino a cubrir en un buque de la Armada.

—Debo reconocerlo. Las Ordenanzas de don Carlos III, aunque se publicaran ya con su hijo en el Trono, son un ejemplo para cualquier Institución marinera.

—Hace dos años, fue el encargado de armar la escuadra en Cádiz que se unió a las fuerzas de Lángara, una acción que muchos estimaban imposible, dadas las penurias de nuestros arsenales. Y como de costumbre, tras arbolar su insignia en el navío Purísima Concepción, nombró a Escaño a su lado como Mayor General^[16]. Después, cuando Lángara pasó a Cádiz como Capitán General, tras la muerte de Ulloa, tomó el mando de nuestra escuadra, para alivio de Gravina —me lanzó una sonrisa envenenada que ya esperaba—, y vimos con nuestros propios ojos de lo que es capaz un general de verdad en la mar.

—Recuerdo la inspección de los buques, tras recibir el mando que ostentaba en forma interina don Federico. Ciertamente, no es de los que esconden sus opiniones

ante los superiores, condición que en poco le beneficia.

—Largaba sapos y culebras por su boca, al comprobar el estado de las dotaciones y material a disposición. Pero ahí comenzó su drama personal que, después de todo, será el de nuestra Armada, porque no es el vasco de los que esconden el trapo. Comenzó a bombardear al Secretario de Marina con informes veraces y en detalle, la realidad por la que atraviesan nuestros buques. Recuerda que a pesar de haber recibido la orden de pasar a Mahón para invernar, se dirigió por su cuenta y riesgo a Cartagena, alegando que en la isla no existían pertrechos y elementos suficientes para reparar y rearmar su escuadra.

—Y supongo que ahora al nuevo Secretario, ese inútil de Varela, debe lanzarle balas de a 36.

—Hace pocas semanas, desde Cádiz con su escuadra, elevó Mazarredo un voluminoso informe al inepto Secretario con una franqueza que sólo él sería capaz de utilizar, aunque podríamos decir que se trataba de una recopilación de los muchos informes parciales tramitados con anterioridad. Decía muy por las claras y, según algunos generales cortesanos, con excesiva crudeza, que si no se acometía el remedio inmediato a tanta desidia, resultaría un sacrificio inútil emprender cualquier campaña marítima, dados los pobres y escasos elementos en artillería, pertrechos y un largo etcétera que se observan en nuestra Armada en el primer día de mar de cualquier escuadra. Y también aludía a la necesidad de que el personal recibiera el abono de las pagas atrasadas, un tema que nuestros engolados jefes omiten como norma habitual, aunque renieguen en corrillos y voz cerrada por bajo.

—También critica como norma la poca profesionalidad del personal embarcado.

—Porque desea que la matrícula de mar se organice en forma adecuada y, con ello, evitar el embarco en la Armada de tropas de tierra o vagos y gente de mal vivir. Asegura sin rebozo que esa gente de la peor ralea, además de no ser útiles para el servicio a bordo ni para el combate, especialmente el último grupo, minan la moral de las mejores dotaciones. Incluso comunicaba a sus amigos y compañeros sin cortarse una letra, que compadecía al desgraciado general a quien tocara en suerte combatir con los ingleses, con las escuadras tal y como hoy se encuentran.

—Todo lo que dices es cuestión más que sabida en la Armada, desde el primer general de la escala hasta los pajes de escoba^[17] y criados particulares.

—En efecto. No obstante, todos los generales proclaman su rendido amor y lealtad a Su Majestad, pero no tienen la valentía de decirle en alguna de las muchas recepciones a las que son invitados, la realidad en que se encuentra su Real Armada. Mazarredo es el único con el coraje de presentar por escrito y con su signatura en claro, la desastrosa situación que sufrimos, exigiendo al tiempo un rápido y proporcionado remedio al calamitoso estado. Además, asegura que, en caso contrario, sobrevendrán desengaños y desastres de calibre alto para nuestra Institución y para España.

—Tienes toda la razón. Pero por desgracia, de poco sirve esa postura.

—¡De eso nada! Sirve para que quien manda escuadra quede con la conciencia tranquila, aunque mucho le cueste —Pecas mostraba su indignación—. Hace algunas semanas me informaron en la Secretaría de que, al día de la fecha, nos faltan casi 40 000 hombres para tripular nuestros buques. ¿Te imaginas las escuadras con cuarenta mil artilleros de tierra, poco dados a la mar, acompañados de vagos, maleantes y lo peor de cada casa, apresados en levass de tormenta por el interior, dispuestos a escurrir el bulto y salir corriendo hacia las cubiertas inferiores al primer disparo? Por desgracia, muy caro le ha costado al gran Mazarredo su franqueza.

—¿Le ha costado caro? ¿Qué ha sucedido?

—Lo que, por desgracia, era de esperar. El Secretario Varela, un inútil interesado tan sólo en desacreditar a su antecesor, harto de la franqueza de su mejor general, lo ha relevado en el mando, con orden de pasar a cuartel a Ferrol. El muy estúpido alega ante Godoy, que Mazarredo es partidario del anterior Secretario, don Antonio Valdés, lo que es opinión corroborada entre todos nosotros, porque no somos pocos los que añoramos la presencia del bailío. También hay quien aduce que él mismo renunció al mando de su escuadra, tras serle denegada una autorización para salir a la mar con alguno de sus buques en flotilla y llevar a cabo un necesario adiestramiento. El caso es que la orden lo confinaba en Ferrol, con la prohibición de pasar por la Corte.

—¿Prohibición de pasar por la Corte? Por todos los cristos, esa medida en mucho se acerca al más puro destierro.

—El pobre vizcaíno debió permanecer varios días cerca de Madrid, en la localidad de Aravaca, esperando que su familia, residente en esta villa, levantara la casa. Pero recibió muestras de simpatía y admiración por parte de muchos de nuestros compañeros y subordinados. La verdad es que siento no haberme encontrado al día, porque habría marchado hasta él para ofrecerle mis respetos y la más sentida admiración. Por fortuna, don Antonio Valdés en persona le envió su ajuar de casa, con el que partir hacia Ferrol. Pero, según aseguran, su domicilio en el cercano pueblo se convirtió en centro de reunión para muchos miembros de la Armada.

—Me alegro por él. Al menos significa un reconocimiento que merece.

—Pero la orden de pasar a cuartel no acalló las protestas de don José de Mazarredo que, poco después, desde su retiro ferrolano, las elevaba directamente al príncipe de la Paz, una prueba más de su personalidad y valor. Acababa su aserto con las siguientes palabras, que son dignas de tan gran personaje: Es verdad evidente e innegable que hoy la Armada es sólo una sombra de fuerza muy inferior a la que aparenta, y que se acabará de desvanecer en la primera campaña. Vengan a mí los que por lisonja opinen en contrario; hagan descripción de lo que es un bajel de guerra, de lo que es una escuadra, de lo que es una marina militar, y yo formaré la mía.

—Buena frase y con diana de llave. Tiene la sangre en su sitio este general.

—La sangre y los huevos a ritmo de cañón, condición que mucho se echa en falta entre sus compañeros. Pero como es fácil comprender, no acepta el engreído válido que un ser humano se le dirija en tales términos. Aunque parezca cosa de locos, el

príncipe de la Paz lo ha condenado al destierro. Este cretino aleja de la escena a nuestro mejor general, el único que podría restaurar el desastre en que nos encontramos. Pero aunque parezca difícil de creer, al mismo tiempo le encarga que redacte en persona, sin emplear amanuense, una nueva tabla de señales para las escuadras porque sospecha, como todos sabemos, que los ingleses disponen de las actuales. Y para calmar a Su Majestad, don Manuel Godoy, en denigrante connivencia con el Secretario de Marina, le comunica que Mazarredo se ha trastornado con abierta demencia, y por esa razón se le había prohibido pasar por la Corte. ¡Demente y encargado de redactar el nuevo código de señales! Ni las rabizas de Estambul caerían tan bajo.

—¿Mazarredo desterrado? ¡Qué vergüenza! ¿Ningún general lo ha defendido ante Su Majestad?

—¿Defenderlo ante Godoy o en presencia de Su Majestad? —Ahora Pecas reía en tono burlón—. Cuando hables con el general Gravina, que dispone de llave^[18] y acceso a palacio, puedes preguntárselo. Aunque con tanta dedicación a la caza de codornices, no creo que disponga de tiempo suficiente.

—No cargues pólvora sobre la herida, enano.

—Perdona, Gigante, pero me saca de las casillas esta cuestión.

Se hizo el silencio, como si los dos sopesáramos la real situación que deberíamos abordar en los próximos meses, abierta en negro de proa a popa. Y no era para batir cohetes de feria ni izar gallardetes de victoria al viento. Por mi parte, la tristeza que me producían las noticias recibidas era honda, y bien sabe Dios que no se debía a la cercanía del combate en calamitosa situación, sino una pena profunda por la Armada, esa Institución a la que todo debía, amaba profundamente y a la que me había entregado desde el primer momento. Las palabras de Pecas me sacaron de esa especial y negativa ensoñación.

—Debemos estar locos para querer mandar un navío en estas circunstancias. Pero no es de ley apartar los ojos en momentos de caída sino, por el contrario, seguir el ejemplo de algunos generales como Barceló o Mazarredo, que piensan en el bien de la Institución antes que en los honores a recibir, y esa falsa lealtad de esconder la verdad ante Su Majestad.

—Tienes razón. Solicitaré ser recibido por el general Gravina y le expondré nuestros deseos.

—Me parece perfecto —Pecas volvió a sonreír, moviendo sus brazos en abanico, como si debiéramos olvidar los pesares—. Vayamos con la familia y bebamos buen vino, que pronto echaremos de menos estos generosos caldos que he recibido por particular conducto.

Aunque la compañía de mis hijos y sobrinos, así como la simple observación de María Antonia al través cerrado, elevaba el ánimo alicaído, no dejaba de mascullar en mi interior la situación que España debería afrontar en pocas semanas, si es que la Gran Bretaña no había tomado ya medidas que produjeran luto y dolor entre nuestros

hombres. Comprendí la verdad del presentimiento sufrido en el viaje, porque las bolas negras volaban sobre nuestras cabezas sin descanso.

Dos semanas después de mi regreso a la Corte, mediado el mes de septiembre, fui recibido por don Federico Gravina en su domicilio, y no porque tardara en solicitarlo, sino debido a su ausencia por pasar unos días en el Real Sitio. En esta ocasión, Pecas estimó como más apropiada mi presentación en solitario, dada la mayor confianza que el general me dispensaba.

Al igual que en el primer recibo, fui conducido a presencia de don Federico con extrema rapidez, que no era aficionado el general a forzar la espera de sus visitas, con independencia del rango o categoría. Me recibió en su saloncito particular con extrema cordialidad, porque sin duda el aprecio y lealtad hacia sus subordinados era la mejor cualidad en su persona. Y ya de entrada puedo asegurarles que lo encontré muy repuesto de color y movimientos, aunque todavía pudiera percibirse ese pequeño rumor nervioso en sus manos. Me ofreció un abrazo de extrema confianza, una deferencia que desazonaba mi espíritu en el fondo, porque no es fácil querer y admirar a un jefe a quien, sin embargo, se critica en la intimidad del corazón. Tras invitarme a un rico moscatel, del que el general gustaba por alto, entramos en tema de orden sin pérdida de tiempo.

—¿Sigue sin destino a flote, Leñanza?

—Así es, señor general. Pasé unas semanas de descanso en una hacienda que poseo en Extremadura, ganando carnes y esencias de salud por si el futuro se abre en situaciones de trance.

Me miró a los ojos, como si dudara en los comentarios que debía atacar. Por fin, hizo un gesto habitual con su mano derecha, al tiempo que se abría una triste sonrisa en su rostro.

—Le supongo al día de los rumores.

—¿A qué rumores se refiere, señor? —Me era difícil mentir, pero no estaba seguro de la confianza que Gravina deseaba conceder en la conversación.

—Vamos, Leñanza, no me mienta que conozco cada surco de su cara —me ofreció una sonrisa de condescendencia—. Esos rumores son ya carne trillada en la Corte, que no es el español muy propenso a mantener noticias en sello sin rascar. Y como ya los britanos han tomado medidas, podemos hablar de ello con claridad, aunque todavía el Tratado suscrito con la Francia no se haya hecho público.

—Alguna noticia he escuchado en los corrillos, señor, pero sin extrema concreción. ¿Habrá declaración oficial de guerra?

—Así es. Se pensaba en disponer del mayor tiempo posible y, de esta forma, preparar el terreno y las escuadras con la necesaria conveniencia. Pero ya es tela cortada y, según parece, la declaración oficial de guerra se publicará en la primera semana del mes de octubre a más tardar.

—¿Decía que ya los britanos han tomado medidas? ¿A qué se refiere? ¿Nos apresaron algún buque o preciado cargamento de las indias?

—Gracias a Dios no se produjo ninguna desventura en ese sentido, que no se encuentran las arcas del estado para tintes negros. Pero según comentan nuestros agentes en adelante, parece que se ha ordenado en Inglaterra el secuestro de todo buque español que se encuentre en aguas de Su Majestad británica. Y dicha condición es medida más que suficiente para nuestros enemigos, porque no creo que tal disposición se ciña al escenario establecido.

Un ligero silencio, mientras me removía inquieto en la butaca, sin decidirme a encarar el asunto. Pero fiel a mi costumbre, establecí la sinceridad como santo y seña, que no es de ley falsear con nuestros superiores.

—Mucho me ha sorprendido el tratado firmado, señor, porque es difícil de creer.

—Esa es la opinión general. No debe olvidar, Leñanza, que en pocas ocasiones disponemos de datos suficientes para enjuiciar a las más altas magistraturas en sus trascendentales decisiones. Debemos tener en cuenta la muy difícil situación que debe afrontar el príncipe de la Paz, y no lo digo porque me dispense especial amistad y afecto, que me enorgullece. Mucho labora nuestro príncipe por el bien de España, y nadie mejor que él para considerar la complicada situación política actual.

Aquel comentario se cerró a mi garganta con garfios, aunque intentara no mostrarlo en el rostro.

—Será difícil enfrentarnos al inglés, si no se remedia la situación por la que atraviesan nuestras escuadras. Y vos la conocéis mejor que nadie, señor.

—En efecto, y no es lacra fácil de remediar. Pero no olvide que el ritmo de construcción naval en la Francia es enorme, y ya dispone de una marina muy importante. Unidos podemos presentar batalla o, al menos, resistir. Debemos elevar el número de profesionales a bordo, y a ello se dedica el esfuerzo y los dineros disponibles, que no son muchos.

—Una neutralidad nos habría concedido el tiempo necesario para retomar el camino establecido a lo largo del siglo. La matrícula de mar debe volver a funcionar, aunque haya que pagar al personal sin excesivo retraso, que ningún marinero embarca sin un mínimo futuro a la vista. Además, no se construye un solo navío o fragata en los arsenales, con lo que las inevitables pérdidas no podrán ser repuestas. Y la artillería...

Callé al observar el gesto de don Federico, que mostraba a las claras su preocupación y tristeza. Decidí enmendar el rumbo.

—Perdone, señor, si...

—No se disculpe, Leñanza. Ya sabe que siempre me ha gustado su franqueza y le tengo concedida tal confianza. Por desgracia, la revolución en Francia lo trastocó todo, y debemos laborar para que no nos infecte el mosquito hasta los huesos. De ahí el difícil equilibrio que don Manuel Godoy ha de afrontar cada día y en tantos frentes. No me gustaría encontrarme en su pellejo, que es una carga demasiado pesada la de llevar los asuntos del estado casi en solitario. Esperemos que esta guerra dure poco y podamos abordar nuestros problemas en paz, esa necesaria paz de la que habla y con

la que concuerdo, aunque no siempre sea posible. Pero conociéndolo, supongo que el motivo principal de su visita no es hablar de política sino bien distinto —ahora volvía a abrirse en sonrisas.

—En efecto, mi general, y bien que siento molestarlo con problemas personales una y otra vez.

—Siempre me ofrecí a ello, sin olvidar lo mucho que le debo. Por desgracia, no debería ser necesario en la Armada andar en petición para oficiales como usted o su cuñado, con valor encastrado en las venas y cualidades demostradas por alto.

—Corren rumores de nuevas escuadras en formación. Ya sabe que dispone de dos brigadieres dispuestos a embarcar donde se les asigne.

—Y si es mandando un navío, mejor —volvió a sonreír—. También yo gustaría de embarcar y perder de vista la Corte, aunque Su Majestad aquí me retenga. Pero no se preocupe, que intentaré ayudarles en lo que pueda con mano larga. Siento que no sea a mi lado, como en tantas otras ocasiones. Pero todo puede mudar de un día para otro, aunque los mandos de escuadras se hayan establecido en firme.

—Mucho agradecería su ayuda, señor, aunque ya sea norma más que repetida acudir en auxilio a su persona.

—No se preocupe. Es la Armada la que le debe reconocimiento, aunque por norma no sepamos premiar y castigar como se debe. No crea que nos sobran oficiales como usted y ese pequeño Cisneros. ¿Se encuentra bien su familia?

—En salud de luces, señor. Precisamente, el año próximo pediré la oportuna exención de edad, para que mi primogénito siente plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas.

—¿Un hijo suyo en la Armada? Cómo pasa el tiempo. Me alegro por los dos. Seguro que ese nuevo Leñanza seguirá sus pasos. Dios quiera que la suerte le acompañe.

No volvimos a tocar temas profesionales o de política general. Por el contrario y por primera vez, me habló Gravina de su tierra natal, Palermo, con una nostalgia y añoranza que no esperaba. Todavía parecía dolerle la negativa de Su Majestad a concederle la necesaria licencia para visitar a su padre, muy anciano, y la tristeza de que no pudiera abrazarlo en vida. Y aunque no lo declarara, se dejaba entrever su preocupación a que la Francia coligada pudiera atacar el Reino que era suyo de nacimiento, sin que este aspecto rebajara una mota su demostrada españolidad.

Cumplido el recibo, debo declarar que abandoné el domicilio del general con el ánimo derrotado. Y no estimen como posible causa mi situación personal, porque estaba seguro de que Gravina intentaría ayudarme en lo posible. Sentía una profunda desazón, difícil de erradicar, al comprobar la defensa que mi admirado general hacía de ese nefasto personaje, don Manuel Godoy, cuyas directrices no podían ser más negativas para la Armada y para España. Quise convencerme de que no disponía de toda la información para enjuiciar decisiones de Estado, que posiblemente se había tomado la única posible. Pero una voz en mi interior declaraba sin ambages que no

debía vendar los ojos a la verdad. De esta forma, llegué al palacio de Montefrío con las alas del espíritu bajo cubierta, y con la única esperanza de que se nos asignara destino a flote cuanto antes. Debíamos afrontar momentos duros, por lo que no era posible mostrar la espalda y ofrecer la blanda.

6. Nuevos horizontes

Una vez de regreso en casa, comenté con Pecas la conversación mantenida minutos antes con don Federico Gravina en su residencia al detalle y palabra, que mucho incidía el pequeño en preguntas. Aunque una especie de vergüenza interior me forzara a suavizar los comentarios escuchados en boca del general sobre don Manuel Godoy y la situación política actual, no pude evitar que mi compañero largara sapos y culebras en bocina, al tiempo que recordaba su personal opinión sobre ese general politicastro de Corte y adulador de las más altas magistraturas, como comenzó a denominarlo en sorna. Pero aunque lo defendiera en las discusiones, no crean que no me formaba cabal opinión sobre Gravina y su empecinada propensión al compadreo cortesano de altura, aunque chocara de frente con sentimientos abiertos en lealtad y agradecimiento.

Como es de ley, alegué como pude en defensa de la persona a quien tanto debía, rogando que bajara el tono de su crítica. Y para contraatacar en falsete, calificué a mi compañero como fariseo de lengua estrecha, recordando su insistencia en acudir al amparo del denostado general, olvidando esa caballeresca ley de no solicitar capa de alivio a quien se considera indigno de tal auxilio. Después de todo, de él podíamos esperar la necesaria ayuda para atacar ese jugoso destino a flote que tanto deseábamos. Pero fue inútil mi insistencia, con el pequeño lanzado en derrota de altura, porque ni siquiera este último razonamiento calmó su ánimo.

Fue a partir de aquellos días, cuando nuestras vidas entraron en una nueva y fogosa aceleración, esa mudanza tan habitual en la Real Armada y repetida mil veces en nuestras vidas, que nos traslada con espuma a popa del aburrido e interminable sesteo campero en tierra, a la más frenética actividad, bien sea de mar, de guerra o con ambas circunstancias amadrinadas entre sí como los vientos y el cielo. Pero no nos tomaba de través esa marea, que ya nuestros cuerpos se encontraban ceñidos a tal situación por años y, en verdad, la deseábamos como la boca sedienta busca el manantial.

Tal y como había asegurado don Federico, el 5 de octubre se hizo público el Tratado de alianza con la Francia republicana y la situación de guerra abierta con el Reino Unido de la Gran Bretaña, nuestro sempiterno enemigo en ese siglo que agonizaba con mal cariz de mar y cielos, aunque ya los ingleses hubieran decretado una esperada medida de confrontación el mes anterior. Y si algunos sopesaban una posible y próxima paz entre las dos principales potencias, que allanara nuestro espinoso camino al tranco, se disiparon las esperanzas como por encanto al escuchar los planes y operaciones de guerra embastados por los franceses, con desembarco incluido en las islas britanas y ningún beneficio abierto en futuros para las armas de España. Bien es cierto que también se trataba de condición repetida en el tiempo, un mal enfermizo al que estaba acostumbrada nuestra nación.

Aunque nuestros políticos parecían adormecidos y entregados al camino de espinas, porque la mano del valido era larga y con hierro candente en azote, mucho se comentó en mentideros y consejillos la inesperada alianza, llamada en generalidad contra natura, aunque con voces a la llana y sin aspavientos de rigor. Tan sólo el general Mazarredo se mantenía en sus trece, augurando desastres de orden diabólico para la Real Armada y para España, acusando por la claras al Secretario Várela como persona indigna e inútil para la alta labor a desempeñar. Por desgracia, son pocos los que suelen escuchar la voz del desterrado, aunque hable en tonos de verdad celestial.

Por aquellos días tuvimos conocimiento de que la escuadra bajo el mando de don Juan de Lángara, bien surtida con 26 navíos y 14 fragatas, había escoltado desde Cádiz, en la primera semana de agosto, a la escuadra del almirante Richery destinada al banco de Terranova contra los intereses bóticos, al tiempo que se destacaban las unidades del marqués del Socorro en la misión ultramarina prevista. Por primera vez parecíamos tomar la iniciativa en el ámbito naval, antes de la formal declaración de hostilidades, lo que presentaba una inesperada y adecuada medida.

Como buena y extraordinaria nueva, porque no abundaron a partir de entonces las situaciones de gloria, podíamos declarar que se abría la situación en el Mediterráneo para las fuerzas navales hispano-francesas como cajón de rosas. Lángara pasó el estrecho hacia levante en franquía y clara superioridad, encontrando de forma inesperada a una pequeña división del almirante Mann en conserva de convoy, apresando un mercante y un bergantín tan sólo, mientras el resto echaba espuma por la ronza hacia Gibraltar. Continuando su derrota hacia el Mare Nostrum y tras incorporársele las fuerzas disponibles del conde de Morales de los Ríos, con lo que su escuadra aumentaba a 27 navíos, 12 fragatas y otros buques menores, tuvo noticia de la cercana presencia del almirante Jervis con fuerza muy inferior, que se veía obligado a escapar del viejo mar por las brillantes acciones terrestres llevadas a cabo por las tropas francesas en Italia y sus bases de operaciones.

Sin embargo, en lugar de hacer por el inglés y atacarlo en una situación más que favorable, acción que un almirante britano habría llevado a cabo sin dudarlo un segundo, con o sin órdenes precisas en tal sentido, decidió Lángara dirigirse a Tolón, en cuya rada se presentó tras dos inexplicables días de fondeo junto a las islas Hyeres, como si necesitara ofrecer un especial descanso a dotaciones maltratadas por larga campaña, condición que no cuadraba al caso ni de lejos. Por fin, la escuadra de Lángara entró en el puerto francés con talante bien diferente al presentado por él mismo tres años atrás, cuando acudía como aliado de los britanos para luchar con nuestros amigos revolucionarios del día actual. Esta falta de acometividad sulfuró a más de uno, comenzando por nosotros mismos.

—Es de todo punto inadmisibile —bramaba Pecas—. ¿Cuándo comprenderemos que la misión principal de toda escuadra en la mar es la de batir a las fuerzas enemigas, especialmente y de forma ineludible cuando la situación se presenta tan a favor como era el caso? Lángara debió perseguir al almirante Mann, apresar sus

buques y convoy para, después, intentar batir al almirante Jervis, que navegaba hacia Lisboa con una escuadra muy reducida.

—Tienes razón. Podía haber aumentado su fuerza con algún apresamiento de altura, así como bastimentos de cierta importancia.

—¿Para qué se dirige a Tolón? ¿Qué misión estratégica es ésta? —Pecas, entrado en vereda de crítica, no solía escuchar otras palabras—. No era la campaña de bulto como para ofrecer un merecido descanso a sus dotaciones, que llevaban en la mar escasos días y navegando en luces galanas. ¿Querría presentar sus disculpas a los republicanos por haber defendido la ciudad a favor de los realistas y contra nuestros nuevos aliados? Siempre escuchamos la misma cantinela, ésta de no exponer a la escuadra propia en envites de fortuna, según sus propias palabras, porque es necesario preservarla en número.

¿Para qué se construyen los barcos entonces? ¿Para mostrar nuestro brillante pabellón a los vientos y transportar a reales personajes?

—Pues tal y como se encuentra la situación, menos mal que contamos con el teniente general don Juan de Lángara en la mar, a pesar de todas las críticas que puedas elevar. Parece ser el más apropiado para que una escuadra de grado en nuestra Armada, como la que se le ha confiado, navegue con cierto orden y sea capaz de adoptar una correcta disposición de combate.

—Dicen que es el único de los generales que se encuentran en estos momentos en la mar, con ciertas posibilidades de éxito, aunque no debemos olvidar aquel combate del cabo Santa María y esta falta de acometividad que acaba de ofrecernos. Mala señal de inicio es esa, Gigante, aunque poco nos guste.

—Seguro que al analizar sus posibles opciones respecto al almirante Jervis, dudó de su propia fuerza y eficacia, lo que no es de extrañar. Como dice Mazarredo, no es posible hacer la guerra sin pagas ni personal de mar en las dotaciones.

—Por favor, Francisco, qué manía la tuya de intentar justificar lo injustificable —la indignación de Pecas no decrecía una mota, mientras accionaba sus brazos en peligroso abanico—. Pero si dicen que el almirante inglés navegaba con once navíos solamente. ¡Once navíos! Estoy harto de escuchar que algunos de nuestros generales mandan y gobiernan con perfección una escuadra, cual es el caso de Lángara, pero poco hacen para utilizar su fuerza contra el enemigo en combate de altura. ¿Seremos capaces de temerle al inglés en la proporción de dos a uno?

—No digas barbaridades, Pecas —alegué con franqueza y cierto pesimismo.

—¿Barbaridades? Ojalá estés en lo cierto.

Aparte de estas noticias que recibíamos al vuelo, nuestra paciencia se acababa por momentos y ardíamos en la obligada vigilia expectativa. Por fortuna, en los primeros días de octubre recibimos la esperada noticia. Y ya andábamos con la mosca tras la oreja, porque muchos oficiales abandonaban la Corte en dirección a la costa, lo que aumentaba las críticas de mi amigo hacia Gravina.

En nuestro caso y según orden firmada por el Secretario de Marina, tanto Pecas

como yo debíamos incorporarnos a la cabecera del departamento marítimo de Cartagena, para quedar a disposición de la escuadra. Y aunque veíamos la mano de don Federico tras el telón, no nos cuadraba mucho esa ambigua frase de quedar a disposición, que nada en claro dejaba sobre nuestro futuro. De esta forma, tras despedirnos de la familia con la habitual tristeza que ofrece el caso, partimos a buen ritmo del tiro hacia levante, con abultado equipaje de ropas y viandas, como si fuéramos a emprender navegación de ultramar. Pero ya saben que mi buen compañero era muy adicto a tales medidas, para no quedar sin carnes y caldos en la mar, una situación que no gustaba aparejar ni de lejos.

Una vez llegados a la bella y milenaria ciudad cartagenera, siguiendo las órdenes escritas nos presentamos en la mayoría general del departamento marítimo donde, para mi desgracia, no se encontraba ya a su cabeza don José Girón, uno de mis jefes protectores, sino un brigadier llamado Jacinto Argilés. Era este oficial un asturiano espigado de cuerpo como percha de galera, rostro cetrino, palabras cortas y mirada turbia, circunstancia poco habitual entre compañeros de igual empleo. Sin mayores explicaciones nos ordenó fondear en tierra a discreción, hasta recibir el pertinente aviso. Debíamos esperar la prevista entrada de la escuadra del general Lángara en puerto, momento en el que sería necesario acometer alguna reorganización en sus fuerzas, especialmente en el apartado del personal, acoplado a la ligera hasta el momento por la urgencia establecida. Al menos, estas últimas palabras abrían nuestro espíritu en esperanzas, aunque la mirada del brigadier no fuera de confianza. Nos despedimos del poco comunicativo compañero, mostrando la misma y escasa cordialidad hacia su persona.

De esta forma, tomamos posada en conveniencia y con el ánimo ligeramente abatido porque, en verdad, nos corroía la impaciencia por pisar cubierta. Y aunque el establecimiento era limpio y aseado de paredes y personal, no estaba dispuesto mi compañero a mantenerse en aquel inmundo tugurio, según sus propias palabras, más de una noche. Fiel a su norma y tras una visita girada a la ciudad, regresó para comunicarme que mudábamos al palacio de los marqueses de Casa Tilly, parientes lejanos, como toda cabeza noble que interesara al momento de mi buen amigo.

En aquellos días ocupaban el noble edificio unos sobrinos del primer marqués, quien fuera capitán general de la Armada don Francisco Javier Everardo Tilly y Paredes, que había ocupado la Dirección General de la Armada y la capitanía general del departamento de Cádiz, habiendo muerto en el palacio el año anterior. Aunque protestara con fuerza aduciendo que de nada conocía a los dueños, de poco sirvió y allí mudamos nuestros reales con extrema rapidez. Y he de reconocer que mejoramos en notable porcentaje, porque fuimos tratados con extrema generosidad y discreción, con lo que nuestras vidas pudieron continuar sin pérdida de libertad.

Comenzaron a pasar los días más en negro que en blanco y con nervios abiertos en troneras. Las unidades de Lángara no asomaban el bauprés entre puntas, aunque mucho se rumoreara en tal sentido por las diferentes dependencias del departamento.

Cada mañana nos llegábamos en agradable paseo hasta las murallas, con anteojo incorporado en busca de los palos que no aparecían por el horizonte, por mucho que lo barriésemos de parte a parte. De esta forma, entramos en los últimos días de noviembre sin aliento a popa y con los nervios a flor de piel, que mi buena estrella parecía desaparecida entre gruesas nubes por el firmamento. Y para bajar el ánimo de grado todavía más, una tarde en la que disfrutábamos de las diarias reuniones que se celebraban en la morada de nuestros generosos anfitriones, en las que seguíamos las escasas noticias de la guerra, se reseñaron algunas poco halagüeñas para la Armada. Era el capitán de navío don Felipe Pons, uno de los ayudantes del capitán general del departamento, quien se mostraba al día de los acontecimientos, no muy esperanzadores en su opinión.

—Pero en Italia las campañas de ese general Bonaparte son clamorosas —alegaba don Marcelino Tamaransa, brigadier de la Armada muy entrado en años y fuera del servicio, con alargada y canosa barba que se ceñía a su pañuelo—. Además, se han desalojado a los ingleses de Córcega, un aspecto de la mayor importancia. Y aunque trasladaran sus fuerzas y pertrechos a Puerto Ferrado, en la isla de Elba, acabaron por abandonar el Mediterráneo. Esa medida les puede costar muy caro.

—El almirante Jervis se encargó de coordinar esas acciones con gran energía y efectividad —alegó Pons con seguridad—. Pudieron alcanzar la plaza de Gibraltar los diferentes transportes, mientras Jervis continuaba con su escuadra hacia Lisboa, donde se supone piensa establecer la nueva base de operaciones. Pocos comprenden cómo no actúa nuestro Soberano contra esa falsa neutralidad portuguesa, que los puertos de la nación vecina se abren al inglés con extrema cortesía. Sólo han quedado en el Mediterráneo algunas unidades britanas sueltas, para mantener la necesaria información.

—Y todos esos movimientos del inglés, sin ser estorbados por la escuadra del general Lángara, de fuerza extraordinaria, en ningún momento —entró Pecas con balas cruzadas.

—No era ése su cometido —insistió el ayudante con tonillo petulante y cierta arrogancia en el gesto—. Don Juan de Lángara acudió a Tolón con la misión de convoyar desde aquel puerto a los doce navíos y cuatro fragatas francesas que, bajo el mando del almirante Villeneuve, debían cruzar hacia Brest. Según tengo entendido, serán escoltados por nuestra escuadra hasta el estrecho. Y deberán entrar en este puerto en pocos días, si la mar no se opone.

—¿Convoyar al francés? —El tono de Pecas era escasamente formal, por lo que temí pudiera entrar en desaguisado—. No es ésa la misión de una escuadra denominada como del Océano, si mi cerebro aún se mueve en cordura. Según parece, nunca aprenderemos que el objetivo primero y principal de toda fuerza naval es batir la escuadra enemiga, cuando la situación se presenta en cuadro de franca superioridad. Pero tienen razón en que, ahora, despejadas estas aguas de velas inglesas, podrá pasear por el mar Mediterráneo sin problemas.

—Pues las pocas unidades britanas que todavía se mantienen nos ofrecen quebraderos de cabeza —volvió a insistir el capitán de navío, intentando evitar la discusión sobre la acometividad del general—. Ha llegado la noticia de que nuestra fragata Mahonesa, bajo el mando del capitán de navío don Tomás de Ayalde, debió rendirse ante el inglés y se encuentra en la plaza de Gibraltar.

—¿La Mahonesa? —preguntó el anciano brigadier con interés—. Una hermosa gacela construida en Mahón en 1789 bajo la advocación de Santa Mónica. Navegué en ella de transporte y bebía las aguas con soltura.

—Cubrí división con esa fragata cuando me encontraba embarcado en la Santa Casilda, de armamento y líneas similares, formando parte de la escuadra de don Francisco de Borja —decidí entrar para forzar la conversación en medida de líneas—. Muy ligera de alas y con 34 cañones, aunque la batería corrida era de a 12^[19] solamente, más ocho cañones de a 6 en alcázar y castillo.

—Según parece, se le aumentó su armamento con dos obuses de a 24 en el alcázar y otros dos en el castillo. Al menos, esa orden se dictó hace meses por la Secretaría. La pasada semana recibimos en Capitanía el parte rendido por su comandante desde la plaza gibraltareña. Fue batida y apresada por la fragata británica Terpsícore de 40 cañones, a escasas millas del cabo Gata.

—¿Duró mucho el combate? —preguntó Pecos con cierta malicia, que siempre el pequeño sospechaba a la mala—. O salieron corriendo los sirvientes de la artillería al primer cañonazo.

—Parece que hubiese presenciado usted el combate, señor —sonrió Pons con afabilidad, vistas las agallas del enano—. En el parte alega el comandante que muchos de sus hombres abandonaron los puestos de combate al recibir las primeras descargas, siendo inútiles los esfuerzos de los oficiales e infantes por hacerles regresar a ellos. La fragata britana hizo por la Mahonesa con las primeras luces del 13 de octubre, comenzando el duelo artillero a las nueve de la mañana. Dos horas después, a nuestra unidad le habían desmontando varias piezas, mientras otras quedaban fuera de servicio por haberse desplomado sobre ellas gran parte del pasamanos de estribor. También alega don Tomás Ayalde graves problemas sufridos en velas y aparejo, así como la rueda del timón destrincada y diversos balazos a la lumbre del agua. Celebrado consejo de oficiales, se acordó arriar la bandera ante una situación imposible de superar. También aporta el comandante en su defensa, que la fuerza artillera de la fragata inglesa era muy superior, con doce obuses de a 32 y a 24.

—La misma historia de siempre. La verdad, señores, que poco confío en esos partes de rendición tan escasamente heroicos —Pecos entraba en lindes peligrosos de los que, sin embargo, gustaba.

—No se puede dudar de la palabra de un oficial a la ligera, señor Cisneros —contraatacó con extrema cortesía don Félix Ontas, un caballero entrado en años que regresaba a Cartagena, tras haber desempeñado el consulado español en Nápoles.

—Supongo que el comandante Ayalde expondrá en su parte la relación de

muertos y heridos, tanto propios como enemigos. —Insistió Pecas ante el ayudante, como si no hubiera escuchado las palabras del diplomático.

—Pues sí —Pons parecía dudar en continuar la relación, aunque no se tratara de materia reservada—. Declara haber sufrido 21 muertos en su fragata, entre ellos un oficial, y 28 heridos, seis de ellos con extrema gravedad. Por el contrario..., sin embargo, el inglés tan sólo sufrió cuatro heridos.

—¿Cuatro heridos? —Pecas exhibía una sonrisa abierta en chanza—. No hay duda de que nuestros artilleros mejoran su puntería con el paso del tiempo, tras esforzados ejercicios de cañón. Supongo que para desgracia de Ayalde, su dotación sería de leva en un inaceptable porcentaje. Pero no debemos olvidar, señores, que una de las misiones de nuestros infantes es mantener a cada hombre en su puesto, y disparar al pecho contra quien intente escaquearse del mismo en combate, para ejemplo de los demás. En cuanto a las averías que anuncia, en mi modesta opinión no son de tanta gravedad como para arriar la bandera y rendirse al enemigo. No he escuchado que el buque quedara desarbolado de algunos palos, ni otras desgracias de grado parecido. Y con una dotación cercana a los 300 hombres, si es que no superaba tal cifra, el número de bajas tampoco parece acorde con esa terrible situación, imposible de superar —Pecas recalcó las últimas palabras en soniquete.

—Aunque no soy experto, supongo que sin rueda de timón no se puede gobernar un buque —entró el diplomático con sorna y a destiempo.

—Es lógico que piense así porque, como asegura en acierto, desconoce al ciento el tema de la navegación y la guerra en la mar, señor mío —Pecas respondía a repique de tambor—. Aunque quede destrozado el gobierno del alcázar, un buque puede ser marinado en fortuna desde la cubierta baja. Asimismo, se pueden tapar los balazos y despejar las baterías, actuación normal y repetida en combate. Y en último caso, encontrándose a tan escasa distancia de tierra, debió intentar la varada en la costa para evitar que el enemigo engrosara sus fuerzas a nuestra costa, lo que hace doble la pérdida. Tampoco me parece acción de recibo, haber producido solamente cuatro heridos en la fragata enemiga. Pero para nuestra desgracia y como deben saber a ciencia cierta, ésta es la Armada que disfrutamos en estos días.

Se hizo un espeso silencio, mientras algunos observaban sus manos con excesiva atención. Para mí que Pecas estaba sacando la pierna de cubierta y jugando con fuego ante desconocidos, lo que podía ser peligroso aunque no estuviese presente ningún general. El brigadier vejete pareció cambiar de bando en aquel momento.

—Estoy de acuerdo con usted, Cisneros. No se puede arriar la bandera en esa situación. Además, se deberían tomar las medidas necesarias para que no se repitan esas actitudes tan negativas.

—Eso es fácil decirlo aquí, sentados —dijo el capitán de navío Pons con cierta tristeza.

—Está usted equivocado al ciento, Pons —me vi obligado a entrar por derecho, con cierto regusto amargo por las palabras escuchadas—. Eso es difícil decirlo aquí,

no porque estemos sentados y en impaciente espera de poder batirnos contra el inglés, sino porque nunca es del gusto criticar a un compañero. Somos oficiales de la Real Armada y nos han formado para eso precisamente, para sufrir momentos como el que se acaba de exponer. Tanto el brigadier Cisneros como yo nos hemos encontrado en situaciones muy malas, por lo que podemos hablar con suficiente conocimiento. Todos sabemos la calidad de las dotaciones en nuestros buques, hoy en día. Pero se puede intentar el necesario remedio con sable y pistola, esas medidas que todos conocemos. Y si éste es el parte rendido por el comandante —ahora me dirigía al capitán de navío ayudante—, espero que el Consejo de Guerra pertinente, averigüe con exactitud las conductas habidas a bordo y sancione aquellas que no se ciñan al necesario honor.

—Según tengo entendido —Pons cambió a la baja y con extrema suavidad—, el Consejo condenó al capitán de navío Ayalde a quedar suspenso de empleo durante tres años. No obstante, Su Majestad, en uno de sus habituales gestos de infinita bondad, mejoró la pena impuesta por considerar que, tras la lectura de los autos, el comandante se había conducido con el valor exigido en el combate. Por fin, ha sido condenado a servir durante seis meses en el navío insignia de don Juan de Lángara, sin ejercicio de empleo ni sueldo, como simple aventurero de rescate.

—¿Seis meses sin sueldo? —Ahora, Pecas entraba en chanza redonda—. Así nos encontramos todos los miembros de la Real Armada en estos días, sin haber perdido buque alguno. Pero ahora hablando en serio, caballeros, son vergonzosas las escasas penas que se producen en nuestros consejos de guerra, así como las habituales rebajas posteriores de condena, cuando las familias ruegan e influyen en la Corte. No deseo ningún mal a ese capitán de navío a quien no conozco, pero en la Marina británica habría sido fusilado sin más miramientos, y el mismo camino habrían seguido alguno de sus oficiales. Ya está bien esa medida normal de ampararse en la opinión del consejo de oficiales, aunque así se prescriba en las ordenanzas.

—Creo que exagera un poco, señor —alegó el capitán de navío en voz queda.

—Eso es lo verdaderamente triste y negativo, Pons, que estima tal medida como exagerada.

Otra vez se estableció el silencio, en este caso como si se tratara de mordaza de lobo y con difícil excusa. Para romper la cortina espesa, entró nuestro anfitrión con ánimo de cambiar el tercio en fortuna, aunque nos dejara a cambio una penosa noticia que desconocíamos

—¿Hay alguna nueva sobre el grave estado del general Barceló?

—¿Don Antonio Barceló? —pregunté en alza, como accionado por un resorte—. ¿Se encuentra enfermo?

—Sí, señor —contestó Pons, aliviado por cambiar de tema—. Hace dos semanas supimos que sufría de muy grave enfermedad.

—Se recuperará como siempre —dijo Pecas, convencido—. Nuestro gran general ha pasado por mil situaciones de parecida índole y siempre las supera. Seguro que

atacaría un cordero de morro a cola, bien guarnido con esas salsas picantes de las que tanto gusta y regado con unas frascas de vino espeso. A estas horas, estará bebiendo las infusiones que le preparan con esas plantas amarillas que manda recoger en la isla de Menorca.

—En este caso y para desgracia de nuestra Armada, parece más seria la situación. Las últimas noticias, llegadas ayer mismo, aseguran que se encuentra en sus últimos momentos y a las puertas del Altísimo. Según certifican buenos galenos, no es de esperar una posible mejoría, dado el mal que le aqueja y su avanzada edad.

—Eso no es posible, don Antonio es un personaje indestructible —aseguré para esquivar la verdad.

—Ya veo que mucho lo aprecian —intervino el brigadier Tamaransa con cariño—. También yo estimo a don Antonio muy por alto. Es el general más valiente y osado que ha vestido nuestro uniforme en este siglo. Navegué con él en los jabeques, y nunca olvidaré su estampa cuando entraba al abordaje con el sable en una mano y un viejo pistolón en la otra. Le temían propios y extraños.

Pecas y yo cruzamos las miradas de forma significativa. Entendí que nuestros pensamientos coincidían. Lance mis palabras como si se tratara de un ruego fervoroso.

—Me gustaría darle un último adiós, antes de que nos abandone para siempre. Tanto el brigadier Cisneros como yo le debemos mucho. Podemos decir que fue nuestro padrino de mar y con él corrimos peligrosas aventuras durante un tiempo corrido.

—Pues en pocos días sale una fragata hacia Palma de Mallorca, con orden de recoger doscientos hombres de la matrícula naval, bueno, matrícula o leva quiero decir, para su rápido transporte a Cartagena. Según parece, el general Lángara ha pedido brazos para su escuadra con extrema urgencia.

Una idea brotó en mi cabeza como un relámpago. Y todavía sopesaba las posibilidades cuando mi voz se adelantaba al pensamiento.

—¿Estima que el capitán general nos permitiría navegar de transporte en esa fragata? Es mucho el aprecio personal que sentimos por don Antonio, quien nos llamaba con orgullo como sus dos guardiamarinas.

—Estoy de acuerdo contigo, Francisco —aseguró Pecas con decisión.

—Supongo que no se opondrá —Pons parecía dudar—. Precisamente, el capitán general, don Miguel José Gastón de Iriarte, dispensa especial aprecio al valiente general mallorquín y se preocupa de recibir noticias puntuales sobre su salud.

—Esperemos que se nos conceda la necesaria autorización y no se presente el general Lángara en nuestra ausencia. No podemos perder esa oportunidad —Pecas sopesaba los contras que ya se abrían en mi cerebro.

—Según escuché al capitán general —insistió Pons con extrema cordialidad—, una de las principales razones de que la escuadra del Océano entre en Cartagena, aparte ciertas obras necesarias en sus unidades, es recoger al personal reclutado en las

islas y costas levantinas. En la mayoría general aseguran haber recibido un escrito de la Secretaría de Marina, en el que el general Lángara solicitaba disponer de un número de hombres superior al establecido en el reglamento de guarniciones y dotaciones, en vista de la escasa pericia marinera de los que hoy en día nutren los equipajes.

—Más carne entre cañones —añadió el brigadier Tamaransa a la baja—. No es ésa la solución, aunque es cierto que el número establecido es corto.

Continuamos la conversación por otros derroteros, aunque mi mente se mantenía clavada en la figura de don Antonio Barceló, recordando tantas aventuras de fuego y muerte corridas bajo su mando, así como las especiales atenciones habidas con mi persona. Por fin, cuando todos se retiraron y quedamos a solas, Pecas me dirigió la pregunta que esperaba.

—Peligra nuestro embarco en la escuadra si partimos hacia Palma de Mallorca. Además, no sé si contraviene las órdenes recibidas.

—Si este Pons nos consigue la audiencia, mañana visitaremos al capitán general. El puede concedernos autorización, pues las órdenes recibidas de la Secretaría nos dejan bajo su bota.

—Con un poco de suerte adosada, podría ser una rápida comisión de transporte.

—Si la mar o el viento no se levantan en contra. Pero es de ley que lo intentemos al menos.

—Tienes razón. Le debemos mucho al viejo general.

—Yo le debo todo —aseguré mientras una gran tristeza se abría en mi pecho—. Debemos jugar estas cartas, aunque sean peligrosas.

—Por supuesto.

Habíamos lanzado un órdago peligroso de forma consciente. Pero como decía el general mallorquín precisamente, así era nuestra vida, para bien o para mal. Siempre recordé sus palabras cuando aseguraba con su especial vozarrón, que quien desee ver la salida del sol cada día con sosiego y bendita tranquilidad, debe quedar fondeado en tierra al abrigo de murallas y con cuatro anclas clavadas en argamasa.

Con estas tristes divagaciones tomé los sueños aquella noche, aunque no fuese tarea sencilla. Mi pensamiento se mantenía prendido en la bahía algecireña y la costa africana, las cañoneras que batían la Roca, la jornada de las flotantes, los ataques a la ciudad de Argel a bordo de los jabeques y, por encima de todo, aquel inolvidable y querido personaje que dominaba todas las situaciones analizadas, don Antonio Barceló.

7. Fiebres inoportunas

La mañana siguiente a la velada en la que se destapó la triste noticia de la enfermedad de don Antonio Barceló, transcurrió con pocas palabras y sentimientos abatidos hasta el sollado. Intentamos levantar el vuelo con un paseo por la ciudad, animados por las palabras de Setum que auguraba, sin creerlo, una posible mejoría en nuestro querido general. Pero era difícil olvidar aquella frase lanzada en la reunión, en la que se nos mostraba, sin dudas, a don Antonio postrado a las puertas del Altísimo, unas palabras que no podía erradicar de mi cerebro. En mi interior lo imaginaba tendido en la cama, los ojos perdidos hacia esa mar mediterránea que fue su morada permanente a lo largo de toda una vida entregada a la Real Armada, y con la imagen de la Virgen del Carmen que siempre lo acompañaba sobre un improvisado altar, elevando hacia ella sus últimos rezos. Y mi compañero debía anidar parecidos duelos en el pecho, porque no abría la boca ni para criticar, como era su norma habitual, las maniobras que algunos buques menores llevaban a cabo en la dársena.

Aquella misma tarde, cuando ya Pecas, con su habitual impaciencia, dudaba de que el capitán de navío ayudante, al que calificaba sin recato como remilgado chiquilicuatro y pedante guarnido con puntillas finas, cumpliera el cometido abierto en promesa, recibimos recado de Capitanía General en el que se nos citaba en oficial audiencia para la mañana del día siguiente, a las diez en punto. Aproveché la ocasión para batir al pequeño en su terreno.

—Como de costumbre, te adelantas a los acontecimientos, pecoso culebrón. No deberías criticar con tanta ligereza a muchos de nuestros compañeros. Después de todo, se ha demostrado que no es mala persona ese capitán de navío Pons.

—Ha cumplido su promesa, es cierto, pero creo que a este oficial le falta mucha brega en la mar y más cañón en los oídos. A buen seguro que habrá conseguido sus vueltas en los despachos y secretarías, repasando los escritos de sus generales.

—Hablas con desconocimiento, enano. Según tengo entendido, Pons anduvo embarcado dos años en los jabeques, y no por desmerecimiento en consejo sino en acción voluntaria. Hace pocos minutos asegurabas que no cumpliría su palabra, y aquí tienes una audiencia concedida en tiempo escaso y digna de elogio, que con seguridad debemos a su diligencia y buen hacer.

—¿Sabes una cosa, Gigante? —Pecas pasaba al ataque con pica elevada—. Con el paso del tiempo se agudizan tus defectos, que no son pocos. Deberías haber sido monje, de esos que se mantienen en busca de los miserables por los andurriales, para quitarle los bichos del cuerpo. Siempre andas en defensa de putas y mendigos.

—Nada de eso, pecoso del infierno —mantenía una de nuestras habituales y reconfortantes discusiones, más por pasar el rato que otra cosa—. Tan sólo intento evitar que pongas a un compañero a los pies de los caballos, sin base alguna en la que fundamentar tales acusaciones. Y a las pruebas me remito.

—Que nos haya conseguido esta rápida e inesperada audiencia, nada quiere decir a favor o en contra, porque entra en sus obligaciones. Además, no estoy de humor para conversaciones estúpidas. Ya que nos ha caído el bien desde el cielo, preparemos el uniforme grande, que mañana hemos de lucir la plata a relumbrón.

El día anunciado y diez minutos antes de la hora prevista, como marcan las normas de cortesía, nos encontrábamos en la sala de ayudantes en espera de ser recibidos por Su Excelencia. Tanto Pecas como yo vestíamos el uniforme reglamentario en dulce, y tan sólo nos diferenciaba el escudo de la Orden de Santiago que mi compañero lucía en su pecho, real prebenda heredada de su padre.

El nuevo día había amanecido gris en manto lechoso, poco adecuado para elevar el espíritu del ser humano, condición que necesitábamos sin remedio. Además, nos acompañaba una lluvia fina y machacona, de esas que sólo producen molestias a las gentes de mar y de secano. No obstante y a pesar de la estación del año, todavía no se percibía ese frío espeso y húmedo de la costa mediterránea, que tanto daño produce en huesos y articulaciones.

Nos mantuvimos en recibo por la sala de ayudantes un tiempo prolongado, aunque nos extrañara por largo el escaso movimiento de personal a la vista. No cuadraba la situación con la diaria actividad en una capitania general, aunque ninguna aclaración recibimos de los oficiales. Por fin, el capitán de navío Pons, apagado de voces hasta el momento, entró con la necesaria aclaración.

—En el día de hoy solamente está prevista su audiencia, lo que les parecerá extraño. Resulta que su Excelencia no se encuentra bien de salud y ha ordenado cancelar las previstas para esta mañana. Pero, según parece, tiene marcado interés en hablar con ustedes.

—¿Con nosotros? —pregunté, interesado—. ¿Hay alguna razón especial?

—Debe haberla, aunque la desconozco.

—¿Sufre alguna dolencia de cuidado? —preguntó Pecas con su habitual curiosidad.

—Reincide con demasiada periodicidad en las tercianas, que él achaca a su larga estadía en Cartagena de Indias. Pero también sufre del estómago y con fuertes dolores durante la noche, según comentarios cerrados en el servicio. Bueno, no debemos olvidar que ha cumplido los sesenta y ocho años.

—Tampoco es demasiada edad —comenté para mantener la conversación—. Si no recuerdo mal, don Antonio Barceló debe cumplir el próximo mes de diciembre los ochenta.

—El general Barceló, según cuentan, es un caso excepcional.

—Eso sí que es verdad.

En aquel momento se dejó escuchar el repique de una lejana campanilla, por lo que otro de los ayudantes, como movido por un resorte, se dirigió con rapidez hacia el despacho del general. Y salió a los pocos segundos para anunciarnos que podíamos acometer la audiencia.

La primera impresión que recibí del teniente general don Miguel José Gastón de Liarte no pudo ser más penosa. Anciano de baja estatura, redondo en volumen de carnes y con abultado vientre, mostraba una cara enfermiza de color ceniciento, que nada bueno presagiaba en futuros. Aunque sus ojos negros brillaban con fuerza, se le notaba débil y dolorido, aunque intentara mantener la compostura adecuada y necesaria a la dignidad del importante cargo que desempeñaba. No obstante y para nuestra sorpresa, su voz sonaba con airada energía, aunque debiera retomar aire entre frases que, sin duda, le producían un visible cansancio.

Como oficial de mayor antigüedad en la escala de oficiales, inicié la protocolaria presentación, mientras el viejo general se mantenía en pie, apoyada la mano sobre el escritorio.

—A las órdenes de Su Excelencia, señor general. Se presentan ante vos con sumo respeto y subordinación los brigadieres Francisco de Leñanza, conde de Tarfí, y Santiago de...

Elevó una de sus manos para detener mi parrafada, al tiempo que una paternal y agradable sonrisa se abría en sus labios.

—Podían presentarse como los guardiamarinas del general Barceló y los habría reconocido con mayor rapidez. Bien que recuerdo aquellos momentos, con mucha envidia y nostalgia por el tiempo transcurrido. Como les habrán informado, no me encuentro muy bien de salud en estos días, pero deseaba conversar con ustedes, dado el motivo de su petición.

Nos sorprendió que utilizara aquella vieja denominación, los guardiamarinas de Barceló, adjudicada a nuestras personas durante el gran sitio de Gibraltar, muy comentada tras el cautiverio que sufrimos en la costa africana. Y mucho me alegró, porque no la escuchaba desde bastantes años atrás. Pero sin darnos tiempo para agradecer la gracia concedida en clara excepción, pasó a explicarlo con rapidez.

—En esas primeras semanas del bloqueo gibraltareño, mandaba una de las divisiones que apoyaban al general Barceló de forma intermitente, porque formaba parte de la escuadra de don Luis de Córdoba. Recuerdo su llegada a la bahía de Algeciras a bordo de aquel hermoso bergantín britano, apresado con audacia y valentía. Y a usted, Leñanza, también lo recuerdo de las reuniones previas al ataque de las flotantes. En aquel fatídico día de difícil olvido, me encontraba embarcado en la Tallapiedra, bajo el mando del príncipe de Nassau y don Nicolás Estrada. También supe de su suerte y extraordinaria recuperación.

—¿Os encontrabais embarcado en la Tallapiedra, señor? Ésa fue la primera de las flotantes en saltar por los aires y con terrorífica explosión —dijo Pecas con sincera admiración.

—En efecto, aunque la Pastora siguió la misma suerte pocos minutos después. Pero dejemos a un lado ese trágico día de la Real Armada, con más de mil bajas, que tan importante pudo ser en nuestra historia. Deben saber que me une una excelente amistad con don Antonio Barceló, por el que siento especial aprecio y admiración.

También de joven navegué en los jabeques a su lado, algo difícil de olvidar. Mucho sufro al pensar en la triste situación que atraviesa estos días, bien lo sabe nuestro Señor. Bueno, he de reconocer que tampoco yo me encuentre para batir millas al viento, aunque todavía sea capaz de izar el velacho con algodones. Pero por desgracia, mi cuerpo parece demandar una carena definitiva.

—Pues ése es, precisamente, el motivo de nuestra audiencia, señor —intervine con sinceridad—. Queremos ofrecer un postrero adiós a ese gran personaje, al que tanto debemos.

—Ya me lo anunció Pons y por esa razón los recibo en esta mañana de tan mal cariz ambiental y personal. Mucho dice la petición cursada de vuestra lealtad, una cualidad básica en el hombre de honor. Son bastantes, por desgracia, los que olvidan con rapidez los favores recibidos. Aunque se encuentren, como tantos otros oficiales, en espera de la llegada de la escuadra de don Juan de Lángara que, según parece, desea llevar a cabo algunos cambios en los mandos y dotaciones de sus unidades, comprendo que deseen despedir a don Antonio. Dios quiera que les alcance la oportunidad, porque las noticias sobre su precaria salud no pueden ser más preocupantes. Y si el viento y la mar les acompañan con suficiente fortuna, dispondrán del tiempo necesario para estar de regreso en oportunidad. Conociendo al general Lángara y sus deseos, calculo que se mantendrá fondeado en Cartagena unas ocho semanas como mínimo, a partir de su llegada. Deberá salir de Tolón en pocos días, aunque no sé hasta qué altura escoltará la división del contralmirante Villeneuve.

Pareció perderse en sus propios pensamientos durante algunos segundos. Por fin, como si recordara un punto importante, retomó la palabra.

—Pero volviendo al tema que nos ocupa, si les es dado, ofrezcan mis mejores deseos a don Antonio, un general de mar como pocos. Mucho he guerreado en la mar a lo largo de los años, es cierto, pero nunca observé en combate un hombre con una iniciativa tan extraordinaria.

—Se trata, sin duda, del general de mar más valiente que ha dado este siglo en España, señor. Es una verdadera injusticia que, a pesar de tales méritos y muchísimos años entregados al servicio de Su Majestad, no haya recibido ningún título de nobleza, una prebenda que otros, con una mínima parte de sus merecimientos, consiguieron en los pasillos de la Corte. Con veinte hombres como don Antonio Barceló en la Real Armada, otro gallo habría cantado en el corral hispano.

Pecas había entrado por nueces con voz firme y demasiada energía, lo que hizo moverme con cierto desasosiego y nerviosismo. El rostro del capitán general se oscureció a tercias, al tiempo que endurecía la mirada dirigida a mi amigo. Y estaba a punto de cambiar la nota por mi parte, al estimar como harto peligrosas las palabras emitidas por el pequeño, cuando don Miguel se abrió en franca sonrisa, hasta emitir una pequeña risita.

—Es usted demasiado franco, Cisneros, lo que es materia peligrosa en estos

difíciles tiempos que corren. Pero he de admitir que concuerdo con usted al ciento y por más. El general Barceló merecía alguna corona en su escudo, bien lo sabe Dios, y, como mínimo, la llave^[20] por derecho propio.

—Por desgracia, señor —insistía Pecas, que parecía lanzado al infierno y con fiebre en sus ojos—, algunos de sus compañeros opinaban que, aunque excelente corsario, don Antonio no tenía ni podía tener, por su educación, las cualidades de un general.

—Esa fue una impropia y desafortunada frase que lanzó el conde de Fernán Núñez en mal momento. La recuerdo muy bien. Y aunque le cueste creerlo, hubo quien le contestó por derecho y a la contra. Puede estar seguro de que ningún miembro de nuestra Institución llegó a corroborar tal estupidez en conciencia. En fin —el general parecía desear un cambio en la derrota establecida—, tienen suerte porque en pocos días se han de hacer a la mar las fragatas Santa Sabina y Santa Matilde^[21], con destino al puerto de Palma de Mallorca, para llevar a cabo en el tornaviaje transporte de personal y algunos bastimentos. Podrán embarcar ustedes en los dos buques para su mayor comodidad. Precisamente, el comandante de la Matilde es mi hijo Miguel María, que ascendió el pasado año a capitán de navío. Es un oficial bravo e inteligente. Ninguna compañía estimo mejor que la de uno de los famosos guardiamarinas a su lado —volvió a sonreír con un gesto paternal.

—Mucho le agradecemos la oportunidad que nos brinda, señor —metí baza con la necesaria cautela—. Y si llegamos a tiempo para darle un último abrazo a don Antonio, gracia que espero nos concedan los cielos, le ofreceremos sus saludos más afectuosos.

—Díganle que mucho lo recuerdo y que elevo mis rezos por su restablecimiento.

Abandonamos el edificio de capitanía general con el ánimo elevado a las nubes, aunque todavía sentía punzadas en mi interior por la discusión mantenida. Me preocupaba que Pecas se destacara últimamente en alto grado con tan peligrosa sinceridad, como había corroborado el general con sus palabras. Y aunque la suerte le acompañara hasta el momento, parecía olvidar que no se trataba de la habitual salida en chanza de guardiamarina u oficial inferior, sino declaraciones de todo un brigadier de la Armada en ejercicio. Unas opiniones peligrosas, que deben permanecer en cerrado. Así se lo expuse en serio, una vez a cubierto de oídos ajenos.

—Debes aparejar tu lengua por corto, Pecas, a no ser que desees verte alejado en destierro como el general Mazarredo, a la primera virada fallida.

—No me vengas con vendas blandas, por favor. Más vale el destierro con honor que...

—¡Deja de decir tonterías, enano! Aplaza esas sinceridades para cuando ocupes empleo de categoría suficiente y rindas servicio de estado. En estos días, no conseguirás más que controversias sin sentido y peligrosas medidas en contra. Por cierto, que te veo con aspecto febril. A ver si vas a recaer en una de esas tercianas de grado que te atacan con cierta frecuencia. Debería verte alguno de nuestros médicos.

—¡Nada de galenos, médicos, cirujanos o sangradores, cuya principal misión es allanarte el camino hacia la vida eterna! Me encuentro perfectamente.

—Pues no lo parece. Más vale atacar esos miasmas en los primeros días, que entrar en veredas calientes y con cataplasmas de dolor.

—Con una de esas infusiones verdes que prepara Setum será suficiente.

De esta forma, nos dirigimos hacia el palacio de Casa Tilly, muy cercano a la capitanía general, aunque no me gustaba nada el aspecto que, por momentos, tomaba el rostro de mi compañero.

Tal y como preveía, Pecas fue atacado por unas tercianas de grado subido hasta la galleta, una fiebre tan elevada que los dos médicos enviados desde el Real Hospital de Marina comenzaron a mostrar claros signos de preocupación en sus rostros. Era éste un mal que diezmaba dotaciones, especialmente en las Indias, aunque he conocido personas que sin atravesar el océano tomaban las fiebres por escotillón, especialmente en las costas mediterráneas. Precisamente, se destacaba la cabecera del departamento marítimo cartagenero como una de las fuentes habituales, según el estudio de ciertos galenos, criticados en contra por otros condiscípulos, que en eso de la ciencia médica se apoyan y atacan los compañeros médicos y cirujanos como legionarios en la arena.

Pecas sufría lo que llamaban terciana del tipo doble, lo que le producía dos accesos febriles de caballo a hora fija cada día, aunque de diferente intensidad. Y comencé a escuchar voces nuevas entre los médicos, de posibles cuartanas redobladas, quintanas, sextanas y otras voces desconocidas para mí, que también los cirujanos se amparan en palabras raras de difícil traducción cuando no consiguen atajar el mal del enfermo. Después de todo, lo que me interesaba de verdad era comprobar cómo se repetían los ataques y que éstos no llegaran a provocar momentos de delirio. Recordaba con detalle las opiniones del cirujano embarcado en el jabeque Murciano, en el sentido de que si se repite la situación delirante a lo largo del día, puede dar con la vida del enfermo. Pero ya en ausencia del cuerpo médico oficial, actuaba Setum por su cuenta, con aparejos fríos en la frente y cataplasmas en el pecho.

—Nunca sufrió nuestro amigo tercianas de tal calibre —le decía a Setum en una de aquellas veladas nocturnas del enfermo, entrado en delirio febril.

—Son muy malas estas fiebres cuando rompen la marca del entendimiento, señor, especialmente para los hombres de raza blanca. Confiemos en que corten la periodicidad o tiendan hacia el descenso. Pero como dice en verdad y razón, nunca llegó don Santiago a tales extremos, que son de preocupar. Si no bajara la marea en oportunidad y con cierta prontitud, deberíamos enviar recado a la señora María Antonia.

—¿Qué quieres decir? —Mi ansiedad subió muchos grados, porque no era el africano de los que alarmaban sin sentido por fiebres o dolores.

—No lo tome por la tremenda, señor. Don Santiago es fuerte de sangre y espíritu,

aunque muestre un cuerpo reducido. Pero se deben abordar las obligaciones si llegara el momento.

Las palabras de Setum y la seriedad de su rostro me dejaron en un estado de máxima preocupación, más de lo que habría logrado cualquier dictamen médico negativo.

—No creerás posible..., quiero decir que no es posible...

—Esperemos que no. Debemos mantenerle la cabeza y los pies en frío, especialmente en momentos como ahora, cercano al delirio. No se preocupe, que no me separaré de él ni un solo minuto.

—Y para colmo de inoportunidad, esta tarde nos han llegado las órdenes de embarco, en condición de transporte hacia la ciudad de Palma de Mallorca, a bordo de las fragatas Sabina y Matilde. Me ha correspondido la primera, mientras don Santiago debe hacerlo en la segunda.

—¿Qué día es el previsto para salir a la mar, señor? —preguntó Setum con la más clara derrota expuesta en su rostro.

—La semana próxima, el viernes catorce de este húmedo mes de diciembre.

—Dudo que don Santiago pueda estar en condiciones. Restan solamente seis días y aunque mejore como deseamos, se encontrará sin fuerzas para dar un paso.

—No embarcaré en esa fragata si mi compañero se encuentra enfermo.

—De poco sirve adelantar acontecimientos, señor. Recemos a nuestro Dios para que don Santiago pueda capear este temporal.

Transcurrieron los dos días siguientes con extrema preocupación por nuestra parte, porque los accesos febriles lo atacaban sin misericordia, especialmente el que se producía durante la noche, en los que mi buen amigo deliraba por lo alto y con agitación corporal. Juro por todos los dioses que en esos momentos sufría un duelo tan negro como el infierno, jamás padecido hasta entonces, al tiempo que se encogía mi corazón como estopa mojada. Pero nuestros rezos y los cuidados de Setum, fondeado a la cabecera del pequeño brigadier sin separarse un segundo, obraron el milagro, porque ya el martes comenzó a bajar el tono, para quedar en cuadro de una posible y normal reincidencia al día siguiente.

Fue entonces cuando, con Pecas en estado consciente, recobrado ligeramente de fuerzas pero engallado a luces, entramos en la esperada discusión, porque era necesario decidir el embarco en las fragatas. Tanto los galenos como Setum, cuya opinión presentaba mucho más valor para mí, opinaban que sería una locura inaceptable embarcar al enfermo. Por el contrario, debía mantenerse en reposo, sin especiales movimientos ni preocupaciones durante un par de semanas más. Pero ya pueden imaginar, conociendo al sujeto, que no era fácil conseguir llevar a cabo la oportuna decisión.

—No puedes embarcar, Pecas. Y si recaes con demasiada fuerza al tercer día, tampoco lo haré yo.

—Pareces una ursulina mojigata en trance de velos blancos —intentaba hablar

con decisión y energía, lo que le suponía en esfuerzo del que no era capaz—. Partiremos pasado mañana en esas dos fragatas, aunque hayan de embarcarme por medio de la machina del arsenal.

—No será necesaria cabria tan poderosa para tan menguadas carnes —entró Setum con sonrisa y tono guasón—. Una simple pluma sería suficiente.

—Calla, negro del demonio, y apresta los equipajes en conveniencia. Y no olvides embarcar suficiente vino, esas frascas marcadas con doble raya. Si me hubierais ofrecido alguna de ellas, en lugar de esas gachas cocinadas por Satanás, ya habría eliminado estos miasmas que atrapé en el virreinato del Perú.

—Pues aún le quedan algunos días con gachas satánicas, reposo absoluto y ni una sola gota de vino, mi señor don Santiago —Setum también solía entrar en chanza cuando convenía—. Pero no se preocupe, que don Francisco lo hará por usted.

—Si tuviera en mis manos un pistolón, te agujerearía esa negra piel. Debimos dejar que te pudieras en el cautiverio africano —Pecas protestaba en falso, como tantas otras veces.

—En ese caso no sé quien te habría transportado a través de las dunas, enano, porque no eras capaz de dar un paso —entré para mantener la broma y no regresar al tema principal—. Quizás habría sido mejor idea que permanecieras con aquel Bajá de mala muerte, para ser vendido en algún zoco como esclavo.

—Pocas monedas habrían dado por él —Setum apenas podía contener la risa.

Aunque las discusiones se alargaron, unas en broma y las más en serio, Pecas recayó al tercer día, aunque ya en un curso normal de la enfermedad, pero con fiebre todavía suficientemente alta. De esta forma, Setum y yo fuimos los encargados de tomar la decisión definitiva, sin contar con más opiniones. Por mi parte, embarcaría en la fragata Sabina acompañado por Jesús, el criado personal de Pecas a mi servicio, mientras Setum se mantenía al lado del enfermo por si eran necesarias sus especiales habilidades. Y aunque protestara el pequeño en los primeros momentos, acabó por aceptar lo inevitable. Pero ahora eran dos las despedidas a conceder, porque el rostro del buen africano expresaba un profundo sufrimiento al separarse de mí, condición nueva para ambos, aunque su lealtad se encontraba por encima de cualquier otra consideración.

Por fin, un día más tarde del previsto, a causa de un retraso de última hora, me presenté a bordo de la fragata Sabina, hermosa gacela que se encontraba fondeada con dos anclas y al abrigo frente a las murallas cartageneras, en el extremo oriental, cercana a la poterna marítima de enfermos del Real Hospital. Y si mucho había bregado y discutido en los últimos días para alcanzar la salomónica solución, pueden creerme si les aseguro que el hecho de pisar la cubierta de un bajel de la Real Armada sin la compañía del fiel Setum, me hacía sentir la desnudez propia del niño recién parido al mundo. Pero era de razón y ley la separación impuesta, por lo que afronté aquella triste comisión con el ánimo abatido, que los males llegaban desde demasiados cuadrantes y con negros añadidos. Además, llevaba bien prendido en el

cerebro el rostro enfermizo de mi inseparable amigo, mientras me ordenaba con el tono autoritario habitual, ofrecer un fuerte abrazo al general y explicar los motivos de su ausencia.

8. La fragata Sabina

El día catorce de diciembre de aquel año de 1796, en el que se cimentaron tantas desgracias para el futuro de España, una vez vencido el crepúsculo matutino, escuché la voz del comandante ordenando levar las anclas para abandonar el puerto de Cartagena. El día había amanecido con cielos cubiertos al ras y horizontes tomados, mientras el frío se dejaba notar por los nudos de los cuerpos con fuerza. Ya la fragata Matilde se encontraba fuera de puntas, cuando un inestable y fresquito viento del nordeste nos acariciaba en fortuna para maniobrar y seguir su estela con cierta comodidad.

Debo aquí reseñar, aunque sea a trazo grueso, la impresión inicial que recibí al embarcar en la fragata Sabina. El comandante, capitán de navío don Jacobo Stuart, me recibió en cubierta con la corrección y normas que marca el ceremonial marítimo para la ocasión. Y ya desde el primer momento tuvo la deferencia de ceder su cámara a mi servicio, razón de cortesía a la que no se veía obligado por mi condición de oficial en situación de transporte y sin jurisdicción alguna sobre él, lo que agradecí en conveniencia. Siempre lo recordaré como un caballero a carta cabal y con ese valor encastrado en las venas, que se divisa como especial aureola en muchos hombres al primer soplo de la brisa. Según me había informado el ayudante Pons, no sólo pertenecía a la muy noble casa de los duques de Berwick, sino que entre sus antepasados se encontraban los Estuardo que detentaron la corona de Inglaterra. A pesar del mencionado detalle de su origen británico, siempre demostró un elevado patriotismo y lealtad a la Corona española.

A continuación y en una ligera ceremonia, fui presentado al conjunto de oficiales de guerra y mayores, grupo del que no podía sacar conclusión alguna por el momento, aunque se amoldaba sin mermas a lo que marcaba el reglamento de guarniciones y tripulaciones para una fragata de 40 cañones. Tan sólo reconocí al teniente de fragata Juan Luis Muñoz, un valeroso oficial que, en el empleo de alférez de navío, estuviera embarcado bajo mis órdenes a bordo del navío Triunfante. Sin embargo y como parte negativa, sólo necesitaba posar la vista sobre el personal que deambulaba por la cubierta del alcázar, para comprender el deplorable estado de su dotación, con un elevado número de hombres malencarados y putañeros, más propios de brigada a recluir en el cuartel de forzados. En conjunto, un grupo de desarrapados, los más de ellos vestidos al blusón y con elementos de fortuna, sin ánimo en sus rostros para encarar una misión de mar.

Era la Sabina una de las fragatas mejor armadas en nuestra escuadra, de las de 40 cañones, también llamadas de fuerza. Disponía de una batería principal formada con 28 piezas de a 18, mientras en la superior montaba 12 de a 6, más dos carronadas recién instaladas en la toldilla, una importante medida que acometíamos con cierto retraso en el tiempo respecto a la marina inglesa, y en menor cantidad de la deseada

por los comandantes. Pero puedo afirmar que, en conjunto, se trataba de un magnífico ejemplar, aunque en mis pensamientos echara en falta la agilidad y ligereza de la Sirena, porque marcaba las aguas demasiado y a tenazón de agujas^[22].

Debo aclarar que, después de muchos años de inferioridad artillera en nuestras fragatas con respecto a sus homólogas inglesas, nos acercábamos bastante a las de parecida clase, aunque con algún cañón de calibre inferior por nuestra parte y muy por bajo en ese aspecto tan importante y mencionado de las carronadas, que tan decisivo papel llegaron a jugar en combates entablados a corta distancia. También de forma global, tal y como se comenzaba a enjuiciar el poder artillero de los buques armados, con una cantidad menor de libras por andanada que las britanas de parecido porte. Pero en esta última condición, la desventaja con las unidades enemigas se fue incrementando con el tiempo para nuestra desgracia.

El aparejo de la Sabina era el clásico en los buques de su clase, y se le apreciaba un ligero andar con su obra viva bien forrada de cobre y una carena cercana en el tiempo. Sin embargo, ya en la primera maniobra para salir de puerto, la confusión creada era para bajar el espíritu de cualquier hombre de mar hasta los talones, porque era mucho el desorden de pito y hasta los infantes debían achuchar con voz en alto, para que los marineros y grumetes cumplieran con su obligación.

Una vez fuera de la dársena y arrumbados al límite de la bolina^[23], para cuadrar el próximo bordo en conveniencia de la derrota^[24], fue el comandante quien me comentó lo que cualquier par de ojos era capaz de comprobar en pocos segundos.

—Como puede observar, señor, no ofrece la dotación de esta fragata, en su generalidad, un aspecto como para que el comandante se encuentre feliz y confiado.

—Razón tiene, don Jacobo, aunque no sea asunto de mi directa incumbencia.

—Puede franquearse conmigo, señor, que mucho he oído de su experiencia en situaciones de mar y guerra, por lo que considero sus opiniones de gran utilidad para el servicio y el manejo de esta fragata en particular.

—En ese caso y por las claras, que nunca me gustó dorar la perdiz, no quiera Dios que se vea forzado a llevar a cabo maniobras de trance en las que se exija extrema pericia marinera a sus hombres, al menos con el estado de adiestramiento que se observa a la vista.

—Razón le sobra para emitir esa opinión. Ya en las maniobras de andar por casa nos veremos entretenidos de más —me ofreció una sonrisa encubierta, con un gesto de fatalidad añadido—. Y no puedo protestar del montante total, que con su criado elevamos el número de embarcados hasta las 332 almas. Pero es en la marinería, grumetes y artilleros donde bajamos el nivel hasta extremos indignos y poco acordes a un buque de la Real Armada. Hace cuatro semanas llegaron, azuzados por personal del Cuerpo de Batallones, 42 hombres que supongo recogidos en tabernas de puerto o esos caminos peligrosos de la Mancha, carne de presidio, conjunto de vagos, entretenidos y gentes de mal vivir.

—Hay que convertirlos en hombres de mar, por derecho o por revés, aunque deba

utilizar los rebenques. Con esa pobre vestimenta que portan y estas bajas temperaturas, muchos de ellos desembarcarán con rapidez, aquejados de miasmas y putrefacción. Parece mentira que no seamos capaces de entregar el vestuario que, por ley, corresponde a los marineros y grumetes en nuestros buques, a cargo de la Real Hacienda. Los hay medio desnudos y este tiempo frío y húmedo les hará enfermar.

—Ya se incorporan algunos con enfermedades labradas en acoso. Nos traen lo peor de cada casa, gente que jamás ha pisado la cubierta de un buque, algunos todavía sobrecogidos por la simple contemplación de la mar. Y como dice, con esos harapos sobre el cuerpo, tomarán calenturas y pestilencias que acaban por trastornar la moral de la dotación en su conjunto. Dice usted que he de convertirlos en hombres de mar, pero no es tarea de unos pocos días.

—¿Ha podido salir a la mar para acoplarlos en sus brigadas respectivas?

—Tras el embarque masivo, me concedieron un solo día de adiestramiento propio y encuadre, en lugar de la semana preceptiva y con bastante mala mar. Como era de esperar, un elevado tanto por ciento de la tripulación se mantuvo de sol a sol largando por la borda hasta la primera papilla ingerida en su nacimiento. Pero no debo mostrar solamente la mala, porque no todo se abre en cerrazón. También disponemos de excelentes marineros, con muchos días de mar a sus espaldas. Para su desgracia, deberán realizar el trabajo de otros hasta la necesaria aclimatación, si es que nos ofrecen el tiempo necesario.

—Eleve su moral, comandante, que usted es el único que no puede perderla —le ofrecí una falsa sonrisa de aliento—. Esta comisión a las islas le llega como regalo precioso y podrá ir estibando cada libra de carne en su chaza. ¿Le han repuesto la fusilería?

—Alguna, aunque no toda la que nos vimos obligados a entregar en los dos últimos años, para las tropas del Ejército que luchaban en los Pirineos. Y perdimos calidad en el cambio. Esa guerra que cumplimos contra nuestros aliados de hoy nos dejó malparados en algunos aspectos. —Pareció dudar en comentar sus verdaderos sentimientos.

—Puede sincerarse conmigo, comandante. Pocos son los que comprenden este tratado suscrito con la Francia revolucionaria, aunque debemos acatar los designios de nuestro Señor sin ofensa abierta ni mofas a la contra. En fin, espero que no topemos con los britanos hasta que sus hombres se hayan puesto al tajo en condiciones.

—Puedo asegurarle que, en estos momentos, dudaría en atacar a un bergantín inglés con más de 20 cañones —volvió a sonreír, ahora de mejor humor—. Bueno, perdone mi exageración, pero no es tarea fácil elevar el espíritu en estos días. Para colmo de males, he debido prestar monedas de mi propio bolsillo a algunos oficiales, casi a la fuerza, para que sus familias pudieran quedar a cubierto de las mínimas necesidades, que los hay con siete pagas en atraso.

—Se trata de noticia corrida a la espalda que, por desgracia, ya no llama la

atención a nadie. Es bien triste que aceptemos como normal tan negativa condición. Y tiene suerte de ver cubiertos los gastos de boca de sus hombres al ciento, como asegura el contador. Son muchos los que se preguntan cómo es posible hacer la guerra sin dinero en las arcas reales, sueldos atrasados al límite y con los buques faltos de gente de mar. Al menos, parece haber sido bendecido en celestial sorteo, con esas dos carronadas que lucen a popa. Pocas fragatas de su clase las han recibido, aunque se ordenara por la Secretaría. Llegado el momento, pueden ofrecerle un meritorio juego de favor.

—Deberían fabricarse a mayor ritmo. Las fragatas inglesas incorporan un mínimo de seis, y es mucho el daño que pueden hacer.

—Por esa razón, unida a nuestra escasez en fusilería, buscan el combate a corta distancia, lo que nunca osaron contra un buque español.

—Ese es el motivo que achaca el capitán de navío Ayalde en su defensa, por haber perdido la fragata Mahonesa bajo su mando. Es buen amigo y no creo en su falta de valor. Después de tres horas de combate, dos de ellas a escasas yardas de distancia, el hecho de haber producido solamente tres heridos en la fragata enemiga es índice claro de la diferencia de armamento. No incorporaba a bordo ni una sola carronada, y declaraba la merma de un treinta por ciento en las armas portátiles.

—No debía haber aceptado, en ese caso, un combate a tiro de pistola, situación que beneficiaba al inglés por largo. Cualquier comandante debe buscar el modo o situación ideal para batirse, de acuerdo a sus especiales circunstancias, siempre que le sea posible. Pero no es su caso, con esas dos piezas a popa —intenté variar la conversación, al tener conocimiento de la estrecha amistad entre los dos oficiales, que nunca es dulce escuchar la crítica al amigo.

—Pero esas piezas andan escasas de munición y con pocos artilleros experimentados, aunque nos embarcaron alguno del Ejército e infantes en apoyo. Pero si he de serle sincero, debo confesarle que no es ésa mi mayor preocupación. Intento que la Sabina presente el aspecto de un buque de la Real Armada o lo que yo entiendo como tal, capaz de maniobrar, presentar batalla en condiciones y un largo etcétera que no cuaja a ninguna banda en estos momentos.

—Es mucho lo que pide. Esa es función de orden y a rematar poco a poco, aunque debe rezar para disponer del tiempo necesario. Por desgracia, siempre nos acometen las prisas con el buque en situación de guerra, y dentro de unas horas podría encontrarse en situación de encarar un buque inglés.

—Nunca intenté evitar un combate, puedo jurarlo en alto, pero no desearía tomarlo en esta situación, aunque suene tal declaración como blandear la palanca.

—Le comprendo perfectamente.

Jacobo Stuart parecía desear esa especie de confesión general en mi persona, que tanto alivia el alma en ocasiones, cuando nos alcanzó en el alcázar el segundo comandante, teniente de navío Antonio Balanza. Se mantuvo unos segundos a pocas yardas de distancia, dudando en interrumpir nuestra conversación.

—Con su permiso, señor.

—Diga, Balanza.

—Señal de la fragata Matilde. Ordena navegar por su popa y dos cables de distancia.

—Muy bien, pero no es necesaria la precisión en ningún aspecto, que ya lo hablé en detalle con el capitán de navío Gastón de Iriarte antes de salir a la mar. Comience con los ejercicios de mar y guerra, aunque debe intentar que no quedemos muy descolgados.

—Muy bien, señor.

—Espero —volvía a dirigirse hacia mí—, que la Matilde no largue el trapo hasta las nubes. Es una fragata veloz como pocas y se encuentra al detalle de casco y aparejo, con lo que nos largaría estela en el bauprés con extrema facilidad.

—Pero con menor armamento.

—En efecto. Dispone solamente de 34 cañones y ninguna carronada en auxilio de gracia, aunque estaba a punto de embarcarlas. Pero envidio su arboladura, elaborada con buenas maderas de corte en el arsenal de La Habana, con ese olor especial que anima los corazones. No sé si concordará conmigo, señor, pero estimo que en los arsenales de la península navegamos a peor, en ese fundamental aspecto de la construcción y mantenimiento durante los últimos años. En la carena que acabo de rematar, fue necesario cambiarnos algunas vergas y masteleros y, la verdad, poco fío en ellos.

—Mucho se comenta esa debilidad. También yo la sufrí en el navío Triunfante, por no citar la del trapo^[25], que llama en peligro de albarda, precisamente el elaborado en los talleres de velas del arsenal cartagenero. En cuanto a la flojera en las arboladuras, aseguran que se debe a la escasez de pino del Báltico o la guaca americana, que no llega en los últimos años, siendo reemplazadas por postes de maderas talados en bosques cercanos.

—Eso he oído. La verdad es que alarma la cantidad de masteleros rendidos^[26] en el último año, sin razón de viento que lo justifique.

—Ya lo aseguraba el marqués de la Victoria con acierto. Que se ajuste el gasto en cualquier materia menos en la calidad de las maderas.

Como llegaban otros oficiales con novedades y comunicados, me separé del grupo y decidí dar un paseo por el alcázar y la toldilla. Pero, en verdad, era tanta la desidia que observaba en gran parte del personal, que opté por retirarme a la cámara, siguiendo ese sabio refrán de que ojos que no ven, corazón que no siente.

A solas, me invadió la tristeza que no era capaz de erradicar de mi cerebro. Todo parecía sumarse en negro a mi alrededor, como por nefasto encanto. A la gravísima enfermedad de don Antonio Barceló, que ya acumulaba dolor en bulto, debía sumar la ausencia de Pecas, el penoso estado de la dotación en la fragata y, cómo no, la falta de Setum a mi lado, con sus frases oportunas y ese apoyo moral tan necesario en momentos de caída. Y no debería protestar en contra de Jesús, hombre de confianza

de Pecas y puesto al día en las cosas de la mar, que intentaba servirme con la misma devoción. Pero mi africano era irremplazable en su puesto.

Por fortuna, la mar ayudaba en los primeros ejercicios dictados para la dotación, porque se presentaba con suave marea y superficie en gris. El viento flojo acabó por entablarse del nordeste y frío, lo que creaba un ambiente desapacible aunque beneficioso para los que todavía sufrían el mal de la mar, ese mareo persistente que tanto desgasta las energías del cuerpo y del alma. Sin embargo, poco beneficiaba a nuestra derrota, porque los bordos serían frecuentes y necesarios, aunque también representara una ventaja para la dotación en su adiestramiento.

Decidí tomar el almuerzo en solitario, porque no me encontraba en trance de gusto como para mantener conversaciones con desconocidos. Debe ser cosa de los años, que nos obliga a ceder etapas corridas de largo. Por fortuna, había amparado en el equipaje algunos libros prestados por nuestro anfitrión cartagenero, con lo que pude pasar el tiempo dedicado a la lectura. Tomé en primer lugar la Relación histórica del viaje a la América Meridional hecho de orden de Su Majestad, para medir algunos grados del meridiano terrestre y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la Tierra, de don Jorge Juan y Santacilia, en colaboración con don Antonio de Ulloa, esos dos grandes personajes que tanto dicen a favor de algunos oficiales de nuestra Armada, aptos no sólo para hacer la guerra, sino destacando en altura por las diferentes ramas de las ciencias. Pero tampoco el estado de la mar parecía emplazado a favor de la lectura con el necesario sosiego, lo que me demostraba una vez más como verdad celestial, que cuando un gratil^[27] se tiñe a malas, acaba por descomponer el aparejo al completo.

En las últimas horas de la tarde, decidió la gran señora de los mares, en su secular y cambiante capricho, torcer la vuelta de las aguas al compás. El viento comenzó a aumentar de fuerza paulatinamente, hasta quedar en frescachón^[28] de fuerza y con tendencia a rolar hacia levante. Y no auguraban los cielos nada bueno en ventura, ennegrecidos a bote por la proa y con esas trenzas que asemejan animales enfurecidos, más propios del infierno. La Sabina comenzó a elevar quejidos, al tiempo que metía la proa bien dentro de las aguas. Supuse que si no variaba el cariz establecido, se debería evitar la bolina y arribar en conveniencia.

Incapaz de tomar el sueño al gusto y con la gacela en danza continua, decidí atisbar la situación con mi propia vista, que pocos hombres de mar gustan de andar en cerrado sin echar los ojos a la realidad. Nada más subir a cubierta comprobé que andábamos a la capa con gavias, aunque todavía no se presentaba la mar ni el viento como para extremar medidas. Don Jacobo se encontraba en el alcázar, en charla con el piloto. Supuse que debían andar en cálculos de posibles derivas, por si la situación tomaba sesgo peligroso, que nadie gusta de mantenerse a la capa con la costa a sotavento. Al verme, se acercó con el pelo revuelto y la clásica estampa del hombre de mar, bragado por muchas olas y rociones en la piel.

—Siento, señor, que el transporte se tuerza en brazas, aunque en mi interior lo

agradezco, que esta mar afloja las malas voluntades y mete la necesaria sal en la sangre de los no avezados.

—Tan sólo me preocupa alargar la navegación en demasía, que pronto he de regresar a Cartagena para no perder puesto en la escuadra. Por lo demás, le vendrá como oro al rey, porque la mar brava achica la sangre de los putañeros.

—No parece que vaya a pasar a mayores esta situación, aunque nunca se puede asegurar.

—Concuerdo con usted. Estimo que se aguantará en temporalillo de purga y manga estrecha, como dicen en la bahía algecireña. Pero comprendo que lo desee por las crestas, porque no hay mejor escuela para una pandilla recién embarcada que un temporal de altura. ¿Derivamos mucho?

—Sin peligro y con vereda más que suficiente a sotavento. Según el piloto, acabaremos con levante franco y frescachón.

—Esperemos que acierte.

Como tantas veces sucede, no acertó el piloto ni las demás profecías que elevamos los expertos. Está demostrado día a día, que la mar enmienda los razonamientos más sabios. Nos mantuvimos con un viento cascarrón del nordeste, al punto de necesitar tomar rizos^[29] a las gavias, durante tres días, tan alargado tiempo que mis huesos comenzaron a protestar en trueno. Y aunque a veces bajaba lo suficiente como para enmendar el rumbo y largar más trapo, retomábamos la situación anterior con demasiada facilidad y la necesaria arribada que nos alejaba del destino. Por fortuna, Jesús se parecía en mucho al habilidoso Setum, sin alcanzar su raya, porque me agenciaba vino y comida a pesar de los fuertes bandazos, sin que mi estómago reclamara por alto.

Por fin, en el mediodía del día 18 llegó la profecía del piloto, aunque demasiado lejana en el tiempo y no al ras. A la vez que caía el viento hasta quedar en fresco de todas las velas y los santos, suesteó^[30] en ventura hasta quedar entablado un jaloque^[31] de la misma fuerza, tan de agradecer en mi caso particular, que elevé un silencioso rezo a los cielos. Y fue el momento en el que pudimos arrumbar en directo, con derrota entre islas y a verlas venir. Pero no dejaba de pensar en el tiempo perdido, porque andábamos al sur de Cartagena, con millas crecidas por la proa hasta el puerto de destino.

La noche de ese día, invité al comandante y oficiales en su cámara, con especial recado a Jesús para enjaezar en orden algunas de las viandas embarcadas para mi persona. Y debo reconocer que mejoré la opinión inicial, porque el cuadro de los de guerra y mayores se encontraba en cuerdas de dignidad. Pero también la dotación comenzaba a comportarse en mejores telas, aunque mínimas y todavía con algunos gestos abiertos en rostros de grumetes, dignos de cadalso inmediato. Pero como ya me habrán escuchado en otras ocasiones, fue ése un mal secular en la Real Armada, al menos en mis muchos años de servicio, que nunca supo premiar y castigar en forma adecuada al personal. Se echaba en falta muy por largo en los buques la

disciplina que reclamaba a gritos el general Mazarredo, aunque se diluyeran sus consejos con los gualdrapazos de las velas. Pero debo ser veraz y declarar que todo pintaba mejor a bordo en la Sabina aunque, en mi opinión, más de uno y de dos merecían recibir cañón^[32] sin esperar un segundo.

Esa noche tomé el camastro como náufrago la tabla, que ya los tiempos de guardiamarinas eran pasados y los huesos necesitaban su periodo de descanso sin excesivo bombeo. La situación parecía enmendada al nivel, especialmente al escuchar del piloto que ya avanteábamos la situación de Cartagena y se abría nuestra derrota en luces.

El día 19 amaneció de magnífico cariz, con horizontes claros, jaloque fresco y celajería^[33] en chata por distancia que poco preocupaba. La fragata Matilde, alejada durante los días de capa, se había agrupado por capricho del viento y no mostraba daño alguno en su estructura. Navegaba por nuestra proa, disminuyendo trapo en ocasión porque, como me había comunicado el comandante, era más ligera de alas que la Sabina, sin posible discusión. Y aunque reinaba el frío mes de diciembre, conforme entraba la mañana se dejaba notar el agradable calor del sol, lo que debía agradecer en mucho la mayor parte de la dotación, por ser la época del año de mayor sufrimiento.

Aumentaba el buen humor a bordo, siguiendo la dotación los ejercicios de guerra con mejor semblante, situación normal cuando clarean las condiciones. Pero todo es posible en la mar, pasando por los mil colores del arco a su capricho. Fue sobre las diez de la mañana cuando se escuchó con claridad la recia voz del vigía, situado en la cofa del palo mayor.

—¡Dos velas, seis cuartas a estribor!

Es ésa una voz que, en la mar, bien sea en tiempos de guerra o de paz, suele salpicar de escarcha nuestros corazones y los pone a batir tambores, a la vez que evapora la rutina como por arte de magia. Y sentí en el cuerpo ese gusanillo interior que me adelantaba acontecimientos de bulto, un especial sentimiento que nunca pude definir. Antes de recibir la oportuna orden, ya trepaba por la jarcia de barlovento el guardiamarina Bautista Moradas, catalán barbilampiño, con el antejo prendido en el blusón. Y pocos segundos después se escuchaba su voz infantil, ampliando la información.

—¡Dos fragatas, seis cuartas a estribor! ¡Amurados a estribor, proa hacia nosotros!

—Pueden ser la Ceres y la Perla, que salieron a la mar con el navío Príncipe de Asturias para cruzar derrotas —dijo el comandante con escasa convicción, mientras ajustaba su largomira^[34] al ojo, sin resultado hasta el momento.

Pensé que también don Jacobo debía haber sentido esa sensación que otorgan los días de mar o, como decía el general Barceló, ese perfume de la sangre que se percibe antes de entrar en combate. Y créanlo como verdad bíblica, que no es desatino producido por la edad. Pero la voz del guardiamarina volvió a dejarse oír con

claridad.

—¡Acaban de izar el pabellón britano! ¡Un mínimo de 40 cañones en cada una!

Me extrañó la prontitud en aclarar su pabellón, porque los ingleses suelen esconderlo como hábito si supone beneficio, aunque no sea ejemplo a seguir en las normas de la mar. Entendí que muy seguro debía encontrarse el comandante sobre el posible desenlace, lo que no se atisbaba en principio, o se trataba de un especial caballero chapado a la antigua y amante de la guerra galana.

El hecho de encontrarme en situación de transporte me concedía un especial privilegio, o así me lo pareció entonces. Como mudo espectador en un teatro, paseé la mirada por la cubierta para observar la reacción en los diferentes hombres que habían cesado en su labor, pendientes de la situación y de cualquier pequeño comentario. Y encontré gestos de todo tipo, entre los que intentaba descubrir la ansiedad, el miedo a lo desconocido, la simple curiosidad, la preocupación y tantos otros, que de todo cabía en la saca. Un joven alférez de fragata rompió el silencio.

—¡Señal de la Matilde, señor! Arribará para atraerse a una de las fragatas y nos desea mucha suerte si nos aparejamos en sangre con la segunda.

Se trataba, sin duda, de una sabia decisión, la que parecía haber tomado con rapidez el capitán de navío Gastón de Iriarte. En combate contra una fragata bien armada y de un porte superior a las cuarenta piezas, norma habitual en todas las britanas de su clase, eran muy pocas las posibilidades de éxito de la Matilde. En tal caso y dada la situación en su conjunto, debió pensar que, ayudado por su velocidad, podía sortear un encuentro desfavorable para la pareja. Desde cualquier punto de vista, era mejor propiciar un duelo por separado y, de esta forma, evitar ese apoyo mutuo que tan bien emplean las unidades inglesas, con rápidas maniobras que sólo dotaciones muy bien adiestradas pueden ejecutar. Al mismo tiempo y en su duelo particular con la fragata más retrasada, intentaría torearla al viento, como solíamos decir en nuestro especial vocabulario, alejar una pieza de la escena y retornar en ayuda de su compañero si, como preveía, podía sacarle algún nudo en el andar. De todas formas y aunque nos duela, debemos reconocer que ninguna maniobra es fácil contra un inglés en la mar.

De acuerdo a este plan que se abría con claridad en mi cerebro, la fragata Matilde arribó^[35] a babor, hasta quedar prácticamente de empopada, izando el trapo disponible hasta los cielos, incluidas las pañoletas de los oficiales, para salir batiendo millas. Poco después, el plan parecía cuadrar en conveniencia, cuando observamos a la segunda fragata británica enmendar su rumbo claramente a estribor, intentando cortar la proa de nuestra pareja. Por su parte y sin perder un segundo, don Jacobo Stuart ordenaba a los timoneles un par de cuartas en contra, para arrumbar al límite de la bolina, con lo que la primera fragata inglesa quedaba ajustada a nuestra proa. El guardiamarina izado en la cofa continuaba con su exhaustiva información, aunque ya divisábamos con claridad a nuestra oponente, y puedo jurar por la seguridad de mi alma que no me gustó mucho la visión que abarcaba con el antejo.

9. La fragata Minerve

En pocos minutos, se había aclarado la situación de combate para moros y cristianos, como habría declarado el brigadier don Juan María de Villavicencio en una de sus habituales exclamaciones. Sentí cierta satisfacción porque la estimaba como muy aceptable y con alguna posibilidad de éxito para nuestras fuerzas. Por una parte, la capitana inglesa, en la que podíamos apreciar la insignia del comodoro jefe de la división, se dirigía hacia nosotros sin dudarlo, navegando a un descuartelar^[36] y proa con proa, como dos antiguos bajeles dispuestos a un definitivo abordaje de muerte, aunque con la Sabina ligeramente barloventada al sudeste. Mientras tanto, la segunda fragata enemiga perseguía a la Matilde, con lo que ambas se separaban claramente de nuestra derrota. Le deseé en mi interior toda la suerte posible al capitán de navío don Miguel Gastón en su lucha particular, donde entrarían en juego como factores dominantes la velocidad de su parte y el poder artillero en contra.

Aunque mantenía los pensamientos alzados en continua observación y me creía instalado en una especie de teatro celestial, observando el escenario de guerra con especial privilegio, me bajó a la tierra la voz de don Jacobo. El comandante se dirigió a mí, mientras se giraba con una sonrisa burlona en la boca.

—Según parece, señor, el comodoro inglés ha decidido llevar a cabo el duelo por separado, lo que puede beneficiarnos. Cada toro que embista la pica roja por su cuenta y riesgo.

—Así lo estimo. Para nuestra fortuna, los britanos son muy golosos de cualquier presa y no están dispuestos a perder bocado, especialmente cuando se consideran superiores, como parece ser el caso actual en el armamento, factor en el que tanto fían. Además, sienten especial devoción por las fragatas, como es el caso. De todas formas, dudo que esa segunda gacela, con tanto armamento en cubierta, alcance a la Matilde, que ya bate alas como un cometa. Pero debo reconocer que le aguarda un toro de cuernos altos por la proa.

—Eso empiezo a entrever con claridad —el comandante retomó el anteojo para dirigirlo hacia su oponente, que cerraba distancia a gran velocidad—. La batería principal es idéntica a la nuestra, con 28 montajes de a 18. Sin embargo, la del alcázar y castillo es de a 8 y con cuatro piezas más.

—No es ésa la mayor diferencia, porque si los ojos no me juegan una mala pasada, ese rabizón dispone de seis carronadas de a 32 a popa, y dos más del mismo calibre a proa. Y aunque nos pese, ese factor puede ser decisivo. ¡Qué suerte la de ese comandante, o qué visión la de sus jefes! Bueno, sin olvidar el costo y la adecuada disposición en sus fábricas, para producir tantos cañones como aceitunas en nuestra España. En ese particular aspecto de las carronadas, nos supera en seis piezas, y de las que hacen mucho daño a corta distancia.

—Seis carronadas por más son látigos a la espalda.

—Juraría que se trata de una fragata francesa apresada en la guerra anterior, porque ofrece unas líneas muy parecidas a la Sirena que tuve el privilegio de mandar, aunque le hayan aumentado su poder artillero en conveniencia. En ese caso y como parece a la vista, tampoco disponemos de margen alguno en velocidad. Siento comunicaros, don Jacobo, que preveo sangre corrida en las dos cubiertas.

—También yo la huelo, no creáis. Ahora echo en falta la fusilería por merma en el cargo. Maldito sea quien decidió tal compromiso, y perdone mi expresión.

—El comandante de un buque en la mar está autorizado por cierres para elevar a los cielos cualquier jaculatoria, aunque sea de especie ofensiva para las religiones —contesté en chanza.

—Preferiría abdicar de tal prerrogativa a cambio de alguna carronada. Por cierto, señor, debo recordarle que se encuentra en situación de transporte y dispone de la facultad para arrancar en la cámara —el capitán de navío Stuart había oscurecido su semblante.

—Por favor, don Jacobo —lo miré a los ojos con sonrisa quebrada al medio. Intentaba expresar lo que los vientos susurran por nuestros cerebros en tales situaciones—, aunque me falte una mano, todavía puedo hacer bastante daño con la derecha. Si no le importa, me mantendré a su lado como un soldado más.

—Se lo agradezco. Y si estima oportuno indicarme alguna condición que pase desapercibida, le ruego me la haga saber con toda confianza.

—En estos momentos sólo puedo decirle que me tiene a su entera disposición.

El comandante volvió a dirigir una nueva mirada a su oponente, calculando, quizás, posibilidades y futuras maniobras. Pareció hablar consigo mismo.

—Nuestra única ventaja es el barlovento, aunque sea ligera y de escaso valor en estos momentos. De todas formas, como el inglés intentará el combate a corta distancia, dejaré que me entre de proa, a ver si puedo endosarle dos andanadas corridas desde su bauprés.

—Que Nuestra Señora del Rosario se arrime a las armas de España.

—Falta nos hace.

No dudaba un segundo la fragata britana en sus intenciones, sacando la proa del agua con orgullo. Ya la distinguíamos con suficiente claridad, cuando escuché al comandante dirigiéndose a su segundo. Me gustó comprobar la seguridad y el aplomo en el tono de su voz.

—Segundo, ordene zafarrancho y prevención para el combate. Que todos los hombres ocupen sus puestos con la debida celeridad. Avise a los jefes de batería para que acudan a mi presencia.

—Lo que ordene, don Jacobo.

Para entrar de lleno en la realidad, saltó la corneta en repique de orden y comenzó a batir el tambor, momento en el que ese especial perfume del duelo y la sangre se perciben con mayor intensidad. Ya lo explica el refrán marinero con su habitual claridad:

*La llamada de corneta
y el repique del tambor,
a bordo se traducen
en sangre, desgarro y dolor.
¡Marineros españoles,
demostrad vuestro valor!*

En pocos segundos, el buque dormido pareció entrar en furiosa efervescencia, aunque no se llamara a rancho extraordinario precisamente. Los infantes, artilleros, grumetes, marineros y pajes corrían por cubiertas y escotillas, ocupando sus puestos, preparando la artillería y acarreando balas y saquetes de pólvora para el suministro de las piezas. No era momento de ocupar pensamientos en posibilidades de vida o muerte, sino de emplear el alma con grilletes en la acción inmediata. Bien sé yo que el cerebro se mueve en negro con tremenda facilidad y disminuye el necesario vigor, aunque siempre el rumor del miedo ocupe demasiados corazones, porque es condición amadrinada al ser humano.

Comprobé que Jesús, el improvisado criado, se encontraba a mi lado. No expresaba su rostro ansiedad ni temor alguno, al tiempo que extendía mi sable y el querido pistolón con naturalidad, aquella vieja pieza que recibiera de manos del general Barceló años atrás.

—Muchas gracias, Jesús. Puedes situarte a cubierto y evitar riesgos innecesarios.

—Ya me comentó Setum de forma repetida, señor, que en caso de entrar en combate le agenciara no solamente el sable, como suelo hacer con don Santiago, sino también este arma de generoso tamaño. Y como siempre me mantuve al lado de mi señor, aunque se abran los cielos en temporal o sangre, así continuaré.

Bien le debía haber explicado el noble africano mis costumbres de guerra. Y puedo certificar que Jesús se portó en todo momento como un hombre cabal y con expresa lealtad hacia mí. Por fin, me dirigí al comandante para justificar la presencia del armamento aparejado a mi persona.

—Este arma, aunque de aspecto tosco y cachas destempladas, no se separa de mí en combate desde hace bastantes años —la ajusté al cinto con energía, mientras colgaba el sable con facilidad, para apoyar la mano de madera en su pomo. Tales gestos me hicieron sentir mayor aplomo y seguridad, como si hubiese vestido en oros una absoluta desnudez—. Y aunque un tanto rudimentaria, ha entrado en función más de una vez.

—Más parece arma de corsario, señor, si me permite la observación —comentó el comandante de buen humor.

—Y lo es por derecho, que muchas barrigas berberiscas abrió don Antonio Barceló con ella.

En ese momento, nos alcanzaron junto al panel de proa de la toldilla, donde nos encontrábamos para una mejor observación, el teniente de navío Quesada y el

teniente de fragata Mendívil, preparados para recibir instrucciones del comandante.

—Bien, señores, he pensado llevar a cabo algunas variaciones respecto al sistema habitual, dadas las características de esta fragata que hemos de afrontar con clara inferioridad. Seguiremos a proa al enemigo, aunque probaré a caer un par de cuartas más a estribor, siempre que el trapo y el viento lo permitan. Si la situación se mantiene, lo que es muy probable dada su decisión de cerrar distancias, aguantaré lo posible antes de arribar en rondo. Mi intención es endosarle dos andanadas de fuerza que lo barran de proa a popa, si el inglés no se zafa y nuestros hombres recargan con suficiente rapidez. Corran la voz de que todos acabarán en el fondo del mar con los intestinos comidos por las toninas, si no conseguimos un ritmo de fuego aceptable, aunque ya sé que es una simple quimera. Esa gacela nos supera claramente en artillería, más de cien libras por andanada a ojo de pulgar, especialmente con las carronadas de la toldilla. Para contrarrestar ese efecto sólo disponemos de astucia y valor, condiciones que tampoco escasean en los britanos.

Pareció tomarse un leve descanso, mientras dirigía una mirada de reojo hacia la mar. Volvió a tomar la palabra con la misma decisión en su voz.

—Por el contrario, si esta fragata inglesa incorpora una dotación habitual en las de su clase, dispondremos de unos cincuenta hombres más de equipaje, aproximadamente. Sin embargo y para nuestra desgracia, estimo que su ritmo de fuego será bastante superior al nuestro y muy certero. Por esa razón, nada de apuntar a desarbolar o a la lumbre del agua, sino cien por cien contra su artillería en los primeros momentos, palanquetas de boca contra porta y con el personal a cubierto tras los parapetos en lo posible. Debemos intentar equipararnos en el fuego, y el único método es desmontar sus piezas. A continuación y como objetivo principal, las carronadas de popa enemigas para las brigadas dos y tres. Y la fusilería también con dedicación máxima hacia el personal de artillería, especialmente en su toldilla. Nada de ajustarse a las casacas^[37]. Quiero infantes de confianza tras los sirvientes de nuestras piezas. Si algún hombre intenta escurrir el bulto al recibir los primeros impactos, fuego a la barriga. Repartir a cada hombre un cacillo de vino, engrosado con pólvora blanca^[38]. Y que sea lo que Dios quiera.

—Muy bien, señor —contestó Mendívil con decisión y valor en alza—. Puede estar seguro de que le daremos mandanga a esos putos casacones.

Una vez recibida la novedad de que todos los hombres habían ocupado sus puestos, comenzó a correrse por el buque con claridad la habitual melodía que precede al combate; el ruido de los aparejos de las portas al abrirse, el estibamiento del balerío en las chilleras con alguna caída inoportuna, la petición de grasa, aguada y mechas en falta, los cañones entrando en batería, los fusileros pisando alguna mano en su urgencia al trepar por las jarcias y las voces de los cabos de cañón arengando a sus hombres con gritos y blasfemias. Un conjunto sinfónico que aumenta la tensión en grados y endurece la piel del marinero bragado al tacho.

Tal y como esperaba de un instante a otro, la corneta tocó llamada de atención

general y el tambor dejó de batir cuero, hasta cubrir la fragata con un manto de silencio majestuoso. Fue el momento en el que el capitán de navío don Jacobo Stuart, comandante de la fragata de la Real Armada Santa Sabina, elevado como un pequeño dios sobre el tambucho de los pilotos y con la dorada bocina en la boca, arengó a sus hombres. Les habló del honor, del necesario valor, así como del leal servicio que debíamos a Su Majestad y a España. Por fin, remató con unas sentidas palabras en adelante, augurando la gloria eterna para los que cayeran bajo el fuego enemigo.

El silencio se mantenía a cerrazón, aunque algunos corazones llamaran en falsete. Una vez finalizada la arenga del comandante, y en uso de su sagrado ministerio, las palabras del capellán, don Raúl Menestral, fueron lanzadas al viento con especial recogimiento. Finalizó erigido en púlpito marítimo, para impartir una absolución general a todos los miembros de la fragata, al tiempo que recomendaba valor ante la sagrada misión que se imponía a cada uno de los hombres.

Debo aquí aclarar que ésa fue la única ocasión a lo largo de mi extensa vida marinera, en la que asistí a un combate naval en toda regla como mero espectador teatral, aunque las balas, metralla y astillazos no contemplan la condición de embarque de cada uno, por mucho que se ostente el empleo de brigadier. Pero es cierto que al no deber estar pendiente del rumbo, aparejo y tantos otros aspectos que el comandante de un buque ha de atender y analizar en cada segundo, a la vez que ordena las medidas necesarias, podía observar otros muchos detalles que nos suelen pasar desapercibidos.

Los infantes y fusileros se encontraban en sus puestos, bien por altura o parapetados en las cubiertas, con las órdenes recibidas y sin que se observaran indicios de extremo nerviosismo o desplante alguno. Sin embargo, no eran pocos los marineros, así como los sirvientes de las piezas, que miraban con abierto resquemor hacia ambas bandas, oteaban el horizonte y mostraban gestos que no aleteaban en luces de gloria. De forma especial, en las piezas de a 6 situadas en el alcázar, únicas que quedaban bajo mi campo de visión, remoloneaban al quite algunos marineros de reciente embarque, con aparentes deseos de bajar a la última cubierta si la ocasión se presentaba.

El guardiamarina Moradas fue quien recibió el honor por parte del comandante para tesar la bandera a popa, y allí marchó aquel joven, casi un niño, con el sable desenvainado y el orgullo a punto de reventar en sus venas. Sin saber por qué, en aquel momento pensé en su madre, que se encontraría quizás entre miembros de su familia en la morada catalana, sin sospechar siquiera que su querido hijo afrontaba una situación de muerte, un niño que bien podía mantenerse en juegos de corro o al tornillo con otros de su edad, si no hubiese decidido sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas y defender a su patria.

Me mantenía todavía con el comandante en la toldilla, cuando ya la fragata inglesa se agrandaba ante nuestros ojos como un gigante colosal, que así se aparecen cuando nos encontramos prontos a entrar en combate. Comprobamos que, en efecto,

el gallardete que flameaba en la galleta del palo mayor correspondía al de comodoro con mando de división, ese empleo tan deseado por todo oficial de la Royal Navy. Pero también es cierto que no nos preocupaban en mucho las banderas y gallardetes, porque poco hierro y metralla lanzan contra la cubierta enemiga.

Por fin, desterramos el uso de los anteojos, porque ya podíamos distinguir hasta el mínimo detalle. Pero fue, precisamente, en la última ojeada lanzada a través del largomira, cuando observé la figura de un comodoro situado a bordo en posición pareja a la nuestra, acoderado por corto a un capitán de fragata que, sin duda alguna, debía ser el comandante del buque. Repasé con detalle el aspecto físico de quien mandaba la agrupación, como si intentara descubrir sus más íntimos pensamientos. Era un hombre enjuto de carnes, estatura media, porte noble aunque un tanto acicalado, rubianco de cabello con mechones que el viento ondeaba al capricho, y un aspecto general de absoluta naturalidad mientras departía amablemente con sus subalternos, como si se encontrara en una recepción de corte. Aquel oficial que, según tuve conocimiento horas después, se llamaba don Horacio Nelson, también se amadrinaría a mi vida marinera en diversas estaciones, aunque en distintos términos y condiciones a otros grandes marinos bajo cuyas órdenes tuve el honor de servir.

Don Jacobo forzaba la fragata Sabina al límite de la bolina, con peligro de que algunas velas quedaran desventadas y enturbiaran la empresa acometida en el cerebro. Su única posibilidad de llevar a cabo la maniobra prevista era ésa, a no ser que intentara una virada por avante^[39], lo que no parecía recomendable ni por millas en aquellos momentos. Pero tampoco el inglés tenía fácil evitar el pensamiento español, porque con el viento fresco del sudeste, roladizo y tontón, podía entrar en el mismo peligro si forzaba la proa a orzar. Fueron unos segundos de duda, muy escasos por cierto, de esos que se cruzan a miles en el combate. Aquel comodoro rubio que observaba en la distancia, decidió la línea a seguir sin llamar a los puentes ni movimiento alguno de preocupación. Por fin, observamos la proa de la fragata inglesa corregir en ligera arribada, con lo que a don Jacobo le concedían el privilegio de lanzar la primera sinfonía a tono forte. Establecida la entrada al fuego en aquella deseada posición, podríamos reventar de través a proa, aunque por el contrario y como única posible desventaja, nos sería difícil evitar el fuego de las carronadas a corta distancia.

Era calculador, valiente y de sangre fría el capitán de navío Stuart, lo que consiguió emocionarme. Pueden estar seguros de que pocos espectáculos o acontecimientos en la vida mueven más la sangre a batir, que la figura de un señor comandante de ley, en la mar, antes de entrar en combate. Aunque ya los cañones de mira^[40] de las dos fragatas batían el fuego con escaso ruido y sin resultados de fuerza, don Jacobo aguardó lo preciso y unos segundos más, ese padrenuestro a rezar que los viejos comandantes vaticinan como necesario, hasta ordenar la caída a babor con toda la pala, cuando ya el bauprés britano parecía entrar como espolón de galera por nuestro combés. Fue en aquel momento cuando lo vi desenvainar su sable con

especial lentitud, actitud escasamente utilizada en nuestra Armada, para marcar la orden de fuego, nuestro través abierto contra los ingleses en sentido de su crujía. Elevó el sable hacia la galleta de los palos, como si deseara conceder honores de casa regia a su buque, antes de elevar la ronca voz. —¡Fuego a todas las baterías!

Y tronó el sonido del infierno, como si llamara a sus puertas un ejército de condenados, mientras el tambor parecía aumentar la cadencia, deseando, quizás, marcar el ritmo acelerado de tantos corazones. Observé con detenimiento los efectos de la primera andanada, aunque tan sólo el moco del bauprés pareció destemplarse en gaitas y algún pasamanos voló por los aires. Pero cuando se cargaba para la siguiente y necesaria ración de boca, ya caía con decisión el inglés en arribada de orden, con abierta intención de acoderarse por corto a nuestro través. No obstante, volvían a escupir nuestras piezas la segunda andanada, aunque muchas palanquetas entraran a desmano y en falsete por no haber variado las cuñas a tiempo, con lo que arañaron la madera a demasiada altura. Fue entonces cuando comprobamos el verdadero poder artillero de los ingleses, porque su primer recado de salutación hizo vibrar la estructura de la Sabina, como si un duende hubiese movido las galletas de sus palos con severa indignación.

La primera hora del combate fue un toma y daca, con un ritmo de fuego britano que duplicaba el nuestro y sus carronadas barriendo cubierta hispana en sangre, por mucho que los parapetos y antepechos cubrieran la carne en lo posible. El comodoro Nelson había seleccionado dos tipos de fuego, uno a desporear la arboladura sin misericordia, labor que llevaban a cabo las piezas de la batería principal, mientras la del alcázar y castillo, con el oportuno concurso de las carronadas, se empleaban con machacona insistencia contra nuestro personal en cubierta y toldilla, que quedó despejada en un elevado tanto por ciento. También en el alcázar, donde había mudado con don Jacobo, recibíamos racimos de hierro, con desgracias aparejadas. La primera de ellas y con especial tristeza añadida a mi persona, la comprobé al girar el cuerpo y comprobar al criado, Jesús, con una astilla de grueso tamaño clavada en el vientre. Fue trasladado a la enfermería con urgencia, aunque ya sus ojos mostraban los rastros de la muerte. Sin poder evitarlo pensé en Setum, que podía haber ocupado ese mismo puesto, aunque una voz en las tripas me decía que el africano se habría salvado.

Como es norma habitual en todo combate naval, comenzaron a llegar hasta el comandante como cuentas de rosario y lágrimas rasgadas, los partes y novedades de mar y guerra; averías serias en el casco y aparejo, heridos, muertos, puestos sin cubrir y un largo sinfín que no suele sonar a orquesta de viento.

Entrábamos en la segunda hora de combate, cuando una rasa^[41] britana, de esas que se dejan oír en su vuelo como zumbido cascarrón, desbrincó una pieza de a 6 en el alcázar, produciendo el alboroto añadido. Aunque clareaba el pasamanos y peligraba la contra, se ordenó reponerla con rapidez, al tiempo que se solicitaba refuerzo de personal por haber caído sobre cubierta, heridos de gravedad, casi todos sus sirvientes, incluido el cabo de cañón con astillado abierto en el pecho. Fue el

momento en el que dos grumetes, sirvientes de baja, recularon a popa, enfocando su mirada hacia la escotilla cercana. Pareció cundir el ejemplo, por lo que el comandante en persona, con el sable bailando en el aire, renovó la orden de alistamiento. Uno de los grumetes, cercano a mí, con gesto de presidiario y marcas de arma blanca en su piel, contestó en ofensa.

—¡Qué mueran los voluntarios!

Tras estas palabras y al tiempo que sacaba una faca del blusón, con un tamaño más cercano a chuzo de abordaje, intentaba abrirse paso hacia la cubierta baja. No pensé dos veces porque debía pasar a mi lado. Saqué el pistolón y mientras lo amartillaba sin pérdida de tiempo, apunté a su pecho.

—¡Vuelva a su puesto, si quiere ver la luz de los cielos algún segundo más, culebrón de mierda!

Dudó el cobarde con trazas de presidiario unos segundos, a dos pasos de mi persona. Pero no le acobardaron mis palabras ni el arma en disposición, sino que pareció darle alas en altura.

—¡Ocupe vucencia mi puesto, si le entra por vientos al cuero!

Mientras el grumete putaño escupía estas palabras, apuntaba su arma en mi dirección con loca insolencia, demente quizás en su cobardía. Aunque parezca mentira y mientras se recibían impactos por norte y sur, alrededor de nosotros parecía haberse detenido el mundo, con rostros expectantes que parecían esperar el desenlace de la escena para actuar en conveniencia. Y no lo dudé un segundo, como nunca he dudado en similar situación. Cuando el putaño volvía a iniciar un paso en mi dirección, disparé el arma, rompiéndole los ojos en reventón de sangre. El grumete malparido saltó hacia atrás con la muerte preñada en su piel. Y sin esperar un segundo, apuntaba un nuevo disparo a los que se mantenían a la espera. Pero ya llegaban otros infantes y conseguimos restaurar la situación, aunque alguna voz del mismo orden llegaba desde la cubierta baja, lo que indicaba a las claras que no andaba la situación en positivo. Entre impactos y silbidos, escuché la voz de don Jacobo.

—Muchas gracias, señor.

—Como ha podido comprobar, este artefacto cumple su misión.

—Si salimos de ésta, juro que me haré agenciar una bicha de parecidas características.

La segunda hora transcurrió en las mismas cuerdas y no a favor de nuestras armas, precisamente. Don Jacobo intentaba abrir distancia, lo que conseguía a intervalos, para cerrarse en línea de muerte a continuación, porque el inglés manejaba la fragata como un falucho. Debo reconocer que envidiaba la facilidad de sus hombres para marinear trapo y aparejos, sin necesidad de órdenes perentorias, como si se tratara de coser y cantar. Por nuestra parte, habíamos perdido el mastelero del velacho y dos vergas altas de sobrejuanetes, al tiempo que el contraestre informaba sobre los palos trinquete y mayor, pasados de balazos en la madre y con

riesgo inminente de rendir. Por fortuna, los parapetos redoblados actuaban a favor, aunque ya eran cuatro los muertos y más de treinta los heridos de gravedad. Desde la Sabina se respondía al fuego con ritmo muy mejorable y solamente desde un sesenta por ciento de los montajes, porque no era fácil reponer las piezas desmontadas por los impactos enemigos. Pero también el inglés sufría en carnes, aunque sus carronadas seguían batiendo cobres a ritmo de culebra, por mucho que los fusileros intentaran cebarse en sus sirvientes.

Nos encontrábamos en la tercera hora del combate, cuando dos factores llegaron al unísono y en quebranto de luces. Por una parte, don Jacobo caía herido por un ligero astillazo en el brazo izquierdo, así como otro más severo en el muslo pocos segundos después. Aun así, se levantó las dos veces, debiendo apoyarse en la torna de la timonera para mantener el equilibrio. La herida de la pierna llamaba a sangre en abundancia, que ya rebosaba el borde de la bota por alto, aunque le emplazaran un cintón en torniquete para disminuir la hemorragia. Pero fue entonces cuando se escuchó un trueno mayor, como si hubiesen coincidido seis baterías al tiempo. Lo comprendí antes de escuchar la voz del contraamaestre primero, don Sebastián Merlo.

—¡Se ha rendido el mesana^[42]!

Aunque los dos palos proeles eran los más dañados hasta el momento y con mayor reserva, algún impacto de fuerza y directo al alma había tronchado el mesana al pie. Por desgracia, en ese momento intentábamos un nuevo alejamiento, por lo que el palo rendía macho hacia barlofuego^[43], inutilizando de momento bastantes de nuestras piezas artilleras. Se intentaba aclarar la maniobra y despejar la artillería, cuando el segundo comandante acudió al alcázar con demasiada energía negativa, y entró en personal opinión.

—El palo mayor está a punto de rendir, señor, y el trinquete tocado a mecha. No queda cabo para laborear en firme. La gavia ha saltado por puños y el trapo, en general, en reliquias y con más agujeros que lona entera. La verdad, señor, poco resta por hacer.

—Todavía queda tela por cortar —don Jacobo hablaba con voz trémula, posiblemente por el dolor que aparejaban sus heridas.

—Son ya cuatro los muertos, entre ellos el guardiamarina Moradas, y cincuenta los heridos, los más de gravedad y escasa esperanza. El comandante de la fragata Minerve intima a la rendición con su bocina.

—En ese caso, acérqueme la mía, que desecharé la intimación por el mismo medio.

Fue entonces cuando escuché el nombre del buque enemigo por primera vez, porque no podía haber observado su popa hasta el momento. Comprendí que, en efecto, se trataba de una fragata francesa, apresada por los bótanos y con la artillería ampliada por largo^[44]. Como si a mi querida Sirena le hubiesen montado las carronadas que tanto eché en falta.

Una vez desechada la intimación a la voz, se continuó el duelo artillero, aunque

bien sabe Dios que ya no contemplaba ninguna esperanza. Mis ojos se dirigían hacia poniente, porque debíamos encontrarnos a escasas leguas de la ciudad de Cartagena, y cabía la esperanza de que apareciese alguna unidad amiga en comisión cercana, o hubiesen escuchado el estruendo del combate. Pero como les decía, la suerte estaba echada.

Cumplíamos las tres horas de combate cuando los oficiales se reunieron con el comandante en el alcázar, todos a una salvo las bajas, y sin haber sido llamados al efecto. Creo que no presentaba fuerzas suficientes el capitán de navío don Jacobo Stuart para aguantar aquella presión. La situación de maniobra en su fragata era casi nula y, para mayor mal, en la cubierta baja los rumores de escape corrían a la negra y por alto, mientras ya los infantes se veían desbordados. El comandante me miró a los ojos en la distancia, elevando quizás una muda pregunta o un deseo reprimido. Recordé con bastante exactitud lo que las ordenanzas previenen para el caso: que antes de rendir un buque se junten los oficiales, examinen el estado del casco, arboladura y aparejo, si pueden recibir socorro, si puede vararse en la costa, perderse o incendiarse, por fin, si pueden continuar la defensa, ya sea para dar mayor honor a las armas de Su Majestad, o para entretener al enemigo a favor de otro buque que se retire.

Sufría con la mirada abierta en súplica de don Jacobo, rastro de dolor hacinado en su corazón, como si me arrimaran un hierro candente bien dentro de las venas, una situación muy difícil de explicar con palabras llanas. Deseaba intervenir, bien lo sabe Dios, pero no era aquella mi misión ni podía inmiscuirme en asunto interno de una unidad naval sin jurisdicción. Sin embargo, mientras apretaba la empuñadura del pistolón con rabia, habría deseado gritarle que intentara proseguir el combate, que todavía disponíamos de más de veinte montajes artilleros en disposición de disparar. Y si los palos mayor y trinquete se rendían, peor para el jodido inglés cuando acabara por tomar la presa, circunstancia que ya nadie dudaba.

Pero repito que no andaba don Jacobo con sangre suficiente como para tomar la senda del honroso sacrificio, ni recibía el necesario apoyo moral de sus oficiales. Escuché sus palabras como llegadas de muy lejos. Deben tener en cuenta que, por primera vez, alcanzaba mis oídos aquella tristísima melodía, esas notas que duelen como un balazo en el pecho o mucho más. Con voz en lamento, se dirigió a un joven alférez de navío.

—Albertos, acuda a mi cámara, rellene la lona de rendición^[45] y al agua con ella —se giró hacia el segundo comandante, para continuar con el mismo tono lastimero—. Arríen el pabellón.

Aunque esas palabras se mantuvieron en terca repetición por mi cerebro, los acontecimientos se desarrollaron con extrema rapidez a partir de aquel momento. Callaron los cañones, cesó el retumbo del tambor y se hizo el silencio más denso como por arte de magia, tan sólo atacado por los tristes lamentos de los heridos. El comandante se mantenía en el alcázar con equilibrio inestable pero aferrado al

costurón de la timonera con porte de honor. En aquellos momentos era auxiliado por el sangrador, porque el cirujano segundo, don José de Enciso, andaba en la enfermería con un pie ensangrentado y apto para curar sin moverse. Y le habría sido sencillo abandonar el alcázar y pasar a la enfermería, dejando al segundo al mando y con intenciones de rendir el buque, maniobra que, según supe y aunque sienta decirlo, llevó a cabo más de un compañero. Pero por encima de todo, era un sentimiento de vergüenza propia el que se adueña del corazón en momentos como aquel, hasta triturar el orgullo a martillazos.

No hay nada más triste que observar un buque de la Real Armada con el pabellón propio cubierto en altura por el britano, señal de buque marinado en presa. A nadie deseo el sufrimiento de tal espectáculo, que tanto tiempo me costó desterrar del cerebro. Y no quiero criticar a don Jacobo al bulto, porque se portó como un valiente en el combate y lo intentó casi todo, aunque me habría gustado apurar el vaso de la pólvora un poco más. Pero la diferencia artillera, tanto en número como en calidad y ritmo, era imposible de solventar. De todas formas, habría preferido ver a la fragata Sabina sin palos y lista para llegar al fondo del mar Mediterráneo, antes que pisada por la bota del inglés.

Para mi sorpresa, en pocos minutos se presentó ante nosotros en el alcázar, el teniente de navío Thomas Hardy y el teniente de fragata Culverhouse, precedidos por el segundo. Hardy se destocó ante el comandante, mientras me miraba de reojo con cierto interés, al observar los entorchados en las vueltas.

—Le presento los respetos del comodoro don Horacio Nelson, al mando de la división compuesta por las fragatas de Su Majestad Británica Minerve y Blanche. Vengo acompañado por el teniente de fragata Culverhouse y 40 hombres, para marinar en presa esta fragata rendida. El comodoro me ruega le haga llegar su deseo, para que el comandante sea trasladado a nuestra unidad, con los oficiales que estime pertinentes. La lancha se encuentra preparada. También me comunicó que será tratado de sus heridas a bordo, a no ser que desee embarcar con su cirujano.

—No es necesario —contestó Stuart con un ligero silbido.

En ese momento, Hardy se giró hacia mí en muda interrogación. Pero ya Stuart entraba en explicaciones.

—El brigadier don Francisco de Leñanza, conde de Tarfí, se encuentra en condición de transporte, por lo que espero no se le considere en retención de guerra.

—Debe embarcar con ustedes. Como pueden comprender, la decisión se encuentra en manos del comodoro.

De esta forma, pocos minutos después embarcábamos en la lancha para dirigirnos hacia la fragata Minerve. Es difícil explicar los sentimientos que batían mis flancos en esos momentos, pero todos se abrían en negro aunque no hubiese recibido un solo rasguño. Mi estrella personal se mantenía en alto, pero no así la de la Real Armada, que perdía una de sus fragatas mejor artilladas. En aquellos momentos, ni siquiera pensé en el próximo futuro, en la visita dedicada al general Barceló o en la

posibilidad de no poder participar en el resto de la guerra contra los britanos. Todo se cerraba a mi alrededor en vergonzosa humillación.

10. El comodoro Nelson

Embarcamos en la lancha británica con alguna dificultad, porque el capitán de navío Stuart debía arrastrar su pierna maltrecha con ayuda de su criado. A pesar de la humillante situación, así al menos lo sentía en mis carnes, don Jacobo mostraba una altiva dignidad en su postura, al tiempo que intentaba borrar los rastros del dolor en su rostro. Por fortuna, la herida del muslo se presentaba limpia en los bordes y, tras el cosido llevado a cabo por el sangrador, parecía haber cesado la hemorragia. Los marineros ingleses remaron en silencio y siguiendo la seña expuesta en los ojos del patrón, como si se tratara de un especial traslado de altos personajes.

Trepé por el portalón de la fragata inglesa con el corazón abatido en cruces por nuestro honor, al punto de echar en falta alguna herida sobre la piel que certificara el valor demostrado durante el combate. Pero no dispuse de más tiempo para elucubraciones negativas, porque nada más pisar la cubierta británica, fui recibido por aquel comodoro rubio que ya conocía con cierto detalle en mi interior, tras tres horas de intenso combate. Mostraba un rostro de extrema cortesía y afabilidad, cuando se adelantó a saludarme.

—Bienvenido a bordo de la fragata de Su Majestad británica Minerve, señor. Comodoro Horacio Nelson, comandante de esta división, a su servicio. Siento que debamos conocernos en tan penosas circunstancias.

—Brigadier de la Real Armada Francisco Leñanza, conde de Tarfí —incliné la cabeza ligeramente para corresponder a su saludo inicial—. Por desgracia, es una característica poco deseable pero posible en nuestra profesión. Aunque mucho duela, debo felicitarle por el éxito conseguido en combate.

—Muchas gracias y créame si le aseguro que comprendo sus sentimientos.

Para rematar la presentación estrechamos nuestras manos como si se tratara de dos buenos amigos y compañeros. Y a pesar del aspecto débil y un tanto enfermizo que mostraba, sentí a través de su piel la energía que aquel hombre era capaz de desplegar.

—Reconozco que me extrañó observar la presencia de un brigadier español en el alcázar durante el combate, claramente sin jerarquía.

—Debo aclararle que me encontraba a bordo de la fragata Sabina en situación de transporte, hacia el puerto de Palma de Mallorca. Pero, como bien sabéis, no siempre la mar se acopla a nuestros planes.

—Me figuraba una situación parecida y tenga por seguro que lamento haberlos trastocado, en especial si le acarrea serios inconvenientes personales.

Ya el capitán de navío Stuart se incorporaba a mi altura, momento en el que don Horacio Nelson se acercó a él para recibirlo con la mismas muestras de sincera cordialidad. Como primera medida de camaradería y esa caballerosidad habitual entre los hombres de mar, no aceptó el sable que el oficial español le ofrecía en señal de

rendición, contestando con ardorosas palabras.

—Cuando se combate empeñando el crédito de nuestras armas hasta el último suspiro, como habéis mostrado en la jornada, señor, no se debe aceptar el arma personal del enemigo. Es una norma habitual en mi conducta, aunque infrinja con ello la ordenanza en vigor y sea recriminado por mis superiores.

—Le agradezco la atención por su parte como merece.

Pasamos con don Horacio Nelson a su cámara, donde nos instaló con las mayores muestras de deferencia, como si se tratara de un recibo cortesano. Pero antes de enhebrar conversación alguna, dio aviso para que se presentara el cirujano sin dilación. Pocos segundos después, aparecía ante nosotros un hombre entrado en años y con evidente veteranía en sus manos. Tal y como nos explicó el comodoro, embarcaba normalmente en su compañía y era persona de su total confianza. El médico britano, previo permiso, repasó la herida de don Jacobo con meticulosidad, para aprobar las medidas tomadas hasta el momento y proponer otras que fueron aceptadas, con las que evitar la presencia de posibles humores malignos. Pero también opinaba que no debería caer la situación a peores trazas, si no se presentaba alguna complicación, tan habitual en los cortes profundos.

A continuación y cuando parecíamos quedar en soledad, hizo su aparición en la cámara un teniente de navío para hablar con su jefe en cierta intimidad. Sin embargo, Nelson le indicó que podía hacerlo en nuestra presencia con entera libertad.

—Don Tomas Hardy solicita remolque desde la fragata apresada, señor. Manifiesta que pocas velas puede dar con cierta seguridad, hasta llevar a cabo alguna reparaciones de emergencia en los palos, masteleros y vergas.

—De acuerdo, comuníquelo al comandante con mi aprobación. Por desgracia, ralentizará nuestra marcha de forma notable.

El comodoro Nelson nos ofreció comida y bebida con generosidad. La verdad es que desde el primer momento comprobé su señorío y extrema caballerosidad, tanto en sus palabras como en el lenguaje y los movimientos que llevaba a cabo. Por fortuna, tanto don Jacobo como yo dominábamos con fluidez su idioma, aunque nuestro anfitrión hablaba francés e italiano con cierta soltura, atreviéndose con algunas palabras españolas. Sin embargo y a escasa distancia, ofrecía un aspecto de fragilidad corporal que no aparentaba ni de lejos durante el combate. Cuando tuve conocimiento de su edad^[46], siete años mayor que yo, lo estimé ligeramente avejentado, posiblemente debido a diversas enfermedades contraídas en las aguas tropicales, por las que mucho había navegado, de esas que suelen dejar cicatrices en la sangre de forma invariable. Su ojo derecho parecía aletear con escaso movimiento, a la vez que el párpado se mantenía a media altura. Precisamente dedicaba mi observación a ese detalle de forma un tanto descortés, cuando cazó la mirada, para entrar en explicación con normalidad.

—Perdí este ojo en el sitio de Calvi, en 1794. Pero todos mostramos muescas de mar y guerra en nuestros cuerpos, que ya veo su mano embridaba en madera. Espero

que no se tratara de bala británica —mostró una agradable sonrisa.

—Nada de eso. Esta mano se la llevó el hachuela de abordaje de un fiel criado, aunque fuera para salvar mi vida, allá por las altas Californias.

—Me alegro del detalle. La pérdida de este ojo se la debo a los franceses, cuando luchábamos hermanados con ustedes contra la Convención francesa. Una lástima que nuestros monarcas no sellaran aquella amistad como más duradera.

Opté por asentir ligeramente en cortesía, aunque mucho concordara con tal teoría en mi interior. Pero debo reconocer que ese hombre ofrecía un especial magnetismo y disfruté de la velada a su lado con largura. Se trataba de un magnífico conversador, condición que igualábamos al menos, queriendo saber unos de otros como buenos compañeros de la mar porque, aunque enemigos, lo éramos a fondo.

—Mantuve estrechas relaciones con oficiales británicos en esa guerra que menciona, cuando desembarqué en Tolón para las operaciones en tierra como ayudante del general Gravina.

—Ahora recuerdo su nombre —volvió a escrutar mi rostro con detenimiento—. Le aseguro que es una de mis especiales habilidades, esa de recordar nombres oídos tiempo atrás, aunque fuera solamente una vez. Usted cayó herido con don Federico Gravina, durante los ataques de las fuerzas coaligadas en el monte Faraón. Por aquellos días, yo mandaba el Agamemnon, formando parte de la escuadra del almirante Hood, aunque fui destacado a la costa italiana y a la del reino de Nápoles, una tierra por la que siento especial debilidad. Por ese motivo, quizás, disfruto de una marcada consideración por el general palermitano al servicio de la Corona española, don Federico Gravina, con quien he conversado en un par de ocasiones. Pero debo decirle, señor, que al encontrarse en situación de transporte, podrá desembarcar con entera libertad al arribar a Gibraltar, sin necesidad de empeñar en ningún sentido su palabra^[47].

—Se lo agradezco como merece.

—¿Se dirigía a las islas Baleares? Espero que no se tratara de urgencia familiar.

—Era mi deseo acompañar al teniente general don Antonio Barceló en sus últimos momentos, por encontrarse en trance de muerte. Me une con él una vieja y entrañable amistad, desde mis primeros momentos como guardiamarina en operaciones, bajo su mando.

—Siento que se encuentre en penosa condición tan valeroso marino, cuyo nombre temen hasta los peces en el Mediterráneo. Mucho nos hizo sufrir con las terribles cucarachas de su invención a lo largo del Gran Sitio^[48] —esbozó una agradable sonrisa.

—Con ellas bombardeé más de cien veces la plaza gibraltareña durante la noche —exhibí un gesto de triste añoranza—. Ahora entraré en sus aguas de forma bien distinta.

—La verdad es que no pensaba tomar dicho puerto, sino unirme a la escuadra del almirante Jervis por aguas portuguesas a la mayor brevedad. Pero como, dado su

delicado estado, debo entregar la fragata apresada, aprovecharé para llevar a cabo algún embarque de necesidad y las reparaciones necesarias.

Me extrañó, en principio, la imprudente locuacidad de don Horacio al exponer sus planes. Pero no debía olvidar aquella elemental regla de todo caballero, en la que se indica la imposibilidad de utilizar en beneficio propio la información recibida por cortesía de generoso anfitrión. Bebimos un vino francés excelente, que entró por nuestras gargantas reseca con extraordinaria dulzura. Como siempre he opinado, no hay mejor frasca de vino que la ingerida tras duro combate. No pasó el detalle inadvertido a nuestro anfitrión.

—Han tenido suerte. Hace algunas semanas apresamos al bergantín francés L'Ardent, pero debimos abandonarlo porque amenazaba con inmediato hundimiento. Por desgracia, recibió demasiados balazos a la lumbre del agua. Dejé a su dotación cerca de la costa corsa, aunque tomamos su cargamento, entre el que se encontraban unos barriles de excelente vino, como pueden comprobar.

—Es de agradecer tras el combate un caldo tan generoso. Seguro que repondrá en gran medida la pérdida de mi sangre —comentó don Jacobo, que parecía recuperar el ánimo poco a poco, porque mucho duele una derrota a quien ostenta el mando.

—Por cierto, señor, he creído entender que su apellido es Stuart. Sabía de casas irlandesas al servicio de la Corona española, pero no un..., quiero decir que le supongo con parentesco...

—En efecto, pertenezco a la casa de los duques de Berwick.

—Es una sorpresa y un alto honor saber que he mantenido un duro combate con un descendiente de reyes británicos.

—Mi bisabuelo pasó al servicio del Rey Católico, y debo declarar con orgullo que me siento español por todos los cuadrantes.

—La verdad, siento que nos hayamos conocido en tan penoso trance. Pero en tales avatares se mueven nuestras vidas. Espero que no haya perdido demasiados hombres.

—No podría decirlo con exactitud porque, como bien sabe, el recuento definitivo llega más tarde y con especial dolor. En el momento de arriar el pabellón, habían muerto cinco hombres, entre ellos el criado personal del conde de Tarfí —me señaló con la mirada—, y manteníamos más de cincuenta heridos con gravedad.

—Siento haberle dejado sin una persona de su confianza —se dirigía a mí con abierta sinceridad—. En nuestro caso hemos sufrido peor suerte. Siete hombres han perdido la vida en esta fragata y el número de heridos es muy elevado, teniendo en cuenta la diferencia artillera que reconozco a nuestro favor.

Se hizo un ligero silencio, mientras el comodoro continuaba observándonos, como si deseara grabar nuestros rostros en su cerebro.

—Nada sabemos del otro duelo particular —dije para intentar recabar información.

—No le será fácil a la fragata Blanche dar caza a la suya, cuyo nombre todavía

desconozco.

—Se trata de la Santa Matilde. Y tiene razón porque es muy ligera, aunque peor armada. Las perdí de vista hacia el sudeste.

—Cuando les avistamos en la distancia, sentí un inmenso placer al comprobar la clase de sus buques. Deben saber que amo las fragatas por encima de todo. Estimo que pocas marinas disponen del suficiente número de ellas, por no concederle como se merecen el importantísimo papel que pueden desempeñar tanto en tiempos de paz como de guerra, con una alargada lista de posibles misiones. Para mí que una escuadra sin adecuado número de esas unidades, es como un león manco y ciego. Hace un par de años, formé parte de una comisión en el almirantazgo para analizar la construcción de buques. Tanto luché porque se construyeran fragatas a mayor ritmo, que un almirante aseguró en chanza que a mi muerte, sobre la lápida mortuoria, deberían escribir junto a mi nombre la frase: Más fragatas —ahora sonreía, complacido con el recuerdo—. Y si me permiten la observación, las tuyas son de líneas magníficas y muy marineras, pero con una artillería escasa, teniendo en cuenta las que pueden enfrentar.

—Habría dado con gusto uno de mis palos, a cambio de esas carronadas que mostraba en la toldilla —dijo Stuart de buen humor, mientras un criado rellenaba nuestras copas—. Ocho carronadas en una fragata es un lujo que no alcanzamos.

—Las considero imprescindibles en el combate de hoy en día, pero quedó corto en su apreciación, porque son nueve las que incorporo, aunque una de ellas sea de mi propiedad. Precisamente, cuando nos encontramos en operación conjunta en Tolón con la escuadra del general Lángara, dispuse de tiempo suficiente para observar sus buques, el armamento disponible y el funcionamiento general de sus dotaciones, con sus virtudes y defectos, que es bueno tomar nota de cualquier detalle para el futuro. Y era un aspecto que faltaba en mi formación, porque tras el Tratado de Versalles pasé a Francia, donde estudié su idioma y sus costumbres navales con el mismo fin. Como he comentado con algunos de sus compañeros, nada nuevo les diré si estimo como muy negativo, el sistema de reclutamiento que acometen en la Armada del Rey Católico en estos últimos años, así como el escaso armamento ligero disponible a bordo, y en ello incluyo la falta de esas piezas, las carronadas, tan valiosas para el combate a corta distancia.

—Ya se nota esa observación en combate —subrayó don Jacobo con sinceridad.

—En efecto. Esas razones nos movieron a cambiar la táctica en redondo, como es conocido, porque no osábamos entrar en combate a tiro de pistola con un buque español una década atrás, por no hablar de la época de esos extraordinarios galeones, capaces de aguantar el fuego de cuatro buques sin pestañear un ojo ni sufrir desmayo. Pero todos los hombres de la mar estamos a disposición de nuestros señores y, más todavía, de las arcas reales y sus posibilidades.

—No le falta razón en sus palabras —alegué con cierta tristeza—. Esperemos que se trate de una guerra corta y volvamos a la paz.

—Eso deseamos todos. Pero brindemos por los hombres de mar, que siempre las olas nos unen en estrecha hermandad. Tengo el honor de elevar mi copa por unos verdaderos y honorables dons^[49], un inesperado privilegio que recibo a bordo de esta fragata.

Ya era noche cerrada cuando nos retiramos a descansar, especialmente porque don Jacobo lo necesitaba a la vista, que era bastante la sangre perdida, por mucho que el vino rojo y espeso compense la merma. Y también tuvo el comodoro Nelson especial dedicación a nuestras personas, al ofrecernos particular alojamiento con toldos ajustados a popa. Por otra parte, debí ejercer toda la influencia posible para convencer a mi compañero, que ya deseaba solicitar recado de escribir, para comenzar a redactar el parte del combate mantenido y justificar su conducta ante Su Majestad. Debía descansar, que tiempo sobraba para tal cometido, y así se lo hice ver con claridad. Pero es actitud fácil de comprender, porque la pérdida de un buque para su comandante es un duro filtro a atravesar, lo que me entristecía en alto grado.

Antes de retirarme, pude observar el buque inglés en su alcázar. Debíamos navegar a rumbo sudoeste, en demanda del cabo Gata. El viento, que acabó por volver a las trazas del levante fresco, propiciaba la derrota del comodoro, aunque dirigía su anteojo a popa con cierta preocupación en busca de la fragata *Blanche*, sin descubrir nada apreciable a la vista. Pero esperaba su presencia tarde o temprano, porque a causa del remolque tendido a la *Sabina*, nuestro andar era de bamboleo y a lomos de carreta. Pero a pesar de haber desembarcado cuarenta hombres para marinar la presa, un porcentaje elevado de la propia dotación, no faltaban los brazos ni el espíritu a bordo.

Por primera vez, había podido observar un buque britano en su verdadera salsa. Y aunque el aspecto exterior de los marineros y grumetes en poco se diferenciaba del personal español, se apreciaba una profesionalidad envidiable, sin una voz en falso ni movimiento alguno sin justificación, al punto de sentir una sana envidia de aquellos oficiales, enemigos en la ocasión pero, a la vez, compañeros de fatigas.

Tardé bastante tiempo en conciliar el sueño, que siempre el combate enardece la sangre y cuesta llevarla al remanso definitivo. De todas formas, pocos minutos debí quedar en trance de dulces vuelos, porque el toque de corneta, repique de tambor y ruido del personal en urgente movimiento por cubierta, me hizo saltar del jergón a mecha corrida. Aunque en los primeros momentos, desterrando las tinieblas de mis ojos, pensara en posibles medidas de temporal, el sonido inconfundible del cañón en la distancia me hizo caer en la cuenta de la realidad. La fragata *Minerve* estaba siendo atacada y, como era lógico pensar, un buque español debía ser el posible contendiente.

También don Jacobo intentaba incorporarse con rapidez. A pesar de la escasa luz que pude alimentar, lo encontré débil y con rostro febril, por lo que le aconsejé mantenerse en calma, asegurándole que le informaría al punto de la situación. Y no

era fácil maniobra por mi parte, porque no debía estorbar al personal britano ni sabía a ciencia cierta el papel de observador que podría desempeñar. Pero como la distribución de la Minerve era muy similar a la de mi querida Sirena, conseguí llegar con facilidad hasta el alcázar, donde distinguí con claridad la voz y las órdenes del comodoro. Nos encontrábamos en el comienzo del crepúsculo, con lo que las sombras se destacaban en opaco, aunque con la suficiente claridad. Sin pensarlo dos veces, me acerqué al lado de don Horacio Nelson, quien se mantenía junto a la timonera, intentando entrever entre las sombras del horizonte la situación. Por fin, comprobó mi presencia, tranquilizándome con sus palabras.

—Aunque sea arriesgado para su persona, puede mantenerse en el alcázar si lo desea, señor. Después de todo, ya sería mala suerte que le hiriera alguna bala española —intenté descubrir una sonrisa en su rostro.

—¿Nos ataca un buque español?

—No disponemos de luz suficiente para certificarlo —volvió a enfocar el anteojo —, pero juraría que se trata de la fragata española perseguida por la Blanche. ¿Matilde era su nombre? —Se giró hacia mi con curiosidad.

—En efecto.

—Por lo que se ve, ese comandante ha maniobrado con extrema pericia, para dejar al comandante Harrington burlado hasta los bigotes. Además, demuestra valor al intentar represar a la Sabina, con su escaso armamento. ¿Cómo se llama el comandante?

—El capitán de navío don Miguel Gastón.

—Me gusta saber con quien me enfrento, una más de mis manías. La verdad es que maneja su fragata con extrema facilidad. Por fortuna, hemos reparado los destrozos principales que nos produjo la Sabina, aunque no estemos al cien por cien de nuestras posibilidades.

Sentí una enorme alegría, al comprender que Gastón había toreado a la Blanche a los vientos y por todo lo alto, un éxito menor que compensaba la amargura. Habría conseguido desembarazarse de la britana por largo y acudía para auxiliar a su compañera o, llegada la ocasión, intentar retomarla si, como era el caso, se había rendido. En cualquier circunstancia, debía haber considerado que la fragata inglesa se encontraría lo suficientemente mermada como para poder abordarla con posibilidades de éxito. Pero era hueso duro de roer el comodoro Nelson, aunque se viera disminuido en 40 hombres de su dotación inicial. Escuché con claridad su orden.

—¡Larguen el cable de remolque a la presa! Ponga proa a esa nueva fragata, comandante.

No dudó el comodoro un solo segundo en su decisión y se disponía a combatir de nuevo contra otra fragata española. Y creí ver en su rostro una sonrisa de satisfacción, como si ya pensara en una segunda presa, y de las fragatas que tanto adoraba.

Ya se apreciaba la silueta de la Matilde, disparando con las piezas de su batería de babor, conforme se abría en proa por momentos, intentando mantenerse a distancia

conveniente. Pero entonces comprendí con toda claridad por qué era tan difícil luchar contra el inglés en la mar, especialmente contra algunos de sus comandantes, si no era franca la superioridad. En escasos minutos desde la orden de largar el remolque, maniobraba la Minerve en franquía, contestando al fuego español con el mismo ritmo elevado que utilizara en el combate anterior. Para mi sorpresa, no sólo los marineros y grumetes mareaban el aparejo a la orden del silbido con extrema destreza, sino que las piezas artilleras eran manejadas por un número reducido de artilleros, dos menos para el mismo cañón que en nuestros buques, y con un ritmo de fuego muy superior. Pensé con tristeza que ésa era la misión a llevar a cabo en tiempos de paz, adiestrar a los hombres para que se condujeran en la guerra como lo hacían los britanos.

También la Matilde maniobraba con agilidad, lo que me enorgullecía por alto. Gastón, ganado el barlovento en la oscuridad, intentó una pasada caliente a popa, como Satanás a la ronza, tal y como había comenzado su entrada en combate. Se veía con claridad su intención de rascar el gobierno del inglés, lo que habría sido definitivo. Sin embargo, don Horacio manejaba aquella fragata con increíble agilidad y le fue cerrando la distancia, cambiando de bordo a uñas como si se tratara de una ligera goleta. Por fin, consiguió acercarse lo suficiente para utilizar a muerte con toda su artillería, incluidas las nueve carronadas, momento en el que comencé a temer seriamente que el inglés tomara una segunda presa en faena consecutiva.

Ya levantaba luces el crepúsculo con suficiente claridad, cuando comprobé que la Matilde sufría demasiados impactos y en racimo, tanto en cubierta como en aparejos. Dos vergas altas se descolgaron a muerte, mientras don Miguel intentaba un nuevo rondo para abrir distancias. Pero también a bordo de la Minerve salpicaba la sangre, con muertos y heridos en cubierta y a la vista, comenzando por un joven teniente al que una bala había tronchado la pierna izquierda como se corta el manjar. Y aunque no mostrara mis sentimientos, grité en mi interior de felicidad al comprobar que se rendía a bordo el mastelero del juanete de proa.

Asistía por segunda vez a un combate como espectador y, caso excepcional en nuestras vidas, a bordo de un buque enemigo. Pero por encima de todo, sentía una sana envidia al comprobar la profesionalidad de la gente de mar y guerra a bordo de la Minerve, aquellos casacones^[50] que algún estúpido compañero despreciaba, arguyendo como única e insoslayable diferencia la superioridad de su artillería. Hasta los infantes entraban en rosario de fuego, sustituyendo a los heridos y abriendo el pecho en altura con sus fusileros. Y mientras tanto, el comodoro, como director de una orquesta equilibrada y con la melodía ensayada una y mil veces, repartía las órdenes sin bocina, que eran ejecutadas con precisión y extrema rapidez.

Fue en aquellos momentos cuando comprobé, una vez más, la sabiduría en las palabras de don Antonio Barceló y otros buenos generales de la Real Armada, al imaginar que nuestros buques dispusieran de dotaciones adiestradas y con suficiente permanencia temporal en sus unidades. En tal caso, seríamos capaces de enfrentar al infierno, aun con mediana inferioridad. Pero los silbidos de las balas y el estruendo

de los impactos no dejaban mucho tiempo a tales consideraciones. Y como no era el caso de exponer mi persona en buque britano, me retranqueé a popa lo suficiente para cubrir al máximo las carnes, aunque los astillazos vuelen con demasiada libertad.

Tras una hora de combate, la Matilde se vio obligada a arribar por franco, con varias piezas artilleras fuera de servicio. Y es necesario recordar aquí, una vez más, el valor y arrojo de don Miguel Gastón, al mantener aquel duelo con quien le doblaba en andanada de fuego y pericia marinera de sus hombres. Nelson comenzó a sonreír, un gesto que ya conocía con claridad, al pensar que cazaba otra gacela, una más de esas fragatas que tanto adoraba. Y la sonrisa se alargó a las bandas al comprobar que por el sudeste aparecía la figura de la fragata Blanche.

Pero no siempre los dioses de la mar se abren en la misma dirección, porque en este caso parecían entablarse a favor de las armas de España y con ayuda especial sin duda posible. Fue un joven guardiamarina el que llegó a la carrera para gritar cerca del comodoro.

—¡Señor! Seis cuartas a estribor, dos nuevas fragatas. Deben ser españolas.

El comodoro dirigió su antejo con rapidez en la dirección marcada, olvidando por unos segundos su combate personal. Pero tampoco le afectó la noticia, limitándose a contestar.

—Españolas son, sin duda. Bueno, el duelo se amplía, pero aquí se acerca Harrington con la Blanche. Después de haber sido burlado, debe encontrarse nervioso por entrar en combate. ¡Comandante!

—Diga, señor.

—Fuego a máximo ritmo y puntería a desarbolar. No podemos fallar a esta distancia. Si rendimos esta fragata, que el teniente Hardy trasvase la mitad de su personal desde la Sabina, y se haga cargo de ella. De esta forma, la Blanche y nosotros podremos encarar las dos que llegan de nupcias al escenario. ¿Tenemos algún grave problema en palos o aparejo?

—Nada grave, aunque necesitamos un pequeño respiro para aclarar alguna maniobra, especialmente la del trinquete. Nos encontramos escasos de personal, que el número de muertos y heridos aumentó en grado. Pero podemos continuar con su plan.

—De acuerdo. En ese caso, dé las órdenes oportunas a la Blanche.

Pero ya les decía que la suerte estaba echada en campanas a favor de nuestras armas, como si se tratara de magnífico conjuro. Pocos minutos después, como regalo especial caído del cielo en el día de la Santa Epifanía, tras las fragatas españolas, que resultaron ser la Ceres, de 40 cañones, y la Perla, de 34, apareció una de las catedrales más hermosas de la mar, el navío de 112 cañones Príncipe de Asturias. Y si ya por sí solo es una visión de especial hermosura, en tales condiciones pueden imaginar el vuelco de mi corazón al comprobar la presencia del más moderno tres puentes de nuestra Armada.

Aunque menos ligero que las fragatas, siempre podría incorporarse al combate y

decidir su suerte, como así lo comprendió don Horacio Nelson con rapidez.

—Hermoso navío de tres puentes y artillado en conveniencia. Qué buenos buques construyen en sus arsenales —Nelson parecía hablar consigo mismo—. Bien, poco queda por hacer en esta situación salvo lamentarse. En lucha con las fragatas, si quedamos ligeramente retrasados, lo que es muy probable, o nos rinden alguno de los palos, llegaría la montaña armada para roer nuestros huesos. Ha sido una verdadera lástima ¡Comandante! ¡Orden inmediata a la fragata Blanche! Agruparse y proa de escape en demanda del estrecho.

—¿Y qué hacemos con don Thomas Hardy, señor? —preguntó el comandante al comodoro, sabiendo la estrecha amistad personal que le unía con el oficial que quedara al mando de la Sabina apresada.

—Bien que lo siento, pero deberá quedar como prisionero, porque la Sabina será represada por los españoles en poco tiempo —no parecía agradarle esta medida al comodoro—. Pero pásenle la señal de que intente estorbar el paso de las fragatas españolas, si deciden la persecución sobre nosotros.

De esta forma, la situación cambiaba en la rosa de los vientos al giro completo con el concurso a favor de los dioses. Las dos fragatas inglesas largaban todo el trapo a disposición, aproando al OSO^[51] con el viento por el anca e intentando abrir distancias. Pero mi máximo regocijo interior se produjo al observar cómo la Ceres, la Perla y la fogosa Matilde, también largaban a los cielos hasta la camisa del cocinero, en caza abierta de las dos unidades británicas. Y aunque peligrara mi propia vida, juro por Dios que deseaba un nuevo y corrido combate, que finalizara con el apresamiento del inglés. Es posible que aquellos lectores alejados de la guerra en la mar me crean enajenado al leer estas palabras, pero así lo habría sentido cualquier oficial de nuestra Armada.

Al menos, ese abatimiento sufrido tras la rendición de la Sabina, se había evaporado y mi rostro mostraba a las claras una inmensa satisfacción.

11. Gibraltar

Se entabló la caza en toda regla, con don Horacio Nelson mostrando la popa a los españoles e intentando largar espuma a borbotones. La persecución en la mar es una de las acciones más ardorosas y llamativas que se pueden dar en la guerra naval, especialmente si en ella concurre alguna fragata, la gacela de los mares. En esos momentos de febril actividad, con la sangre batiendo hasta las cofas, todos los buques intentan obtener la máxima velocidad, deseando alargar el trapo disponible hasta el infinito, si tal cualidad fuera posible. A bordo, cientos de ojos observan el aparejo propio de forma continua y hasta el mínimo detalle, como la madre mima al hijo más querido, mientras los contramaestres, guardianes y cabos de mar se mantienen en vigilia permanente.

En un principio y siguiendo al punto la orden recibida de su comodoro, el teniente de navío Thomas Hardy intentó maniobrar con la renqueante Sabina para estorbar el paso de las fragatas españolas en caza. Con su habitual decisión, el bravo marino de Kingston llevó a cabo una brusca caída de rumbo a babor, hasta virar en rondo y recomponer por largo la proa inicial. De todas formas, era demasiado el papel exigido para un animal tan herido, como él mismo debió reconocer con rabia y desesperación. A pesar de su esfuerzo, tan sólo consiguió producir una ligera guiñada de la fragata Ceres, hasta quedar avanteado con claridad. Y para rematar la faena, al llegar a su altura la fragata Matilde, don Miguel Gastón, con su ronca voz vibrando a través de la bocina, lo intimaba a fachear y considerarse represado, debiendo ceder el mando al teniente de fragata Martín del Álamo. De esta forma, el pabellón hispano volvía a ondear en solitario en la fragata desarbolada, mientras los 40 britanos pasaban como por encanto a la condición de prisioneros. El blanco y el negro en rápida sucesión, norma habitual en la señora de los mares.

Mientras tanto a bordo de la fragata Minerve, con la insignia de comodoro ondeando al viento, el personal se esforzaba al máximo para reparar las averías sufridas en la arboladura y aparejo, especialmente el mastelero del juanete de proa y los botalones^[52] del velacho, desbrincados ambos en el combate. No podían perder un solo suspiro de los vientos, conscientes de lo mucho que se jugaban en el envite. Los remedios de fortuna surtieron efecto con extraordinaria rapidez, batiendo alas y rastreras en progresión, aunque algún paño silbara en sordina por sus agujeros.

El comodoro Nelson mostraba un rostro serio, con gesto de abierta preocupación, aunque no sólo se debía a la situación de caza a que era sometido por las fragatas españolas. Así me lo comentó.

—No hemos rematado la jugada a nuestro favor, que pudo ser gloriosa la jornada, por mucho que se esbozara en senderos de oro desde los primeros momentos. Y debo aclararle que, por encima de lamentar la pérdida de la presa, mucho me entristece haber dejado a tantos de mis hombres a bordo de la fragata Sabina como prisioneros.

De forma muy especial, siento perder al teniente de navío don Thomas Hardy^[53], que lleva a mi lado desde sus primeros días en la Marina Real, cuando era un jovencito de doce años de edad tan sólo en su bautismo de mar. No exagero un ápice al decir que lo considero como mi mano derecha y le dispenso especial aprecio. Debo escribir una nota dirigida a don Miguel Gastón, para conseguir su canje sin restricciones de guerra, ofreciendo la misma condición para el capitán de navío Stuart.

—Será tarea sencilla. Ya sabe que la Real Armada siempre se encuentra dispuesta con generosidad y sin cortapisas a tales procedimientos, de acuerdo con el Cartel^[54] establecido entre Gibraltar y San Roque para el intercambio de prisioneros.

—Así es y lo reconozco, una actitud digna de agradecer —Nelson contestó mecánicamente, porque su pensamiento parecía todavía prendido en los hombres que dejaba en la Sabina—. Ese hombre, terco y valeroso como el que más, significa mucho para mí y no es poco lo que le debo. Aunque le parezca exageración, no he conocido otro hombre con tal claridad para navegar y guerrear en la mar, como si hubiera sido parido por una sirena sobre las aguas.

—Siempre echamos de menos tales personajes a nuestro lado, especialmente si se conducen con extremo valor y lealtad.

—Por cierto, don Francisco, debe perdonar mi descortesía —Nelson pareció recordar un detalle importante y olvidado—. Todavía no le he preguntado por la salud de don Jacobo.

—Se encuentra un poco febril y bastante agotado, condición normal, pero la herida no presenta hinchazón excesiva ni malos colores. Creo que navega en gracia por el momento.

—Me alegro mucho.

Las fragatas españolas cerraban distancia con lentitud, pero sin pausa. Encabezaba el trío perseguidor la Ceres, construida en el arsenal de La Habana en 1791 y artillada en bruto como la Sabina, aunque más ligera de alas. Pero a medio cable se situaba la Perla, cartagenera de quilla, y la Matilde, que parecía haber reparado sus problemas de aparejo con la misma rapidez, porque ya comenzaba a avanzar.

Una caza en la mar es un espectáculo hermoso y fascinante, de forma especial si concurren los factores que se abrían en aquella mañana: un levante de todas las velas, cielos despejados, visibilidad al horizonte, temperatura benigna a pesar de la estación y una ligera marejada. En mi hoja de servicios figuraban dos cazas difíciles de olvidar, contra un bergantín y una fragata de la Francia revolucionaria, que acabaron en presas digna de recibo. Debo reconocer que, aunque no lo mostrara en el rostro por mera cortesía, disfrutaba en mis tripas como un niño con caballete de estreno. Porque, según mis cálculos, en poco tiempo deberían entrar en distancia de tiro la Ceres y la Matilde, que ya se abría para situarse por su costado de estribor.

La fragata Blanche fue la primera en quedar tanto avante con el cabo Gata, que divisábamos claramente por estribor, aunque facheaba a intervalos para no destacarse

demasiado de la capitana y actuar en apoyo en caso necesario. Por fin, también la Minerve se situó en posición para caer ligeramente tres cuartas a estribor y arrumbar por derecho hacia Punta Europa, donde encontraría el refugio apetecido. Y por mi parte soñaba con que alguna unidad de nuestra Armada se presentara por la proa en deliciosa aparición de luces, cuando se escuchó el retumbo del cañón con claridad. Como me había trasladado con don Horacio hasta la toldilla, para una mejor observación, escuché sus palabras mientras la bala quedaba corta unas doscientas yardas, levantando un generoso pique de agua por nuestra estela.

—Nunca me gustó salir en estrepada de escape, bien lo sabe Dios. Hay un refrán marinerero muy al uso en mi tierra que dice: quien muestra la popa al enemigo, caza mariposas o acaba rendido. Bueno —intentó una forzada sonrisa—, a nadie le gusta huir y enseñar la balconada de popa a un mascarón^[55].

—Desde luego, aunque a veces sea necesario —me vi obligado a declarar.

—En efecto. Tenga por seguro que aquella sombra lejana del tres puentes, como ustedes dicen^[56], es una poderosa razón a tener en cuenta, muy poderosa —ofreció una de sus sonrisas forzadas—. Pero son muchas las millas que restan hasta la bahía algecireña, y en una hora quedaremos bajo el alcance de los cañones de caza de nuestros perseguidores. Un tiro con suficiente suerte en la zona del timón o en la arboladura, puede hacernos un daño irreparable. No dispondríamos de tiempo suficiente para entrar en remedios de fortuna.

No sabía lo que podía o debía responder al comodoro porque, como es fácil comprender, no me encontraba en una situación confortable, al no poder entrar en comentarios incómodos o faltos de la necesaria deferencia. Así pareció comprenderlo don Horacio.

—Puede hablar con sinceridad, don Francisco —el comodoro parecía disfrutar utilizando los tratamientos en español—. Supongo que sus pensamientos vuelan en dirección bien distinta a la mía y lo comprendo.

—Así es y me produce cierto desasosiego. Si lo prefiere, puedo retirarme a...

—No, por favor, a no ser que así lo desee. Disfruto con su conversación y siempre es bueno conocer diferentes puntos de vista —volvió a recorrer el horizonte hacia popa con su anteojo—. Es bragado y persistente don Miguel Gastón, que ya se emparejó con la primera de las unidades en caza, a pesar de haber recibido un duro castigo en sus maderas. Buena fragata y mejor gobernada, si señor, aunque no disponga de la artillería adecuada.

—Le viene de casta al galgo. Su padre es el capitán general del departamento en Cartagena.

—Si se acercan hasta poder lanzar con tiro en elevación, lo pasaremos mal. Supongo que, llegado el caso, una de las fragatas mantendrá el fuego raso, mientras la otra dispara a desarbolar. Porque parecen haber tomado esta unidad como referente principal.

—Debe ser la atracción de su gallardete de comodoro, que siempre alegra la vista

—intenté utilizar un tono de voz cordial y distendido—. Además, la Blanche se encuentra intacta, mientras a su fragata le deben observar alguna muesca de los combates mantenidos.

—Es lógico. Yo haría lo mismo en su lugar.

Por fin, el sol levantaba vuelo en altura, cuando el tronar intermitente de los cañones de las dos primeras fragatas comenzaron a materializar la amenaza con mayor severidad. Un pique cayó a pocas yardas de nuestra aleta, lo que significaba a las claras que habíamos entrado en la distancia de tiro. Tanto la Ceres como la Matilde habían situado dos cañones a proa, de los de a 18, al tiempo que con una ligera guiñada abrían puntería a otros dos, aunque no les compensaba la pérdida. Y como suponía el comodoro, con un elevado tanto por ciento de los fuegos dirigidos hacia la Minerve. Fue el momento en el que el comodoro ordenó un cambio de rumbo a babor, para comprobar si con el viento a un descuartelar, o como fruto de la ligera maniobra, podía ganar alguna yarda. Pero no picaron el anzuelo los españoles, que apenas metieron a babor dos o tres cuartas, con lo que los ingleses perdían distancia. Y cuando reponíamos el rumbo directo a la madriguera gibraltareña, nos entró la primera rasa a barrer cubierta, levantando el pasamanos de estribor a la altura del alcázar con sonoro estruendo, aunque no aparejara mermas a la navegación. Nelson se limitó a emitir un ligero comentario con el rostro a la sombra.

—Comienza el suplicio y sin medios para reaccionar, una situación abierta en negra desesperanza. Si aumentara el viento o la mar, lo agradecería a los cielos.

—Pues ya que estamos en sinceros, señor, espero que se mantengan las actuales condiciones.

Sonrió don Horacio en bonanza, mientras asentía con la cabeza. Aunque pueda parecer más propio de locura, charlábamos con toda cordialidad mientras las balas podían caer sobre nosotros y rompernos el alma. Pero así era nuestra vida, para bien o para mal.

Perdimos de vista la costa, con una ligera bruma en la distancia. En las tres horas siguientes, las fragatas inglesas recibieron no menos de una larga veintena de impactos, aunque por desgracia ninguno en punto de suficiente vitalidad como para disminuir su velocidad. Es en estos momentos cuando la suerte acompaña a los grandes hombres, aunque muestren su popa al enemigo. Pero ya comenzaba a declinar el sol cuando en la Minerve aumentaban las bajas en doce hombres más, suponiendo a la Blanche en parecidas condiciones, porque la fragata Perla se había sumado a la fiesta y se repartía ferro por derecho y revés a las dos gacelas britanas.

Calculaba en mi cerebro que debíamos estar a la altura del saco de Málaga o algunas millas más avante, cuando comenzó a oscurecer. Aunque parezca contrasentido, recé para que algún disparo abatiera el mesana del comodoro, lo que habría tendido la suerte en nuestro favor de forma definitiva. Por desgracia, el viento había caído a flojito y vuelto a rolar, tontón, al sudeste. Y, como se demostró después, la suerte estaba echada a favor de las armas britanas, que conseguirían capear la mala

y cumplir su propósito.

Sentí tristeza cuando escuché las palabras de don Horacio, dictadas con evidente satisfacción.

—Nos libramos esta vez. Parece que han recibido orden de cesar la caza.

En efecto, cuando ya comenzaban a cerrarse luces con el crepúsculo vespertino, viraban de bordo las tres gacelas españolas, abandonando la persecución que habían mantenido a lomos de rueda durante todo el día. Y como semanas más tarde pude comprobar, la Matilde había visto acrecentados sus problemas de aparejo, recompuestos en fortuna tras el combate, lo que había imposibilitado su mayor acercamiento. Mientras tanto, la Sabina había sido represada con facilidad, que ya era un éxito para nuestras armas. Todo ello sin olvidar que los efectos de la caza podían observarse con claridad en los buques ingleses, con muescas de hierro en sus maderas, aumento de heridos y la muerte instantánea de un contramaestre por el que Nelson sentía especial afecto.

Era noche cerrada cuando, una vez transpuesta Punta Europa, caímos a estribor para embocar la bahía de Algeciras. Fue el momento en el que pude observar la característica silueta del Peñón gibraltareño con una tenue luz de luna, lo que me retrotrajo años atrás, cuando atacábamos la plaza con nuestras pequeñas cañoneras para, según palabras de don Antonio Barceló, joder el sueño del gobernador inglés. Un extraño sentimiento barrió mi pecho, porque eran muchos los recuerdos que batían alas por dentro. Entre ellos se abrió paso por encima de todo el rostro de Cristina, amadrinado a mis viajes hacia la hacienda cercana de Castellar de la Frontera para visitarla, y toda la convulsión que se creó a nuestro alrededor. Y como colofón, mi estancia en Gibraltar con terribles heridas, aunque nada recordara de ella, con el sentido en nubes negras y a punto de perder el alma. Me volvió a la tierra la voz del comodoro.

—Supongo que la visión de la Roca le trae recuerdos de todo tipo a la memoria.

—Muchos. En estas aguas entré en combate por primera vez, como guardiamarina y patrón de una cañonera. Pero también en esta bahía arribé el loor de gloria con un bergantín inglés apresado. En fin, dulces o amargos recuerdos que navegan a popa. Por desgracia, es un tiempo que jamás recuperaremos.

—También de los recuerdos se puede vivir, especialmente cuando los tiempos tienden a la mala. Pero, bueno, ahora podrá entrar en la plaza que tantas veces atacó y pisar su tierra.

—Pisar la pisé, aunque inconsciente. Estuve recluido en Gibraltar durante semanas, en manos de un loco que, sin embargo, salvó mi vida.

—¿Cómo es eso? Debe ser una historia fascinante —preguntó don Horacio, interesado.

Narré mis aventuras tras el reventón de la flotante San Cristóbal, así como el rescate llevado a cabo por Pecas y Setum. Y conforme avanzaba en el relato, podía observar el interés en su rostro.

—Una historia digna de una obra de aventuras caballerescas. Nada hay en la vida como disponer de buenos amigos. Y ése del que me habla, supera el listón más alto que jamás he escuchado.

—Pues si no fuera por unas inoportunas tercianas, estaría aquí a mi lado.

—Me habría gustado conocer a ese pequeño duque de Montefrío. Pero bien sé lo que hacen sufrir esas fiebres, de las que suelo padecer a menudo. Bueno, ahora pisará la plaza de Gibraltar con la mente lúcida. Aunque, en verdad, sé que mucho duele a todo español esta tierra suya en poder británico.

—Esta plaza hispana, con la bandera británica ondeando en lo más alto del castillo, es un objeto que tiene España tan a la vista, que jamás podrá olvidarlo. Y es mala semilla de futuro porque, en mi opinión, no es posible que la nación española se reconcilie perpetua, sincera y cordialmente con la inglesa, mientras no se halle el modo de apartar de sus ojos este monumento de disgusto y enemistad permanente entre las dos naciones.

—Es muy posible que tenga razón. Pero también con sinceridad puedo asegurarle, que Inglaterra luchará a muerte por conservarla.

Decidí cortar la conversación para no entrar en detalles de indignidad, incumplimiento de promesas reales y otros acaecimientos sobre la historia de la Roca que podían abrir un resentimiento no deseado. Ya el comandante de la Minerve enfilaba hacia el interior del puerto, seguido a escasa distancia por la fragata Blanche. Cuando por fin largamos el ferro y, tras un ligero borneo, quedamos amarrados a un muerto por la popa, comencé a pensar en mi futuro. Por desgracia, no sería posible dar un último adiós a quien tanto lo merecía, si es que todavía don Antonio Barceló se mantenía con vida. Pero debía encontrarme en Cartagena para cuando saliera la escuadra de don Juan de Lángara, o perdería la oportunidad de embarcar en ella. Por mi cerebro pasaron las palabras en abierta promesa del comodoro, por las que podría considerarme aligerado de palabra rendida, y aunque no dudaba de su sinceridad, sentía cierto temor de que fuese desautorizado por sus superiores.

El comodoro decidió dejar para la mañana siguiente su presentación a las autoridades de la plaza, dada la hora de noche avanzada a la que finalizamos la maniobra. Pero como un acto de especial despedida, nos invitó al capitán de navío Stuart y a mí a su cámara para tomar un refrigerio, al tiempo que remataba la carta para don Miguel Gastón, proponiendo el canje de los prisioneros. Antes de lacrarla me la ofreció para su lectura.

—Léala en voz alta, por favor, para que también la escuche don Jacobo Stuart. Quiero que me den su sincera opinión.

La tomé en mis manos, comprobando que el comodoro utilizaba una letra muy cuidada y ligeramente picuda.

Señor: La fortuna de la guerra me dio posesión de la fragata Sabina después de una defensa de las más bizarras. La misma señora, tan voluble, os

devolvió el buque con alguno de mis oficiales y hombres a bordo. He procurado hacer lo mas llevadera posible la cautividad de su valiente comandante, don Jacobo Stuart, así como la del brigadier don Francisco Leñanza en condición de transporte, y confío en la generosidad de vuestra nación para que dé trato recíproco a los oficiales y hombres ingleses. Consiento, señor, en que sea cambiado don Jacobo y quede con plena libertad de servir a su Rey cuando me sean entregados los tenientes Hardy y Culverhouse a la guarnición de Gibraltar, con los otros que acuerde el Cartel establecido entre Gibraltar y San Roque para el intercambio de prisioneros. También se tomó un criado personal en la Sabina, se llama Israel Coulson. No dudo de que V. E. dará órdenes para que me sea devuelto inmediatamente, por lo que me consideraré su deudor. También confío en que se mandarán a Gibraltar a los hombres que actualmente tenga como prisioneros de guerra. Es propio de grandes naciones tratarse mutuamente con generosidad en alivio de los horrores de la guerra.

Nelson.

Devolví la nota a don Horacio, al tiempo que declaraba el acuerdo con los términos expuestos. Mi compañero, por su parte, asentía en silencio. De esta forma, estampó su sello para entregármela a continuación. Don Jacobo se vio obligado a intervenir.

—Le agradezco los términos expuestos y la concesión para quedar libre de palabra.

—Espero que se acepten mis razones. Pero debo decirle que me alegro de encontrarle con buena cara y bastante repuesto. Parece que la herida no va a males.

—Según su cirujano, a quien quedaré en deuda permanente, aparenta buen color y entiende de una rápida convalecencia.

—Me alegro. Mucho habría sentido ocasionarle algún daño de entidad.

Brindamos una vez más, mientras conversábamos como compañeros y amigos, que ésa es la grandeza de la guerra en la mar entre oficiales de ley. Y debo reconocer que don Horacio, con quien la Providencia me unió en diferentes ocasiones de guerra y mar a lo largo de los años, no sólo era un magnífico oficial, sino un caballero cabal y generoso. Antes de retirarnos, me hizo entrega del recado dirigido a Gastón.

—Como supongo que deseará regresar a su base a la mayor rapidez, le ruego haga llegar este recado a don Miguel Gastón, en el sentido que ya le notifiqué.

—No se preocupe, que así lo haré nada más arribar a Cartagena. Y pronto recuperará a esos hombres por los que tanto intercede, no lo dude^[57].

—Me sentiré agradecido y aliviado.

Creía llegado el momento de la pregunta definitiva por mi parte, aunque dudaba en formularla. Pero no era de los que saben esperar la ronda.

—Por cierto, don Horacio. Cree usted..., cree que podré abandonar...

—Por favor, don Francisco —pareció ligeramente ofendido por mi pregunta—. Tiene usted mi palabra. Tan sólo le pido que espere mañana por la mañana unos minutos, a que regrese de ofrecer la novedad y solicitar el material para poner esta fragata en dulce. Conseguiré un carruaje para que le lleve hasta el puesto de intercambio. Y como le aseguré, puede considerarse exento de prendas en esta guerra, aunque sentiría encontrarme con vos de nuevo en la mar, y le soy sincero.

—También yo lo sentiría. Pero así es nuestra vida. Esperemos que se alcance la paz cuanto antes entre nuestros Señores, y podamos saludarnos de nuevo en diferentes condiciones.

—Así lo espero yo también. Ya sabe que me tiene a su disposición en paz o guerra.

—En igualdad le respondo.

Tomé aquella noche el jergón con una sensación de especial alegría. Se había restañado la pérdida sufrida en nuestra Armada y acosado al inglés durante muchas horas. Y aunque suene a falsete, puedo asegurar que en aquellos momentos no habría deseado que don Horacio hubiese perdido su barco y quedado en manos españolas. Son extraños sentimientos de ida y revés que ataca nuestro cerebro marinerero, porque los hombres se encuentran por encima de las contiendas entre naciones.

12. Se atisba el futuro

Regresé a la plaza de Cartagena en las primeras horas de la tarde del día de la Natividad del Señor, cuando rematábamos aquel año de 1796 con el horizonte cargado a brumas y celajería densa en los pensamientos. Para rellenar la desesperanza de mi espíritu y con la inquietud interior abierta en cuadros, el medio de transporte empleado en el tornaviaje terrestre desde San Roque hasta la capital del departamento marítimo mediterráneo, puede ser calificado sin exageración como derrota de tartana naval en repique de marea. Para desgracia de mi cuerpo, debí aceptar la utilización de un carruaje en bolsa de espuerta y junto a acompañantes poco recomendados, con alargada espera y recambio de medios en la ciudad de Granada. Pero como el pensamiento andaba prendido en la salida de la escuadra y mi posible embarque si el tiempo se acoplaba a favor, era necesario aligerar la maniobra con cualquier medio a disposición.

Sin dudarlo un segundo, dirigí mis pasos desde la estación de arribo hacia el palacio de Casa Tilly, rogando a los cielos con fervor para que allí permaneciesen mis amigos. Desde mi partida de San Roque días atrás, sufría a intervalos la misma pesadilla, en la que Pecas aparecía embarcado al mando de un navío, navegando en compañía de otros buques en demanda del océano, visión que cerraba mi alma en tinieblas. Pero por fortuna, al paso obligado por la muralla que se abre al mar en privilegiado observatorio, pude distinguir la silueta de una escuadra numerosa fondeada por firme en la dársena, un cuadro fantástico que aplacó los vientos de mi tormenta cerebral.

Para mi sorpresa, fui recibido en el palacio de Casa Tilly como héroe de leyenda o marino rescatado de las aguas, tras naufragio y penosa búsqueda. Nada más anunciar mi presencia, fui asaltado, cubierto de abrazos y estrujado como un pelele por Pecas y Setum con algarabía general, como si se hubiese producido la resurrección de Lázaro en su segunda versión. Y no fue empresa fácil abrir la boca y entrar en requisa de la necesaria información.

—¿Puedo conocer la causa de estas muestras, con tan extraordinario despliegue de alegría? Sé de vuestro sincero afecto hacia mi persona, amigos míos, pero, la verdad, no esperaba tal recibimiento. ¿Acaso me creáis desterrado en la plaza gibraltareña para siempre?

—Ojalá se hubiese producido tal medida, para el bien de las armas de España —fiel a su costumbre, entraba el pequeño en chanza abierta como gallo engolado—. Ya me creía liberado de ti.

—Las noticias que llegaron hasta nuestros oídos, señor, no eran muy alentadoras y cargaban tintes de infortunio —Setum abría sonrisas sin medida, exhibiendo su inmensa felicidad—. En primer lugar, supimos de la salida de algunas unidades, tras escucharse un intenso cañoneo por el sudeste, a escasas leguas de distancia. Pero hace

dos días regresaron a puerto el navío Príncipe de Asturias y las fragatas, con narraciones que alentaban un panorama bastante negro. Pero lo peor era no saber a ciencia cierta la suerte corrida.

—Fue el comandante de la Matilde, don Miguel Gastón, quien me explicó los detalles de la jornada en persona —atacó Pecas con cierta seriedad—. Supe de la toma de la Sabina por los britanos tras un duro y alargado combate, la lucha posterior de la Matilde con la capitana, después de burlar a su pareja, y el afortunado arribo al escenario de las unidades destacadas. También me informó de la dulce represa de la unidad destrozada donde embarcaste, y la larga caza del britano sin éxito final. Debía haberme encontrado a bordo de alguno de los perseguidores, para decidir la maniobra y tomarles más de una fragata a esos perros casacones.

—Lo más preocupante —insistía Setum con nerviosismo—, era el desconocimiento de si había sido herido con mayor o menor gravedad, así como la posibilidad de permanecer retenido en la Roca hasta que se decidiese algún canje de prisioneros, lo que a veces lleva su tiempo por largo.

—Ya planeaba con Setum un nuevo rescate en la plaza gibraltareña, aunque debiéramos enfrentar al monje endemoniado una vez más —alardeaba Pecas entre risas—. Supongo que habrás debido ofrecer palabra y no te será posible embarcar en la escuadra.

—Nada de eso, enano bujarrón. El comodoro don Horacio Nelson, que mandaba la división inglesa y es un caballero donde los haya, se portó como tal y, por encontrarme en situación de transporte, me allanó la salida en carruaje y sin prenda de palabra. Regreso libre como pájaro para prestar servicio de armas si así se requiere, y con importante información de cómo pelean esos britanos en la mar, a los que mucho debemos temer. Ha sido una inolvidable y positiva experiencia, asistir como espectador a dos combates, uno desde cada bando en contienda. Te aseguro que son dos mundos bien diferentes, en cuanto al armamento y empleo de la gente de mar y guerra, si comparamos a los britanos con los franceses o nuestras propias unidades. Por cierto, ¿nos embarcan en la escuadra?

—Todo a su tiempo, que no corre prisa ese aspecto y nada hay decidido. En primer lugar, no te aceleres y cuenta tu aventura paso a paso y con todo detalle, desde el primer momento. Ya sabes que me gusta estar al día, para luego llevar a cabo la necesaria propaganda hacia tu persona, sin la que todavía serías un pobre teniente de navío y, por supuesto, sin título nobiliario.

Narré con lentitud todo lo acaecido desde mi salida de Cartagena a bordo de la fragata Sabina. Y debí entrar en detalles de especial tristeza, cuando no tuve más remedio que abordar la muerte del criado Jesús, por quien Pecas sentía especial cariño. Pero fieles a sus costumbres, los dos hombres me interrumpían a menudo, para ampliar alguna información.

—¿Nueve carronadas has dicho? ¿En una fragata? —Preguntaba Pecas con la incredulidad reflejada en su rostro—. ¡Santo cielo! Vamos quedando retrasados por

muchas millas de distancia en ese importantísimo aspecto. Por todas las rabizonas de Argel, que ningún navío español cuenta en estos días con ese regalo de los dioses.

—Ya lo expusimos en la Junta de Armamento, a la que asistimos en la Secretaría. Las ideas están muy claras para todos y redactadas al punto. Lo que faltan son los fondos para acometer su construcción, así como hombres con suficiente práctica para manejarlas en conveniencia.

—Con ese armamento no comprendo cómo aguantaron tanto tiempo nuestras fragatas.

—No se trata solamente de la diferencia en el armamento, Pecas, aunque sea importante. Te aseguro que preferiría disponer de dotaciones como las que he podido comprobar en los buques ingleses, a esas piezas artilleras. No sabes cómo peleaban aquellos hombres en la Minerve, con una dotación más que reducida. Manejan los cañones de a 18 con dos artilleros menos que nosotros, y sin necesidad de las nueve órdenes para efectuar un disparo. Y mientras en la Sabina alcanzábamos en los primeros minutos del combate un cañonazo cada dos minutos, hubo momentos en los que calculé a la fragata de Nelson hasta tres disparos cada dos minutos, un ritmo que nos parece increíble. No es más que la clara demostración de lo que es capaz de producir el ejercicio y la práctica del cañón a diario, sesión obligatoria en sus buques bien sea en tiempos de paz o guerra, aunque se cuezan habas de temporal corrido. Y no creas que se andan con contemplaciones a bordo, que los cabos de cañón achuchan con un rebenque de borlas por si menguan las fuerzas. Ten en cuenta que fondeamos en la plaza gibraltareña bien entrada la madrugada, tras muchas horas de combate y escapada, y a la mañana siguiente batían tambores en llamada para los ejercicios de mar y cañón.

—Con esas diferencias que subrayas, es difícil luchar con posibilidades.

—Desde luego. Y ya ni siquiera nos queda la ventaja del cuerpo a cuerpo y el combate a tocapanoles^[58], porque con esas piezas de boca ancha y balas a romper situadas en alto, machacan al personal en las cubiertas como si pisaras un reguero de hormigas.

—De todas formas, debisteis seguir combatiendo a bordo de la Sabina algún tiempo más —ahora Pecas hablaba con seriedad—. Supongo que no habrás cambiado de opinión en tema tan discutido.

—No he cambiado un ápice y lo sabes muy bien. Es posible que tengas razón y así llegué a pensarlo. Fue un momento especialmente duro para mí, porque le había tomado especial aprecio al capitán de navío don Jacobo Stuart. Pero no creas que este oficial es de los que ofrecen el flanco a la vara. En mi interior deseaba que siguieran luchando, porque estoy convencido de que se podía haber aguantado algo más e infligir un daño superior al inglés. De esa forma, con la Minerve más tocada en su aparejo, habría sido posible darle caza y capturarla, aunque se trate de argumentos posteriores. Pero con el comandante herido y la presión de los oficiales a su alrededor, no era cuestión fácil, debo reconocerlo.

—Ahí estabas tú. Debiste aconsejarle.

—Vamos, Pecas, sabes que esa es misión imposible, a no ser que seas consultado en el momento oportuno. Al menos, no es don Jacobo Stuart de los que acude a la enfermería con herida de mayor o menor importancia para, desde allí, dejar que el segundo rinda el buque y quedar exento de responsabilidad, táctica que hemos comprobado más de una vez. El comandante se mantuvo en el alcázar como un jabato, con herida de consideración en la pierna, y fue él quien ordenó arriar el pabellón.

—Bueno, no te alteres, gigantón —Pecas volvía al tono de buen humor—. Así que luchaste contra ese comodoro don Horacio Nelson, del que tanto se habla.

—Serás tú quien ha oído hablar de este inglés. Por mi parte, debo declarar que era la primera vez en escuchar su nombre, aunque creo haberle visto en los primeros momentos de nuestra actuación en Tolón.

—Se habla de él como un oficial muy hábil en la estrategia naval, capaz de maniobrar un navío en un estanque y valeroso en el combate hasta el límite. Pero también se escucha su nombre, en mayor proporción diría yo, por causa de sus líos amorosos. En Italia anduvo cerca de crear un problema diplomático.

—¿Un problema diplomático el comodoro Nelson? Parece cuestión difícil de creer, porque no lo aparenta en su conducta.

—Los rumores apuntan a que, a pesar de haber contraído matrimonio pocos años antes, cayó rendido ante los encantos de la mujer del embajador inglés en Nápoles y buen amigo suyo, lord Hamilton. Según tengo entendido, esa hembra llamada Emma es de gran belleza y favorita de la Reina Carolina, lo que todavía complicaba más el embrollo.

—Desde luego, Pecas, pareces una de esas cotorronas picudas y de mangas largas que deambulan por la Corte.

—Ya sabes que el gran Pecas se entera de todo, bien sean secretos de guerra o alcoba. Además, se comenta que don Horacio Nelson es el principal protegido del almirante Jervis, que manda la escuadra azul britana en estos días, lo que es un signo muy positivo a su favor.

—Jervis se encuentra en Lisboa, según parece. A él se unirá Nelson con su división, en cuanto remate las averías sufridas en el combate y rellene su dotación.

—Ese almirante Jervis es un demonio de cuidado. Según parece, sus hombres le apodan el Hanger^[59]. Como sabes, son muy dadas las dotaciones britanas a los amotinamientos, por la extraordinaria disciplina que se exige en sus barcos, además de no tocar puerto en años si se estima necesario. Y este almirante las aplaca con la mirada.

—Pero permite la estancia permanente a bordo de vivanderas con ligereza de telas, lo que en algo debe remitir la rutina de las dotaciones cuando se deciden al bloqueo de puertos.

—Eso es cierto y medida a tener en cuenta, si con ello se aumenta la eficacia de

los hombres —Pecas sonrió con malicia—. Pero al mismo tiempo, cuelga de la verga al primero que suspira a su lado con demasiada fuerza. En la escuadra bajo su mando, es capaz de hundir un barco si no se acatan sus órdenes con precisión y rapidez. Y no se trata de exageración, que son muchas las anécdotas en ese sentido.

—Bueno, ya está bien de interrogatorios. Pasemos a la información que me interesa. ¿Qué ha sucedido en mi ausencia? ¿Llegó la escuadra del general Lángara? ¿Cuáles son los planes embastados?

—La escuadra de Lángara se presentó al día siguiente de tu partida. Suponía que habríais avistado sus velas en la distancia desde las fragatas, con el sufrimiento añadido, circunstancia que me alegraba por haberme dejado tirado en puerto. Pero, según comentan algunos oficiales con los que trabé conversación, bastantes buques tienen faena larga en esta plaza. Faltan pertrechos, marineros y armamento en proporciones de alarma. Algunas fragatas han salido hacia Barcelona con urgencia, para recoger efectos destinados a la escuadra, mientras se espera la llegada de urcas y otros buques de carga con el material necesario. Además, se oyen rumores de que los franceses acaban de enviar una escuadra de 15 navíos, 13 fragatas y 26 transportes, con 22 000 hombres bajo el mando del general Hoche, para invadir Irlanda. Por esa razón, estiman en la Corte que la escuadra del Mediterráneo bajo el mando del almirante Jervis, que debe andar por Lisboa como tú dices, no puede contar con más de diez u once navíos, fácil presa de la nuestra si le entramos al gatillo.

—¿A qué esperamos entonces?

—Ya te lo he dicho, gigantón. Es necesario poner un poco de orden y concierto en nuestra escuadra, con mermas de personal y material hasta los cielos. Se intenta, además, reponer la fusilería en los buques, dada la nueva táctica britana de entrar a por uvas. Pero parece que la orden recibida es de salir hacia Cádiz a la mayor brevedad, aunque falte de todo, en cuanto arriben las fragatas y los mercantes con mercancías imprescindibles. Otros se tomarán en la derrota a la altura de Málaga, para convoyarlos en conserva hasta Cádiz. Y en el puerto gaditano se completará el ajuste y alistamiento para atacar al inglés, porque la travesía desde estas aguas es de escaso orden. Pero he olvidado comentarte un punto de la mayor importancia. Lángara llegó con su escuadra, pero ya no se encuentra entre nosotros.

—¿Ha muerto?

—Qué burro eres, Gigante —Pecas reía ahora con fuerza—. Nada de eso. El valido del demonio, aunque sea un inútil, ha comprendido que el Secretario Varela no es capaz de envergar una vela y nos llevaba al suicidio colectivo, con ese endemoniado rencor a su antecesor y su obra, que pretende dilapidar. Por esa y otras razones, lo ha destituido de un plumazo y más vale tarde que nunca. Por cierto, que hace pocos días escuché una definición extraordinaria sobre don Manuel Godoy, en boca de un viejo general. Decía con enfado y desprecio: Ese favorito no es más que un engreído y casquivano que, siendo guardia de corps, ha soltado de repente las riendas del caballo para empuñar con descrédito las de la nación. No me negarás que

es genial.

—Extraordinario y genial —la habitual propensión de Pecas para apartar el tema importante por un comentario menor, solía acelerar mi nerviosismo—. Entra al grano de una vez, enano. Hablabas del relevo en la Secretaría de Marina.

—En efecto. Para tan alta magistratura, el valido casquivano ha escogido al teniente general don Juan de Lángara que, en opinión de muchos, puede ser un personaje válido para tal puesto.

—¿Y la escuadra?

—Queda bajo el mando del teniente general don José de Córdoba y Ramos, aunque sea en calidad de comandante general interino, por ser el subalterno más antiguo. Hay quien asegura que será relevado en el cargo en Cádiz, pero no lo creo. No parecen dispuestos desde la Corte a nombrar un general adecuado, porque han dispuesto de tiempo suficiente y ningún rumor aparece en tal sentido.

—¿Don José de Córdoba al mando de la escuadra del Océano? Nadie podría suponerlo. ¿Y Mazarredo?

—Nuestro buen vasco continúa en el destierro, para desgracia de la Real Armada.

—¿Y don Federico Gravina?

—Creo que tu querido general se mantiene todavía de caza por la Corte, con inmenso acopio de codornices y otras prendas.

—No me entres por la ronza, Pecas.

—Es la pura verdad. De momento, este inútil de Córdoba continuará al mando, lo que no es de recibo. Según dicen, ni él mismo acaba de creerlo. Espero que las más altas magistraturas recapaciten y, una vez arribados a Cádiz, sea relevado en conveniencia. Si Lángara consigue presionar a Godoy, cosa que dudo, intercederá por Mazarredo que, en opinión de casi toda la Institución, es el único capaz de manejar la escuadra y ponerla en condiciones de combatir con ciertas garantías.

—¿No es don José de Córdoba aquel de quien hablaba don Antonio Barceló?

—En efecto. Es un hombre del Mediterráneo en sus primeros destinos, por lo que luchó en repetidas ocasiones contra los berberiscos. Mandó el navío Arrogante, con la escuadra de don Luis de Córdoba de funesto recuerdo para nosotros, tomando parte en el combate del cabo Espartel, ya como brigadier. Nuestro Señor don Carlos, en el reparto de gracias y mercedes...

—Que nos valieron el ascenso a brigadier.

—Bueno, pero esos ascensos eran de ley. Como te decía, don Carlos lo ascendió a teniente general por su cara preciosa, aunque más parezca un boniato. Pero ahora hablando en serio, dicen que es valiente pero blando hasta los huesos, aparte de excesivamente dubitativo.

—¿Blando? ¿En qué sentido?

—Pues que bajo su mando se hacen cuentas y rosarios al quite. Cada uno navega por su lado, no es capaz de ejercer el mando con autoridad y sus órdenes quedan escritas en el agua con demasiada frecuencia. Desde luego, no es la persona adecuada

para mandar una escuadra como la que se ha formado, cercana a los 30 navíos.

—Ya suponía la magnitud, al observar la dársena. Esperemos que en Cádiz se resuelva el problema y Godoy llame a Mazarredo.

—Lo dudo.

Quedamos en silencio por primera vez. Parecía que no deseaba por mi parte entrar en la pregunta definitiva, aunque en verdad me temía la respuesta.

—Bueno, entremos al grano principal del meollo. ¿Qué va a ser de nosotros?

—Nada hay concreto, o no me encontrarías en este palacio, con la única compañía del africano que sólo hablaba de tu rescate —dirigió una mirada de complicidad a Setum—. En estos momentos se debe estar cociendo la menestra, porque el general Córdoba se encuentra en plena reestructuración de los mandos de su escuadra. Pero tu presencia llega como ave con plumas blancas. Mañana por la mañana deberás presentarte al capitán general por razón de tu apresamiento y liberación, que merece ser explicado con suficiente detalle. Como es lógico, deberé acompañarte. Además, alabarás a su querido hijo como merece y mucho más, le harás entrega de la carta de Nelson y tocarás su fibra sensible. Según parece, Córdoba le ha pedido personal del departamento, y asiente por derecho a todo lo que don Miguel José Gastón de Liarte le indica. Es nuestra ocasión y espero que enfrentes la audiencia con la decisión necesaria, porque nos jugamos el pelo en el envite.

—Pero si la escuadra debe salir para Cádiz a la mayor brevedad, estarán decididos los mandos.

—Vamos, Gigante. Parece que no conoces a nuestros jefes. Según algunos comentarios, anda todo por manga ancha y sin orden ni concierto. La semana pasada mudaron a cuatro comandantes de navíos, en esos vaivenes y corrimientos a los que somos tan aficionados, sin que ninguna cabeza sensata lo pueda comprender. Por esa razón, deberemos atacar al general Gastón sin pérdida de tiempo. Disponemos de todas las bazas en la mano. Recuerda que le caímos simpáticos en nuestra primera audiencia, ahora le traes noticias halagüeñas sobre su hijo, así como importante información de las unidades inglesas..., ¿qué más podemos pedir?

—Pediremos el mando de algún navío.

—Por supuesto, ahí quería llegar de una vez. Parece que la estancia en Gibraltar ha vuelto a reblandecer tu cerebro. Y si has de elevar los parabienes y alabanzas sobre la conducta de su hijo en combate hasta las estrellas, pues ya sabes lo que es necesario, minutos de gloria en sus oídos.

—No puedo inventar tantas historias como tú, enano embaucador.

El rostro de Pecas se tiñó en rojo, dispuesto a cortar mi garganta. Pero lo frené con otra pregunta, porque la conversación saltaba de un tema a otro con demasiada velocidad.

—¿Y qué sabes de don Antonio Barceló? ¿Alguna buena nueva?

—Tan sólo sabemos que sigue agonizando el pobre. Pero como es bravo hasta el último suspiro, se niega a morir. Hablando en serio y por desgracia, se espera su

muerte en cualquier momento.

—Siento haber perdido la ocasión de ofrecerle un último abrazo.

—Y yo. Las malditas tercianas lo impidieron, aunque sea pieza rodada a popa. También por culpa de las fiebres no pude acompañarte en esa interesante expedición. Como me correspondía embarcar en la fragata Matilde, habría participado en la caza. Siento haberme perdido el espectáculo de observar las popas inglesas en desbandada de pájaros.

—Bueno, volvemos a la normalidad que a veces se echa de menos. ¿Y nuestros anfitriones?

—Marcharon a la Corte, pero me exigieron que nos mantuviéramos en su casa hasta la salida de la escuadra, como si se tratara de la nuestra.

—Darías por hecho que embarcábamos —sonreí, divertido, pensando en las historias contadas por mi amigo en conveniencia.

—Desde luego. Y no muestres esa cara de besugo malparido. No mentí una mota porque embarcaremos en esa escuadra, no te quepa duda, aunque deba asesinar algún brigadier por el camino.

—Siento que hayas perdido a Jesús. Debes saber que se mantuvo a mi lado en el alcázar, hasta caer herido de muerte, con un astillazo grande clavado en el vientre. Ni siquiera pude cerrarle los ojos, porque fue trasladado a la enfermería y allí murió. Por fortuna, sufrió poco.

—Era un buen hombre y leal hasta la sangre.

Fue el momento escogido por Setum, para entrar con voz triste.

—La vida es como las olas de la mar y todo se encuentra escrito...

—¡En el libro del destino! —Coreamos Pecas y yo en guasa, al escuchar su sentencia habitual.

—Mucho ríen, pero bien saben que siempre ando en lo cierto.

Con los dos últimos días casi en ayunas, comiendo un poco de queso y vino en ventas de mala muerte, sentí el escozor del hambre en el estómago.

—Tienes razón, Setum. Pero debo decirte que me muero de hambre.

—No se preocupe, señor, que la despensa en esta casa es de primera clase. Ordenaré ahora mismo que le preparen unas buenas paletillas. Y si don Santiago no se opone, sacaremos el barrilete de ese vino que tanto ensalza y consiguió comprar en una goleta francesa a un desorbitado precio.

—Eres un bocazas, africano.

De esta forma, regresé una vez más a lo que era mi vida habitual. Debíamos mantenernos alerta y dispuestos a dar el salto, norma diaria en la Real Armada. Pero aquella noche, tras una esplendorosa cena y un vino extraordinario, tomé las sábanas con alborozo y abierta esperanza en lo que, al día siguiente, el destino podía depararnos.

Picaban las once de la mañana, cuando nos recibió el capitán general del

departamento. Aunque no disponíamos de audiencia y un estúpido brigadier ejercía como mozo de galpón, la especial parla de Pecas elevada en altos vuelos, así como mis argumentos sobre la reciente batalla y necesaria entrega de documentos para el hijo del general, allanó la vereda. Poco después, tal y como esperábamos, el general Gastón, al tener conocimiento de los visitantes y sus razones, solicitó nuestra presencia sin pérdida de tiempo.

Entramos en el despacho que ya conocíamos con decisión y preparados para matar la liebre al primer salto. Como impresión inicial y a pesar de los rumores sobre la preocupante salud de don Miguel José Gastón, lo encontré con aspecto recobrado y mejor color en sus mejillas, dentro de su achacoso aspecto general. Además, se le adivinaba de excelente humor, lo que abrió mis esperanzas sobre las peticiones que deberíamos elevar en el momento propicio. Y para colmo de bienes, abandonó su asiento para tomar mis hombros en paternal actitud, cortando el formulario de presentación.

—Ha sufrido un transporte a las islas un tanto movido y sin arribada de postín —sonreía, divertido—. Después de todo, no se trata más que de uno de esos muchos detalles, que tanto les cuesta comprender a nuestros compañeros del Ejército. Que un oficial salga de transporte hacia Palma de Mallorca y acabe apresado en la plaza de Gibraltar, les parecería una aberración imposible de creer. Como pueden comprender, he recibido puntuales noticias del combate y la suerte corrida por las fragatas a través de mi hijo.

—Una actuación la de su vástago que los ingleses ensalzan hasta las nubes, tal y como merece —entró Pecas por la barrera con su habitual tono adulator, utilizado en conveniencia y sin tapujos—. No sólo burló a la fragata que lo perseguía, mandada por el famoso comandante Harrington, sino que demostró un valor extraordinario al regresar para intentar represar a la compañera rendida. Y en la caza, a pesar de los destrozos sufridos, avanteaba a todas para batir al famoso comodoro britano.

—Parece que hubieseis asistido al combate, Cisneros —el general volvía a sonreír, complacido.

—El brigadier Cisneros no exagera una mota, señor. Su hijo mostró una habilidad marinera extraordinaria y un valor digno de reconocimiento. Y sepa que utilizo las palabras del comodoro don Horacio Nelson para enjuiciarlo, como podrá comprobar en el escrito que me ha rogado entregue al capitán de navío Gastón.

—Bien sabe Dios que mucho me alegra escuchar sus palabras, Leñanza. Y más todavía si llegan en boca de un comodoro inglés. La verdad es que estoy muy orgulloso de mi hijo Miguel, al que considero muy buen maniobrero y con agallas en las alas.

—Si me permite una frase llana, señor general —volvía a entrar Pecas con visible zalamería—, de casta le viene al galgo.

Ahora don Miguel Gastón entró en risa abierta, palmeando el hombro de mi compañero.

—Gracias, Cisneros. Debería preguntarle qué gracia me va a solicitar a continuación. Pero, dígame, Leñanza. Querría saber del combate de la Sabina y acciones posteriores con cierto detalle. Es una buena oportunidad esa de observar al inglés combatir en su propia casa.

—Así lo pensé yo, señor.

Una vez más, debí detallar aquel largo día con extremo detalle, adobadas algunas acciones en conveniencia, mientras el general escuchaba con suma atención. En esta ocasión, sus ojos negros no brillaban por efecto de la fiebre, sino por verdadera satisfacción. Por fin, le entregué el recado del comodoro don Horacio Nelson para que lo hiciera llegar a su hijo. Pero para mi sorpresa, tomó un descalzador de su mesa, para pasar a romper el sello y leerlo con sumo interés. Acabada la lectura, lo depositó sobre la mesa.

—Parece un gran hombre don Horacio Nelson. Le haré llegar a mi hijo la misiva, e intercederé para que se lleve a cambio el canje propuesto, que encuentro ajustado en ley, por medio de alguna de nuestras unidades. Y mucho me alegro de que don Jacobo se encuentre en estado de salud, porque me une una estrecha amistad con su familia, a la que haré llegar las noticias del encuentro.

Se hizo el silencio, que acepté por cortesía, aunque me temiera una entrada de Pecas en falso. Por fortuna, fue don Miguel quien volvió a tomar la palabra.

—Es preocupante la diferencia que vamos observando en la comparación de armamentos, respecto a las unidades inglesas. Y para nuestra desgracia se amplía con el paso del tiempo. En estos días, mucho le preocupa al comandante general de la escuadra, don José de Córdoba, ese aspecto concreto. En cuanto a la necesidad de las carronadas, poco podemos hacer, a no ser que en Cádiz las puedan instalar. Suponiendo, claro está, que se haya llevado a cabo un ritmo de fabricación adecuado, cosa que dudo. Pero, al menos, desearía recuperar al ciento el armamento portátil que debimos ceder al Ejército y que, de forma incomprensible, nos racanean en devolver.

—Pero si el Ejército anda con escaso cometido en estos días, sin frentes abiertos.

—En efecto. Pero mucho se habla de posibles incorporaciones de batallones españoles para operaciones conjuntas de desembarco en las islas británicas, planes en beneficio del francés en los que personalmente creo poco, y no quieren soltar ni una miserable bayoneta. De esta forma, estamos entregando a nuestros buques armamento de tercera, almacenado en el arsenal, algunos casi inútiles. Pero si llegamos a enfrentar a los ingleses en escuadra, deberíamos cubrir ese importante aspecto.

—Siempre hay una voz superior que debería resolver estos asuntos —dijo Pecas con decisión.

El capitán general miró al pequeño con cierta condescendencia, antes de recuperar una clara sonrisa en sus labios que me tranquilizó.

—Ahora tenemos al general don Juan de Lángara en la Secretaría, y espero que consiga ablandar ciertas voluntades. Aunque nos duela, y mucho, no somos los miembros de la Armada muy populares en la Corte por estos días, normalmente por

desconocimiento de nuestra vida y del medio en el que nos movemos y guerreamos, sin contar las voces interesadas que se pronuncian en clamorosa calumnia — endureció el rostro, conforme avanzaban sus palabras—. Nos hace falta una mano de hierro que comprenda la realidad de la situación. Barcos sin hombres, pagas ni armamento, de nada sirven. En fin, confiemos en la divina providencia, que siempre superó nuestra Institución los baches que debimos acometer.

Nuevo silencio y don Gastón entablando una postura que parecía mostrar el fin de la audiencia. Pecas me miró con impaciencia y un gesto inequívoco de su rostro, para que entrara en el punto decisivo de nuestra visita. Era el momento y me decidí por derecho.

—Si me lo permite, señor general, desearía exponerle una cuestión personal.

—Adelante, Leñanza. Hable sin tapujos.

—Como recordará, de la Secretaría se nos envió a este departamento para quedar a disposición de...

—Es cierto —interrumpió mis palabras, al tiempo que tocaba su frente como si hubiese olvidado un detalle importante—. Supongo que deberán estar a punto de recibir sus órdenes. Y pueden sentirse satisfechos, que son muchas las voces a su favor.

Quedamos Pecas y yo en silencio porque, en verdad, no estimábamos al punto la dirección del viento ni la marea a favor o en contra. Pero ya continuaba don Miguel, mientras tomaba asiento tras su escritorio.

—Poco después de su primera visita, recibí una nota personal de don Federico Gravina, a quien dispense especial afecto, abogando por ustedes dos y ensalzando su conducta personal y profesional. Le tiene a usted una especial consideración —ahora se dirigía a mí en particular—. Y como poco después, hace tan sólo dos o tres días, mantuve una alargada reunión con el general Córdoba y los subalternos de su ya numerosa escuadra, para acoplar mandos y mayorías, intercedí a su favor, aunque también sus nombres eran conocidos por casi todos. Por fin y en lo que a ustedes respecta, se decidió su embarque en los navíos Santísima Trinidad, insignia del general Córdoba, y en el Concepción, si no recuerdo mal. Pero ya saben que, en estos días, andan mis pensamientos un tanto revueltos y no se fijan los datos en la memoria con la suficiente claridad, que las fiebres atacan en bulto. Sin embargo, como el capitán de navío don Felipe Pons disponía de su dirección en la plaza, allí deberán haber llegado las órdenes de embarco que han de refrendar en la mayoría del departamento.

—¿No recuerda ningún detalle, señor? —Imploraba Pecas en tono angustioso, incapaz de mantenerse en la incertidumbre un segundo más.

—No sea impaciente, Cisneros. Ya le digo que son muchas las reuniones y poca mi capacidad de retener. Pero han salido bien librados, pues embarcan en dos de las principales unidades de la Armada. Y usted, Leñanza, en el buque más artillado del mundo naval —me sonrió con especial benevolencia—. Les agradezco su visita y a

usted, Leñanza, su información.

Como parecía el telón rendido en definitiva, no tuvimos más remedio que ofrecer las frases protocolarias y de cortesía, para salir poco después al despacho de ayudantes. Y allí mismo, atacó Pecas al capitán de navío Pons, en averiguación de detalles.

—Por favor, amigo Pons. ¿Sabe algo de nuestros destinos?

—Pues no tengo la menor idea, señor. Tan sólo me pidieron su dirección particular para remitirles las órdenes respectivas. Deben recordar que no la registraron en el formulario de asiento el día de su presentación. Pude ofrecerla gracias a aquella magnífica velada que pude disfrutar en el palacio de Casa Tilly en su compañía —se abrió en sonrisas antes de continuar—. Pero no me cabe duda de que debe ser una pera bien almibarada, porque don Miguel intercedió ante don José de Córdoba y los generales subalternos a su favor.

—¿Quiénes son los generales subalternos de la escuadra de don José de Córdoba? —preguntó Pecas a disparo de bombardas.

—Los tenientes generales conde Morales de los Ríos, a bordo del navío Purísima Concepción, y don Juan Joaquín Moreno, a bordo del navío Príncipe de Asturias. También izan su insignia de general los jefes de escuadra don Francisco Winthuysen, a bordo del San José, el conde de Amblimont, a bordo del Conde de Regla, don Pedro de Cárdenas, a bordo del Mejicano y, por último, don domingo de Nava a bordo del Bahama, el único dos puentes de todos los nombrados.

—Nos ha dicho el capitán general que embarcaremos en los navíos Santísima Trinidad y Concepción, sin indicar puesto a bordo —insistía Pecas, incansable—. ¿Tienen comandante nombrado estos buques?

—Pues sé que el navío Santísima Trinidad lo manda el brigadier don Rafael Orozco, porque es pariente lejano de mi esposa. Pero el Concepción, cuyo mando recaía en el brigadier don José Escaño, quedó vacante hace pocos días por enfermedad y no sé si se recuperará a tiempo. Lo siento pero es todo lo que puedo decirles. De todas formas, pronto lo sabrán, porque las órdenes se enviaron por un mensajero a todos los oficiales esta misma mañana. Seguro que les esperan en su domicilio.

—De acuerdo. Muchas gracias, Pons, por toda su ayuda —metí cuña para largar el velacho y salir de empopada—. Ya sabe que nos tiene a su disposición.

—Muchas gracias, señor.

Salimos por fin a la calle, con el ánimo revuelto en gris. Pecas, en plena efervescencia nerviosa, no cesaba de largar sapos por su boca.

—¿Cómo es posible que el capitán general de un departamento marítimo olvide detalles de tanta importancia? Debían enviarlos a su casa solariega cuando las cabezas no rijan con la suficiente cordura. ¡Haberse olvidado de nuestros destinos!

—Esos detalles son importantes para nosotros, Pecas. No olvides que se trata de una persona muy mayor y con demasiados achaques a la vista, recién salido de una

grave enfermedad. Bastante le debemos agradecer al buen hombre, por haber intercedido en nuestro favor sin compromiso personal.

—Pues si tiene achaques, que se retire al dulce descanso de una vez.

—En ese caso, como la mayoría no dispone de casa solariega alguna —recalqué las últimas palabras con sorna—, pasaría a recibir una soldada de miseria, y con los retrasos añadidos. Ya sabemos que es un error el sistema, porque obliga a los miembros de la Armada a mantenerse en activo casi hasta su muerte, si quieren sobrevivir con cierta dignidad. De ahí que manden escuadra y ocupen puestos de especial relevancia hombres con tan avanzada edad, algunos entrados en la ochentena.

—Bueno, ya sabes que cuando me entran los nervios al gatillo, pierdo las formas. ¿Qué puestos nos asignarán en esos buques? —pregunto Pecas, cambiando el tercio en conveniencia.

—Nada ganarás con prender los nervios, porque dentro de algunos minutos lo sabremos. Tú, al menos, tienes la posibilidad de mandar el Concepción aunque, con sinceridad, no creo que asignen el mando de un tres puentes a un brigadier tan joven. En mi caso particular, me huelo un oscuro destino en la mayoría general de don José de Córdoba. De momento, podemos decir adiós al sueño de mandar un navío.

—¿Demasiado joven para mandar un tres puentes has dicho? ¿Qué tiene que ver la edad en esa materia? —Pecas se mostraba indignado, aunque eran los nervios que lo consumían. Por fin, pareció entrar en razón—. Bueno, es posible que sea así. No creo que me caiga un dulce de tal magnitud en la mano. Pero no olvides que en el Concepción iza su insignia el conde de Morales de los Ríos. No me atrae la idea de izar a bordo el gallardete de ese cobardón.

—Más vale que calles tales comentarios, por si acaso. Incluso puede ser tu jefe directo, si te asignan a su mayoría.

—¡Me corto las venas o regreso a la Corte! ¡Vaya una pera almibarada! No sé para qué han intercedido con tanto ardor tu general Gravina y este viejo atontolinado. ¡Para acabar como mayor general o comparsa de teatro!

—Entras en calores sin detalles ciertos, pecoso endemoniado. Nada sabemos en concreto. Deja de preocuparte por adelantado. Lo que ha de ser, será, y lo sabremos en pocos minutos. Pero debes tener en cuenta que sin el auxilio del general Gravina, es posible que siguiéramos con nuestros huesos en la Corte o cubriendo recepciones en el palacio de tus parientes.

—Destinado a la mayoría del cobardón. Es para pegarse un tiro —Pecas continuaba inmerso en su tema particular, hablando consigo mismo.

Continuamos nuestro paseo hacia el palacio de Casa Tilly, muy cercano a Capitanía General, con los nervios extendidos en botalón, porque en pocos minutos sabríamos con detalle el futuro que debía abrirse por nuestra proa. Y aunque no lo mentara a los vientos, no me agradaba en principio la mayoría general de don José de Córdoba. Pero, bueno, ya el futuro abriría los cuencos en oportunidad.

13. El coloso de los mares

ES fácil imaginar que tanto Pecas como yo entramos en el palacio de Casa Tilly como bucaneros al abordaje, aunque intentara por mi parte reflejar cierta tranquilidad de movimientos que a nadie engañaba. Y atacamos por derecho a uno de los sirvientes en el zaguán, aturdiéndolo con rápidas preguntas sin que consiguiéramos más que monosílabos incoherentes. Pero no debimos sufrir alargada espera, porque ya en el primer rellano de las escaleras nos esperaba Setum con sonrisa de esloro, mientras blandía en sus manos unos documentos como abanico de dama en juego de amores.

—¿Son nuestras órdenes?

Pecas se abalanzó hacia el africano, con los nervios abiertos en alas. Y aunque Setum intentara el clásico juego de ronda y aparte, el pequeño lo cazó al vuelo, hasta arrancar de su mano ambos legajos y pasar a leer con rapidez el endoso. Sin mayores contemplaciones, largó uno a los aires en mi dirección, mientras picaba los sellos del que le correspondía. Por mi parte, observé el nombre y graduación en la parte baja del pliego, intentando calmar el ánimo, ciertamente alborotado aunque el rostro deseara mostrar una normal apariencia. Sin embargo, el grito de Pecas me devolvió a la realidad, mientras intentaba leer mi propuesta a la baja.

—¿Demasiado joven para mandar un tres puentes? ¿No eran esas tus palabras exactas, gigantón de San Juan de Berbio? —Su sonrisa se abría de oreja a oreja, mostrando una alegría difícil de refrenar—. Menos mal que todavía resta alguna cabeza inteligente en la Real Armada, y han tomado una decisión con suficiente cordura. Debo comunicarte con rendida emoción y orgullo, querido amigo y compañero de armas, que el gran Pecas ha sido designado como comandante del Purísima Concepción, un maravilloso navío de tres puentes y con 112 cañones de porte, construido en el arsenal ferrolano hace más de veinte años, pero con maderas capaces de aguantar un tortolero del mar del Sur.

Me mantuve en silencio, porque lo que acababa de leer en mi orden de asignación no parecía presentar la esperanza guardada en la galleta, ni mucho menos. Así debió entenderlo Setum, que me entró en interrogantes con cierta premura.

—¿Y a usted, señor? —Parecía temer una respuesta en falsete, al comprobar el gesto de mi cara—. ¿Le conceden el mando de algún navío?

—No se abre la mar en esa dirección de momento. Me asignan al Estado Mayor del comandante general de la escuadra, don José de Córdoba.

—¿Cómo mayor general de la escuadra? —preguntó Pecas con soniquete y sonrisa envenenada.

—Nada explica en concreto este maldito papel, por lo que podemos deducir con cierta claridad que navego hacia popa. En ese caso, así debería exponerlo. Tan sólo me comunican que debo incorporarme al estado mayor de la escuadra, a bordo del

navío Santísima Trinidad —no pude reprimir un expresivo gesto de contrariedad—. Maldita sea mi suerte.

—Pues si te incorporas a su estado mayor, como brigadier has de cubrir la plaza de mayor general.

—Eso es de suponer. Pero no gusto mucho de ese bocado, pendiente de las órdenes, señales, diario y anotaciones permanentes.

—Tampoco es mala cosa, señor —Setum intentaba animarme—. Siempre he pensado que algún día embarcaríamos en ese mastodonte de los mares, el buque más armado del mundo.

—No es más que un tres puentes, artillado por más y de difícil manejo, como peonza en juego de endemoniados —apostilló Pecas con tono guasón, para quitar hierro al momento.

—Al menos, no me encontraré bajo la bota del teniente general conde Morales de los Ríos, valiente y decidido donde los haya.

—Ya sabes lo que opino de ese pájaro culebrón. Pero no te aflijas en demasía, Gigante —ahora Pecas recogía trapo con mesura—. Después de todo, han debido creer que ese destino es de mayor importancia. Una vez con la cabeza en la mayoría general, podrás conseguir el mando de algún navío en la primera permuta que se establezca, costumbre desastrosa pero muy habitual en nuestra Armada.

—No es una tarea sencilla cuando nos encontramos a punto de salir en operaciones de guerra. Pero sigo sin comprender el papel que me pueden asignar en el denominado como estado mayor, palabra afrancesada muy en uso por algunos advenedizos. Sabes muy bien que, como rezan las ordenanzas, la mayoría general de una escuadra con mando de teniente general, está formada por un jefe de escuadra o brigadier, que actúa como mayor general^[60], un ayudante general de mayoría o primer ayudante, que suele ser capitán de navío o fragata, y un alargado número de tenientes de navío y oficiales menores.

—Pues está claro que serás el mayor general de la escuadra del Océano, bajo el mando del teniente general don José de Córdoba. No es mala cosa porque serás el segundo de la escuadra a los efectos de guerra.

—Me extraña que no se encuentre cubierto ese puesto por un hombre de su entera confianza, y no es el caso porque jamás crucé palabra con el general Córdoba a lo largo de mi carrera. Además y con toda sinceridad, es un puesto normalmente ocupado por oficiales que han pasado por anteriores mayorías en puestos de segundo o tercer escalón, muy dados al manejo de códigos y señales. No lo comprendo. Y bien saben los demonios del infierno que no me gustaría quedar en destino doblado y sin capa propia. Tampoco llego a entender que el general Gastón creyera que recibía el galardón de los cielos.

—Ya te decía que ese general anda con el cerebro en retirada.

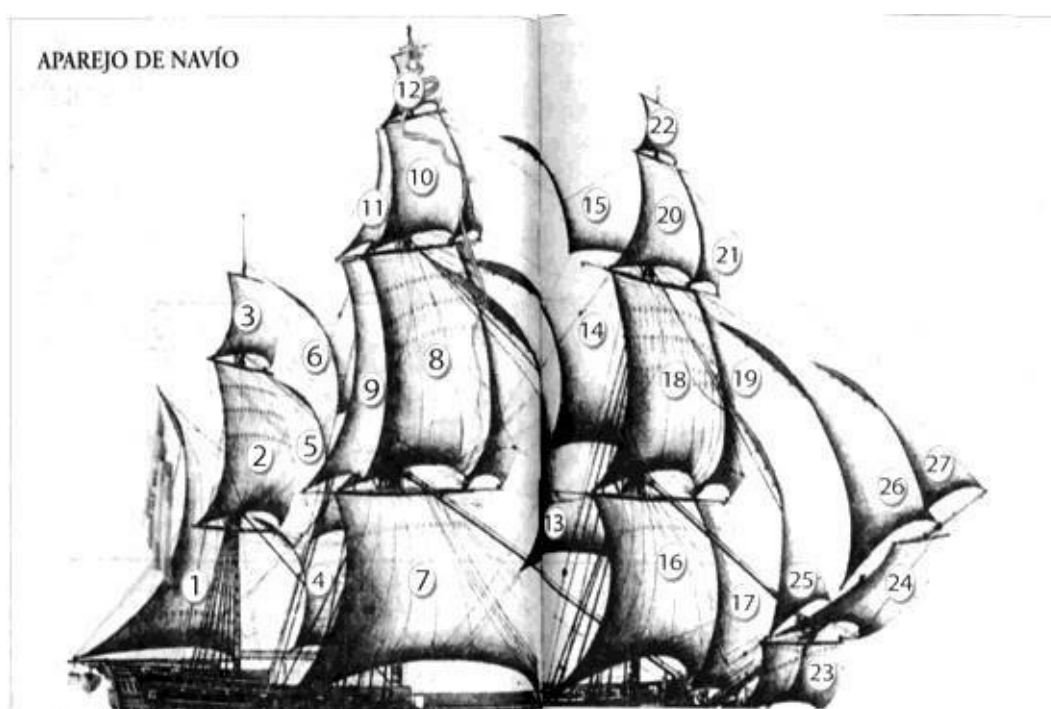
—He de reconocer, enano, que a pesar de llevar a bordo a ese Morales de escaso trapío, preferiría mil veces el mando del Concepción. Un navío de tres puentes es lo

máximo que podemos recibir del destino. Te felicito con sinceridad porque has recabado en la bolsa una fruta de orden, más que merecida.

—Gracias, Gigante. Pero ya verás cómo se abre el futuro en luces también para ti, que no va a cambiar tu estrella a estas alturas de la vida.

—¿Cuándo han de embarcar? —preguntó Setum, práctico como siempre.

—En el plazo de 48 horas —Pecas volvía a mostrarse nervioso—. Es muy escaso el tiempo a disposición y debemos adquirir los elementos de boca necesarios. Ya sabéis que poco gusto de la galleta marinera y la carne en salazón, sin hablar de los caldos recios que abren surcos en la garganta. Nombraré a Sebastián como criado particular, que ya una vez embarcó a mi lado cuando desempeñé la ayudantía del general Gravina y cumplió de norma hasta la galleta, incluso en la evacuación del castillo de la Trinidad. Debemos poner manos a la obra sin pérdida de tiempo.



Aparejo de navío. 1. Mesana cangreja; 2. Sobremesana; 3. Juanete de sobremesana o perico; 4. Estay de mesana; 5. Estay de sobremesana; 6. Periquito; 7. Mayor; 8. Gavia; 9. Alas de gavia; 10. Juanete mayor; 11. Alas del juanete mayor; 12. Sobrejuanete mayor; 13. Estay de gavia; 14. Estay volante; 15. Estay de juanete mayor; 16. Trinquete; 17. Rastrera de rinquete; 18. Velacho; 19. Ala de velacho; 20. Juanete de proa; 21. Ala del juanete de proa; 22. Sobrejuanete de proa; 23. Cebadera; 24. Sobrecebadera; 25. Contrafoque o trinquetilla; 26. Foque; 27. Petifoque o foque volante.

Aunque en los primeros momentos me sentí decepcionado hasta los fondos, poco a poco recobré el habitual optimismo, aunque debiera repetirme en varias ocasiones que embarcaba en el buque más poderoso del mundo, preparado con más de cien cañones para guerrear con el inglés. De esta forma, me dejé arrastrar con indolencia

por las maniobras de Pecas, que ya calzaba ajustes y peticiones de todo tipo, dispuesto a embarcar una despensa palaciega en el navío Concepción bajo su mando.

El día 29 de aquel mes de diciembre, con frío, lluvia persistente y una intensa humedad que calaba hasta dentro de los huesos, nos dirigimos hacia el arsenal cartagenero para tomar el barqueo necesario que nos incorporara hacia nuestro nuevo destino. Y si mi alma se encontraba ligeramente rendida a la baja, puedo jurar que se elevó hasta la cofa, conforme la boga de la lancha nos acercaba hasta los buques de la escuadra fondeados frente a las murallas de la ciudad departamental. Se trataba de un magnífico e incomparable espectáculo, observar aquel despliegue naval, con buques de todo tipo y porte en plena ebullición, porque el movimiento y agitación a bordo se observaba sin necesidad de anteojos.

Dejamos a Pecas en primer lugar, por encontrarse el navío Concepción con las anclas clavadas hacia poniente, con barqueo cercano a la estellera. Tras un fuerte abrazo y deseos de pronta visita, continuamos la boga hacia levante de la dársena. Y puedo jurar ante los evangelios sagrados que, conforme avanzábamos hacia el buque insignia del general en jefe, debió abrirse mi rostro en sonrisas de placer sin advertirlo, porque escuché la voz de Setum a mi lado.

—Tenía razón el señor. Este navío es como una catedral de varias torres posada en la mar, con la única merma de las campanas elevadas. Se trata, sin duda, del mayor coloso que surca los mares del mundo conocido, y no creo que nadie se atreva a luchar con él.

También a mí me sobrecogía el espectáculo, hasta sentir un rumor continuo en la piel de los brazos, como le habría sucedido a cualquier ser humano ante tal visión. Aunque en teoría fuera clasificado como uno de los doce navíos de tres puentes construidos en la segunda mitad del siglo para la Real Armada, el Santísima Trinidad era un caso muy especial entre los diferentes buques de las Marinas europeas, y no debido solamente a su mayor potencia artillera, sino por el colosal aspecto que mostraba a los vientos, con una estructura más elevada y una guinda superior a los demás. Una catedral, como aseguraba Setum, pero más propia del Vaticano.

Como el viento tontón lo mantenía aproado hacia el nordeste en ligero borneo^[61], debimos atacarlo desde la popa, con lo que las tres filas de balconadas y las tallas principescas que las coronaban por alto, ofrecían un espectáculo que sobrecogía el alma del marino más avezado. Y conforme la lancha maniobraba hacia babor para atacar su portalón a la altura del combés^[62] en su cubierta, la catedral parecía agigantarse poco a poco hasta cerrar las nubes en copo y alcanzar límites difíciles de explicar con palabras llanas.

Pisé cubierta con orgullo y decisión, luciendo mis mejores galas con el uniforme grande, mientras el oficial de guardia me recibía con los honores que marcan las ordenanzas al ciento y sin un suspiro de desmayo.

—Teniente de fragata Clemente Calafat a su servicio, señor brigadier.

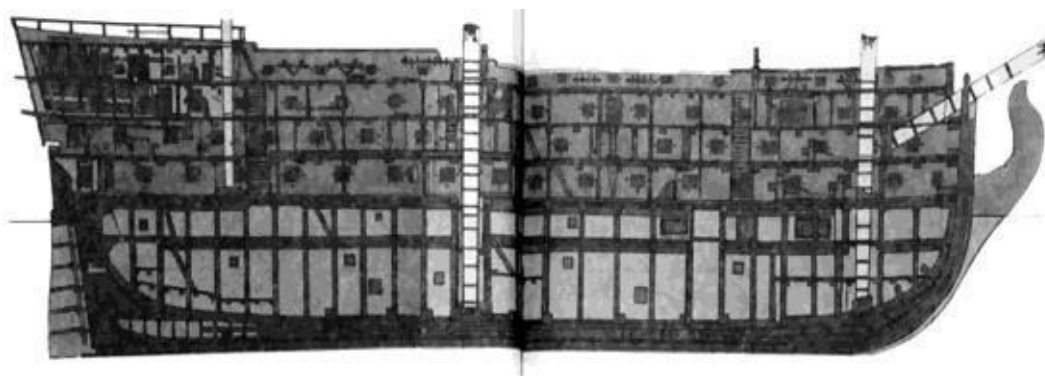
—Muchas gracias. Embarco en la mayoría general de la escuadra e incorporo a un criado particular. Desearía presentarme al comandante general, don José de Córdoba, si se encuentra a bordo.

—Sí, señor. Sígame por favor.

Recorrí con el oficial el alcázar, hasta acceder a la cubierta que llamaban del general, aunque fuera comentario corrido que los hombres a bordo la denominaban como la cubierta de Dios. Pocos segundos después, se detenía junto a una puerta, en cuya parte superior podía leerse: mayoría general. Golpeó con los nudillos en medida suavidad, antes de solicitar permiso. Apareció un teniente de navío, a quien le comunicó mi presencia.

—Bienvenido a bordo, señor brigadier. Teniente de navío Francisco Osorio, ayudante. ¿Desea ver al mayor general?

—En efecto.



Perfil de distribución del navío Santísima Trinidad

Esa noticia me confirmaba la opinión de que ya un brigadier cubría el destino principal del estado mayor, por lo que sentí cierto desasosiego y pesadumbre, al tiempo de sufrir interrogantes sin posible respuesta. Pero tampoco dispuse de mucho tiempo para embarcar pensamientos negros en el fardo, porque pocos segundos después y tras recorrer algunos pasillos más, fui recibido por el mayor general, brigadier don Juan José García, un asturiano bajo, entrado en carnes y de aspecto bonachón. Se encontraba de pie en su camarote de trabajo, dispuesto para abandonarlo con una gruesa carpeta bajo el brazo. Me presenté a él con respeto, aunque disfrutáramos del mismo empleo.

—Esperaba su embarco, Leñanza. Hace una hora, precisamente, preguntó el general por usted. Cuando compruebe la situación que sufrimos, comprenderá su nerviosismo. Pero si lo desea, puede acompañarme porque me dirigía a despachar con él.

—Por mi parte, encantado.

Dudaba en atacarlo con la pregunta que bullía en mi cerebro a batientes, deseoso de saber el destino que debería ocupar a bordo, pero fiel a esa falsa timidez que siempre acompañó mi conducta en los muchos años de servicio, me limité a seguir

sus pasos en silencio. Pero los duendes recorrían el estómago a ritmo de culebra, que nunca gusté de trinchar cubierta en la ignorancia, especialmente cuando ésta se ceñía al futuro cercano. Alcanzamos con rapidez la entrada a la cámara regia, como se solía denominar a bordo en chanza la del general en jefe de la escuadra. Y debía ser bastante la confianza del mayor general con su jefe, porque la atacó con extrema decisión y sin un mínimo gesto de cortesía.

Encontramos al teniente general don José de Córdoba retrepado tras su mesa de trabajo, con una infinidad de pliegos y legajos sobre la mesa, mientras mesaba sus cabellos con ademanes muy cercanos a la más pura desesperación. Al comprobar mi presencia, abandonó su asiento, para saludarme con extrema cortesía y una abierta sonrisa.

—A las órdenes de Su Excelencia, señor general. Brigadier Francisco de Leñanza, conde de Tarfí, con orden de embarcar en la escuadra bajo su mando.

—Me alegro de conocerlo en persona, Leñanza, si me permite llamarle con cierta confianza y apear el tratamiento.

—Por supuesto, señor.

—Son muchas las noticias llegadas a mis oídos sobre usted, y todas ellas con flores adosadas. Y no me refiero solamente a las palabras del capitán general o el recado que recibí del general Gravina en especial elogio, sino que ya sabía de sus andanzas por el jefe de escuadra Girón, comandante suyo a bordo de un jabeque donde dejó usted huella de fuego. También su intento de salvar el navío Triunfante en la bahía de Rosas fue muy comentado en la escuadra. Me alegro de tener bajo mis órdenes a un oficial experto en maniobra y con temple de acero demostrado en combate. Pero tome asiento, por favor.

—Muchas gracias por sus palabras, señor, que no merezco.

Era don José de Córdoba un hombre cortés y extraordinariamente afable, norma que, como pude comprobar con el paso del tiempo, se extendía a todos sus subordinados. De regular estatura, presentaba una cara redonda y con aspecto bondadoso, luciendo una melena blanca recogida en bucle, que le evitaba el uso de la peluca. Vestía el uniforme grande como norma habitual, un detalle poco utilizado a bordo de nuestros buques, salvo las excepciones que marcaba la ordenanza. Tomamos asiento en unos sillones acostados a babor.

—Ayer me narró con detalle el capitán general, don Miguel Gastón, su aventura a bordo de la fragata Sabina, contra ese comodoro Horacio Nelson del que tanto se habla. Siento que no pudiera cumplir su deseo de visitar a don Antonio Barceló en el penoso trance que padece, lealtad que le honra. Es triste pensar el calvario que parece padecer nuestro bravo general, porque mucho le cuesta atravesar la última puerta.

—Así lo sentimos de forma especial los que estuvimos bajo sus órdenes.

—Según tengo entendido —en esta ocasión parecía dirigirse a su mayor general—, deberemos embarcar a los prisioneros ingleses de la fragata Minerve y trasladarlos a Gibraltar, para llevar a cabo el canje y recuperar a don Jacobo Stuart,

que mucho se urge desde la Corte en tal sentido. Si eran pocos los problemas que se nos presentan, uno más de regalo cortesano, que nos hará dejar un navío en el camino.

Quedó en silencio, mientras me miraba con fijeza, como si intentara descubrir los más escondidos pensamientos. Su voz era suave y un poco baja de tono.

—¿Había embarcado en el Santísima Trinidad alguna vez, Leñanza?

—No, señor. Tan sólo he pisado los tres puentes para reuniones de generales y comandantes.

—Me gusta que entre por claros y en franqueza. Aunque es famoso entre las marinas extranjeras y pieza codiciada por los britanos en toda guerra, debemos reconocer que es un mastodonte de muy difícil maniobra. Y más en estos días, en los que tanto escasea a bordo el verdadero hombre de mar, hasta límites difíciles de creer, como le puede asegurar el mayor general —miró hacia su principal subalterno.

—Ya lo comprobará el brigadier Leñanza con sus propios ojos en pocos días.

El mayor general se permitió una ligera risita que no llegué a comprender en su correcto sentido. Tuve la impresión de que me faltaba alguna información de importancia, para mantener en cuerdas de razón la conversación.

—Busque al capitán de fragata don Martín Fernández de Navarrete^[63] —continuó el general con decisión y sin dudar en sus palabras—, primer ayudante de la mayoría, antes de que desembarque. Será relevado en el puesto por el de su mismo empleo don Ciriaco Cevallos, que formó parte de las dotaciones en la expedición de Malaspina, y podrá narrarnos excelentes aventuras en las horas de tedio. Pero ese Navarrete que le mencionaba, era el secretario particular de don Juan de Lángara, mi antecesor en el cargo, y como lo tenía en especial aprecio, acaba de nombrarlo oficial tercero en la Secretaría del Despacho de Marina, por lo que debe partir hacia la Corte a la mayor brevedad. Como es muy amante y gran conocedor de nuestra historia, y ha recopilado datos por todos los archivos del Reino relativos a la historia de la Real Armada, podrá ponerlo al día sobre el largo historial de este buque, que ha recopilado en unos cuadernillos. Debe encontrarse al día de este navío en todos sus detalles y conocer a fondo las diferentes variaciones que ha sufrido en casco, aparejo y armamento a lo largo de los años, Leñanza, para intentar comprenderlo y marinarlo en conveniencia. Seguiré el consejo del general Gravina, que me lo presenta como un magnífico maniobrero, de los oficiales que huelen el viento a distancia con los ojos cerrados. Y ya le adelanto que, después de todo, en poco se diferencian los navíos de dos puentes con los de tres baterías, aunque este ande con la cuarta muy ceñida en cubierta.

No comprendía bien, aunque un hormigueo agradable comenzó a recorrer mi cuerpo. Me habría gustado continuar en aquella dulce interrogante que tan extraordinario futuro dibujaba, por temor a que una pregunta diera paso a una negativa respuesta. Pero no tenía más remedio que entrar en suerte de prendas.

—No le comprendo bien, señor. ¿A qué se refiere cuando habla de marinar...?

Don José de Córdoba pareció sorprendido en los primeros segundos, para pasar a

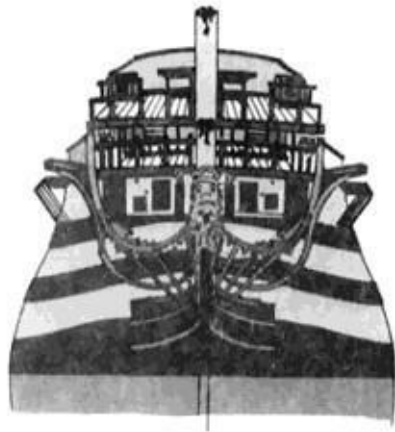
mostrar una tímida sonrisa a continuación.

—¿No se lo comentó don Miguel Gastón? Vaya por Dios, comprendo su desconcierto. Nosotros hablando y usted con las barbas en las nubes. El comandante de este buque era hasta hace pocos días el brigadier don Rafael de Orozco y, debo reconocerlo, un hombre bragado y con bastante experiencia a bordo, capaz de marinar esta montaña con buenas manos. Por desgracia, ha caído enfermo del pecho y debió ingresar en el Real Hospital de Marina con cierta urgencia. Según comentan los galenos, deberá permanecer varias semanas en cura, por lo que decidí desembarcarlo. Fue entonces cuando el capitán general me recomendó la posible solución. Su consejo, unido a lo mucho que a su favor expone don Federico Gravina, a quien admiro muy por alto, me decidió por concederle el mando del buque insignia de la escuadra, tras la pertinente autorización y nombramiento de la Secretaría, labor que espero cumpla como se presume.

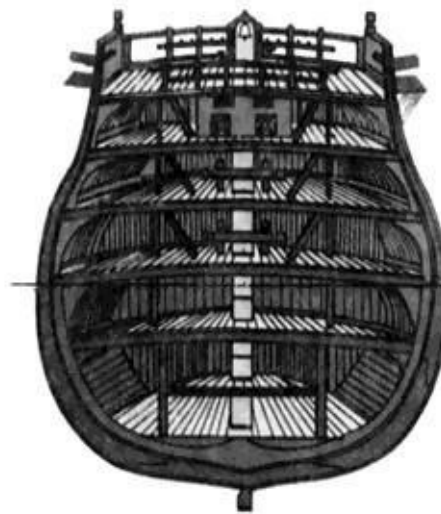
Debí realizar un esfuerzo monstruoso para no saltar del asiento y abrazar a los dos hombres que se encontraban a mi lado, como si se tratara de dos parientes muy queridos a los que no veía desde años atrás. Si había comprendido bien, el general Córdoba me comunicaba, con pasmosa sencillez, que debía tomar el mando del mayor buque de guerra que surcaba los mares del mundo, el navío Santísima Trinidad. Recordé las palabras de Setum, tantas veces repetidas cuando me comentaba que un día debería mandar el coloso de los mares. El general debió entrever mi felicidad entre faldones.

—Ya veo por su sonrisa que le apetece el reto. No crea que se trata de una fruta en almíbar, que este elefante navega a su capricho en demasiadas ocasiones.

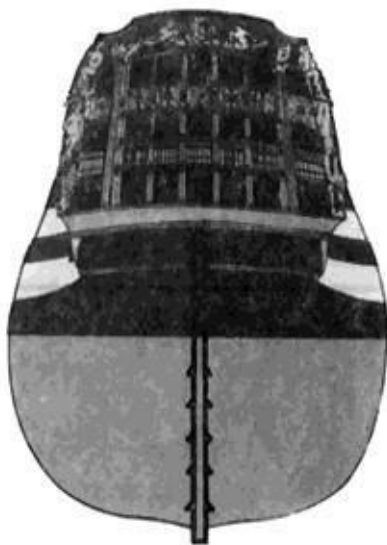
—No se preocupe, mi general, que navegará por donde usted ordene en cada momento, se lo aseguro. Y mucho le agradezco la confianza que me ofrece, así como la responsabilidad que deposita en mis hombros. Puede estar seguro de que nunca lo defraudaré.



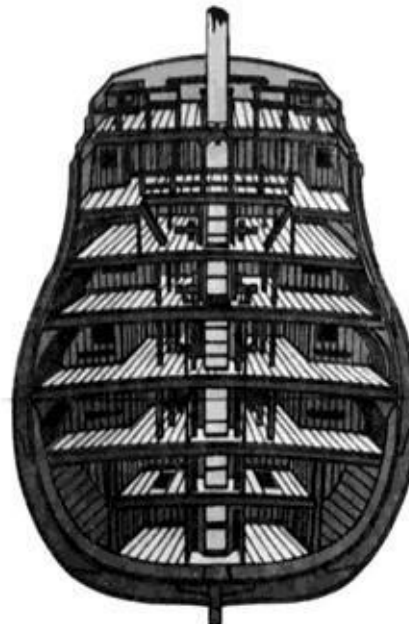
VISTA DE PROA



VISTA DESDE EL CENTRO HACIA PROA



VISTA DE POPA



VISTA DESDE EL CENTRO HACIA POPA

Vista desde el centro hacia proa. Vista de proa. Vista de popa. Vista desde el centro hacia popa.

—Eso espero. Bien, es mucho el trabajo que se acumula sobre nuestras mesas. Como le decía, le recomiendo que hable con Navarrete y, por supuesto, con su segundo, el capitán de fragata don Francisco Piedrola. También el mayor general, en su momento, lo pondrá al día de los problemas generales de la escuadra, que no son pocos, aunque ya los conocerá en las diferentes reuniones de generales y comandantes a las que deberá asistir. Desde la Corte nos urgen a la salida una y mil veces, pero dan la espalda a los mil y un problemas que les presento día a día. Bueno, es tela cortada y no merece repetición.

Como parecía que la conversación se daba por finalizada y el general deseaba despachar con su mayor general a solas, solicité la venia para retirarme. Una vez concedida, alcancé la cubierta del alcázar en vuelo de alcatraz, sin llegar a pisarla siquiera con el pensamiento, porque todavía resonaban en mis oídos esas magníficas palabras, que me costaba creer como ciertas. Yo, Francisco Leñanza, el hijo del desdichado galeote y vecino de Fuentelahiguera de Albatages, ese secreto tan bien guardado a lo largo de los años, sería en pocas horas el comandante del navío más importante de la Real Armada e insignia del comandante general de la escuadra. Ahora sí que podía dar por cumplido aquel lejano sueño de juventud, cuando repasaba una y otra vez los grabados del viejo libro de aventuras, con hermosos navíos navegando por alta mar. Cuando salí a cubierta, ni siquiera sentí la lluvia fina que caía sobre mi casaca.

Como de costumbre, encontré a Setum a los pocos segundos. Y ya sus fuentes de información debían haber corrido millas a proa, porque me entró en alabanzas y felicitaciones de ángel, como si él mismo hubiera recibido el mejor de los regalos. Pero no podía perder tiempo y tras ser informado por el oficial de guardia de que el segundo comandante y comandante en funciones, el capitán de fragata don Francisco Piedrola, había desembarcado para llevar a cabo diversas gestiones en el arsenal, inquirí por el capitán de fragata Fernández de Navarrete y así seguir la recomendación del general.

Como no era cosa de dejar de lado las bienaventuranzas caídas del cielo, recibí al experto historiador en mi propio camarote en cota de estreno, estancia espléndida de mobiliario y con balconada abierta a la mar, cuya simple visión hizo tiritar mis huesos en orquesta de varas.

Debo resaltar que el capitán Martín Fernández de Navarrete me cautivó desde el primer momento. Era un hombre espigado, magro de carnes, cabello moreno en tronchas y rostro muy agradable. Pero mentiría si no aclarara de inmediato que por encima de todo destacaba su conversación, amena, instructiva y divertida, especialmente cuando trataba aspectos de nuestra historia naval, tema que desarrollaba con una desmedida pasión y a la que parecía querer dedicarse con todo su empeño. Sin embargo, eran tantos sus conocimientos y el afán de exposición, que derivaba en cada momento por caminos divergentes, por lo que hube de centrarlo en repetidas ocasiones. De momento, lo que me interesaba eran los datos del buque que acababa de caer bajo mi mando y poco más.

—Me encantaría hablar con usted durante horas, Navarrete, pero para mi desgracia he de hacerme con este buque en escaso tiempo, lo que no es pieza de lana. Me dijo el comandante general que usted podría ponerme al día del historial de este navío, con más fidelidad que si leyera los informes acopiados, antes de desembarcar. Y por favor, vayamos al grano y de forma concisa porque, según creo, marcha usted para la Corte esta misma tarde.

—Tiene razón, señor. Intentaré resumirle los datos principales de ese trabajo que redacté para el general, y que puede repasar cuando disponga de tiempo suficiente, porque se trata de un cuadernillo engordado de datos y comentarios. Precisamente, cuando me enviaron a recoger todos los documentos de Marina existentes en los diferentes archivos del Reino, encontré algún dato interesante sobre los antecedentes...

—Al grano y por derecho, Navarrete.

—Desde luego. Como sabrá, señor, a lo largo de este siglo fuimos reacios a construir navíos de tres puentes, aspecto difícil de comprender, porque las insignias más importantes se embarcaban en buques sin espacio suficiente para sus mayorías generales. En la primera mitad, tan sólo contamos con el Real Felipe, de tan grata memoria, construido en Guarnizo en 1732 y que destacó en..., bueno, perdóneme otra vez porque salgo en deriva como un cometa. Lo cierto es que debimos esperar casi cuarenta años para acometer esta empresa como era debido. En total se han construido una docena en esta segunda mitad del siglo, muy brillante en el aspecto de la construcción naval, siendo precisamente el Trinidad el primero de la serie y el Príncipe de Asturias el más reciente, botado hace tres años. Por cierto que este último es, según se comenta, un buque magnífico en todos sus aspectos.

—Eso he oído.

—Para construir los navíos de tres puentes se escogió con preferencia el arsenal de La Habana, de forma especial por sus excelentes maderas, precio más asequible y gran capacidad en sus gradas, aunque cuatro de ellos salieran del arsenal ferrolano. El Trinidad se debe, en principio, a las manos de ese extraordinario constructor de buques que fue don Mateo Mullan.

—Uno de los expertos británicos que trajo consigo don Jorge Juan y Santacilia, tras su periodo de espionaje en el Reino Unido.

—En efecto, aunque como buen irlandés, poco amaba a los britanos.

—¿Por qué ha dicho que a él se debe la construcción, en principio?

—Porque no pudo ver realizada su obra más deseada, un navío de tres puentes. Mullan trabajó, desde su llegada de Inglaterra, en el arsenal gaditano de La Carraca. Ya en 1759 y asimilado al empleo de capitán de fragata, había estudiado la posibilidad de construir un navío de tres puentes en dicho arsenal, pero el ingeniero Cipriano Austrán lo convenció de la imposibilidad, muy cierta, por la escasa capacidad de sus gradas. Pero el destino parecía soplar con vientos a favor, porque a finales de 1766 se le ofreció a don Mateo Mullan la dirección de la construcción naval en el arsenal de La Habana, lo que aceptó de inmediato y, tras una alargada navegación de 55 días a bordo de la urca San José, arribó a nuestro bello puerto antillano con su mujer e hijo Ignacio, teniente de fragata graduado, segundo constructor y cercano colaborador del padre. Pero como era hombre de ideas fijas, ya antes de su partida hacia las Indias, envió a Madrid el modelo de navío de 112 cañones cuya construcción barajaba en su cabeza desde años atrás. Debo aclararle

que, aparte sus extraordinarias dotes como constructor, Mullan era un hombre terco y de ideas permanentes.

—Y se aprobó su construcción.

—Cuando Mullan arribó a La Habana —Navarrete parecía no haber escuchado mis palabras, lanzado a la narración—, se encontraba en construcción el navío San Luis, de 80 cañones, al que se le pensaba correr una tercera cubierta. Pero Mullan convenció al jefe de escuadra De la Colina, y prevaleció la idea de construir su modelo, un tres puentes clásico, con alcázar, castillo y toldilla. Los planos, que he podido observar en persona, son muy parejos al navío británico Culloden, en el que, precisamente, había trabajado Mullan en Inglaterra como delineante, aunque aumentaba su porte de forma notable. Tan sólo se debía esperar al remate del San Luis, mantenido con dos puentes, para que dejara libre la grada de gran porte, y que llegara la autorización de la Secretaría de Marina desde la península. Pero la prisa en la isla era tanta que, de común acuerdo entre el intendente Macuriges y De la Colina, se comenzó el acopio de maderas y material, y se plantaba la quilla del buque proyectado en octubre de 1767. Fue entonces cuando, por desgracia, ocurrió una fatalidad inesperada y de malas consecuencias.

—¿Una fatalidad? —Navarrete conseguía imprimir cierto suspense a sus narraciones, con frases cortadas al aire—. ¿Qué sucedió?

—Pues que el gran Mateo Mullan agarró las fiebres y murió del vómito negro fulminante^[64] en pocos días. Dejaba su proyecto delineado desde la varenga maestra hacia popa, la quilla empernada sobre los picaderos y la roda labrada, así como el codaste. Fue, sin duda, una pérdida para la Armada y para este buque en particular.

—¿Y qué se hizo?

—La empresa no tenía marcha atrás. Tan sólo dos días después del fallecimiento, el intendente conde de Macuriges, personaje enérgico y de los que deberíamos disponer en las Indias en mayor número, decidió que Ignacio Mullan, como asiduo y cercano colaborador del padre, se encargase de rematar los planos, la ejecución de los gálibos y la delineación final del navío, mientras el asentista Pedro de Acosta se responsabilizaba de la dirección general de las obras, así como de armarlo a la española. Es posible que a la diferencia de criterios entre estos dos hombres, con relaciones difíciles y divergentes, se deban las peripecias que el buque ha sufrido a lo largo de los años. Por fin, fue botado a las once y media del día segundo del mes de marzo de 1769, con una eslora de 213 y 2/3 de pies de Burgos y una manga de 57 y 3/4^[65], con un arqueado de 4902 toneladas y un lastre de 1546 quintales. El llamativo calado a popa era de 13 codos, y a proa de 12 codos y 6 pulgadas^[66]. El costo aproximado de fábrica se elevó a 40 000 pesos, mucho más económico que los fabricados en la península, desde luego. El velamen en su conjunto disponía, además del normal en todo navío, cebadera, sobrecebadera y periquito de sobremesana.

—¿Y su armamento?

—En principio y según la idea de Mateo Mullan, debía montar 30 cañones de a

36^[67] en la primera cubierta, 32 de a 24 en la segunda, 32 de a 12 en la tercera y 22 de a 8 en alcázar y castillo. En total, 116 cañones.

—Pero ahora nuestra artillería es bastante superior en número.

—En efecto. Por eso le hablaba de las peripecias que ha sufrido este navío a lo largo de los años, y no sólo en su armamento. En principio, fue asignado al departamento de Ferrol, nombrando De la Colina como primer comandante al capitán de navío don Joaquín de Maguna Echezarreta. Y en la primera navegación, de La Habana a Ferrol, llevaba escasa artillería, por no contar en la isla con cañones de grueso calibre. Por fin y tras sufrir un temporal, entró de arribada en la ría de Vigo, con averías en las vergas de los palos trinquete y mesana. El navío Guerrero le proporcionó auxilio de fortuna y pudo entrar en la cabecera del departamento norteño en mayo de 1770. Y entonces fue cuando comenzaron los problemas.

—¿Qué problemas?

—Una vez recorrido en el arsenal ferrolano, comenzó las pruebas de mar y guerra. Ya en la primera salida, con armamento reducido, sin cañones de a 36, apenas podía utilizar la batería baja, salvo con tiempos de dama, debido a que su punto de escora se encontraba demasiado alto y, en consecuencia, con una muy escasa estabilidad. Para corregir este defecto, entró en el dique de gran porte del arsenal, donde se le rebajó la cámara alta, se adicionó una falsa quilla de pelaje y se descendieron las cubiertas para bajar el centro de gravedad. Llevadas a cabo nuevas pruebas en navegación hacia Cádiz, con el capitán de navío Daoiz como comandante, se comprobó que persistían los problemas, por lo que se carenó en firme el navío en La Carraca, llevando a cabo diversos estudios y medidas que puede leer con detalle en mi informe. Con el paso de los años, ha sufrido diversas modificaciones, algunas profundas, en casco, aparejo y artillería. En estos momentos, dispone de una eslora de 220 pies y 6 pulgadas, y una manga de 58^[68]. Los calados han aumentado de forma notable hasta los 29 pies y 7 pulgadas^[69], y el lastre hasta los veinte mil quintales^[70]. En cuanto a la artillería, el buque bajo su mando dispone hoy en día de 32 cañones de a 36, 34 de a 24, 36 de a 12, así como 18 de a 8, diez obuses de a 24 y cuatro de 4 en castillo y alcázar. En total nada menos que 134 piezas artilleras, capaces de amedrentar a un faraón.

—¿Y su comportamiento en la mar?

—En ese aspecto ha pasado por diversas estadias —Navarrete ofreció una sonrisa de complicidad—. Ha sido tormentoso^[71] y mal ligado tras las primeras pruebas, aunque se le corrigió el defecto. Es posible que las maderas americanas, con sus innegables virtudes, sean duras en exceso y comporten un mayor volumen, para planos similares a los que Mullan tenía en la cabeza. Don Luis de Córdoba, cuando mandaba la escuadra e izaba su insignia a bordo, llegó a declarar que viraba en redondo y por avante con el sólo uso del timón, sin necesidad de tocar una sola escota. Pero le juro que debió ser una visión celestial de nuestro querido general, porque no obra así en estos días ni creo que lo haya hecho jamás. Y no le hablo de

teorías, porque he navegado en él lo suficiente y mucho sufrió el brigadier Orozco de sus manías. En mi opinión personal, baila mejor con olas largas y sufre en el Mediterráneo hasta llegar a comportarse, a veces, como un perol embridado en plomo. Es posible que los pesos estibados en cada momento, le hagan jugar un papel diferente. Por esa razón, lo suelo denominar como el buque de las sorpresas pero, en general, de difícil y complicada maniobra, razón por la que no le envidio el pastel.

—Ya lo suponía.

—Hay opiniones, como la del gran ingeniero Romero Landa, que estima como necesario embonar^[72] la cubierta, con lo que se aumentaría la manga, medida que aplaudo. Sin embargo, otros pretendidos expertos, añaden la idea de correr las cubiertas altas y formar la cuarta batería en firme, medida que muchos estiman desacertada, porque se perdería la ventaja del embono. Pero, de esta forma, sería el único cuatro puentes del mundo^[73].

—Bueno, con tanta artillería en las cubiertas altas, ya lo es en teoría, al punto de ser así denominado por algunos oficiales. Y mucho lo temen los britanos.

—Con sinceridad, señor, lo temen por su poder artillero, pero creo que desconocen sus pobres o, más bien, difíciles condiciones marineras.

—Vamos, que en su opinión, no es una pera en dulce lo que me ha caído en las manos.

—Nada de eso, señor. Cualquiera brigadier daría uno de sus brazos por mandar este buque, el número uno de la Real Armada en muchos sentidos. Pero, por supuesto, preferiría el Príncipe de Asturias, que no debo mentirle.

—Bueno, haremos que este mastodonte cumpla con las órdenes del timón, aunque tengamos que darle cañón como a un grumete ariscado.

—Saque el rebenque, que falta le hará.

Despedí a Navarrete tras agradecerle con sinceridad su información, así como el entusiasmo que mostraba por mantener y preservar nuestro acontecer histórico. Sin embargo, también debo reconocer que la conversación mantenida dejó mi mente penetrada en aguas turbias, porque entraban blancos y negros al quite por la misma vereda. Pero en poco rebajaba mi orgullo y extrema felicidad, que sólo con dar un vistazo en redondo al camarote y observar la mar desde la espléndida balconada, producía un fuego interior capaz de elevar el espíritu hasta la galleta de los palos. De esta forma, quedé en espera del regreso del segundo comandante, para ir tomando conciencia exacta del coloso en su verdadera dimensión, que no sólo de cañones y trapo se forma la nube. Declaro con solemnidad, como tantas veces me esforcé en exponer por escrito o a la voz, que los hombres han sido y serán el punto fundamental de todo buque de la Real Armada, aunque nuestras más altas magistraturas nunca llegaran a comprenderlo.

14. La triste realidad

Cuando Setum me anunció la visita del segundo comandante, elevé un ruego silencioso e instintivo a los cielos para que la suerte me acompañara en el sorteo. Y puedo adelantarles que mi buena estrella se mantuvo por el círculo conveniente en tan importante aspecto, porque habría sido misión difícil y casi imposible abordar la faena que se abría por mi proa, sin la estrecha colaboración de quien me sucedía en la escala de mando a bordo. Aunque sea difícil de comprender para quien no haya navegado en unidades de la Armada o mandado buque en la mar, es el segundo un personaje de la máxima importancia; los ojos, la boca y los brazos de su comandante, a quien debe ofrecer trabajo, lealtad y subordinación sin límites pero, más importante todavía, con sinceridad absoluta para bien o para mal, que nunca los vientos atacan las bandas en bendición.

El capitán de fragata don Francisco Piedrola aparentaba, en una primera y ligera impresión, la figura de un fornido hombre del campo, aunque fuera segundón de noble casa en un pueblo perdido por el norte de la Mancha. De una edad aproximada a la mía y extraordinaria corpulencia aunque corta alzada, mostraba un cabello negro ensortijado, ojos negros grandes y saltones, así como brazos capaces de torcer un palo maestro sin especial esfuerzo. Aunque parco y tímido en un principio, pronto se abrió una corriente de confianza y compenetración entre ambos, condición más que deseada por cualquier comandante. Y como siempre creí en mis primeras impresiones, le entré por derecho y en varas medidas desde el primer momento.

—Me alegro de conoceros, segundo. Tomad asiento con comodidad, que debéis largarme información como estopa de calafate en faena de carena negra.

—Pues si deseáis la verdad en corrida de feria, señor, no esperéis buenos caldos en la mesa.

—Para atacar la faena con mayor comodidad, rebajemos el tono de cortesía, que mucho deberemos colaborar por vía estrecha. Y en cuanto a su observación última, no se preocupe, que no abrigo nubes en color de rosas. Tenga en cuenta que he paseado por la cubierta algunos minutos, y podido observar a nuestros hombres en su conjunto. Pero quiero que me ponga al día y con detalle, por derecho y a las claras.

—Es mucha la leña a cortar, señor —sonreía, de buen humor, con aquella alegría contagiosa que tanto agradecí con el paso del tiempo.

—Ya me lo figuro. Podemos comenzar por el personal, para recibir las rasas desde el primer momento.

—De acuerdo, señor, aunque, como puede suponer, no sea la flor del panal. Si no se ha producido ninguna baja en mis horas de ausencia, lo que estimo muy posible con los fríos que se abren estos días y las calenturas amadrinadas, contamos en este poderoso navío con un monto total, entre guarnición y equipaje, por encima de los 1100 hombres, más que muchos de nuestros pueblos en Castilla, sin contar con el

personal del estado mayor de la escuadra. Nunca un buque mantuvo entre sus cuadernas a tal multitud. Y no crea que nos sobran, porque muchas manos son de picadura y cañón. Pero antes de entrar en pormenores, quiero indicarle que siempre la dotación de este buque se consideró muy escasa en paz y guerra, una consideración elevada y razonada al detalle por muchos comandantes que han pisado esta cubierta. Por desgracia, en todos los Reglamentos Generales de Tripulaciones y Guarniciones firmados por diferentes Secretarios de Marina, se incluía al Santísima Trinidad como uno más de los navíos de tres puentes y 112 cañones, injusta medida porque nuestra artillería es muy superior, al tiempo que otras características de guerra y mar lo hacen diferente y con más necesidades de brazos.

—Estoy al corriente de tal detalle. No obstante, escuché en los pasillos de la Secretaría, que en el reglamento a publicarse en pocas semanas, ya aparece el Trinidad en solitario y con mayores asignaciones de todo tipo.

—Así es, señor. La verdad es que ya en estos días se nos concede alguna diferencia, aunque no alcance la solicitada, gracias a los manejos de algunos generales que han izado su insignia a bordo y pudieron comprobar el problema en sus carnes. Pero para comenzar, entraré en el importante aspecto de los oficiales de guerra que, contando a su persona, suman 16, tres menos que los marcados en el reglamento citado. Una merma importante aparece en el puesto del capitán de navío, porque ese debería ser el empleo del segundo comandante, que asumo en superior categoría aunque lo merezca —mostró una nueva y picara sonrisa—. También nos faltan dos alféreces de fragata. Como por otra parte disponemos de cinco guardiamarinas a bordo, tres de ellos con suficiente antigüedad y experiencia, pueden suplir los puestos sin mayor gravedad, aunque algunos de ellos sueñen con la homologación de oficial que prescriben las ordenanzas y que, como debe saber, solemos dejar para situaciones límite por mermas en combate. En resumen no nos podemos quejar, aunque preferiría disponer de los guardiamarinas por más y en adobo, como sucede en todas las unidades.

—Parece que comenzamos el listado de regular cariz. ¿Cuál es su opinión de los oficiales, con absoluta sinceridad?

—Puede estar seguro, señor, de mi lealtad y sinceridad en todo momento, que en caso contrario callaría —pareció ofenderse ligeramente, aunque lo tranquilicé con un gesto amistoso de mi cara—. La calidad no es pareja, como en todo perol casero. Pero, en general, andamos por encima de la media, especialmente en los tenientes de navío, bragados y con alargada experiencia de sangre. Con el brigadier Orozco tenía establecido los que deberán mandar las baterías, aunque espero su aprobación en tan importante sentido.

—Nada quiero cambiar en los planes establecidos de momento, a no ser que compruebe algún detalle en persona que estime conveniente. Pero, continúe, por favor.

—Disponemos de una excelente plantilla entre los oficiales mayores, aumentados

por encima del cupo oficial a petición propia con martinete, por la razón mencionada del reglamento que nos discrimina a la mala. Conseguimos con notable esfuerzo que nos embarcaran dos cirujanos más, hasta un total de cuatro, lo que estimo un número mínimo e imprescindible. También disponemos de dos pilotos por más, que alcanzan seis si contamos a los pilotines. De todas formas, en caso de combate faltarán cirujanos, norma habitual en nuestros buques. Por lo visto, pocos parecen comprender la realidad, lo que significan más de mil almas en combate corrido y las consecuencias de rigor. Pero no hay forma de que se corrija, aunque muchos galenos pululen en destinos de tierra y sin demasiada sangre en las manos. En general, estimo a los oficiales mayores como muy profesionales y gente de bien, incluyendo en el cupo a los dos capitanes de batallones embarcados. Bueno, debo indicarle que un cirujano primero y un segundo piloto quedaron en Cádiz, pero espero que se presenten a bordo antes de la salida definitiva a la mar.

—De acuerdo. Pasemos a los oficiales de mar.

—Sólo disponemos de 24. Aunque parezca que disfrutamos uno por más del reglamento, en muchas ocasiones se ha elevado la petición de que este buque en particular debería disponer de un mínimo de 40. Y según me aseguró el mayor general, que corrobora su anterior opinión, en ese sentido se aprobará el próximo reglamento, dejando de encuadrar al Trinidad con los tres puentes y aumentando nuestra cuota en proporción. Puede confiar en los dos contramaestres primeros y de forma especial en quien tendrá a su cargo directo, don Plácido Requesén, con bastantes años a bordo, buen ojo para los vientos, pito de fuerza y noble de corazón, aunque ande con el puñetero refrán marinero en la boca día y noche, costumbre muy habitual en los de su clase.

—Lo he sufrido en muchas ocasiones —su observación me hizo sonreír—, no obstante, debemos reconocer que aciertan en muchos casos y esos refranes conforman una Biblia marinera particular.

—Tiene razón, pero don Plácido disfruta del don de la inoportunidad en ese aspecto. Ya lo comprenderá en la primera ocasión. Pero conoce este buque como si fuera un hijo propio, lo que no es dieta menor porque el Trinidad..., el Trinidad es un buque muy especial en su maniobra, señor, y no quiero entrarle con tragos amargos.

—Ya he oído algunos detalles al respecto. Pero me quita un peso de encima al hablarme en tales términos del contramaestre primero, que siempre lo estimo como un personaje de especial valor para todo comandante.

—En cuanto a los demás oficiales de mar, guardianes, patrones, calafates, carpinteros, maestros de velas, cocinero de equipaje, mozo, farolero, buzo y armero, aparecen blancos y negros, aunque la media está por encima de la cuarta y buena en los aspectos principales. Respecto a los sangradores, punto importante en caso de sangre corrida, conseguimos el embarque de dos más, hasta cuatro, aunque por desgracia con escasa experiencia en combate y pruebas de fuego, cuando la enfermería se convierte en un verdadero infierno.

—Y supongo que ahora vendrán las malas por ambas bandas.

—Bien saben los cielos que no es un secreto en la escuadra y pocos buques, por no decir ninguno, se libra de esa cizaña mortífera que nos ataca sin medida en los últimos años. Mantenemos la tropa de infantería elevada hasta 182, con buenos oficiales al frente. Tropa de artillería escasa, cercana a los 60 hombres. En cuanto a artilleros, 30 preferentes y 130 ordinarios, ligeramente por encima de la marca aunque escasos en adiestramiento. Por último y lo peor de la casa, 152 marineros y 269 grumetes, número muy por bajo de cualquier estima y, para desgracia nuestra, con gran cantidad que no merecen tal calificativo ni de lejos, porque pocos han probado la sal del océano. Se intentó aumentar el número con infantes y voluntarios, pero no cubren las necesidades. Debe tener en cuenta que en la última navegación empleamos artilleros en las vergas y el manejo del trapo, con pistolón ajustado en los riñones, lo que ya ofrece un adelanto de la realidad por difícil que sea de creer. Y para rematar la faena, 35 pajes, la mitad de escoba pura, así como 26 criados particulares.

—¿Le he escuchado bien? —Mi sorpresa era real— ¿152 marineros solamente? Pero si ya el reglamento antiguo establece 200 para los navíos de 112 cañones.

—No sabe lo que hemos luchado por colmar el vaso, señor, como tigres en la arena. Por toda respuesta, se nos asegura una y otra vez que no hay más madera en el monte. Pero no es el aspecto numérico, que ya es de preocupar, la peor de las plagas. Puedo jurarle ante los santos evangelios —su rostro se tornó en seriedad absoluta—, que hombres de mar, de verdad, no deben llegar a los setenta, y no crea que le exagero una mota. Nunca me encasillaron entre los oficiales de naturaleza pesimista, más bien al contrario.

—¿Y en esas condiciones hemos de marinar este gigante de los mares?

—Bueno, señor, se le olvida el auxilio de los santos y el muy especial de Nuestra Señora de Rosario, en feliz conjunción —volvió a ofrecer una sonrisa divertida—. Hace dos días, tras el desembarco del brigadier Orozco, intenté una última batalla con el mayor general en ese sentido, exponiéndole una vez más la penuria que sufrimos de verdaderos hombres de mar. Como dice, señor, 152 marineros es una cifra ridícula para este buque, pero, además, es falsa. No son más que marineros de nombre en libreta.

—¿Y qué le contestó el mayor?

—Tan sólo me ofreció una nueva saca de individuos de condena limpia, penados en el cuartel de presidiarios y moros de este departamento, así como de otros presidios establecidos en reinos cercanos. Pero, la verdad, lo deseché porque ni el santo Job sería capaz de creer que existe en dichos establecimientos un solo individuo de condena limpia. Ya lo sufrimos en Cádiz, cuando nos embarcaron bastantes putañeros con trazas de sangre fresca en las manos. De nada sirve un personal que, llegados al momento del combate, deben olisquear un fusil tras ellos de forma permanente, para no salir de estampida al primer disparo, o nadar hacia la playa más cercana si le ofrecemos la posibilidad.

—Tiene razón. Si aumentamos el número de asesinos y trabuqueros a bordo, acabaremos con más ojos sobre ellos que en las maniobras del enemigo. La verdad, esperaba un número escaso de personal profesional, pero no una merma tan importante en el conjunto. Espero que, al menos, los artilleros den la talla.

—Teniendo en cuenta cómo navega el racimo de la Armada en estos días, no podemos quejarnos. Puedo asegurarle que trabando combate por una sola banda, dispondremos de buenos cabos de cañón, hábiles en la puntería, aunque el ritmo de fuego no sea el que deseáramos, especialmente en la batería baja. Pero sufriremos en combate cerrado a las bandas, si llega a producirse, porque muchos andan a la baja de un mínimo adiestramiento. Y no crea que dejamos de zurrar la badana con ejercicios de mar y guerra, porque se baten a diario aunque con escasa práctica en lo que respecta a un buque en movimiento, y casi nula con fuego real, que tampoco sobra la pólvora.

—Me parece buena la medida, y le aliento a seguir con ella sin descanso.

—No se preocupe. Ya sé que es comandante muy propenso a los ejercicios. Todo llega a mis oídos, según comentan muchos compañeros —volvió a ofrecer una sonrisa de abierta complicidad—. Hace pocos días almorcé con un primo que fue su segundo en la fragata Sirena, y me adelantó sus procedimientos. Y conste que los firmo y rubrico como necesarios.

—¿Don Sebastián de Orzeta es primo suyo? Se trata de un magnífico y valeroso oficial, con quien disfruté momentos inolvidables. Pues si habló largo con él, ya me conoce al pulso.

—En efecto. Bien, para alegrarle la conversación le ofreceré alguna buena nueva. Como somos el buque insignia, nos encontramos al ciento de armamento en todos los calibres, aunque le repito que no sobra la pólvora para ejercicios. Las piezas de a 36 disponen todas de llave de fuego, aunque sea más propia de fusil y embridada en correas, esa que parió el inglés Douglas y adoptaron casi todas las marinas, antes de fabricarlas en cuerpo, como los franceses. La verdad es que no gusta mucho a nuestros artilleros y la desecharán antes del tercer disparo, estoy seguro, pero todavía se construyen las nuevas, empernadas en el ferro, como las que dispone al ciento el navío Príncipe de Asturias.

—Cuando me habla de armamento al completo, se refiere sólo a cañones y esmeriles, o incluye también la fusilería portátil.

—Ya sé por donde dispara, señor. También en el Trinidad sufrimos la penuria de fusilería, cuando debimos entregar un buen porcentaje para las tropas del Ejército. Por fortuna, en Cádiz nos la repusieron casi al completo y de excelente calidad, lo que no pueden asegurar otras unidades. No es más que una ventaja más de portar la insignia del comandante general en la galleta.

—Es una buena noticia porque me temía lo peor. En su conjunto, ¿cómo considera el estado de adiestramiento en la dotación?

El segundo pareció pensar con cierto detenimiento antes de contestar, mesando

sus cabellos con cierta desgana.

—No es fácil la pregunta, señor. Si lo comparamos a un buque inglés, está claro como los cielos en mayo que no les llegamos a la lumbre del agua. Creo que me comprenderá si le digo que nos encontramos al ras de nuestras unidades, aunque sea pobre la comparación. La única diferencia puede estibarse en que entiendo como más positiva nuestra situación para la guerra, que para la faena marinera. Si sufrimos combate, nuestros artilleros darán el pecho, no lo dude, con sus limitaciones. Pero para maniobra y correr la liebre, debo declarar por regueros que andamos muy a la baja. Para marinar este buque con absoluta habilidad necesitaríamos más de cien hombres de mar auténticos, y aún en dicho caso, no aseguraría el éxito de algunas maniobras, que este mastodonte nos sorprende más de una vez al capricho de dama cortesana. Pero con el personal de mar a disposición en estos días y manteniendo la sinceridad debida, nada podría asegurar. Como le decía, intento que algunos hombres, entre los artilleros e infantes con experiencia de mar, ocupen los puestos en las vergas o en cubierta que nunca les correspondería. Pero entrados en combate no será posible tal medida y deberíamos encomendarnos a los santos, que no es broma sino plegaria de verdad.

—Pues ya sabe mi teoría, segundo. Zurremos la badana hasta que sangren las manos si es necesario, que lo será, o mucho cañón en los lomos. Por cierto que, con la emoción de recibir este mando que no esperaba, olvidé preguntar al comandante general sobre las inmediatas intenciones de la escuadra. ¿Disponemos de fecha estimada para salir a la mar o anda todavía en cuelgue?

—Eso querríamos saber casi todos, porque esta permanente ignorancia desazona la sangre. Según parece, y le hablo de comentarios cazados al vuelo en la mayoría, mucho se urge desde la Corte a la Secretaría de Marina para que la escuadra se traslade a Cádiz. Allí deberá rematar el alistamiento con el material de los buques de transporte cuya arribada esperamos, y hacer por la escuadra del Mediterráneo bajo el mando del almirante Jervis, que se estima con poco más de diez navíos y basada en aguas cercanas a Lisboa. Y debemos tener en cuenta que esa creencia se basa en que los buques britanos del Canal se mantengan en el bloqueo de los puertos franceses, y no puedan enviarle refuerzos. Pero es mucho lo que demandan las unidades de la escuadra: personal, armamento, víveres, aparejos y cualquier bastimento imaginable. Ya lo comprobará en el próximo consejo de generales y comandantes, que suelen ser muy animados, según me comentaba el brigadier Orozco.

—Bueno, ese retraso puede beneficiarnos. Ya conoce mis costumbres. Ejercicios de sol a sol y el que eleve media protesta o mire a los ojos con malos tintes, media ración de galleta y al raso de vino. Por cierto, ¿cómo andamos de víveres?

—Debemos ser el único buque de la escuadra bien relleno, por las conversaciones que he escuchado y las peticiones servidas. En este momento, debemos contar con unas ochenta mil raciones, más o menos, con lo que no alcanzamos los noventa días previstos en las órdenes pero nos acercamos bastante. Por esa razón salí esta mañana

al arsenal, con una nota personal del mayor general, otra gentileza de nuestros invitados. Incluso en las raciones de dieta, con 3600, superamos la medida. Y si me pregunta sobre la calidad, puede imaginarla sin esfuerzo. Mucha salazón y galleta marinera, un vino más duro que el pedernal y escasas sorpresas agradables.

—Bueno, el vino duro tarda más en avinagrarse, por mucho que rasque a la contra. Supongo que la aguada de este coloso será monumental.

—Ya no me llama la atención, después de bastantes meses utilizando cifras astronómicas. El sábado pasado rellenamos al ciento y disponemos de 95 toneles, 135 toneletes, 157 pipas y 138 cuarterolas. Aguada cubierta para 120 días, si no aparecen mermas, que no deben producirse sin temporales o combate porque el material de estiba es excelente. Las condiciones del vino ya se las expuse pero, al menos, en cantidad abundante, sin contar seis toneletes jerezanos de excelente caldo apartados para la ocasión. Y suficiente perfume de fuerza^[74] para activar las mentes cuando entremos en acción. En este último aspecto y de acuerdo a las normas, usted decidirá. El brigadier Orozco era partidario de su embarque, y no sólo por las condiciones medicinales de esos espíritus. La norma cubierta hasta ahora es la de cargar el vino con pólvora líquida a la mitad, en los momentos anteriores al combate, pero a partir de ahora es suya la cuestión.

—Me parece una idea estupenda que deberemos mantener. Muchas veces es medida necesaria para aligerar el espíritu de los no habituados al olor de la pólvora y la sangre. Pero pasemos a otro aspecto en este recorrido general. Hábleme del casco y aparejo.

—No nos podemos quejar, y por todos los dioses de la mar, que no cambie la madeja —el segundo se santiguó con premura en un significativo gesto—. Arboladura, velamen y aparejo se encuentran en perfectas condiciones, lo que es un éxito de romanos y mucho costó lidiar ese toro en el arsenal gaditano hace pocos meses. En cuanto a las velas de respeto^[75], nos las entregaron también en el arsenal de La Carraca hace poco, aunque con alguna merma de escasa importancia. Disponemos de doble respeto solamente en trinquete, gavia y velacho, mientras una muda nada más en mesana, mayor, sobremesana, cebadera, juanete mayor y de proa, sobrejuanete de mayor y trinquete, rastrera de trinquete, alas de gavia y de juanete mayor, contrafok y fok^[76]. En cuanto al casco, carenado hace dos meses y repasado el forro de cobre con catas al punzón, sin novedad.

—¿No han sufrido problemas con el paño? Recuerdo que los padecí en el Triunfante en medida gruesa, aunque se aseguraba que el problema residía precisamente en este arsenal.

—No los tenemos gracias a nuestra especial suerte, recibida de las cruces. Por fortuna, los paños de respeto del Trinidad se almacenaron en suficiente cantidad, dados los gálivos especiales de nuestro navío, años atrás. Por esa razón, hemos sido señalados por la mano del Altísimo en beneficio propio. Sin embargo, no es la norma general en la escuadra, porque muchos buques elevan protestas noche y día en ese

particular aspecto. Esta mañana, precisamente, me he cruzado en el arsenal con el capitán de navío Juan Suárez, comandante del navío Oriente y buen amigo, que echaba espumarajos por la boca como poseído por el demonio. Resulta que el velamen recién entregado, al menos en algunas piezas principales, corresponde a un navío de diferentes características y menor gálibo. Pero lo peor del caso es que ha de tragar estopa por tronera, porque nada se puede remediar. Y andan los maestros veleros, carpinteros y contraamaestres a bordo ajustando medidas de urgencia, aunque no podrá navegar como debe porque los milagros quedan para los santos. Pero resulta que la misma deficiencia sufre el navío Mexicano, otros comandantes protestan por el mal estado del trapo recibido, velas que se rifan sin razón aparente, destronadas, con cuartas al puño y un largo vía crucis que haría interminable mi relación.

—Cuesta trabajo dar por cierta tanta desidia. Ya veo que no era cuestión individual del Triunfante, que tanto nos hizo sufrir e influyó de forma directa en su pérdida. Según tengo entendido, se debe a una partida de paño en mal estado, recibida en el arsenal cartagenero.

—Nada de eso, señor, si me permite aclararle el punto. Algunos de los fallos mencionados se pueden endosar también al arsenal de La Carraca y, con seguridad, al del norte. Lo que realmente sucede es que nuestros arsenales no son los de hace diez años, ni por asomo. La penuria es general y más tenebrosa de lo que se puede imaginar. Falta material de primer orden en todos los ramos, se utilizan muchos elementos almacenados como excluidos o inútiles y los contratistas, hartos de no cobrar en meses, entregan productos de pésima calidad y con bastante retraso.

—Así andamos con nuestras pagas, que a mí no me llegan en los últimos seis meses.

—Pues tiene suerte, señor, porque a mi me adeudan ocho y tengo a la familia en el campo con mis padres, para que les sea posible sobrevivir. Allí, al menos, disponen de cordero y leche en abundancia para los niños. Por esas razones que le he expuesto, admite el comandante general de la escuadra que no puede hacerse a la mar con la intención de enfrentarse al inglés, hasta quedar listos los buques con una mínima disposición. Algunas unidades no reciben víveres para rellenar el cupo, mientras a otros les falta parte de la fusilería o del cargo de pólvora. Y si tocamos la cabuyería, mejor no entrar en detalle. Al Oriente le falta la jarcia mayor y aunque la exige a gritos, sólo le ofrecen largas y el mañana. Pero al San Ildefonso han de estañarle todas, excepto la de gavia, y podría seguir el rosario de ese aspecto tan primordial con muchas cuentas negras. Pero no acaban ahí los males, porque los navíos Oriente y San Genaro hacen agua, el Glorioso espera un necesario repaso del pasamanos de estribor y el Príncipe de Asturias, la última joya de tres puentes, donde iza su insignia el general Moreno, según palabras de su comandante, don Antonio de Escaño, su primer entrepuente se encuentra hecho un obrador.

—¡Qué barbaridad! Creía que, entrados en la nueva guerra contra el inglés, habían llegado caudales suficientes de la Corte para corregir los males de los

arsenales. Por desgracia, compruebo que van a peor.

—Muy a peor. Pero, eso sí, urgiendo a que salga la escuadra a la mar.

—De acuerdo, segundo, creo que voy entrando en cruces. En fin, poco podemos hacer. Y bendita sea la suerte de que nuestro paño haya sido parido con material antiguo. Entre nosotros y sin que debamos correrlo por cubierta, razón le sobraba a don José de Mazarredo, cuando aseguraba que nuestra Armada es sólo una sombra de fuerza muy inferior a la que aparenta, y que se acabará de desvanecer en la primera campaña.

—Esperemos que no sea en la que nos aguarda por la proa. Por fortuna, la escuadra del almirante Jervis, a la que se intenta combatir, es muy inferior a la nuestra. Pero es triste observar tanto buque espléndido de maderas en esta dársena, y comprobar su real situación tanto para el combate como para la simple navegación.

—Bien, dejemos las malas hacia popa o acabaremos con la cabeza en nubes de pesar. Ahora me gustaría que convocara a los oficiales de guerra y mayores en la cámara baja, para conocerlos y, posteriormente, con los oficiales de mar y mandos de la tropa. También me gustaría echar un vistazo general al buque de proa a popa.

—Pues estoy a su disposición, señor.

Abandonamos mi camarote con rapidez. Los pensamientos que bullían en mi cabeza se cruzaban como lanzas, aunque intenté desechar las noticias recibidas del conjunto de la escuadra y centrarme en mi madeja propia. En mi caso particular, debo reconocer que en el pecho renacía una especial alegría juvenil, como si debiera enfrentarme al reto más importante de mi vida. Y no era tarea menor hacer del mastodonte de los mares un arma de guerra eficaz y marinada en conveniencia.

Aquel mi primer día a bordo del Trinidad fue, en verdad, agotador. Es posible que intentara abarcar demasiada estera en una sola jornada, porque la inspección al buque la rendimos cuando ya el sol acariciaba con sus labios la falda del monte de Galeras. Y si comencé el trabajo con pensamientos cruzados, estos se mantuvieron durante horas, en especial al observar y comentar algunas palabras con marineros, artilleros y grumetes, tomados al vuelo. Sin poder remediarlo, me repetía una y otra vez lo que aquella montaña marítima de tres palos, con tan tremendo poder destructivo, podría llevar a cabo de disponer de una dotación adiestrada en la mar y a la guerra, como debería ser norma de ley en todo buque de la Real Armada.

Como había tomado el almuerzo al quite y entre verbenas, rectifiqué de la mano de Setum en lo que estimé como cena gloriosa y digna de palacio. Ataqué como hambriento desesperado un cuartillo de cordero en sazón que repetí con extremo gusto, al tiempo que lo acompañaba con un vino agenciado por Pecas, que acariciaba la garganta con extremo placer. Setum ya se movía a bordo como zorro en su guarida, manteniendo la sonrisa de felicidad pegada a sus labios. Mientras masticaba la carne a batientes, le escuché repetir varias veces, como si hablara consigo mismo.

—Estoy muy orgulloso de usted, señor. Ya le dije que más pronto que tarde, mandaré el navío más poderoso del mundo. Creo que deberíamos permanecer en él

algún tiempo, a no ser que lo asciendan a jefe de escuadra y le entreguen la faja, lo que también merecería.

Le sonreía como respuesta. Una vez finalizada la colación, acepté media frasca de aguardiente que me ofreció el africano, conocedor de mis debilidades. De esta forma, con el estómago a cubierto y teniendo en cuenta que los siguientes días se presentaban a la vista como de horma y cintura, decidí entrar en sueños con rapidez, deseo concedido en pocos segundos porque el cuerpo y el alma así lo pedían.

15. Faena de lomos

Aunque me mantenía embarcado varios días, llevando a cabo funciones de comandante, tomé el mando del navío Santísima Trinidad de forma oficial, por orden de Su Majestad don Carlos IV y con todos los honores que tal momento reclama, el día ocho de enero de aquel año de 1797. Fue una ceremonia mágica y emocionante que nunca podré olvidar, porque significaba la cima que todo oficial de la Real Armada sueña con escalar, y que al brigadier Francisco de Leñanza le alcanzaba cercano a cumplir los 32 años de edad. Aunque según palabras de Pecas en desbarre, a esa edad otros oficiales habían alcanzado el empleo de teniente general, no podía quejarme. Desde entonces ha pasado el tiempo por largo, demasiado quizás, pero les prometo en palabra de ley, que podría en estos momentos revivir cada uno de los segundos de aquel día, con la felicidad entrada en cada uno de los poros de mi piel. Y juro por todos los santos del cielo, que daría hasta lo que no poseo, por regresar a aquellos momentos.

Ese mismo día embarcó en el Trinidad el capitán de fragata don Ciriaco Cevallos, para ocupar su destino como primer ayudante de la mayoría, en sustitución de Fernández de Navarrete. Y en una primera impresión, tomé cuenta de él como persona de empaque y moral elevada a las nubes, muy bragado en la mar, como era de esperar en vista de su expediente personal, y firme en sus opiniones. Quedamos para charlar más adelante sobre nuestras expediciones por las costas del Mar del Sur, aunque de momento debía hincar el diente a su trabajo, que no era miga de pan mojada. Como podrán comprobar, con el paso del tiempo nos unió una buena amistad, cimentada en los duros momentos que debimos afrontar, cuando las circunstancias lo pusieron en disposición de altura y con responsabilidades de orden superior. Pero, bueno, no debo adelantar acontecimientos o perderé el hilo de la narración.

Los días siguientes se abrieron en carnes de dolor para la dotación en pleno, tanto turcos como berberiscos, una frase copiada de don Federico Gravina. Y tenía razón sobrada el segundo comandante al anunciarme que brotaba sangre sobre herida sin cicatrizar, porque los profesionales parecían habituados al pito del contra maestre y la voz del cabo cañón en puerto, aunque redobláramos el esfuerzo con espuestas sobre los lomos, incluidos los infantes en sus prácticas de tiro con fusilería en equilibrio y cartucho real.

La norma general en los buques de la Real Armada por aquellos años, era la de ordenar el toque de generala por medio de la corneta a las siete y media de la mañana y tres y media de la tarde, salvo variaciones de imperiosa necesidad, para llevar a cabo una hora de ejercicios de mar y guerra a continuación, aunque tal norma obligatoria se relajara en muchos casos, especialmente en tiempo de paz. Pero en vista del escaso adiestramiento y la presencia de tanto personal secanero a bordo,

ampliamos la ración en doble medida, con amenaza de extensión sin límite para las brigadas putañeras. Como era de esperar y en base al ritmo impuesto, brotaron las primeras chispas del pedernal, razones que me llegaban de lejos porque la catedral era de cubiertas alargadas y en profundidad, y ni siquiera el uso de las vocineras, ni la corrida de guardiamarinas al pelo por escotillas cobraba efecto. De esta forma, fue necesario entrar por veredas estrechas, racionar carnes, meter a muchos en grillos a pan y agua, e incluso dar cañón a una docena de presidiarios con piel rajada, que ya mostraban en sus espaldas las huellas del rebenque.

Uno de los mayores esfuerzos lo empleamos en conseguir el silencio en las maniobras y acciones de guerra, o intentarlo al menos, esa lucha diaria en los buques de la Real Armada, tanto en la mar como en tierra. Aplicamos la vieja y conocida medida del uso de la bala en la boca para los ejercicios de maniobra y zafarrancho, castigando con estricta severidad a todo aquel que la dejara caer sobre cubierta. Pero era consciente de que llegados al momento del combate, con el peligro a pocas yardas, el miedo en temblor interno, las mutilaciones, la sangre corrida sobre la arena y lamentos en alza de los heridos, era misión de difícil o imposible alcance. Y si en un buque pequeño o mediano era importante aquella medida, pueden imaginar el especial caso del Trinidad, con más de mil gargantas estibadas de proa a popa.

Aunque era consciente de que no sobraba un solo hombre a bordo sino que, más bien, recibiría con gusto un par de brigadas al punto, cargábamos una veintena de verdaderos asesinos cuyo posible desembarco circulaba por mi cerebro. Y eran éstos, precisamente, los que más bullanga negativa organizaban entre cañones, arremetiendo contra el personal que tan sólo intentaba cumplir con su deber. Dimos cañón y vergüenza en serie y a portas abiertas, aunque no parecían entrar en razón ni por coros de ángeles negros. Sin embargo, el toque de atención definitiva llegó al finalizar la primera semana, cuando un paje apareció sin vida en la cubierta de entrepuentes, con la barriga abierta por arma blanca y evidentes señales de fuerza y pecado nefando en su cuerpo. Como la sangre de presidio es blanda en su lealtad por nacimiento y naturaleza, fue fácil encontrar a los culpables, una pareja de presidiarios atracados a bordo por leva forzosa desde la chancillería de Albacete.

Era el momento de dar ejemplo definitivo, porque el riachuelo podía convertirse en cascada y era de todo punto forzoso que los peces observaran el anzuelo de muerte a escasa distancia, y el respeto a boca de garfio. De esta forma, no decidí su desembarco para el presidio, sino entrar por corto y a la vista de todos. Por encontrarnos en puerto, no era posible pasarlos por la quilla como incendiarios, castigo que mueve la sangre de los más arriscados a la blanda, por lo que con el permiso de la insignia a bordo, decidí colgarlos del palo mayor, castigo reservado para los amotinados, pero ajustada y necesaria al caso particular. Fue ceremonia silenciosa y capaz de batir corazones al tiento, en la que tan sólo se escucharon las órdenes leídas por mi persona y el retumbo del tambor, forrado a funeral, así como los gritos de los condenados en petición de clemencia, porque los valientes de boca

acaban por sollozar como potrillos cuando ven cercano el paso definitivo. Pero acabaron el último baile de piernas con la soga al cuello, mientras toda la dotación, sin excepción posible, dirigía la mirada hacia sus antiguos compañeros y tomaban nota de mi firme resolución.

Comenzó a mejorar la situación por claros, para alborozo interior de mi ánimo. Las guardias se rendían a ritmo, conseguíamos asegurar las escotillas a son de mar sin malcorte y con la necesaria vigilancia, las guardias de portalones, pasamanos y castillo cumplían al ciento, los rancheros servían las raciones en orden y sin mano de avispados, y los ejercicios se cumplían con un silencio aceptable, aunque todavía restaran millas a proa por cubrir. Pero como también fui hombre de dar la mano larga y en guante cuando así lo requerían las circunstancias, rebajé algunas restricciones, especialmente la de no limitar en exceso la toma de tabaco al humo o al chupete, un vicio que crecía de forma notable entre nuestras dotaciones, permitido solamente desde la salida hasta la puesta del sol y en las inmediaciones del trinquete, en cuyas cercanías se estibaba un barrilete con agua. También concedí alguna visita de parientas más o menos lejanas, porque ante la posible salida de la escuadra no se admitían francos a tierra, más que a los oficiales en todas sus escalas y con severa ración. Pero no crean que llegó la medida de las hembras familiares a tomar alarma de formas, que no se trataba, como era norma habitual en la marina britana, de su famosa legión de Queen's Caroline Daughters^[77], adoctrinados mis oficiales en justa y medida conjura. No obstante, el capellán intentó atacarme por recados de venia y censura abierta, acción que no le acepté un solo segundo.

Como estoy en momentos de sinceridad abierta, debo reconocer, sin embargo, que jamás conseguí una mínima atención de nuestras autoridades respecto a la uniformidad en las escalas más inferiores. Y no crean que mi intención se ciñera a una elegante disposición en marineros y grumetes, pero sí que no sufrieran los rigores de aquellos días fríos y húmedos, con harapos sobre el cuerpo aviados al quite. Y no sólo pensaba en los hombres como seres humanos y evitar el posible sufrimiento, porque las bajas se producían con demasiada regularidad, algunas de buenos marineros que no podíamos soportar. De esta forma, logré embarcar con el concurso del contador, algunos fardos con restos de manterío de los almacenes de remate y excluidos en el arsenal, para que cada uno apañara su saco en conveniencia y al gusto, sin medidas en contra. Se pudo observar un aumento en el cargo de las batayolas lo que, después de todo, tampoco venía mal para cubrir los posibles astillazos en combate.

A pesar de las medidas expuestas, fueron más de diez los miembros de la dotación que debieron desembarcar camino del hospital, con golpes de tos cerrada al pecho y signos de mal endémico. Por esa razón y teniendo en cuenta que en las cubiertas inferiores del Trinidad se hacinaban cientos de hombres, entré con mano dura respecto a las medidas sanitarias de acuerdo con el primer cirujano, don Juan de Aíba, doblando las mangueras de ventilación y aplicando dos días a la semana los

baldeos de las cubiertas con auxilio de vinagre y sal en las pocetas, así como los preceptivos sahumeros. Y como el vino alegra voluntades, largamos líquido rojo en buena medida diaria cuando se cumplía el trabajo a la raya, al tiempo que cargábamos la mano en el tocino y las salazones con la menestra, según el día de la semana pero sin rigor salvo los debidos a la religión, aunque escaseara en exceso el bacalao obligado de los viernes.

Esta última condición de la manduca en vigilia sacrosanta provocó una ligera protesta del capellán, don Pedro de Aúnes, ante mi persona, y como ya la marea rebosaba el cantil marcado, decidí mantener con él una parla de vía estrecha en mi cámara, para aclararle su papel a bordo con suma claridad y decisión. Le expliqué con voz elevada que debían ser las almas de los hombres su máxima preocupación, y no las órdenes del comandante que le obligaban como a cualquier grumete. Creo que pareció entenderlo, porque no volvió a cruzar palabras de través conmigo.

Entablados en el trabajo a batientes, con el personal profesional entregado a favor y las reliquias en bruces, entramos en los últimos días de la segunda quincena del mes de enero. Por desgracia para mis hombres, se mantenía el frío bien metido en los huesos, propiciado por un viento maestral^[78] frescachón que el contramaestre primero, natural de un pequeño caserío en el golfo de Vera, denominaba como suzaña. Y debió ser sobre el día dieciséis, cuando el comandante general de la escuadra llamo a Consejo, comandantes de los navíos incluidos, en su cámara regia. Setum preparó el uniforme grande a conciencia, con lo que me alisté en luces para asistir a mi entrada en la sociedad de la escuadra.

Entre la marabunta que se formó de vueltas y entorchados en plata y oro, conforme recibía en el portalón, descubrí la presencia de mi buen amigo Pecas, con quien no había tenido tiempo de cruzar una sola palabra desde nuestro embarco, demostración palpable del trabajo que se nos abría en nuestros respectivos buques. Quedamos para hablar al término del consejo, mientras buscábamos un hueco para acomodarnos en la cámara de la cubierta del alcázar, reservada para don José de Córdoba junto a su camarote. Pero mientras el comandante general tomaba asiento en el trono como un dios particular, que así lo era por derecho y ley, dejó que su mayor general entrara de lleno en temas de importancia.

—Bienvenidos, señores generales y comandantes, a esta nueva reunión que, de acuerdo a los deseos del comandante general, debe ser la última antes de que la escuadra bajo su mando abandone esta plaza. Y en este sentido nos urge la Secretaría de Marina sin posible reparo, por órdenes superiores, para pasar a Cádiz a la mayor brevedad, sin tener en cuenta —miró en derredor antes de continuar, al tiempo que remarcaba sus palabras con especial entonación—, sin tener en cuenta las mermas de personal, efectos, armamento y pertrechos que sufrimos. No es previsible encontrar hostilidad enemiga de fuerza suficiente durante la navegación que, además, se prevé de corta duración.

Don Juan José García intentaba dar autoridad a sus palabras, aunque ya algunos

comandantes se removían inquietos en sus asientos por las razones que todos pueden comprender e imaginar. No obstante, el brigadier continuó sin inmutarse.

—Como saben, la escuadra britana bajo el mando del almirante Jervis, obligada a abandonar estas aguas mediterráneas por gracia y amenaza de nuestras fuerzas coligadas, tomó el fondeadero de Lisboa con sus doce navíos, donde se encuentra estacionada y utiliza el cotidiano abastecimiento que le ofrece la maldita neutralidad portuguesa, para alistarse al ciento de víveres y armamento. Ese debe ser nuestro objetivo, si no varía el escenario, de acuerdo a las metas establecidas en esta guerra.

Mientras me preguntaba para mis adentros con cierto interés, como harían otros comandantes con seguridad, en qué desconocidas metas pensaba el mayor general, proseguía su parla con fluidez el orador de fortuna.

—Además, debemos escoltar hasta el arsenal gaditano un generoso convoy con pertrechos importantes y muy necesarios, algunos de ellos para unidades de esta misma escuadra. Por su parte, el navío Santo Domingo cargará azogue hasta la galleta, material que se necesita con urgencia para ser reexpedido a las Indias desde el puerto gaditano. De acuerdo a las directrices expuestas por el comandante general, el jefe de escuadra don Domingo de Nava, que iza su insignia en el navío Bahama, tomará a su cargo y responsabilidad las trece cañoneras y bombarderas que se encuentran en este puerto, así como otras catorce que se incorporarán en el trayecto desde el saco malagueño, siendo su misión dejarlas en la bahía de Algeciras bien aseguradas en modo y forma, para que molesten la presencia del inglés en Gibraltar y guarden la bahía en conjunción con las baterías de tierra. Tanto el navío Bahama como el Neptuno quedarán destacados durante el tiempo que don Domingo de Nava estime oportuno para su inmediata protección, hasta ser relevados por unidades de Cádiz que deben hacerse a la mar en los próximos días, momento en el que se dirigirán para unirse a esta escuadra en aguas gaditanas. Y al navío Terrible —miró en dirección de su comandante—, se le encomienda la especial misión de embarcar a los prisioneros britanos, tanto los de la fragata Minerve como otros agrupados de diferentes posiciones, para su traslado a la plaza de Gibraltar, donde entrará con bandera de parlamento y canje de prisioneros, debiendo recoger a los españoles y franceses que allí se encuentran, especialmente a don Jacobo Stuart. También se reintegrará al grueso de la escuadra, una vez cumplimentada su misión.

Don Juan José García volvió a mirar en dirección del capitán de navío Martín Rosamares, quien asintió con la cabeza, como si conociera con detalle la misión asignada a su buque.

—También daremos escolta a cuatro urcas bien cargadas, tarea de embarque que llevan a cabo en estos momentos, así como algún mercante con pertrechos aliviados en esta plaza, islas Baleares y Reino de Valencia. A la altura del saco malagueño, además de las lanchas de fuerza mencionadas, se nos unirá un convoy cercano a los cuarenta mercantes, al que deberemos dar protección hasta su llegada a la bahía gaditana. En conjunto, la escuadra, compuesta por 27 navíos, diez fragatas, un

bergantín y una balandra, tomará Cádiz para acabar de alistar las unidades que así lo requieran y pasar a operar de acuerdo a las instrucciones que allí nos esperan. Y como observo gestos de cierto descontento y desasosiego, les adelanto que el general comprende la situación que sufren alguno de nuestros buques, pero deberán esperar al arsenal gaditano para rematar sus peticiones de todo tipo, que don José de Córdoba asume como propias. Como les decía al inicio, no es navegación de envergadura la que han de soportar en las condiciones actuales, y las órdenes recibidas no admiten mayor dilación.

Otro vistazo general a los presentes, muchos de ellos con claros deseos de tomar la palabra. Pero hizo caso omiso a los signos evidentes y continuó con decisión.

—En estos momentos nos encontramos a la espera de que arriben las fragatas enviadas a Barcelona y Valencia, que deben tomar pertrechos de guerra directamente relacionados e imprescindibles para esta campaña. Se les ha ordenado la mayor velocidad posible, aunque no puedan estibar los bastimentos en severa conveniencia y se vean con escotillas desbordadas. Y cuando asomen sus velas entre puntas, se dará la orden de alistar y prepararse para salir a la mar en cuarenta y ocho horas como máximo. Ahora el general espera sus opiniones, pero deben tener en cuenta que es consciente de la situación deficiente de muchas unidades en estos momentos, tanto en casco como aparejo, víveres, personal y pertrechos. Pero les repito que antes de la definitiva salida contra el inglés, remataremos el alistamiento en Cádiz.

Lanzó un ligero vistazo a los documentos situados junto a él sobre la mesa, antes de continuar.

—Ha sido decisión del comandante general que continúen en vigor tanto los cuadernos de señales, como las instrucciones para las formaciones de marcha y combate, así como los gallardetes de distinción en cada uno de los cuerpos y divisiones que ya regían con don Juan de Lángara. Desea el general la máxima atención a las señales de la capitana y el rápido cumplimiento de las mismas, aunque no deban esperarse grandes variaciones en esta rutinaria navegación. Como está dispuesto, a la orden de marcha se formarán los tres cuerpos con el del general en el centro, el del conde Morales a proa y el del general Moreno a popa. Las divisiones respectivas en dos columnas, paralelas a la línea de bolina a que tiene la mura, aunque ya deben tener conocimiento exacto por los documentos recibidos. Y es deseo expreso del general, la máxima atención y vigilancia a los puestos ocupados y distancias requeridas entre cuerpos, columnas y unidades, sin que algunos navíos queden en atraso o sotaventeados en exceso, lo que ralentizaría la marcha general de la escuadra. También, si nada se ordena en contra, permanece la disposición de las fragatas para la descubierta y caza en los diferentes cuadrantes, quedando tres de ellas en cada uno como pueden comprobar en sus instrucciones, mientras dos más se mantendrán a medio tiro de cañón del cuerpo central y a barlovento. Por último, el bergantín queda como batidor cercano del buque insignia. Y ahora, señores, si el comandante general lo tiene a bien, pueden exponer sus personales observaciones.

Se hizo el silencio a tumba cerrada mientras el mayor general, una vez recibido el gesto de asentimiento por la cabeza de don José de Córdoba, tomaba asiento a su lado tras la imponente mesa. Se abría de esta forma el recibo de observaciones, aunque parecía que nadie deseaba ser el primero en lanzar la sonda a proa. Y como era de esperar, fue el comandante del Oriente, uno de los más afectados en negativo, quien se movió nervioso mientras solicitaba la venia para tomar la palabra.

—Comprendo sus argumentos, señor, que no ofrecen duda alguna en el concepto general de las operaciones a enfrentar. Pero hablando en particular, el navío bajo mi mando necesitaría de medidas urgentes y varias semanas de trabajo para remediar los males y navegar con cierta fiabilidad hasta la bahía de Cádiz. Soy consciente de que la distancia establecida en la derrota es corta, materia conocida por todos, pero también sabemos que en estos meses del año puede la mar jugar a la contra y en inesperada medida. Y para encontrarse en la mar son necesarias unas mínimas seguridades, si no queremos exponer a los hombres y al material a peligros innecesarios.

Antes de que se contestara al capitán de navío Suárez, otros entonaban cantos parecidos, sin que por ello se inmutara el rostro de don José de Córdoba, que parecía asistir a una comedia vivida en repetidas ocasiones. Por fin, cuando los grillos saltaban de voz en rama, elevó una de sus manos para tomar la palabra. Intentó entonar con fuerza y decisión, aunque en mi interior comencé a comprender que no destilaba esa autoridad que todo general debe transmitir a sus subordinados, que siempre consideré como un detalle de la mayor importancia.

—Estimo sus quejas como muy razonables y adecuadas, señores, y las conozco muy a fondo porque suelo leer con minuciosidad sus informes cada día. Pero ya les ha explicado mi mayor general el estado de la situación, de irremediable urgencia y que no admite alternativa posible. No debo ni puedo retrasar un día más la partida hacia Cádiz, porque así se me ha ordenado con claridad desde nuestro mando superior. En cuanto arriben las fragatas, saldremos a la mar sin pérdida de tiempo. Les ruego que tan sólo emitan opinión en contra aquellos comandantes que estimen como imposible —recalcó esta última palabra—, obedecer las órdenes previstas. Les repito que sé bien el estado de sus buques, porque no soy ciego ni sordo. En Cádiz intentaremos amoldar la planta al tiesto, salvo en el caso de las tripulaciones, cuestión que se estima misión harto difícil o imposible. Con sinceridad, sólo puedo exponerles la posibilidad que me ha ofrecido nuestro Secretario, en contacto con el capitán general del departamento marítimo gaditano, en el sentido de urgir el embarco de artilleros del Ejército en apoyo, aunque ya conozco y comprendo su opinión en contra. Pero debemos cocer la menestra con los garbanzos a disposición y escasas especias, algunas de ellas arracimadas por el tiempo. Además, tampoco se prevé a corto plazo un combate de escuadra en paridad, sino un posible encuentro con una fuerza muy inferior. Aunque conozco la agresividad y audacia del almirante Jervis, estoy seguro de que intentará rehuir el enfrentamiento en esta ocasión, que no aparece

propicio para sus fuerzas.

Las palabras del general, que acabaron en tono lastimero, dieron cierre al copo, porque nada más se podía añadir. Tan sólo el comandante del Oriente, que insistía como martinete de fábrica, consiguió un posible y urgente apoyo del arsenal, así como las fragatas Ceres y Nuestra Señora de Atocha, también con severos problemas en su casco y arboladura.

Una vez liberados de la penosa reunión, donde todo quedaba en el aire y sin rematar respecto a los graves problemas de muchas unidades, me reuní con Pecas en mi camarote, donde ya Setum nos agenciaba unas frascas de rigor, así como ricas tajadas de magro que él mismo adobaba con manos expertas. Y el pequeño no tardó en repetir las alabanzas y comentarios hacia mi buena estrella.

—¡Ya sabía yo que te caería la verbena dorada en las manos y como regalo inesperado! Nada menos que comandante de este monstruo, con 130 cañones de porte. Lo malo del caso es que no te creo capaz de marinarlo, si es verdad lo que tanto se comenta de esta vaca sagrada y sus especiales condiciones marineras — Pecas entraba en chanza con su tono habitual de falsete—. Según he escuchado, el Trinidad navega por donde él quiere y a su libre albedrío, tarda una semana en virar por avante y no es capaz de bolinear una cuarta.

—Deja de largar palabras de bosta otomana, culebrón de orejas largas —le golpeé el brazo con afecto—. Este buque navegará por donde yo le indique y ceñirá al palmo si es preciso, no lo dudes. Además y para gozo propio, no embarco generales de dudoso comportamiento guerrero y engolado hasta el paladar.

—En ese punto debo darte la razón —Pecas, que debía llevar bastante tiempo sin conversar con suficiente confianza, no cesaba en su parla, al tiempo que trasegaba vino por gorguera sin descanso—. Ahora que lo voy conociendo con cierto detalle, puedo asegurarte que nada me gusta el conde Morales de los Ríos, tanto en el plano militar como el civil y personal, incluso en el trato diario. Parece mantenerse de forma permanente en otra vida etérea y astronómica, ajeno a los problemas terrenales, pero no como general subalterno de escuadra, dispuesta a entrar en combate si así se la requiere. Cuando le expongo problemas importantes de a bordo, el buque donde enarbola su insignia, acabo por creer que se los cuento a una rabizona de puerto, porque ni siquiera toma interés en escuchar mis palabras. Pero ahora que podemos hablar en sinceros y a cubierto de orejas malsanas, tampoco fío mucho en don José de Córdoba, quien parece blando de sangre, con escaso crédito entre sus hombres y pendiente únicamente de las órdenes que le llegan de la Secretaría. Es una vergüenza cómo se encuentran algunos buques, y te hablo con conocimiento de causa. ¡Cómo para entrar en combate con el inglés!

—No digas algunos buques, que te quedas corto. Este mismo bajo mi mando, que es la insignia del comandante general de la escuadra del Océano, a pesar de los 130 cañones sufriría contra un par de 74 britanos^[79], especialmente si se exigen maniobras de torno. Sin pagas ni marineros profesionales, faltos de pertrechos y sin

adecuada carena en muchas unidades, es difícil hacer la guerra. ¿Para qué se declaran las hostilidades a naciones marítimas poderosas, si la propia no dispone de los fondos mínimos necesarios, o no es capaz de distribuirlos en forma adecuada? Al igual que, cuando nos vimos comprometidos en los frentes pirenaicos, don Manuel Godoy dijo aquella maldita frase de ¡ni un navío más para la Armada, fusiles y cañones para el Ejército!, ahora debería exclamar otra en dirección contraria. La guerra contra los britanos se empeña en la mar y sólo en la mar, por mucho que se hable de desembarcos de tropas coaligadas a llevar a cabo cada mes, que nunca se cumplirán si no se baten las escuadras que protegen sus costas. Y desde hace cuatro años no se ordena la construcción de un navío o una fragata. ¿Cómo compensaremos las pérdidas, que siempre las hay, sea en paz o guerra?

—Vamos camino abajo por una cuesta de gran pendiente y sin freno posible. Algunos años más con esta política, y nuestra Armada dejará de significar un pequeño soplo de amenaza en Europa.

—Por supuesto. Cada año que pase, disminuirán las unidades en servicio, especialmente los navíos y fragatas.

—Pero no sólo es el hecho de que no se construyan unidades, aunque se trate de un factor de la mayor importancia. ¿Has paseado por el arsenal en estos días? Es sólo una sombra triste y desgraciada de lo que era cuando ingresamos en la Escuela Naval. ¿Dónde se encuentra aquella Marina que heredó nuestro Señor don Carlos de su padre? ¿Hasta dónde se va a consentir la dirección general de la nación por ese semental de corte? A Su Majestad lo mantienen en las nubes, ignorante de la verdad, al punto de creer que don José de Mazarredo, el único general capaz de sacarnos de este marasmo, se encuentra trastornado de mente. ¿Por qué no le exponen nuestros generales, que no son pocos los que tienen acceso a su Real persona, con la necesaria lealtad y sinceridad a la que estamos obligados, que su querido Príncipe de la Paz lo desterró porque no le gustaba escuchar la verdad sobre nuestra Armada? La vergüenza cubre escalones, hasta alcanzar las cámaras de palacio. Y por desgracia, no se ve salida a corto plazo.

—Nunca habría creído posible escuchar esas palabras de tu boca, Pecas, y que estuviera de acuerdo al ciento con ellas —entonaba a la baja y con cierta amargura—. Todo arranca de aquella maldita guerra contra la Convención, que nos colocó, como tantas veces, en el brazo equivocado de la balanza. Ahora, ya sin tapujos, colaboramos en las empresas del francés, sin conocerlas siquiera, olvidando un mínimo interés hispano. En fin, nuestra única solución es dar con la escuadra de Jervis y apresarle algún navío.

—No le apresaremos ningún navío al inglés, Gigante, sencillamente porque no se rinden y, como último recurso, varan o incendian sus barcos para que no caigan en poder del enemigo. Y si se entregan, saben que serán pasados por las armas, una medida que falta por largo en nuestra Armada.

—Bueno, así rezan también nuestras ordenanzas aunque, según parece, sólo para

ser leídas. Si no recuerdo mal, al hablar de los comandantes en la mar, dicen: Todo comandante de un bajel de guerra deberá defenderlo de cualquiera superioridad de que fuere atacado, con el mayor valor; y siendo ésta una de las ocasiones más seguras de graduarlo, nunca se rendirá a fuerzas superiores sin cubrirse de gloria en su gallarda resistencia; por la que si fuere tal que los enemigos no puedan aprovechar el casco, se hará digno de una distinguida recompensa, como todos aquellos súbditos que secundaren su bizarría; lo mismo sucederá en el buque cuyo Comandante, siguiendo los impulsos de su intrepidez, se resolviese a atacar, o no excusar fuerzas decisivamente superiores, y les venciere; y cuando combatiendo con ellas varase sobre la costa, o por evitarlas, estará también obligado a defender su bajel con el mayor valor y a quemarlo, si no puede evitar de otro modo que el enemigo lo aprese.

—Siempre admiré tu capacidad para recitar párrafos extensos. Envidio tu prodigiosa memoria.

—Nada de memoria, enano. La verdad es que dediqué mucho más tiempo que tú al estudio de las Reales Ordenanzas, materia que poco te agradaba.

—Es posible. Pero una cosa es lo que en las ordenanzas se previene, y otra muy distinta la realidad. No me imagino al general conde de Morales en esa tesitura —esbozó una triste sonrisa—. Muy distinta sería su reacción. Así lo ha probado de forma repetida a lo largo de su carrera, hasta alcanzar la más alta graduación de la Armada, como especial premio a su falta de arrojo e intrepidez guerrera.

—Bueno, ya está bien de lamentos. Bebamos de este vino magnífico que debemos a tu generosidad y buena mano en adquirir mercancías. Olvidemos las penurias, que España pasó por momentos malos y buenos, pero siempre acaba por resurgir de las cenizas, aunque éstas alcancen la pirámide más alta.

—Ya me gustaría estar tan seguro como tú. Pero pasando a la vida real, espero que en Cádiz me embarquen artilleros del Ejército o lo que sea, porque en estos días no sería capaz de abrir fuego a las dos bandas.

—Por mi parte, entregaría una mano por veinte buenos marineros. Bueno, la mano izquierda que es de madera.

—Nada de eso, señor —entró Setum en chanza, manteniendo como siempre la oreja bien pegada a nuestras conversaciones—. Bastante trabajo me costó tallarla con maderas nobles de Veracruz. No puede perder tan generoso recuerdo de las altas latitudes americanas.

Reímos todos, mientras continuábamos dando cuenta de otra frasca de vino, único sistema de elevar el espíritu. Por fin, despedí a Pecas en el portalón. Nos dimos un fuerte abrazo, porque ya no sabíamos cuando volveríamos a poder charlar de nuevo, posiblemente en Cádiz si todo caminaba por su curso. Cuando regresaba hacia mi cámara, escuché las palabras de Setum.

—¡Cómo pasa el tiempo, señor! Los recuerdo de guardiamarinas, unos niños, y parece que fue el día de ayer. Ahora, sin embargo, mandan dos de los buques más poderosos del mundo. Lástima que no sean capaces de fabricar hombres de mar en

esta tierra con suficiente cantidad.

—No es culpa de los hombres, Setum. España fue un buen criadero de hombres de mar, y así lo demostramos a lo largo de los siglos. Pero si se va disminuyendo la marina comercial y privada, los buques de cabotaje, los pesqueros y las escuelas de navegantes no dan la talla, es difícil encontrar raíz suficiente para que crezcan los árboles. Y no es labor de un día, sino de muchos, muchísimos años que, sin embargo, puede mandarse al taño en poco tiempo con políticas desdeñosas o equivocadas respecto a lo que significa y representa el poder naval, como es el caso. Todo se encuentra unido en círculo infernal, como zorro que muerde su cola. Y lo peor del caso es que si no se remedia el mal, si quedamos con Armada disminuida y flota mercante a los pies de los caballos, otras naciones ocuparán nuestro puesto y perderemos el imperio ultramarino que tanta sangre y esfuerzo costó conquistar y mantener. Pero para corregir los fallos, es necesario reconocerlos, así como tener el valor y el honor de atacar la broma que roe los cascos con mano dura. Por desgracia, hoy por hoy no veo a nadie capaz de tomar ese testigo.

De esta forma, aunque por una parte mi espíritu vibraba en redondos de gloria por el mando que ostentaba, una mera razón particular, la conversación mantenida con Pecas me había recordado la realidad en la que nos movíamos. Posiblemente por esa causa, aquella noche tardé mucho tiempo en conciliar el sueño, con visiones tenebrosas en la mente y el navío Santísima Trinidad batiéndose contra ellas a las dos bandas. Intenté pensar en cuadros luminosos, con mi fantástico navío navegando a un largo y todo el aparejo a los vientos, pero ni siquiera de esa forma conseguí relajar las escotas.

16. La escuadra se hace a la mar

Debieron transcurrir dos semanas más, en las que mantuvimos el mismo sistema de funcionamiento a bordo, con el corbacho aparejado al cinto y rostro fruncido, en espera del arribo de las fragatas, que se retrasaban más de lo previsto. Por esa razón, tanto el comandante general de la escuadra como su mayor general, urgidos por órdenes superiores que no siempre se adaptan a la realidad de las armas y los hombres, parecían moverse nerviosos y preocupados en todo momento. Trepaban por la escala del alcázar hacia la toldilla de forma demasiado frecuente y con anteojo en mano, como si de esta forma pudieran acelerar el vuelo de las gacelas.

Sin embargo y en cuanto al buque bajo mi mando, era buena la tardanza impuesta, porque progresamos en el adiestramiento a bordo sin pausa, aunque se diera la blanca en positivo a palmada de tortugón. De forma especial se advirtió la mejoría en el apartado de la maniobra, por mucho que debiéramos adjudicar puestos de jarcia y marchapiés^[80] a quienes no estaban previstos para tal faena en los reglamentos. Pero tras ese alargado tira y afloja tan habitual, periódicas reuniones con los oficiales bajo mi mando y un análisis de los problemas en detalle, decidimos que era de todo punto necesario conseguir un mínimo de seguridad en el manejo del buque, aunque se resintiera en principio su poder combativo. Como tantas veces he opinado en la mar y no creo errar el concepto, la acción combativa de un buque sería de escaso o nulo valor, si no fuese capaz de maniobrar para ocupar la posición deseada respecto al enemigo.

Por fin, en la tarde del penúltimo día de enero, un mes que recuerdo con fríos extremos para aquellas benignas latitudes del mediterráneo meridional, recibí la noticia de que las fragatas comenzaban a fondear en la dársena. Y en efecto, poco después lo comprobaba con mis propios ojos, unas gacelas cargadas hasta la regala, con cajas y fardos estibados en las cubiertas sin la necesaria compostura, cualidad que ofendía el ojo de cualquier hombre de mar. Y aunque los comandantes solicitaron con rapidez el pertinente barqueo, dada la inseguridad que la estiba producía a bordo, fue denegada la solicitud por el general con energía, limitándose a transmitir la orden prevista: Alistarse para salir a la mar en 48 horas. Y aunque sea duro de escuchar, se trataba de una orden poco apetecida por algunos comandantes, dada la especial situación de penuria y mermas en sus respectivas unidades.

En cuanto al Santísima Trinidad, seguimos la orden a rajatabla y sin problemas añadidos, preparando lona y hombres para encontrarnos listos de ferros a pique en las primeras horas del día uno de febrero. Y aunque debimos desembarcar tres grumetes más hacia el edificio sanitario, por los problemas de frío cerrado al pecho tan habituales, cuando clareaba el alba del día señalado, paseaba por el alcázar con los nervios atenazados a la sombra, que debo continuar con la sinceridad en la puerta. Es fácil comprender que el manejo del navío más grande y poderoso del mundo, podía

entrañar problemas y complicaciones que solemos desechar en otros de menor porte. Y la primera milla navegada en un nuevo buque, cuesta de andar como si remolcara un ancla garreando^[81] al compás.

Pero aquella mañana primera de febrero, el dios Eolo decidió quedar en su castillo sin asomar uno solo de sus largos dedos. Comenzaba a salir el sol por encima del castillo de Moros y el mayor calmazo que se podía esperar reinaba todavía en puerto y millas cercanas, sin atisbo de mudar una mota. Pensé con cierta esperanza, que un levante-jaloque bagajillo^[82] podía quedar amparado tras las cumbres que protegen el puerto, pero tampoco con el anteojo se observaba movimiento alguno en el plato de las aguas hacia el exterior. El comandante general decidió esperar a que se levantara un soplo mínimo, porque sería demasiada la faena del posible remolque a toda una escuadra, sin haber previsto largar ferros por largo para intentar la salida a la espía^[83] de algunas unidades. Y para que tal condición sumara a favor, debía cabrillear^[84] la mar un mínimo en las afueras, o quedarían las unidades en conjunto como pez en almadraba.

Se hicieron eternas y al minuto la mañana y la tarde, con los buques aprestados al ciento y los machos a son de mar, los posibles remolques al punto y algunas anclas largadas a distancia en previsión. Pero no parecían cooperar las condiciones meteorológicas un mínimo a los deseos del comandante general, que paseaba con los nervios en las orejas por las diferentes cubiertas del alcázar y la toldilla, batiendo tacones a marcha de granaderos. Por fin, cuando ya comenzaban a declinar las luces, se ordenó cerrar espuestas y esperar a la mañana siguiente para iniciar la derrota hacia el sur.

El día segundo de febrero se abrió en las mismas cuerdas, como repetición gemela de la jornada precedente, con lo que el general Córdoba cambió el color de su cara a un rojo bermellón elevado. Me recordaba su actitud la de algunos jefes del Ejército embarcados, incapaces de comprender que las órdenes de cualquier alta jerarquía pueden llegar a bordo de un buque sin que éste las cumpla al punto, desconociendo por su ignorancia que si la mar y el viento no cooperan, aunque las directrices sean del mismísimo Monarca en persona, quedan en tela mojada sin remisión. No obstante, cuando ya el sol se elevaba por encima de los castillos, comprobamos a la vista que un suave jaloque adornaba la mar por fuera, aunque en la dársena quedara muerto a puñaladas. Y no lo dudó un segundo el general, ordenando la salida a la espía o remolque, así como instrucciones para la definitiva agrupación de la fuerza a distancia conveniente.

Las urcas y mercantes fueron los primeros en abrir la brecha, seguidos por buques menores en lenta procesión. Y ya entrábamos en la tarde, cuando dos lanchones del arsenal con remo de fuerza nos dieron el necesario remolque para salir del fondeadero. Y aunque pueda parecer extraño, me sentí cómodo y tranquilo mientras encaraba el primer día de mar a bordo del mastodonte. Una vez bien fuera de puntas y con un jaloque de medio suspiro, largamos todo el aparejo a los cielos, sin que los

brazos de los contramaestres debieran suplir a sus pitos en demasía, una bendición que debí reconocer como magnífica e inesperada. De esta forma, cerramos el azul de un techo esplendoroso, comprobando que sembrábamos la popa con las primeras burbujas.

Para tristeza y duelo general de la Institución, fue el momento en el que un pequeño bergantín se acoderó al Santísima Trinidad, con información urgente para el comandante general. En ella se transmitía la noticia de que don Antonio Barceló y Pont de la Terra, teniente general de la Real Armada, había entregado su alma a los cielos tras alargado duelo, recogido al amparo de Nuestra Señora del Carmen, a la que tan intensa devoción profesaba. La terrible pérdida se había consumado en la ciudad de Palma de Mallorca el día 30 del pasado mes de enero, a las cuatro de la tarde.

Aunque no pareció hacer mella especial en el Estado Mayor la desdichada noticia, sí que lo sentí a fondo en mi corazón, porque no sólo se arrebató a la Real Armada uno de los más aguerridos generales que la habían servido a lo largo del siglo, sino que yo en persona perdía quien había ejercido como padre naval, y a quien tanto debía en el aspecto profesional y familiar. Fueron minutos tristes en los que mi mente recorrió muchos de los momentos especiales vividos a su lado; la visita a la Escuela Naval de Cartagena, donde Pecas y yo nos ofrecimos como voluntarios; las operaciones con las cañoneras en la bahía de Algeciras, la triste jornada de las flotantes, los ataques a la ciudad de Argel y todas aquellas otras ocasiones en las que nos recogió bajo su mando con especial cariño. Bien que eché de menos a lo largo de mi carrera, haber servido a las órdenes de generales con su arrojo personal. Como decía mi antiguo comandante del jabeque Murciano, el actual jefe de escuadra Girón, opinión con la que concordaba de pleno, muchos Barcelós nos faltaron en trances de la mayor importancia en el siglo que expiraba, con tantos encuentros de guerra en la mar que llegaron a decidir momentos trascendentales de nuestra historia.

Mientras mi alma se movía a la baja con sentimientos rendidos, el comandante general ordenaba por señales de banderas disponer la formación de marcha, tal y como había expuesto en la última reunión de generales y comandantes. Los mercantes navegarían atracados a la costa, las urcas y fragatas de carga a medio tiro de cañón hacia fuera, mientras el grueso de la escuadra se dividía en tres cuerpos, formando cada uno de ellos en dos divisiones por columnas y con el correspondiente al general en el centro, el conde Morales a proa, por ser el más velero, y el general Moreno a popa.

Aunque parecía decisión personal de don José de Córdoba la disposición establecida, como me encontraba al día en la lectura de los libros profesionales en todos sus aspectos, comprendí que se adoptaba el quinto orden de marcha recogido en la obra del general Mazarredo sobre Táctica Naval, que en realidad condensaba y ordenaba los existentes hasta el momento, con sus consideraciones personales. Como pude comprobar con el paso del tiempo, era el general Córdoba muy adicto a las

citadas instrucciones aunque, es necesario decirlo, no presentara la decisión del ilustre autor para hacerlas cumplir con la necesaria diligencia.

Por su parte, las fragatas recibían la orden de distribuirse de acuerdo a las instrucciones dictadas por el general, situándose de forma que pudieran llevar a cabo las labores de descubierta y caza en los cuatro cuadrantes. Sin embargo, se variaba el número de ellas en cada uno de los grupos, al no haber quedado todas dispuestas para la salida a la mar, con lo que se rebajaba el número asignado a cada cuadrante. Y como última decisión, las Perla, Matilde y Ceres, debían situarse a doble distancia por la proa, en prevención de aviso. Por su parte, el bergantín Vigilante, unidad maniobrera y ligera de alas como un alcatraz, tal y como estaba previsto, debía mantenerse a escasa distancia del insignia y por su barlovento, como batidor personal del general.

Pero como pronto comencé a entrever, don José de Córdoba era dubitativo y cambiante en extremo, de los muy dados a la utilización continua de órdenes con señales por banderas a sus subordinados que, más pronto que tarde, llama a confusión y descoloco de unidades. De acuerdo con esta impresión general, no me extrañó que pocas horas después de la salida, decidiera cambiar la posición de urcas y fragatas de carga, ordenando que se situaran entre la vanguardia y el centro. Por fortuna, las condiciones de mar y viento eran de los de dulce y monja, con lo que las lentas maniobras no desmembraron la formación general, aunque más de uno y de dos anduvieran a su aire y, para mi sorpresa, sin ser llamados al necesario orden.

Pero sin tener en cuenta estos detalles más propios de la táctica marinera, puedo jurar por la salud eterna de mi alma que cuando el viento roló a levante y elevó su fuerza a fresco, con lo que el velamen comenzó a recoger tripa en su bolsa con gozo general, la simple visión de aquel extraordinario conjunto de velas elevaba el espíritu del más derrotado. Bien es cierto que sabíamos la verdad, que aquella visión no se correspondía con la realidad y efectividad en combate, pero no dejaba de ser un espectáculo digno de merecer su plasmación en el lienzo por el mejor pintor de la Corte. Porque debo recordar que además del poderoso Trinidad, navegaban seis navíos de tres puentes y 112 cañones, otro de 80 y 19 más de 74, lo que hacía un total de 27 ejemplares de línea. Y a esa fuerza de calibre se debían sumar diez fragatas, cuatro urcas, un bergantín y las lanchas de fuerza. ¡Que gran escuadra, si fuera mandada en rigor, gobernados sus buques por manos competentes y con dotaciones capaces de dar en maniobra y combate lo que de ellos se esperaba! Pero como es fácil colegir, mis pensamientos no eran más que un deseo elevado a los cielos como rezo de urgencia, y sin demasiadas esperanzas de realización.

Por mi parte, dediqué los esfuerzos de lleno a la tarea impuesta en el buque bajo mi mando, que no era escaso bocado. Con las correcciones llevadas a cabo en puerto, especialmente en la distribución del personal de maniobra, no puedo decir que el Trinidad navegara como Sancho Panza de empopada, pero se troceaba la leña en oportunidad. Y como suele suceder cuando se reciben gran cantidad de opiniones en

negro durante muchos días, no me pareció el mastodonte de tan difícil manejo, sino muy parejo a alguno de nuestros tres puentes. Bien es cierto que era de reconocer su tardanza en morder el timón, así como su escasa propensión a partir el puño^[85]. Pero se trataba de una primera impresión con vientos cortesanos, por lo que el definitivo análisis quedaba por llegar.

El levante fresco y a favor de damas se mantuvo con permanencia y esplendor, como si el dios Eolo quisiera recompensarnos por el día perdido en puerto dejados de su mano. Y de esta forma doblamos el cabo de Gata, para enmendar el rumbo a estribor con la misma formación inicial de marcha, aunque más de un navío sotaventeara en demasía, por trapo sucio o descuido general, al punto de quedar las líneas desparejadas por más en ocasiones, con órdenes de la capitana al general conde de Morales para que recortara paño en conveniencia, aunque hubiera de pasarle las señales en forma más que repetida. Y en mi mente situaba a Pecas a su lado, lidiando el toro con sentimientos cruzados al alba, que podía leer los pensamientos del pequeño en la distancia. Pero ya llegaría el momento de los comentarios entre los dos a la arribada a Cádiz.

Con mi privilegiada posición en la capitana, poco a poco comencé a calibrar con bastante exactitud la sustancia un tanto a la blanda del comandante general, y me refiero en concreto a la disposición en hacerse obedecer con látigo de cuero, como es norma y obligación de todo general en jefe, que no a su valor o disposición personal. Como es momento de mantenerme en verdades y ya murieron casi todos los que alabo o recrimino, debo declarar que don José no me entraba en el saco de las virtudes generales o, dicho con palabras llanas, no era de los que gustaría de poner mi espada junto a su hombro para un combate corrido, aunque fueran pensamientos bien recogidos en mi mollera.

Para concretar algunos puntos esenciales, debo exponer que era don José de Córdoba un general puntilloso en extremo, y de continuo comentaba con sus subalternos del estado mayor los fallos que estimaba en la formación de los buques, criticando y haciendo anotar los fallos de maniobra y permanente disposición de sus comandantes en la obligada crónica del mayor general, como si se tratara de alumnos a corregir en la Academia Naval. Sin embargo y para mi sorpresa, no tomaba a su batidor para romper los cuernos de aquellos que remoloneaban en la maniobra y navegaban más a su aire que bajo la batuta del maestro. En mi opinión personal, con solo dos días de navegación, aquella escuadra necesitaba maniobra de conjunto, y fue una ocasión perdida la derrota directa y sin problemas en dirección a Cádiz, porque las condiciones eran ideales para practicar los cambios de formación y que los comandantes bregaran los trapos a conciencia. Pero no parecía ésa la idea del general, sino el pronto arribo a la bahía gaditana, de acuerdo a las órdenes recibidas. De esa forma, aunque con fases de mayor o menor puntualidad, progresábamos a buen ritmo sin mayores complicaciones, que no se podían presentar los cielos con mayor

beatitud.

Una vez enmendada la derrota base, caída por más a estribor para atracar el rumbo, y con la escuadra navegando casi de empopada, alcanzamos la altura del saco malagueño, donde quedamos en facha^[86] y a la orden en espera de la salida del convoy. Pero debían mantenerse al quite y a la vista, porque pocos minutos después comenzaban a salir de la rada las embarcaciones para ceñirse a la costa y arrumbar en demanda del estrecho. Llegué a contar 46 velas, mercantes de diferentes tipos aunque predominaran los utilizados por la costas de levante, punteadores^[87] y bolineros^[88] aparejados con vela latina, patrones duchos en la costa y muy dados a besar las piedras sin peligro para su mayor protección. Y aunque el general pensaba convoyarlos por corto, cedió ante la maniobra de los capitanes, sin preguntas ni respuestas, manteniéndose por fuera de ellos y a la vista.

Dos acontecimientos o aclaraciones que catalogo dignos de mención, una de ellas con carácter negativo, tuvieron lugar en las próximas horas. El primero de ellos fue la pérdida por enfermedad del mayor general, el brigadier don Juan José García, rendido en cama con fiebres altas. Y si en los primeros momentos el cirujano pensó en unas posibles tercianas de grado, pasó a considerar sin posible duda la del frío encajado al ferro en el pecho, con tos continua y dificultad en la respiración. A tal punto llegó la alarma, que dudó el comandante general en evacuarlo al puerto de Málaga, pero como ya andábamos en derrota larga, consideró como mejor medida la posibilidad de llevarlo a cabo en la bahía de Algeciras, si el mal persistía.

El segundo aspecto que me ofrecía dudas, era la obsesión y excesiva confianza concedida por el general a los elementos de medición meteorológica. Por una parte, disponía de un pequeño anemómetro inglés de hélice giratoria para su uso personal, muy parecido a los utilizados en el Real Observatorio pero sin habilitación a bordo de los buques, capaz de medir la velocidad del viento con suficiente exactitud, aunque no era fácil su empleo con los rebufos y desvíos que toman las corrientes de aire a bordo. Repetía que deberían ser aparatos de empleo obligatorio en los buques, como si con ello pudiera dirigir órdenes a los dioses. Aunque asentía por mi parte con la cabeza a sus indicaciones por mera cortesía, lo consideraba una medida menor y un tanto absurda, porque el viento se siente en las velas y en el rostro con suficiente exactitud, y poco rinde a favor conocer la velocidad exacta. Y en segundo lugar, su gran obsesión era la consulta periódica a la lectura de los barómetros, instrumentos que ya instalaban la mayor parte de las unidades.

Nunca diría que esos aparatos de medir la presión del ambiente, basados en las columnas de mercurio, no sean de necesaria especulación, así como posible auxilio en anunciar malos tiempos, aunque no debamos nunca amadrinarnos a su declaración como verdad infinita. He hablado con las palabras que entendíamos por entonces, porque años después se han perfeccionado en su uso y calibración, aunque no lo suficiente. Pero ya por aquellos días, cuando casi ningún aparato coincidía en sus medidas, don José de Córdoba fiaba su alma en ellos y, de esta forma, nos argüía con

voz en pulpito y dogma de fe obligada: Aunque sea difícil averiguar la altura del tiempo variable, o en la que el mercurio sufre su presión media, cualquier alteración ha de indicar bueno o mal tiempo, sereno o lluvia, o más bien gravedad o levedad respectiva en el aire. Y si baja el mercurio, difícil es conocer si se trata de viento, lluvia o granizo, aunque la bajada es mala, por mucho que no sepamos apreciar su maldad con detalle y certeza. Y no erraba en su conjunto el general, aunque concedía una excesiva importancia a unos aparatos que, por entonces, eran de dudosa credibilidad en sus medidas y en sus predicciones, como todavía sucede hoy en día bastantes años después.

Por las razones expuestas, llegué a sentir nerviosismo cuando desde la capitana se solicitaba a diferentes unidades las mediciones del barómetro, como si en ello nos fuera la vida o el destino de la escuadra. Como decía el piloto mayor de la escuadra, don Jerónimo Castellano, prefiero observar los cielos, la mar y sentir el viento en la nariz, que entender el temporal por venir en concordancia con esos artilugios. Por mi parte y como siempre, fiaba mucho en las palabras del contraamaestre mayor, que cuarenta años bregando en la mar dan la mejor lectura del mercurio mental y pocas veces marran en sus predicciones.

Aparte estas disquisiciones de mayor o menor importancia, con las que deseo exponer con claridad cómo andaban los corazones por aquellas alturas, y algunos puntos importantes para el devenir de nuestra fuerza, avistamos Punta Europa, el espolón del cangrejo. Tomamos el punto a la vista en las primeras horas del día 5, ligeramente cerrados en bruma, preparándonos para llevar a cabo la primera de las misiones encomendadas en la bahía algecireña. Por entonces, el viento se mantenía del levante aunque, como es de oficio y orden en la boquera gibraltareña, aumentaba de fuerza a frescachón. Largada la corredera^[89], estimamos al Trinidad un andar de siete millas, aunque debiéramos arriar los juanetes en prevención. Pero mucho gozaba al observar al mastodonte dominando la mar como gigante en ejercicio, porque hasta el momento manejaba la proa a mi orden como cortesana pagada con extrema generosidad.

Sin mayores problemas y con la escuadra acoplada en su bloque, aunque algunos claros llamaran al tiento, arrumbamos en demanda del estrecho, fin de la primera fase en nuestra derrota hacia la bahía gaditana. Rendíamos una derrota con vientos a favor y sin problemas añadidos, aunque la proa se presentara en negro, sin que entonces fuera capaz de calibrarlo.

17. Primera decisión

La escuadra hizo por la bahía de Algeciras, quedando libre de aguas mientras los navíos designados para la protección de las lanchas, Bahama y Neptuno, así como el Terrible en su especial misión de canje de prisioneros en Gibraltar, se despedían de nosotros por algunos días. Aunque el manejo de las lanchas de fuerza presenta su particular dificultad, que bien lo sabía yo por haberlo sufrido en mis carnes, especialmente con vientos largos, se llevó a cabo la maniobra con ejemplar diligencia.

Como siempre sucedió a lo largo de mi carrera, la visión de aquellas aguas y la Roca dominante en manos del inglés traían a mi mente recuerdos difíciles de olvidar, porque en ese especial escenario me salieron los dientes de mar y sufrí los primeros percances de sangre. También debo declarar que sentía cierto regusto amargo y clara decepción, al escuchar el apelativo dado por la generalidad a las pequeñas lanchas como de fuerza, porque para mí siempre eran y deberían ser las del general Barceló, su inventor y primer utilizador en contra de la opinión general de las más altas jerarquías, hasta que demostraron su tremenda efectividad.

También decidió el comandante general desembarcar a su mayor general, que continuaba con altas temperaturas y problemas agravados, por lo que fue transbordado al Bahama sin pérdida de tiempo, con destino a tierra. Y aunque no debiera una escuadra de aquel porte andar sin cubrir un puesto de tal importancia, como era el jefe de su estado mayor y principal asesor operativo del general en jefe, don José de Córdoba lo asignó al primer ayudante de la mayoría, el capitán de fragata Cevallos, hasta el arribo a Cádiz. No lo comprendí bien, pensando en la cantidad de brigadieres presentes en la fuerza, algunos de ellos mandando navíos de dos puentes, con segundos en destino de superior categoría. Pero no era don José de los que mudaban la opinión a la contra una vez establecida la derrota mental, y Cevallos debió apechugar con la espalda a lomos y con corrida por largo, aunque me adelante en los acontecimientos.

Por su parte, los mercantes convoyados, aunque recibieran la orden precisa del comandante general por medio de su batidor, para permanecer en facha y a nuestra altura hasta el momento de continuar la derrota en conjunto hacia Cádiz, hicieron oídos sordos y mantuvieron su voltejeo^[90] de la costa hacia su destino, como si hubieran escuchado el trinar de los pájaros en noche celestial. El general, como en anteriores ocasiones en las que sus órdenes no eran cumplidas al ciento ni al cero, despotricaba entre labios a la espuma, pero sin adelantar la roda una pulgada en la necesaria conveniencia. De esta forma, lo discutimos en el alcázar.

—Son de manifiesta irresponsabilidad esos capitanes, que sólo piensan en el inmediato arribo a puerto y ganancia de los fletes. Olvidan que se encuentran en convoy con escuadra de orden y a las órdenes estrictas de su general se deben.

—Ya les pasó el Vigilante las órdenes dictadas por su excelencia en dos ocasiones, señor —argumentaba Cevallos con cautela.

—¡Pero no las cumplen esos malditos! Mire cómo mantienen la proa, sin ceder una milla.

—Eso tiene una muy fácil solución, señor. Que una de las fragatas les dispare una andanada por la proa y levante piques a corta distancia, avisando de su inmediato hundimiento si vuelven a incumplir una orden del comandante general.

Metí piedra de moler al grano por primera vez en la conversación, aunque no fuera tema de mi directa incumbencia y pisara suelo enredado con sebo. Pero ya la sangre alcanzaba mi garganta a borbotones y comenzaba a despreciar con nervios altos aquella ineptitud para ser obedecido, que no era un cualquiera quien ostentaba el gallardete sino teniente general con el mando de la escuadra más importante, que intentaba imponer su criterio a unos patrones del tres al cuarto. Pero para mi sorpresa, don José de Córdoba me miró con asombro, como si hubiese pronunciado la peor de las blasfemias.

—Leñanza —me hablaba en tono de clara reconvención—, le recuerdo que se trata de unidades amigas y no de buques ingleses.

—Tiene razón, señor. Se trata de unidades amigas, sin duda, pero que no obedecen las órdenes de su general. Y tal conducta merece un escarmiento para que, a su vez, sirva de claro ejemplo a los demás.

Sabía que lindaba la lumbre del agua con evidente peligro, pero las palabras salieron de mi boca como bala por tronera y sin pensarlo dos veces. Sin embargo, el general Córdoba pareció no haber escuchado mis palabras, girándose hacia su mayor general.

—Cevallos, destaque a las fragatas Ceres y Nuestra Señora de Atocha para que ofrezcan la necesaria protección a esos buques en su derrota. Después de todo, es nuestra obligación. Si rematamos la faena con rapidez, es posible que les demos alcance.

Y así se hizo. Debí apretar los puños con rabia contenida, ante una postura que entendía como clara dejación del mando. Pero ya iba conociendo la seda por hilos y más valía andar a la callada y con mi trabajo, que al final podía salir yo escaldado de la maniobra y sin ventura. De esta forma me retiré unos pasos, que razón tiene aquel que decía lo de ojos que no ven, corazón que no siente. Y no fue, para mi desgracia, la única vez que debí adoptar tal postura.

Creo que fue por aquellos momentos cuando el Vigilante nos pasó la información obtenida de una fragata mercante, que navegaba de vuelta encontrada, sobre la fuerza enemiga, medida que solíamos llevar a cabo con toda unidad a la vista, como habitual precaución. Aseguraba que la escuadra del almirante Jervis contaba con diez navíos tan sólo, aunque algunos andaban a la vela entre los cabos de San Vicente y Roca. Había sido perseguida por una de sus fragatas britanas, a la que pudo dejar de popa largando a los vientos hasta los pelos de la barba. Esta información pareció

tranquilizar al general, que ofreció una sonrisa por primera vez, consciente de su superioridad absoluta si llegara el caso.

Pero la suerte habida hasta entonces, que así denomino sin rubor las condiciones meteorológicas disfrutadas hasta el momento, pareció torcerse a la mala y con rapidez. En la tarde del día 5, una vez cumplida la misión en la bahía algecireña y mientras la escuadra adoptaba rumbo noroeste, comenzó a cargar el viento, rolando ligeramente al sudeste y mudando a frescachón de fuerza, aunque sin entablar en fijo. Y para comenzar con el baile de los espíritus malditos, el navío Mexicano, sin habérselo requerido, envió señal al general indicando que el barómetro señalaba mal tiempo con claridad. Creo que fue el momento del cambio, como si de pronto don José de Córdoba se temiera un temporal de orden que no se veía venir por luces ni sombras, de tal forma que llegara a impedir la entrada en Cádiz, el fondeo en su placer^[91] o en el alternativo de Rota. Y dio comienzo la carrera de espíritus malignos, que así lo entendí por entonces, con petición de lecturas barométricas a los buques y contestaciones en todos los sentidos, como ya les he explicado del uso de aparatos en imperfecto estado y diferente condición.

La primera voz de alarma la dio en persona don José de Córdoba, mientras nos manteníamos en la anochecida, junto a la timonera, con su mayor general y el piloto mayor. Mirando los cielos y la mar, soltó lo que más parecía una sentencia de chancillería.

—Mucho parece arreciar el viento. Se hace la mar muy gruesa y nos puede impedir la toma de puerto sin peligro añadido para algunas unidades. ¿No le parece así, don Jerónimo? —Se dirigía al piloto.

—En mi modesta opinión, señor, todavía nos mantenemos en cuerdas de orden para acometer la empresa ordenada, si la situación no circula a peor —no era el piloto de los que se jugaba las canas, por lo que sus respuestas solían barrer el círculo en amplitud y con dejada a favor de los vientos.

—Pues presenta todas las trazas. Yo de usted, Leñanza —se dirigió a mí sin dirigirme la mirada—, me prepararía para capear con trinquete y mesana.

No contesté en aquel momento, fingiendo que observaba el aparejo. Pero no coincidía con el general en su apreciación ni por la rasa, porque no era la situación como para pensar en tal medida ni mucho menos. En aquel momento nos encontrábamos a unas dos leguas al sudeste del cabo Trafalgar, con lo que estimé la distancia a puerto como de unas cuarenta y tantas millas a ojo, que podíamos cubrir sin mayor contratiempo, si no saltaba la negra. Pero continuaba el general con sus opiniones, lanzadas al viento.

—Debemos pensar en las urcas, con su precioso cargamento, así como en el navío cargado de azogues hasta la galleta y las fragatas con la estiba en debilidad. Que no todos son navíos de línea. ¡Cevallos!

—Diga, señor.

—Pregunte la lectura del barómetro al Concepción, Mexicano, Pelayo y Príncipe.

Así nos mantuvimos durante una hora más, aunque todavía con proa hacia el destino ordenado por orden superior. Conforme pasaba el tiempo comprendía menos las opiniones del general, porque buques con cargamento precioso o con estibas en peligro, deben entrar en rada o puerto seguro cuanto antes. Y no estimen que deseara por mi parte entrar en Cádiz a toda costa, que nada me empeñaba en tal sentido y deseaba la mar al tranco, pero era consciente de la importancia que tal puerto representaba para algunos comandantes, que necesitaban pertrechos y elementos de urgencia prometidos a su arribo.

Tras muchas dudas y pensamientos, entrados ya en la noche cerrada, el general dio para mi sorpresa la orden de navegar al sudoeste franco y dar aviso en ese sentido a la escuadra, para tomar abrigo al redoso^[92] del cabo Espartel. Y puedo jurar que en el diario de bitácora de mi buque, se describía en esos momentos el viento como frescachón del sudeste, así como horizontes foscos y mar gruesa, a secas, un conjunto que sin ser de rosas, tampoco se abría en cardos como para evitar la navegación con la proa al gusto. Como decía Cevallos por boca chica, si los mercantes bolineros, indiferentes por cierto a las órdenes del general, podían hacer la derrota hacia Cádiz, era de pensar que también la escuadra sería capaz de cubrir la distancia restante.

Para colmo de despropósitos, los navíos Príncipe y Pelayo respondieron a la consulta del general, en el sentido de que el barómetro indicaba buen tiempo, mientras el Concepción y Mexicano lo mostraban a la contra, en ese baile de despropósitos entrados en cadena. Y era de tener en cuenta que el del Príncipe, que no pertenecía a la clase de los barómetros escritos, tenía fama de especial exactitud, habiendo sido construido en Cádiz por un afamado especialista italiano llamado Callini, aunque estuviera sujeto, como los de su clase, a las impresiones de los balances y las cabezadas. Pero es de difícil comprensión que el general estimara tan a pecho aquellos aparatos, como evangelios de la mar. Aunque en uso por más de un siglo, no habían alcanzado ni por largo la necesaria exactitud en sus medidas y predicciones. Y aunque los físicos aseguren como pontífice en ejercicio que esos instrumentos demuestran las variaciones de la presión del aire atmosférico, compuesto del puro, del inflamable y del fluido eléctrico, al tiempo que sirven para estimarlas en conveniencia, puedo jurar por las todas las rabizas de Argel que lo más preciso era y será siempre el ojo marinero, y no aquellos aparatitos que andaban al cuelgue y placer de algunos generales, para tomar al gusto y apoyar decisiones impropias o poco acertadas.

Aunque estas comunicaciones parecieron decidir al general en una dirección determinada sin posible cambio, para mis adentros no se trataba más que buscar la razón a una opinión decidida de antemano. Y ésa no era otra que, según sus propias palabras, tener en cuenta por encima de todo la debida protección de los buques y capear el posible temporal que sólo se abría en su mente por aquellos momentos.

Siempre estimé que la maniobra particular de cualquier unidad, siguiendo las órdenes impuestas, debe quedar reservada a su comandante, porque nadie mejor que

él puede estimar lo más conveniente para el buque bajo su mando. Digo esto porque también el general entró en el terreno del trapo necesario a mantener en cada unidad, como si se tratara de señal precisa respecto al viento que en su mente se esperaba. De esta forma, observaba si un buque tomaba los rizos, aferraba las gavias o se mantenía solamente con los bolsos^[93] del velacho, para significar a continuación dichas medidas como incorrectas o, por el contrario, de apoyo a la decisión tomada. Bien es cierto que las señales de algunos buques, con entrada de agua o velamen en malas condiciones operaban a su favor, aunque eran condiciones sabidas en llano antes de la salida a la mar, como eran los casos del San Genaro, Oriente y Mexicano.

De esta forma, desembocamos el estrecho y navegamos en demanda del cabo Espartel, para mantenernos a su redoso como había ordenado el general. Y aunque lo estimé como medida innecesaria, tampoco podía albergar mayores desgracias porque la escuadra, aunque desaliñada y al tiento de cada mando más que en orden de conjunto, no debía sufrir mayores males y la decisión del general tan sólo supondría un retraso de algún día en la necesaria arribada a Cádiz.

A partir de aquel momento, debimos perder el auxilio divino al ciento y entrar en el saco del maligno, porque los defectos que ya nos acechaban en negro parecieron ceñirse a nuestras bandas como brea de calafate sin posible remisión. Por desgracia, no se tradujo la decisión del mando en maniobra de escasa monta y ligero retraso a la orden encomendada, porque el viento se mantuvo en las mismas condiciones y los días comenzaron a transcurrir sin pausa, con el general en la misma disposición de ánimo. Y como es lógico pensar, mientras tanto la escuadra al completo sotaventeaba sin remisión, alejándonos de nuestro destino.

Una vez al abrigo del cabo Espartel, los días se sucedieron como copia exacta uno de otro, los males en paralelo y ninguna autoridad con mano en el pomo que consiguiera remediarlos. Ya en los dos primeros días, que tampoco se abrieron en capa cerrada ni mucho menos, sino con vientos frescachones y contrarios a la empresa, la escuadra navegaba a su aire, como ángeles en libertad de vuelo. Y aunque don José de Córdoba mantenía el orden de marcha expuesto desde la salida de Cartagena, con ligeras variaciones, navegando en tres columnas, no consiguió en ningún momento que las diferentes divisiones o unidades ocuparan sus puestos ni en situación aproximada. Y si las órdenes eran envergadas en las drizas en tal sentido una y otra vez, quedaban en el aire y desbravadas por el camino. Pero también es necesario decir que el exceso de viradas ordenadas, muchas de ellas durante las noches en que tanto se complican tales maniobras, intentando cuadrar el abrigo como si se tratara de galeras por el río Aranjuez, dificultaban la tarea sin ser necesarias en absoluto.

Sin embargo, fue en el día 8 cuando comencé a calibrar en mi mollera que la empresa podía acabar en rastros de sangre, aunque pueda parecer, tantos años después, conjetura acicalada con los verdaderos resultados posteriores. Entrábamos

en la meridiana del citado día, cuando el navío Infante don Pelayo, enviado a la caza de unos mercantes lejanos que resultaron ser amigos franceses, se acercó a nuestra banda para informar al comandante general. Según informe recibido de un capitán francés, la escuadra del almirante Jervis había entrado en Lisboa con diez navíos, mientras otros seis navegaban cercanos al cabo de San Vicente. No apreció el general, a pesar de su importancia, esta información como precisa y en su verdadero valor.

—Este capitán francés debe haber mezclado informaciones obtenidas de diferentes fuentes, aunque las exponga con su particular firmeza y arrogancia. El almirante Jervis cuenta con doce navíos en total y, tal y como se encuentra el escenario naval en el canal de la Mancha, con la amenaza de invasión de las tropas francesas, no podrán entregarle uno más sino, más bien, reclamar sus fuerzas cerca de casa.

—En ese caso, señor —argumentaba Cevallos—, no debería haberse detenido durante tanto tiempo en aguas portuguesas. Se vio obligado a abandonar el Mediterráneo, pero no deben perder de vista al ciento las aguas del estrecho.

—Lo más que puede hacer el almirante Jervis es mantenerse y esperar, porque sabe de la composición de esta escuadra y aún la considerará superior. No olvide que disponemos de 24 navíos y un considerable número de fragatas.

—Como bien sabe, señor, los britanos manejan sus descubiertas con extremo acierto —razoné con dulzura para no herir sentimientos—. Podríamos aumentar la exploración de alguna de nuestras fragatas en los cuadrantes tercero y cuarto, por si pueden observar una posible agrupación de los ingleses.

—Correrían el riesgo de ser cazadas por alguna inglesa, Leñanza, que esos muchachos de las islas britanas nos ganan en andar —contestó don José de Córdoba, que parecía gozar uno de sus momentos de humor dulce, aunque poco duraran—. Debemos rogar porque cambien los vientos de dirección y podamos hacer derrota directa a nuestro destino.

—Perdone mi discrepancia, señor —volví a insistir con tiento y voz caldosa—, pero las fragatas Matilde y Perla, por ejemplo, en nada tienen que envidiar a cualquier britana. Le aseguro que son ligeras de alas y baten espuma como la que más.

—No lo estimo necesario. Vamos, Cevallos, ordene a la fuerza cerrar distancias y agruparse en la formación, que cubrimos demasiada distancia. Y pase la información de que algunos navíos enemigos pueden encontrarse en la costa de babor, aunque se estime su número cercano a las diez unidades.

No quedé por mi parte con el pensamiento tan al gusto, porque nuestra escuadra continuaba a su aire. Así lo comenté con el mayor general, con quien comencé a trabar confianza mutua, hasta el punto de enjuiciar los movimientos de la escuadra.

—Mire, don Ciriaco, si continuamos con viradas sin razón de fuerza durante las noches y autorizaciones para abrirse en caza a navíos y fragatas, acabaremos por cubrir veinte millas del horizonte. Gusta demasiado el general en las posibles

capturas. En mi opinión, estamos perdiendo el verdadero sentido de componer una fuerza con una mínima coherencia. Y deberíamos cerrar la formación, para pasar a la de combate, si es necesario, con cierta rapidez.

—Ya se lo insinué al general por las claras y en ese preciso sentido, señor. Debería ordenar a los generales que actúen con mano dura respecto a sus comandantes, porque algunos de ellos maniobran tarde y mal, parecen encontrarse ciegos y sordos, hacen caso omiso a las órdenes de la capitana y velejean como unidades sueltas sin sujeción a puesto alguno. ¿Dónde se ha visto tal circunstancia en una escuadra ordenada? Algunos buques salieron en caza de velas sospechosas por su cuenta y riesgo, sin una mínima autorización. Debían haber sido reconvenidos al fuste, como sería de esperar.

—Aunque tenga razón y los britanos sólo dispongan de doce navíos, deberíamos ocultar nuestra posición. Algunas de las velas que se observan en el horizonte por los cuadrantes que debemos considerar como peligrosos y se pierden a continuación, pueden ser fragatas britanas en descubierta lejana. Y no sería estupidez suponer tal conjetura. De esta forma, corremos el riesgo de que nos tengan punteados en firme, mientras por nuestra parte babeamos en tinieblas. Le aseguro que si de mí dependiera esta escuadra, informaría de la situación reportada por el Pelayo a comandantes y generales, al tiempo que les ordenaba prepararse para un posible combate, que nunca se puede cerrar un libro en la mar con los britanos entre las páginas.

—Concuerdo con usted al ciento, señor, en especial en cuanto a lanzar a un par de fragatas en descubierta lejana por los cuadrantes mencionados. Como le decía al general, disponemos de fragatas que ningún britano cazaría. En fin, redoblabamos las señales, a ver si conseguimos formar un mediano orden de marcha y nos olvidamos de las cazas particulares.

—Por si acaso y en lo que a este buque bajo mi mando respecta, ya le ordené a Piedrola que tomara las medidas necesarias, aunque nos encontremos al quite desde la salida de Cartagena.

—Ya las tomamos al completo, señor —me sorprendió la presencia del segundo a mi lado—. Aumentamos las mechas en las baterías, redobladas para la noche, al tiempo que quitamos el segundo braguero y la trinca de joya a los cañones. Segunda y tercera batería al punto y con arreglo a ordenanza. También culebrearemos^[94] las jarcias a razón, así como bozas de cadena y aparejo en pronta. Arrimamos algunos barriles con pólvora encartuchada a los camarotes para la artillería de alcázar, y dispuse en el mío un baúl con chifles, agujas y los útiles necesarios para el manejo de los cañones. También ordené aserrar algunas pipas porque son escasas las tinas de combate. Y, por supuesto, el personal se mantiene sin colgar los coyotes ni desliarlos, durmiendo al pie del cañón y con el petate por cabecera. Las baterías se encuentran zafas y bien preparadas para entrar en acción.

—Supongo que han encartuchado suficiente cantidad de pólvora.

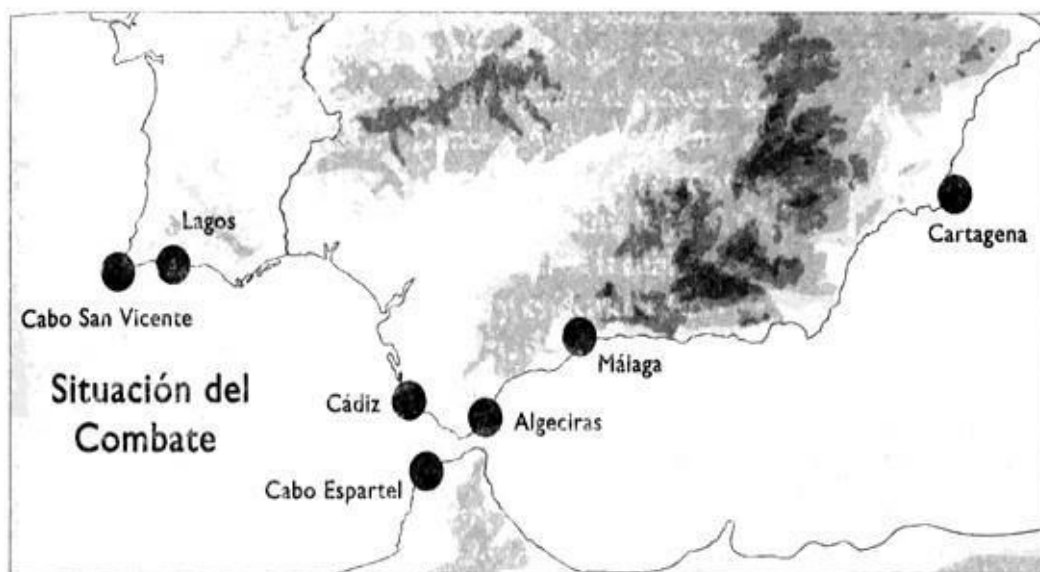
—Quince tiros de cañón, señor.

—Muy bien, segundo.

Pero la tarta continuaba con el mismo y escaso dulzor, sin que el comandante general estimara nuestras observaciones aunque, eso sí, despotricara de forma continua contra algún general y muchos comandantes, a los que calificaba en voz alta como de escaso celo en cumplir las órdenes. Y éstas eran las frases que más me hacían sufrir y correr la sangre, porque no sacaba el látigo prendido de brea para atizar los lomos descarriados, aunque fuese su principal obligación de acuerdo a lo que marcan con claridad las ordenanzas.

De esta forma, continuamos sotaventeando al gusto de los vientos, cerrados en direcciones de levante y sudeste, hasta trasponer el meridiano del cabo de San Vicente, al sur de Portugal. Y si el desorden se mantenía de norte a sur, el día 12 se avistó una formación que resulto ser de cinco mercantes britanos procedentes de Gibraltar. Dada la orden de caza a dos navíos y dos fragatas, apresaron a cuatro de ellos, quedando el quinto en libertad por ostentar pabellón americano neutral. Pero esta medida, como otras cazas infructuosas, desperdigaban más y más nuestra fuerza, sin sentido ni razón.

Creo que para mejor entendimiento de los que alcancen a leer estos cuadernillos en oportunidad, debo incorporar un nuevo sistema a esta narración que aclarará algunos puntos en su necesaria forma. Como años después, en el periodo de paz, pude mantener una larga y agradable conversación con el ya almirante don Horacio Nelson, a quien llegué a considerar como un noble compañero de armas, al tiempo que relato el devenir de nuestra escuadra, incorporaré los movimientos ingleses que, para nuestro mal, no tuvo en cuenta o ni siquiera pudo suponer don José de Córdoba en su momento.



Situación del combate

La verdad es que el almirante Jervis se encontraba en Lisboa en la primera

quincena de enero con doce navíos, tal y como los agentes españoles habían anunciado a la Corte, fuerza que disminuyó por haberse desarbolado uno de ellos de dos puentes, el Osborne, en la barra portuguesa. El día 18 de dicho mes, decidió salir a la mar para escoltar un convoy compuesto por mercantes brasileños y algunos buques de la Marina portuguesa, hasta que alcanzaran latitudes seguras. Para desgracia y desesperación del almirante britano, el navío Saint George, un tres puentes de 98 cañones y excelentes condiciones, fue abordado a la salida por la fragata portuguesa Santa Margarita, acabando por varar en el Cachopo del Sur sin posible recuperación.

Pero lo que más movía al almirante Jervis para efectuar la salida era refrescar a sus dotaciones, al tiempo que podía reunirse con los seis navíos y alguna fragata que le enviaban de refuerzo desde Inglaterra, noticia recibida en la víspera, petición elevada al almirantazgo repetidas veces y con su agrio tono habitual. Había convenido reunirse con los buques de refresco en aguas de San Vicente, con lo que sus fuerzas alcanzarían los dieciséis navíos. De esta forma, el almirante inglés se hizo a la mar y una vez cumplida la misión de escolta, decidió el necesario tornaviaje, para alcanzar las aguas de San Vicente el 6 de febrero, donde se le unieron solamente cinco navíos destacados de la escuadra del Canal y una fragata. Aunque no se encontrara satisfecho con los refuerzos al compás, como era su habitual carácter, su escuadra se componía en firme de 15 navíos, cuatro fragatas, dos balandras y un cúter^[95].

La desgracia, sin embargo, parecía perseguir a la fuerza britana. El 12 de febrero con las primeras luces, los navíos de dos puentes Colossus y Culloden, aquel que sirviera para ejemplo de gálibos españoles, se abordaban sin remisión, cruzando penoles. El primero de ellos quedó zafo y sin problemas de orden con rapidez. Pero el Culloden, con daños importantes en su aparejo, debió llevar a cabo reparación de castigo en la mar durante más de treinta horas, para quedar listo de varas aunque con algún trapo disminuido.

El día 13, el almirante Jervis, navegando con su escuadra a escasas millas del cabo de San Vicente, recibió la agradable sorpresa de acoger a bordo al comodoro don Horacio Nelson, su predilecto y protegido, a quien consideraba como el mejor de sus subordinados y una de las más firmes promesas para la Royal Navy. Una vez reparada en Gibraltar la fragata Minerve y recibidos los prisioneros a bordo del navío español Terrible, entre ellos su inseparable Thomas Hardy y 40 excelentes marineros, había abandonado la Roca el día 11, avistando a la escuadra de don José de Córdoba a escasa distancia y escapado de la caza a la que lo sometieron dos navíos españoles. Jervis ordenó a Nelson izar su insignia en el navío Captain, de dos puentes, mandado por el capitán de navío Miller.

Don Horacio explicó a su almirante con detalle la composición de la escuadra española, así como el desorden manifiesto en que navegaba, abierta en distancia por millas. Como sabemos, Nelson tenía una opinión bastante negativa de cómo

marinaban y guerreaban nuestros buques, con aquella su conocida frase de que los españoles construían muy hermosos y marineros bajeles, pero no disponían de la misma habilidad para formar hombres de mar con que manejarlos. Y para mí que exageraba poco en sus comentarios, aunque mucho me duela tal declaración. Jervis, con esta información y conociendo la gran diferencia que existe entre navíos con muchos años de crucero en sus velas y los que acaban de salir del arsenal, cual era nuestro caso, no desechó las consideraciones y recomendaciones de su comodoro, decidiendo que con la escuadra española en tal disposición, bien podía con sus 15 navíos picar en el pastel hispano y apresarle alguna pieza, llevando a cabo las maniobras con la necesaria precisión. Para mayor información, la fragata portuguesa Carlota llegó a la altura de su buque insignia, el Victory, para comunicarle que, sin duda alguna, la escuadra española, de la que había pasado como buque neutral a muy corta distancia, se encontraba a cinco leguas a barlovento, diseminada en amplio arco.

De esta forma, el almirante Jervis ordenó a su escuadra formar en dos columnas muy cerradas y con la orden tajante, bien sabían sus subordinados lo que tal expresión del Hanger significaba, de conservar los puestos a la yarda durante la noche y sin posible error. Por fin, destacó a las fragatas Lively y Niger en descubierta en la dirección señalada por la portuguesa, y mudó su proa sin dudarlo un segundo hacia el sur del cabo de San Vicente.

18. Combate del cabo de San Vicente^[96]

En el atardecer del día 13, el viento se amadrinó en cuerdas de gloria para lo que, en mis adentros, estimaba como deseos del general Córdoba. Por fin, no sólo disminuía de fuerza, sino que rolaba en conveniencia hacia el sur, y con trazas de acabar entablado en sudoeste fresco si seguía la norma habitual de la estación, lo que beneficiaba al ciento su deseo de aproar hacia el puerto gaditano. Pero para mi sorpresa y la del personal de la mayoría, el general se mantuvo sesteando al ronroneo de luces, con movimientos nerviosos y dubitativos, sin decidir el rumbo que todos esperaban. Volví a comentarlo con el capitán de fragata Cevallos, que se movía a bordo como fantasma de teatro sin libreto mágico.

—Ya tiene el general el viento del tercer cuadrante que tanto esperaba y en condiciones de corte. ¿Qué pretende ahora? —pregunté en el alcázar, mientras repasaba nuestro aparejo a la vista.

—Ya me gustaría saberlo con cierta puntualidad, si es que tiene la derrota establecida en su sesera —el mayor general movía la cabeza a banda y banda, con el pesar reflejado en su rostro—. Según lo que me tenía anunciado, debería haber ordenado ya la proa en franquía hacia levante. Y no crea, que en esos términos se lo pregunté hace algunas horas. Alega por su parte, que algunos navíos y unidades del convoy andan sotaventados en exceso, pero eso lo podemos remediar recortando paño los unos y marinando en conveniencia el resto para que así, de una vez, ocupen sus puestos en la formación de marcha.

—Si se continúa concediendo licencia para que nuestras unidades se destaquen en investigación y posible caza de cualquier vela aparecida en el horizonte, no conseguiremos adoptar una mínima formación en los próximos años.

—Estoy de acuerdo, pero como me decíais anteayer, son muy golosas las presas y el monto añadido, como los cuatro mercantes apresados. No obstante, es cierto que esas acciones nos dispersan en exceso, teniendo en cuenta que los buques del almirante Jervis pueden encontrarse cerca, por escasa que sea su fuerza.

—No dejo de pensar que podemos perder una ocasión harto beneficiosa, de las pocas que se presentan contra el inglés —mis pensamientos seguían prendidos en los buques del almirante británico—. Si la escuadra del almirante Jervis demora por el norte y dispone de tan pocas unidades, bien podríamos arrimarles leña a muerte y cobrarles alguna pieza. Siempre, claro, que consigamos agruparnos y cada uno acate en firme las órdenes de la capitana.

—El general considera como orden prioritaria, sin posible discusión, la de hacer proa a Cádiz y entrar en su bahía. Y así la recibió de la Secretaría.

—No debe ser tan prioritaria, cuando hemos perdido una semana sesteando la balandra por estas aguas. Además, las órdenes que recibe el comandante general de una escuadra desde un despacho encajado en tierra, pueden ser trastocadas si luego la

mar le dicta otras líneas de actuación que considere en mayor beneficio de Su Majestad. ¿Se imagina a un almirante inglés en tales condiciones? No lo dudaría un segundo y nos buscaría las cosquillas a morir.

—Eso es cierto pero, con sinceridad, señor, me conformaría con cerrar este amplio arco que formamos en el horizonte. Más que una escuadra, parecemos diez divisiones distintas con órdenes separadas.

Continuamos sin atenernos a una razón precisa, con el general manejando desconocidos pensamientos, anteojo en mano y escasas palabras de su boca. De esta forma tomamos la noche, sin que cedieran trapo las unidades a barlovento y con la escuadra dispersa en un gran espacio del horizonte. A las dos de la mañana, don José de Córdoba ordenó arrumbar al ESE^[97], pensando, quizás, que habíamos norteado en exceso, dato que sólo podríamos comprobar con exactitud al recalar en San Vicente o cualquier punto de tierra. Y por fin, en una amanecida sucia, con llovizna, neblina y rumazón, sobre las siete de la mañana envergó la primera señal por banderas, ordenando formar en tres columnas al mismo rumbo, posiblemente con el pensamiento de enmendar posteriormente a levante, con la segunda división a la derecha y el general en cabeza. Pero por desgracia, ya era norma habitual que las órdenes saltaran de cofa a cofa con pestañas al vuelo, sin que se estableciera el apoyo necesario de unos a otros para conseguir el fin perseguido por el comandante general.

Durante las dos horas anteriores, se habían escuchado diversos cañonazos por la popa, hacia el noroeste, con la duda de si podían deberse a señales nocturnas de formación britana o algún mercante aislado, aunque no sea tarea sencilla calibrar las direcciones en la mar por el sonido. Eran las siete y media, todavía entrados en brumas persistentes, cuando el general ordenó ceñir el viento por estribor, destacando a los navíos Pelayo y San Pablo, así como a la fragata Matilde. Su idea era que se retrasaran prudentemente, con objeto de ofrecer la necesaria protección a los cazadores que navegaban a retaguardia y unidades en convoy rezagadas, al tiempo que investigaban el origen de los truenos y dar la caza necesaria si lo consideraban de oportunidad. Así lo hicieron con rapidez los señalados, cayendo a la banda para ceñir con las amuras de estribor. En cualquier caso y condición, debían reincorporarse al grueso antes de la anochecida. Pero por mi parte seguía sin comprender esa teórica obsesión de nuestro general para reagrupar a la escuadra y, sin embargo, continuar con los destacamentos de navíos para cazar posibles presas, lo que me llevaba a la convicción de que más le interesaban las doradas capturas, que el pronto arribo a la bahía gaditana.

Puedo comunicarles en este punto de la narración, que en la amanecida de ese día 14, la escuadra británica navegaba en formación de dos columnas muy cerradas, la que tanto gustaba al almirante Jervis por el apoyo mutuo ofrecido a las unidades en combate, amurada a estribor, siendo su situación geográfica a 32 millas al SW del cabo de San Vicente. Pasadas las seis de la mañana, las fragatas Niger y Lively destacadas en descubierta, avistaron cinco velas por el SSW, lo que fue confirmado

poco después por los cabezas de línea, navíos Culloden y Blenheim. A las nueve y media, el almirante destacaba a los dos navíos citados, más el Prince George, con orden de investigación y caza en dirección sur cuarta al sudoeste^[98].

Aunque las condiciones de visibilidad se mantenían en situación limitada, a las ocho y media el general Córdoba recibió la información del avistamiento de una vela sospechosa al nordeste, momento en el que comenzaban a vislumbrarse las alturas de Monchique y el Dourado en la costa portuguesa. Sin dudarle un segundo y dada su posición, el general ordenaba al navío Príncipe de Asturias su destacamento para investigarla, según escuché de su boca, por ser el navío más proporcionado. No sé qué pudieron discutir en el estado mayor sobre esta decisión, pero la estimé como desacertada hasta las cejas, que no es un navío de tres puentes e insignia del tercer comandante de la escuadra, con responsabilidades en su propia división, el buque más indicado para tal misión. Don José de Córdoba parecía haber olvidado que disponía de ocho fragatas en su escuadra, unidades idóneas para tal fin. Pero con independencia de tal medida, el general contemplaba con visible desagrado cómo nuestra escuadra se mantenía dispersa en grupos separados, por lo que a las nueve y media volvió a ordenar formar en tres columnas cerrando distancias, orden que distaba mucho de ser cumplida, con las urcas y presas retrasando por largo las maniobras.

Para cualquier observador con mediana preparación en la guerra marítima, la mesa estaba servida sin remisión, aunque sobraba tiempo para preparar la colación en conveniencia, si se actuaba con diligencia y decisión. Pocos minutos después de la última orden, se avistaban con claridad desde el Trinidad los ocho primeros navíos del almirante Jervis, demorando sobre el NNE, momento en el que don José de Córdoba ordenaba con urgencia ceñir por babor, zafarrancho de combate y caza general sin sujeción a puestos determinados. No sé por qué, pensé que afrontábamos una situación parecida a la sufrida por don Juan de Lángara en el desastroso combate del cabo Santa María, y me refiero a la situación de baja visibilidad, estación del año, sorpresa, descuido en la formación y confusión creada en nuestras unidades, aunque también es cierto que en aquella ocasión el almirante Rodney doblaba a las fuerzas de Lángara y sus buques eran de mayor andar. Ahora y a nuestro favor, era muy superior nuestra escuadra y los buques españoles podían aventear a los britanos.

Nuestro general pretendía con claridad dirigir el grueso de su fuerza contra los navíos avistados, con la ventaja de disfrutar del precioso barlovento, navegando de vuelta encontrada y franca superioridad..., una superioridad que solamente podía ser ejercida si la escuadra conseguía situarse medianamente agrupada y en apoyo mutuo. Porque en aquellos precisos momentos, las unidades españolas se distribuían en cuatro grupos separados. Por un lado, el cuerpo principal y fuerte en tres columnas demasiado abiertas, en especial la dirigida por el jefe de escuadra Winthuysen, que caía en ligero a sotavento, y la del general conde de Morales adelantada, navegando todos a un largo y proa al ESE, con los buques intentando alcanzar sus puestos; las

pesadas urcas con las presas aliñadas en los días de caza y asueto, así como la escolta de fragatas, sotaventadas a unas dos millas; un grupo de seis navíos a sotavento que, salvo el Príncipe en misión concreta, parecían navegar por su cuenta y riesgo; y por último, dos navíos y una fragata a barlovento, aquellos que habían recibido la orden de caza inicial.

Para que los no avezados en la guerra marítima puedan comprender el preciso significado de los movimientos de los buques y sus espacios, deben tener en cuenta que tan sólo media milla de distancia respecto a otra unidad o grupo, era capaz de dejar fuera de la acción de combate a un navío, dependiendo claro está de su situación con respecto al viento. De ahí la importancia de cerrar distancias entre unidades, porque en caso contrario era imposible ofrecer ese mutuo apoyo que se considera imprescindible en la guerra naval, hasta llegar a decidir los combates entre escuadras.

Por su parte, el almirante Jervis destacaba a los navíos de dos puentes Irresistible, Colossus y Orion para seguir estela de los tres adelantados. Y sobre las diez horas, izaba la señal de formar en línea de batalla a proa y popa del modo más conveniente y combatir al enemigo, maniobra de muy fácil realización con los movimientos llevados a cabo hasta el momento. Con meridiana claridad, la intención del almirante britano era la de romper derrotas, pasar entre el cuerpo de batalla del general Córdoba y el grupo de seis navíos sotaventados, para abrir la línea principal e intentar envolverla en virada de vuelta, lo que reflejaba sin lugar a dudas en sus órdenes por banderas, al izar la señal que especificaba: el almirante tiene intención de pasar a través de la línea enemiga.

Hasta un ciego habría comprendido que Jervis intentaba darnos combate por partes y en permanente superioridad, iniciando la acción por la cola de la formación donde había caído el Trinidad, agrupado con cinco navíos más en sus cercanías. Tan sólo su mayor general, el capitán de navío Calder, le susurraba el peligro de quedar situado entre dos fuegos, sin perder de vista la incómoda posición del Príncipe de Asturias para sus planes, un tres puentes con gran poder artillero y ágil de maniobra. Pero a esta observación, Jervis contestaba de forma escueta, ordenando que todas las unidades desplegaran sus banderas de combate y se aprestaran al cañón.

Una vez comprobado que la fuerza del almirante inglés no se ceñía a los diez navíos supuestos, sino elevados hasta quince, seis de ellos de tres puentes, para mí que don José de Córdoba quedó ligeramente sobrecogido. Y no crean que me refiero al temor de entrar en combate, porque no era de esos el indeciso general, sino a la negativa impresión que recibía al observar la situación de sus fuerzas y la composición del mapa general táctico que se abría sin remedio.

A bordo de mi buque, pasadas las diez de la mañana podía observarse con claridad la composición de la escuadra enemiga, así como sus intenciones de maniobra. Por esta razón, el comandante general ordenó formar una pronta línea de combate sin sujeción a puestos. Consideré la orden como adecuada y sencilla de

asumir, porque los que estaban a barlovento tan sólo debían arribar en conveniencia, mientras el grupo de sotavento, aunque con maniobra más complicada, podía conseguirlo forzando con la debida necesidad la vela. Pero ya tales disquisiciones me volaban sobre los hombros, que debía andar a lo mío y por vereda propia.

El navío Santísima Trinidad bajo mi mando, tras una alocución por mi parte difícil de escuchar por bocina en catedral de orden y un rezo matinal del capellán, se mantenía con más de mil hombres en sus puestos de combate, los corazones al tiento y las manos aferradas al garfio. Ordené a mis oficiales dar una última pasada para comprobar la disposición de las baterías, así como ofrecer la generosa ración de vino avivado con fuego, que tanto anima los espíritus al alza entre artilleros, marineros y grumetes. Y como tantas otras veces, volví a percibir el olor de la sangre, aún antes de escuchar el primer cañonazo. Pero repetiré una y mil veces, incluso en juramento elevado ante el Altísimo, que se percibe tal aroma con extrema claridad y un ligero dolor añadido. Como era mi obligación, me mantenía en el alcázar con el contramaestre mayor, el piloto, el teniente de fragata Miguel Álvarez y el guardiamarina Trujillo de batidor personal. Minutos antes, se había presentado ante mí el caballero^[99] más antiguo, guardiamarina Fortunato Cailler, quien sable en mano recibió el honor de tesar la bandera a popa y mantenerse, junto a ella en reglamento de defensa con una guardia de granaderos de Marina, sin que nadie pudiera mover su driza una pulgada salvo orden directa de mi boca.

Como las formaciones britana y española navegaban de vuelta encontrada^[100], las distancias se cerraban con extrema rapidez y comenzábamos a atisbar los cuerpos en movimiento por cubierta, fusileros trepando entre las jarcias, así como los rostros del enemigo que asomaban por las portas para apuntar al gusto. Con claridad, la formación inglesa se dirigía como flecha de coracero apuntada al corazón de nuestra escuadra, es decir, hacia el Trinidad, silueta inconfundible en la distancia. Pero antes de alcanzar nuestra altura, sobre las once y escasos minutos de aquel 14 de febrero, el primero de la línea, navío Culloden, abrió la caja de los truenos sobre el Atlante y, poco después, daba yo la orden de fuego a las cuatro baterías de mi buque contra el inglés, una vez desenvainada mi espada y elevada a los cielos. Y como no había llevado a cabo ejercicio de fuego real a bordo desde el día de embarco, me quebró el pulso el retumbo de setenta cañones al tiempo, como si se hubiese abierto la mar bajo mis pies y hubiese descendido a las más oscuras profundidades del infierno con fantástico estruendo.

Pero las líneas desfilaban entre sí a gran velocidad, como revista naval de Corte, con lo que las punterías se hacían esquivas y en movimiento permanente, pasando de un blanco a otro sin la necesaria tranquilidad. Creo que debió ser desde el segundo o el tercero de la columna enemiga, posiblemente el Prince George con sus 98 cañones, cuando recibimos una primera andanada en toda la cara, sembrando madera y sangre por nuestra cubierta sin cuadrar rincón en libertad. Como especial gracia del destino, una astilla se clavó entre los pies de Setum, sin que el africano mudara el semblante

una mota. Como siempre, el fiel africano se amadrinaba a mi sombra como una lapa, con la gumía y el pistolón dispuestos a regar muerte.

Con rapidez y en el momento oportuno, alcanzada la altura requerida, el almirante inglés ordenaba virar a sus buques por contramarcha^[101], para torcer la punta de la flecha y navegar en paralelo a nuestro cuerpo principal, envolviendo al grupo aislado. Por fortuna, los navíos Conde de Regla, San Fermín, San Francisco de Paula y Príncipe de Asturias habían virado por avante y dificultaban que los britanos ocuparan la posición buscada con comodidad. Una vez virados los cuatro primeros ingleses, los siguientes se toparon con los españoles citados, mereciendo cita especial la brillante maniobra llevada a cabo por el general Moreno y el brigadier Antonio de Escaño a bordo del Príncipe, batiendo cobre al tambor y desarbolando al Colossus, que no pasó a peor situación por el apoyo prestado con extrema rapidez desde el Orion, ese apoyo mutuo que tan bien realizan los britanos sin órdenes escritas o lanzadas al viento.

Por desgracia, el retraso no evitó que los ingleses siguieran a lo suyo y se mantuvieran las órdenes del almirante Jervis sin variación, intentando alcanzar a la línea española de los 16 navíos del cuerpo principal, aunque formando grupos desordenados, el más numeroso a retaguardia, y el del conde Morales de los Ríos a la cabeza. Era el momento, en mi opinión, de que nuestro general hubiese ordenado una caída franca a estribor de su línea para agruparse, lo que no llevó a cabo, según escuchaba de su boca, por el desorden general de nuestras unidades. Debo ser sincero y declarar que no me cuadraba la excusa.

Por fin, conforme dirigía la mirada hacia popa, se acercaba la línea britana a nosotros con buen ritmo, siguiendo el mismo orden establecido en la noche anterior, el Culloden a la cabeza, con quien brindara al fuego en la primera pasada. Creo que fue aquel el momento decisivo del combate, en el que el despropósito español se hizo general. Y digo esto en conciencia y con extremo pesar, porque el general Córdoba ordenó virar en redondo a toda la escuadra de forma simultánea, lo que no fue obedecido por nadie, y es difícil pensar que no pudieran observarse las señales de la capitana, a pesar de haber sido izadas en el palo mesana. Y ése fue el principio del fin, porque de haber sido cumplida la orden con la necesaria rapidez y exactitud, se podría haber jugado la partida de sangre con las mismas cartas o incluso a favor.

Poco después, el general Córdoba ordenaba que los navíos de cabeza en la línea tomaran el mismo bordo que el enemigo y atacaran su retaguardia por sotavento, con lo que se podría tomar al inglés entre dos fuegos. Pero aunque parezca difícil de creer, tampoco fue obedecida la orden, según algunos porque ya el humo de los disparos campeaba al tranco, por lo que se decidió a izar la señal de arribar toda la escuadra de forma simultánea. Y para colmar el vaso de los despropósitos, porque parece cuestión de enajenados o tribu de piratas, tampoco las unidades cumplían la orden a la que les urgía su general de forma apremiante, salvo alguna caída renqueante y a voz propia. Don José de Córdoba despoticaba con espumarajos por

boca torcida y el rostro en color violeta, mientras Cevallos quedaba al quite y dirigía la mirada hacia cubierta, impotente de madres. Por fin, se largaba otra señal más en la que se ordenaba acortar vela a los navíos de cabeza, así como arribar dos cuartas. La verdad es que tal orden debía ser innecesaria, porque la acción se marcaba con claridad a los vientos y cada general o comandante poseía suficiente experiencia para saber lo que era necesario llevar a cabo en aquel momento, sin orden ni indicación alguna, con un grupo de seis buques, entre ellos el Trinidad y capitana, a punto de quedar enrejado por los británicos en clamorosa inferioridad. Pero fiel a nuestra maléfica costumbre, todo se fiaba a las órdenes del general, fuesen vistas entre el humo o no, obedecidas o no, cuando la iniciativa y arrojo personal debía volar por encima de las nubes y a un largo.

Quien sí lo vio con meridiana claridad para desgracia de nuestra escuadra fue el comodoro Nelson, y no era don Horacio de los que preguntaba para tomar acción propia. Al observar la última señal española, viró en redondo con el navío Captain para pasar con evidente peligro entre los compañeros Excellent y Diadem, arrumbando por derecho sobre los cuatro navíos españoles que rodeaban al insignia. Y es de reconocer que el comodoro inglés incumplía al ciento la orden de su almirante, de atacar al llegar a la posición. Pero su osadía y decisión lo diferenciaban del resto, aunque lo habría sufrido a sangre y muerte si no hubiese sido apoyado de inmediato por el Culloden y el tres puentes Blenheim, a los que se unieron dos más con rapidez. Ya se sabe que cuando se lleva a cabo una clara desobediencia en la guerra, si se alcanza el triunfo se recibe corona de laurel, aunque en caso contrario espera el pelotón de fusilamiento, al menos en la Royal Navy.

Vi la llegada del comodoro y ordené abrir fuego sobre él a son de trompeta y redoble de tambor, un castigo de orden que barría su cubierta a sangre y lo desarmaba del trinquete en pocos minutos como el zarpazo de un león, lo que me hizo sentir una gran alegría. Volví a observar la figura del comodoro en el alcázar con claridad, una repetición en el tiempo, con su pelo desgreñado al viento y hablando escasas palabras con su comandante, como oficial que departe con extrema cortesía en recepción galana. Pero ya se cerraban sobre mí otros tres navíos más, con lo que la muerte comenzó a barrernos con su guadaña negra de proa a popa y sin descanso. Dos marineros a la rueda del timón caían reventados y sin piernas al tiempo, mientras el guardiamarina Trujillo sangraba a chorro por el muslo y debía ser trasladado bajo cubierta, siendo reemplazado por el de su mismo empleo Joaquín Entrambasaguas. Pero eso era lo que mi visión alcanzaba en corto, porque bajo cubierta se escuchaban ya los coros de lamentos, petición de cuidados y el estruendo de los proyectiles al chocar contra nuestro buque se hacía melodía común. Para mi fortuna, una bala de fusil me arrancó un dedo... de la mano izquierda, la de madera.

—Deberé tallarle una nueva, señor —entró Setum en media chanza, mientras intentaba encontrar el trozo desprendido por la cubierta—. De momento, no creo que sea necesaria la presencia del sangrador.

—Encuentra la pieza tronchada, que no me gustaría cambiar estas ricas maderas tropicales, ajustadas a mi cuerpo como si fuera maniobra llevada a cabo desde el nacimiento.

—Debería retranquearse un poco hacia popa, señor, y no exponerse en exceso como blanco tan fácil —Setum pasaba a la mayor seriedad—. Esos malditos britanos disparan desde las cofas a las casacas como blanco principal.

—Mi sitio es éste y lo sabes. Además, si sale la bala cargada con mi nombre, la sacarás después con tus especiales artimañas.

—No me gusta mucho el pastel, señor. Nos baten a muerte y al tiempo cuatro buques. Demasiados cañones y fusiles.

—Ya lo sé. Será difícil salir de ésta.

Aunque atento en vela y cañón a mi buque como primera y principal atención, que sufría un castigo terrorífico, especialmente por el costado de estribor, y ya me saben poco exagerador de situaciones, también escuchaba las palabras de don José de Córdoba a su mayor general. Sentí pena hacia aquel hombre, valiente y aguerrido sin discusión, pero blando de carácter hasta el punto de no ser obedecido por sus generales y comandantes como norma general. Pero ya se sabe que si una primera decisión del mando es discutida al alba, las demás pasan por cubierta baja y quedan al desgaire hasta la noche. Por esa razón, el general se decidió por una última orden, que tampoco era de todo punto necesaria: Ataque general al enemigo. Que cada navío empeñe combate en cuanto pueda.

Aunque sea difícil de creer en buques de la Real Armada, si esta última orden, que debía andar como convicción en los corazones de todos los hombres, hubiese sido cumplida por sus generales y comandantes al completo y con la necesaria decisión, el resultado del combate podía haber sido bien distinto. Porque unos hincaron el diente, como el general Moreno que, sin necesidad de atender a las banderas del general, arrumbaba como un león en auxilio de la capitana, aunque no pudiese cortar la línea enemiga y debiese virar para extender la bordada, lo que retrasó sus movimientos. Mientras tanto, otros daban la blanda con descaro, entre los que era de destacar la división del general conde Morales de los Ríos, que seguía navegando en vanguardia como si se tratara de buque neutral en la batalla, alegando posteriormente que el humo le impedía observar las señales del insignia. ¡Cómo si la simple visión de la acción entablada no fuera motivo suficiente para avivar su corazón en la línea adecuada, y virar hacia la capitana para prestar el necesario apoyo! Porque hasta un ciego habría comprendido que los navíos Mexicano, Salvador, San José, San Nicolás, San Isidro y Santísima Trinidad recibían el fuego y el empuje de toda la escuadra británica.

La verdad es que el plan del almirante Jervis funcionaba al ciento de sus posibilidades, mientras por nuestra parte unos pocos nada más jugamos el envite a muerte y sangre. Llegó un momento en el que mi buque se vio batido por cuatro navíos al tiempo y a distancia de tiro de pistola, uno de ellos de tres puentes, el

Excellent, así como los Blenheim, Orion e Irresistible, al punto de romper brazas y abrir fuego a las dos bandas, aunque bajara el ritmo en consecuencia. Pero recibíamos balas, palanqueta, metralla y disparos de fusilería por todos los vientos, costados, amuras y aletas, llegando un momento en que no era posible distinguir el rumbo, trapo, palos ni artillería, con el humo de los cañonazos prendido en el aire como niebla de cerrazón. Jamás pude pensar, ni en la más negra de las pesadillas, que un buque pudiera recibir tamaño castigo sin llenar de sangre la superficie de la mar y bajar a los fondos del océano como escandallo en libertad. Pero el Trinidad era un coloso y, al mismo tiempo, una catedral de muy difícil derribo.

Caían tantos hombres sin vida, especialmente por los astillazos y el castigo de fusilería desde las cofas, que los muertos eran dejados en su puesto, arrinconados para que no impidieran el paso franco de los demás. Los partes de desperfectos se acumulaban en mis oídos como sinfonía empañada, porque se producían en rápida sucesión las faltas de la ostaga del velacho, escota y palanquines del trinquete, bolinas y boliches de casi todas las velas, bozas de la verga seca, escotines de sotavento de sobremesana y juanete mayor, destrozo en palos, vergas y masteleros, así como la falta de tres obenques mayores y dos brandales que me hacían elevar la mirada a los cielos con angustia, esperando escuchar el quebranto definitivo de los palos en cualquier momento. Se demostraba una vez más, por desgracia, la tremenda eficacia de las carronadas britanas en combates cercanos, así como el elevado número de fusileros en comparación a los empleados en nuestros buques, aunque hubiéramos embarcado cerca de mil hombres del Ejército días antes de la salida de Cartagena.

En cuanto a los efectos de maniobra, tuve que reconocer como ciertos los auspicios y opiniones de tantos compañeros, porque el Trinidad se mostraba remolón en exceso a la rueda, con clara propensión a caer a sotavento y tardo en las maniobras como una vaca panzuda, especialmente con viento encastrado al bufón como era el caso, al punto de ceñirme el pulso en abierta impaciencia. Y conforme disminuía su superficie vélica por efecto del fuego enemigo, los factores negativos se multiplicaban, hasta acabar por dejarlo como una triste boya flotando sobre las aguas. Pero para deprimir el ánimo del santo patrón en blanco, pude comprobar con cierta desesperación que los disparos del cuatro puentes, del coloso de los mares, eran en gran parte inútiles. Aunque hubiese rebajado desde el principio el trapo en conveniencia, para poder utilizar la mayor parte del armamento, rendíamos en tan alto grado y escorábamos tan arriba, que solo pudieron manejarse los cañones de las cabezas de la primera batería, y en ésta como en las otras era tanta la inclinación de las cubiertas que, sacadas las cuñas de los cañones hasta tocar los batiportes^[102] altos, comprobábamos con extremo pesar cómo una importante proporción de los piques se producían sobre las aguas.

Pero la salsa de muerte continuaba a un largo. Entre balas de mosquetería y astillazos rondando a miles, como poblado de abejorros a mi alrededor, de los que sólo un conjuro de hada madrina pudo salvarme, pasaba el tiempo aunque fuera éste

un factor sin mayor importancia. Puedo jurar por los antepasados Leñanza que mis hombres luchaban a conciencia y machamartillo, con los buques a medio tiro de pistola, sin importar ya otra cosa que matar o morir. Vi a muchos caer en racimo, con miembros perdidos o al desgaire, peticiones elevadas al cielo o blasfemias de dolor, mientras se teñía de un rojo negruzco la cubierta, el color de la gloria cuando ésta se merece. Y si tenemos en cuenta que la fama de los artilleros ingleses está más que justificada, así como la calidad de sus piezas, es fácil deducir que, con la pena prendida en el corazón, comprobaba cómo mi barco se encontraba poco a poco destrozado de palos, trapo y dotación. Fue el momento más duro, porque además el segundo estimaba una cifra de doscientas bajas a bordo, aunque siguiéramos disparando con la artillería disponible, que cada vez era menor.

Pero todavía debía llegar el trago más amargo y con garganta ajustada en gorguera estrecha. Como una voz llegada en sordina desde la lejanía, escuché las palabras del general Córdoba a pocos pasos de mí.

—Leñanza, reúna junta de oficiales para enjuiciar la rendición de su buque con mi mayoría general. Se está batiendo como un jabato, pero alcanza las trescientas bajas a bordo y no tiene cabo, verga ni palo por rendir. Además, y según acabo de escuchar a su contramaestre, supera las 18 pulgadas de agua sobre cuaderna.

Sabía que era cierto lo que decía y mucho más. Porque ya solo disponíamos de una bomba de achique, el palo mayor, con más de veinte balazos en mordaza, se sostenía en pie por medio de un solitario obenque, mientras el mesana había quedado tronzado al bies. Y en cuanto a las velas de proa, apenas las divisaba, pero las noticias corridas eran más negras que el infierno y de desastre en proporción. Sin embargo, era momento de abrir el cuerpo, que las ocasiones de gloria y luto han de encararse con valentía.

—Aunque con cientos de balazos, señor, la vela del trinquete da avante todavía. Y la verga mayor —dirigí la mirada hacia ella con temor, aunque el humo de los disparos dificultaba la visión— se sostiene sobre las bozas de cadena. Con eso y los pedazos sueltos del velacho y la gavia, intento arribar para meter la proa y quedar a tocapanoles contra ese navío maldito que nos acribilla a metralla —señalé al Excellent, que también mostraba heridas de muerte en sus costros.

Cuando estas palabras decía, más con las tripas y el corazón que con la cabeza, escuchamos cómo se desplomaba el mastelero de gavia, con su vela caída a barlofuego^[103] y tapando gran parte de los cañones a utilizar, que ya no eran demasiados. Daba las órdenes con la bocina para despejar las baterías, o lo que de ellas quedaba, mientras continuábamos recibiendo un fuego terrible, como si todas las escuadras inglesas del mundo se hubieran concentrado contra el mastodonte más artillado de los mares, el orgullo de la Real Armada, deseando la muerte definitiva de esa magnífica catedral flotante. Por fin, el general Córdoba, que no se había apartado un segundo del puesto de combate y abría el pecho hacia el enemigo, tocado también por el dedo de la suerte mientras caían muchos hombres a nuestro alrededor, me tomó

del brazo.

—Mande arriar la bandera, Leñanza. Se lo ordeno y asumo la responsabilidad, una vez escuchados a los oficiales de la mayoría y los suyos presentes.

Sabía que tenía razón el general, aunque esa pregunta a los oficiales era un recurso habitual para cubrir el expediente, según rezan las ordenanzas. Porque aunque dubitativo, cohibido y sin ese don especial que han de mostrar los comandantes de escuadra sobre sus hombres, era don José de Córdoba un hombre valiente como el que más, cuestión que siempre defendí, y de los que no rehuían el combate a muerte ni ocultaban el cuerpo al abrigo de la timonera. Pero para mi sorpresa, cuando dirigí la mirada hacia popa pude comprobar que ninguna bandera mostraba nuestro pabellón, posiblemente tronchada su driza por uno de los mil balazos recibidos. Pregunté al segundo con voz ronca y humor encarado en negro, que acudía en ese momento desde proa con una ligera herida en su brazo.

—¿Y el guardiamarina Cailler, de guardia en la bandera?

—Fue herido en el pecho, señor, aunque no de especial gravedad, y trasladado a la enfermería.

—Debía haber informado a mi persona y pedir reemplazo de la guardia de bandera. Recuerde que deberá ser amonestado con gravedad.

—Sí, señor —el segundo me miró con cierto gesto de pena y comprensión, que sabía por donde volaba el trapo negro.

Pero como el castigo que recibía el Trinidad continuaba a sangre partida, con aumento de muertes, lamentos y destrozos, como si los britanos no hubiesen comprendido nuestro cese del fuego, un joven oficial de la mayoría tuvo la degradante y vergonzosa idea de ondear bandera británica en una de las pocas drizas disponibles, consumando la rendición por el camino más indigno, seis horas después de combatir sin un segundo de pausa. Y ya pueden imaginar mi reacción interior, dispuesto a tronchar el brazo de aquel desgraciado con mi espada, cuando nos llegó la primera brisa a favor. Porque como especial dádiva del destino, que adjudiqué de inmediato a la personal intercesión de Nuestra Señora de Valdelagua, en ese mismo instante, cuando el inglés se disponía a pisar la cubierta de mi buque y tomar posesión de la presa más codiciada, mientras maldecía aquella vergonzosa idea de izar bandera britana y soportaba uno de los peores tragos que debí sufrir a lo largo de mi carrera, el capitán de fragata Piedrola tocaba mi brazo con insistencia, para indicarme con su mano la imagen que se abría por nuestra aleta de estribor.

Bien saben los cielos que pocas veces en mi vida sentí rumor de tanta gloria por las venas, como cuando pude comprobar que los navíos Infante don Pelayo y San Pablo, retrasados por la mañana a la orden del general, arribaban sobre nosotros en auxilio de orden con todo su aparejo largado a los vientos y derramando pólvora caliente como endemoniados por ambas bandas. Para redondear la tarta, un poco más atrás también se observaban las siluetas del Conde de Regla y Príncipe de Asturias con las mismas intenciones. No lo dudé un momento.

—¡Segundo! Que arríen de un plumazo esa puta bandera y se icle nuestro pabellón sin pérdida de tiempo, aunque sea a mano y con pértiga alzada. Y que abran fuego los cañones que todavía se encuentren en disposición de hacerlo, por mucho que se prenda alguna lona.

La verdad es que la llegada de los bravos comandantes Cayetano Valdés e Hidalgo de Cisneros me llegó al alma cual láudano en trance de dolor.

Y como ya no disponíamos de drizas a bordo para envergar banderas de señales, don José de Córdoba pasaba la orden a la voz y por bocina al general Moreno, valiente donde los haya a bordo del Príncipe, que mandaba el no menos ardoroso don Antonio de Escaño, para que ordenara a la fuerza recomponer la línea de combate mura a babor y restablecerla en lo posible. Además y por fin, el general conde Morales de los Ríos, con Pecas sufriendo a su lado, se decidía a virar para dirigirse hacia el Trinidad, una acción que debía haber llevado a cabo horas antes.

Pero centrado en la actividad de mi buque, no les he narrado los sucesos, muy tristes, del resto de la escuadra, o mejor debería decir la escasa parte de ella que entró en combate de verdad y por cuernos. El comodoro Nelson, tras su arriesgada maniobra y con su buque completamente destrozado de aparejo por el fuego recibido, sin capacidad para gobernar, con el Blenheim por la proa y el desarmado Culloden a popa, consiguió acercarse a 20 yardas del San Nicolás. Por desgracia, este navío, tras sufrir un castigo terrible, acababa de ser abordado por un hermano, el tres puentes San José, minutos antes. El abordaje, además de dismantelar ambos aparejos, imposibilitaba continuar el uso de los cañones, al caer las velas a las bandas y necesitar su despeje para no originar un inmediato incendio.

Nelson disparó a quemarropa contra el navío español, que respondió en cuerdas de honor aunque ya gran parte de su artillería se encontrara inutilizada. Pero el osado britano, a base de garfios y empuje, lo abordó por la aleta de estribor, y encabezando personalmente un trozo de abordaje compuesto por 70 soldados de infantería de marina y marinería de su buque, pasaba a bordo del San Nicolás a través de la galería de popa, destrozada en el combate. Tras barrer a muerte a los artilleros allí instalados y una corta lucha en la cubierta del alcázar, el navío español se rendía mientras su comandante, el brigadier don Tomás Geraldino, agonizaba en el alcázar. Según me narró sobre esta particular acción con posterioridad, el sargento graduado de alférez de fragata don Juan de Aguilar, destinado a su lado, sus últimas palabras antes de expirar fueron las siguientes: ¡Fuego, hagan fuego hijos míos y no se rindan! ¡Misericordia, Dios mío, misericordia! También me comentó que un granadero de la tercera compañía del noveno batallón de Marina llamado Martín Álvarez, de servicio en la toldilla al lado de la bandera en el momento del abordaje de Nelson, atravesó el pecho de un teniente inglés con su sable, y tal fue el ímpetu de su embestida, que llegó a clavar la punta que sobresalía por la espalda del casacón en el mamparo continuo. Y cuando intentaba desasir el arma para encarar al comodoro, cayeron sobre él varios enemigos, que lo dejaron malherido en la cabeza. Consiguió, no

obstante, alzarse y recuperar su arma, para pasar al alcázar y seguir combatiendo, hasta ser herido de nuevo y caer sin vida sobre la cubierta.

Pero no contento con este apresamiento, Nelson observó al navío San José, trabado a babor por vergas y jarcias con el San Nicolás y desmantelado al tiempo, con las velas y aparejos todavía caídos en los costados. La verdad es que ambos se encontraban tan castigados como todos los de aquel grupo enredado en la sinfonía de la muerte. Sin pensarlo dos veces, don Horacio pidió refuerzos a su buque, para transbordar por la regala^[104] al nuevo navío, al estilo de don Antonio Barceló en los jabeques, y apresarlo también en un golpe de mano más parecido a un combate de guerrilla terrestre.

El jefe de escuadra que izaba su insignia en el San José, el valiente don Francisco Javier Winthuysen, mutilado por un balazo a bordo de la fragata Leocadia en 1781, había muerto poco antes, despedazado su cuerpo por otra bala britana. Al llegar Nelson al alcázar y descubrir el cadáver del jefe de escuadra, con el tronco destrozado y la espada desenvainada todavía aferrada por su mano con la fuerza que la muerte otorga, no quiso recoger el arma del vencido, disponiendo que se remitiese a su familia. De esta forma, el comodoro inglés, con su buque desarbolado y gran cantidad de bajas a bordo, acababa de rendir a dos navíos españoles, uno de ellos de tres puentes y 112 cañones, en los que, como dato significativo, habían perecido 19 oficiales, así como 250 marineros y soldados.

Pero no acababan aquí las desgracias y pérdidas para nuestra escuadra. Pocos minutos después, aclarada en mediano silencio y sin humo la situación, tuve conocimiento de que, entre el grupo de buques acosados en cerco durante horas por los ingleses, también se habían cobrado dos presas más. El de dos puentes San Isidro, con su comandante el capitán de navío don Teodoro Argumosa herido de gravedad, había sido apresado a dentelladas por el Excellent, bajo el mando de Cuthbert Collingwood. Y también caía el tres puentes Salvador del Mundo, atacado por los navíos Irresistible, Diadem y Barfleur, donde perdía la vida su comandante, el brigadier don Antonio de Yepes.

La providencial llegada de los dos navíos de refresco a la escena, Pelayo y San Pablo, que ya disparaban sus cañones aunque se encontraran fuera de la distancia efectiva de fuego, así como la visión cercana de los Príncipe de Asturias, Conde de Regla, Paula y San Fermín, conducidos por el valiente general Moreno que dirigía su proa sin dudarle donde debía, no sólo salvaron al Trinidad, sino que puso al enemigo en retirada, una vez comprobado por el almirante Jervis que, además, la vanguardia del conde de Morales comenzaba, ¡por fin!, a virar. En aquel momento, el fiel cronista marcaba en su cuaderno las cuatro y treinta minutos de la tarde, lo que significaba que el combate se había extendido a lo largo de cinco horas largas, muy largas aunque los que se encuentran metidos en vereda de fuego apenas lo sientan, porque no les miento si aseguro que, en verdad, me pareció un suspiro. De esta forma, los ingleses arribaron con rapidez, abrigando en copo a sus cuatro codiciadas

presas que fueron tomadas a remolque por las fragatas, así como a los navíos dañados en el combate, especialmente el Captain del comodoro Nelson, incapaz de envergar una vela.

Se dio por finalizada la acción, como si se hubiera bajado el telón de un acto teatral. No obstante, he de reconocer que, en mi interior, no conseguía dominar un sentimiento desbocado de rabia, ese rumor contenido en las tripas a lo largo de muchas horas. Porque, después de tanta sangre y vidas perdidas, el triste y negro resumen era poco honroso para nuestras armas, y juro por Dios que no repetiría estas palabras en público ni arrancadas al fuego. Los bátanos, con quince navíos solamente, enfrentados a una poderosa escuadra española de 24, maniobrando con pericia y combatiendo con extrema osadía, nos habían apresado a cuatro, dos de ellos de tres puentes.

Para desgracia de mi orgullo personal, era consciente de que acababa de tomar parte en lo que, estaba seguro, pasaría a la historia como una de las páginas más ignominiosas de la Real Armada, esa Institución a la que quería más que a mi propia vida. Por esa razón, al observar a los buques que llegaban a nuestra altura en flor de cuño, como rosas sin hoja tronchada, deseaba que continuaran la lucha, que persiguieran a los buques apresados con la lentitud que el remolque impone. Y no me quedé en los pensamientos tan sólo, que así se lo sugerí al general por las claras y en derechura. Sin embargo, don José de Córdoba, agotado de cuerpo y alma hasta la sentina, tras mirarme por primera vez con especial cariño, como un padre al hijo que no se ve en muchos años, me contestó en tono lastimero.

—Es momento de restañar las heridas y rezar por los muertos, Leñanza. Y que Dios le otorgue suerte suficiente para no perder su buque.

Fue entonces cuando, con la debida serenidad y detenimiento, fijé la vista en el navío Santísima Trinidad bajo mi mando, aunque tan sólo veía un amasijo de palos, vergas, velas y aparejos, sangre derramada en cubierta que acababa por ser vertida a la mar y muchos cuerpos dados por muertos en su posición de combate. Por supuesto que debía ocuparme de mi buque sin pérdida de tiempo, aunque me reafirmaba en la opinión de que otros debían mantener el combate y el honor.

Buques de la escuadra española y sus mandos^[105]

Cuerpo fuerte de la escuadra

Primera columna, central

1. Navío Santísima Trinidad (130 cañones).

Teniente general don José de Córdoba.

Comte. general. Brigadier don Rafael Orozco. Comandante.

2. Navío Mexicano (112)

Jefe de escuadra don Pedro de Cárdenas

Brigadier don Francisco Herrera. Comandante.

3. Navío Soberano (74)

Brigadier don Juan Vicente Yáñez. Comandante.

4. Navío San Nicolás (80)

Brigadier don Tomás Geraldino. Comandante.

5. Navío San Isidro (74)

Capitán de navío don Teodoro Argumosa. Comandante.

6. Navío Salvador del Mundo (112) Brigadier don Antonio Yepes. Comandante.

7. Navío San Ildefonso (74)

Capitán de navío don Rafael Maeestre. Comandante.

Segunda columna. A la derecha de la central

8. Navío Purísima Concepción (112)

Teniente general conde Morales de los Ríos Brigadier don José de Escaño.
Comandante.

9. Navío Santo Domingo (60)

Capitán de navío don Manuel de Torres. Comandante.

10. Navío 10. Conquistador (74)

Capitán de navío don José Butler. Comandante.

11. Navío San Juan Nepomuceno (74)

Capitán de navío don Antonio Boneo. Comandante.

12. Navío San Genaro (74)

Capitán de navío don Agustín de Villavicencio. Comte.

Tercera columna. A la izquierda de la central

13. Navío Glorioso (74)

Capitán de navío don Juan Aguirre. Comandante.

14. Navío Atlante (74)

Capitán de navío don Gonzalo Vallejo. Comandante.

15. Navío Firme (74)

Capitán de navío don Bruno Ayala. Comandante.

16. Navío San José (112)

Jefe de escuadra don Francisco Javier Winthuysen.

Brigadier don Pedro de Pineda. Comandante.

A sotavento y vanguardia del cuerpo fuerte

19. Navío Príncipe de Asturias (112)

Teniente general don Juan Joaquín Moreno.

Brigadier don Antonio de Escaño. Comandante.

18. Navío Conde de Regla (112)

Jefe de escuadra conde de Amblimont

Brigadier don Jerónimo Bravo. Comandante.

17. Navío San Antonio (74)

Capitán de navío don Salvador Medina. Comandante.
20. Navío San Francisco de Paula (74)
Capitán de navío don José Ussel de Guimbarda. Comte.
21. Navío San Fermín (74)
Capitán de navío don José de Torres. Comandante.
22. Navío Oriente (74)
Capitán de navío don Juan Suárez. Comandante.

A barlovento y retaguardia del cuerpo fuerte

23. Navío Infante don Pelayo (74)
Capitán de navío don Cayetano Valdés. Comandante.
24. Navío San Pablo (74)
Brigadier don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Comte.

Fragatas. Convoy y buques menores

25. Fragata Santa Matilde (34)
Capitán de fragata don Manuel de Vitoria. Comandante.
26. Fragata Ceres (34)
Capitán de fragata don Ignacio Olaeta. Comandante.
27. Fragata Nuestra Señora de Atocha (34)
Capitán de fragata don Antonio Pareja. Comandante.
28. Fragata Paz (34)
Capitán de fragata don Santiago Irizarri. Comandante.
29. Fragata Perla (34)
Capitán de fragata don Francisco Moyua. Comandante.
30. Fragata Mercedes (34)
Capitán de fragata don José Vares. Comandante.
31. Fragata Diana (34)
Capitán de fragata don Juan José Várela. Comandante.
32. Fragata Santa Brígida (34)
Capitán de fragata don José González. Comandante.
33. Urca Asunción (28)
Teniente de navío don Manuel Díez de Herrera. Comte.
34. Urca Santa Justa (18)
Teniente de navío don Florencio Scals. Comandante.
35. Urca Santa Balbina (20)
Teniente de navío don Diego Ochandía. Comandante.
36. Urca Santa Paula (20)
Teniente de navío don José Elexaga. Comandante.
37. Bergantín Vigilante (12)
Teniente de navío don José de Córdoba. Comandante.

Buques de la escuadra británica y sus mandos

1. Navío Culloden (74)
Capitán de navío Thomas Troubridge. Comandante.
2. Navío Blenheim (98)
Capitán de navío Thomas Lenox Frederick. Comandante.
3. Navío Prince George (98)
Contralmirante William Parker.
Capitán de navío John Irwin. Comandante.
4. Navío Orion (74)
Capitán de navío Sir James Saumarez
5. Navío Colossus (74)
Capitán de navío George Murray. Comandante.
6. Navío Irresistible (74)
Capitán de navío George Martin. Comandante.
7. Navío Victory (100)
Almirante Sir John Jervis. Comandante general.
Capitán de navío Robert Calder. Jefe del Estado Mayor.
Capitán de navío George Grey. Comandante.
8. Navío Egmont (74)
Capitán de navío John Sutton. Comandante.
9. Navío Goliath (74)
Capitán de navío Sir Charles H. Knowles. Comandante.
10. Navío Barfleur (98)
Vicealmirante William Waldegrave.
Capitán de navío James Richard Dacres. Comandante.
11. Navío Britannia (100)
Vicealmirante Charles Thompson.
Capitán de navío Thomas Foley. Comandante.
12. Navío Namur (90)
Capitán de navío James Hawkins Whitshed. Comandante.
13. Navío Captain (74)
Comodoro Horacio Nelson.
Capitán de navío Ralph Willet Millar. Comandante.
14. Navío Diadem (68)
Capitán de navío George Henry Towry. Comandante.
15. Navío Excellent (74)
Capitán de navío Cuthbert Collingwood. Comandante.
16. Fragata Minerve (38)
Capitán de navío George Cockburn. Comandante.
17. Fragata Lively (32)

Capitán de navío Lord Garlies. Comandante.

18. Fragata Níger (32)

Capitán de navío Edward James Foote. Comandante.

19. Fragata Southampton (32)

Capitán de navío James Macnamara. Comandante.

20. Balandra Bonne Citoyenne (22)

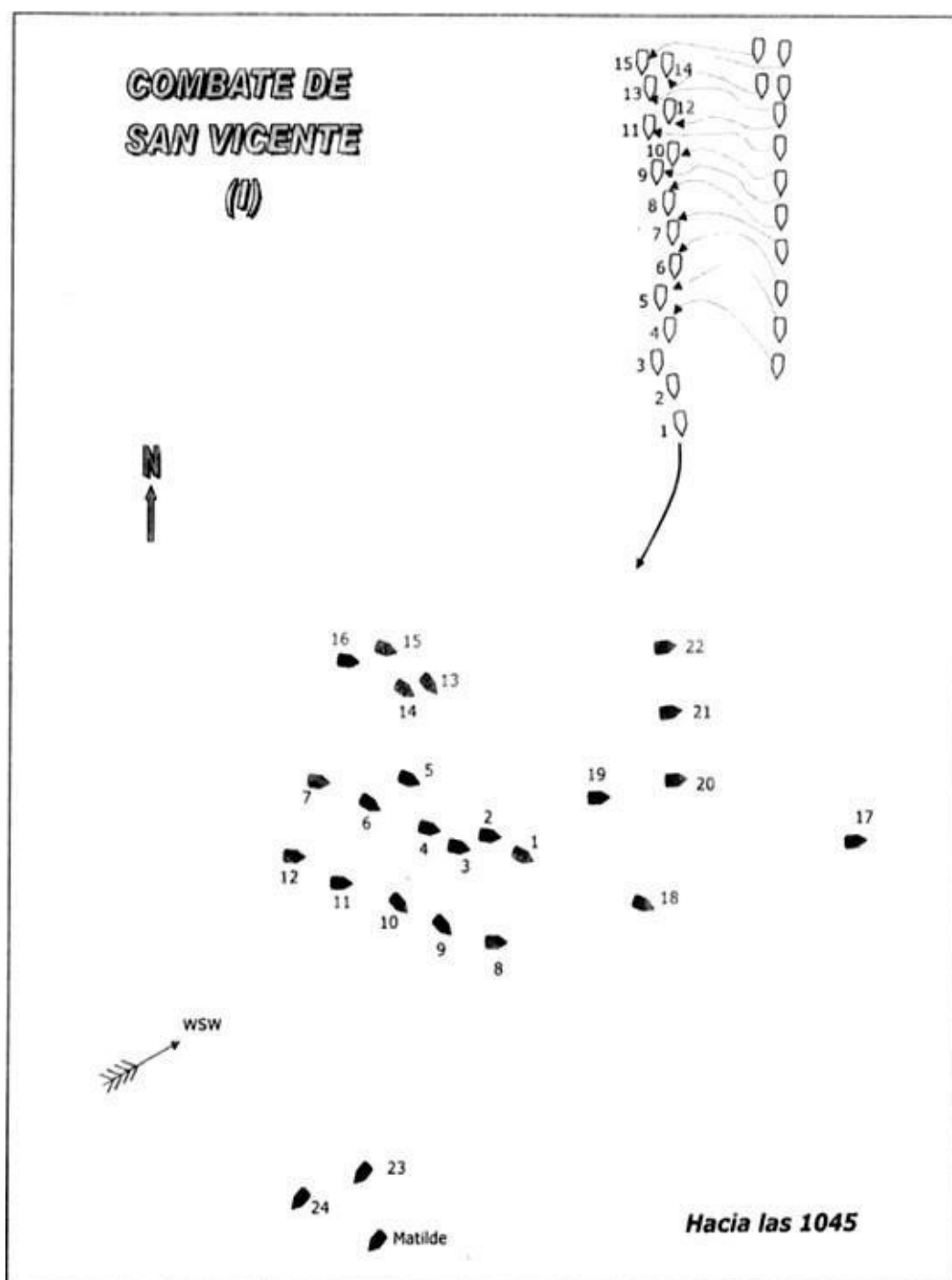
Capitán de fragata Charles Lindsay. Comandante.

21. Balandra Raven (20)

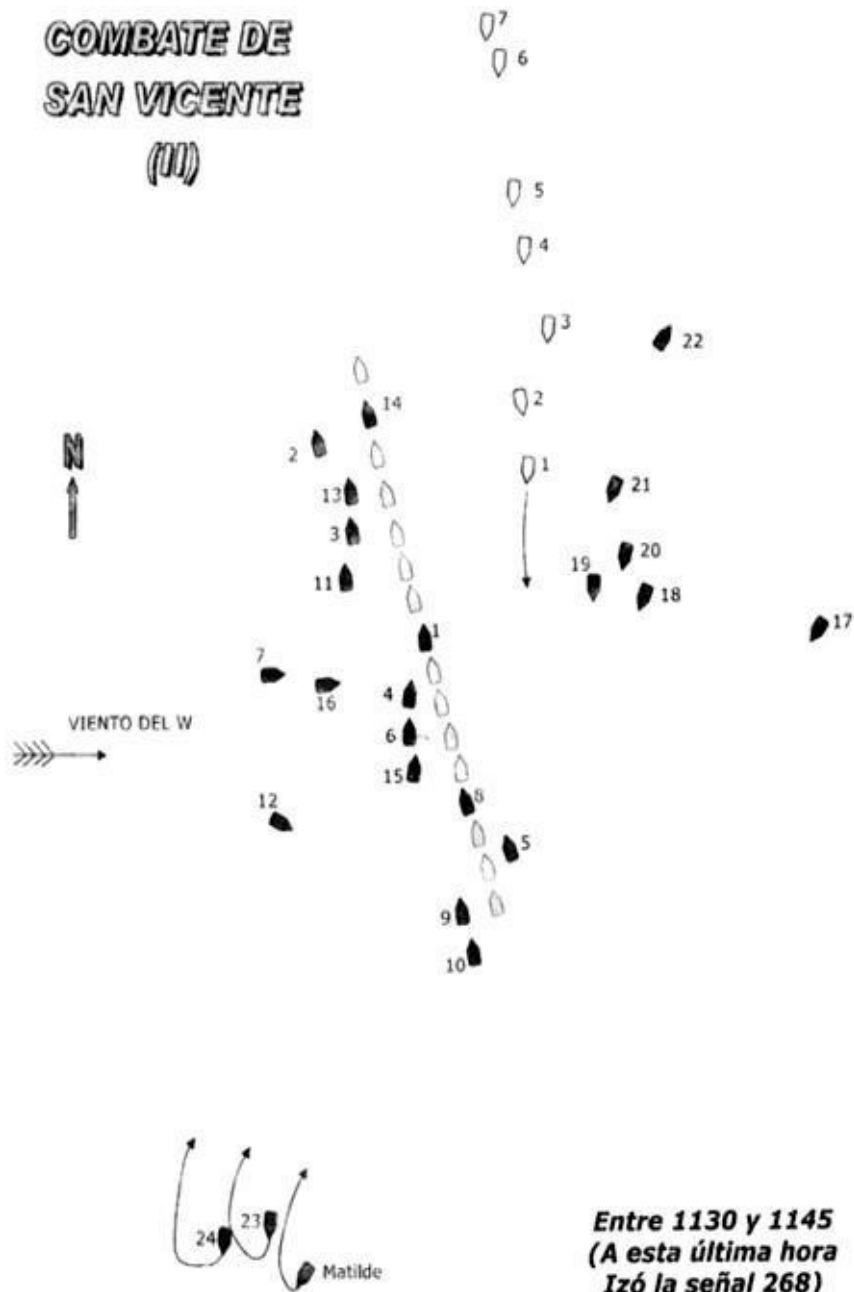
Capitán de fragata William Prowse. Comandante.

22. Cúter Fox (12)

Teniente de navío John Gibson. Comandante.

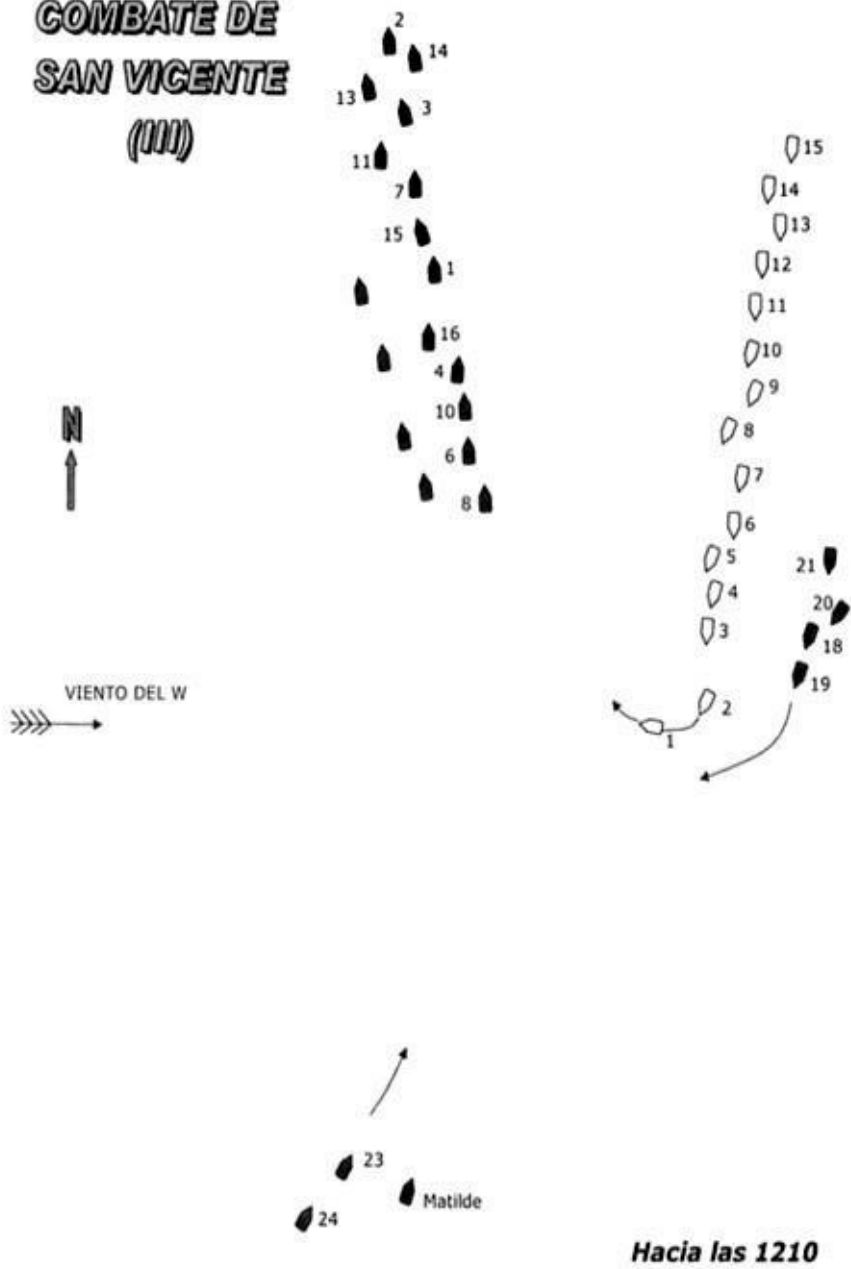


COMBATE DE SAN VICENTE (II)

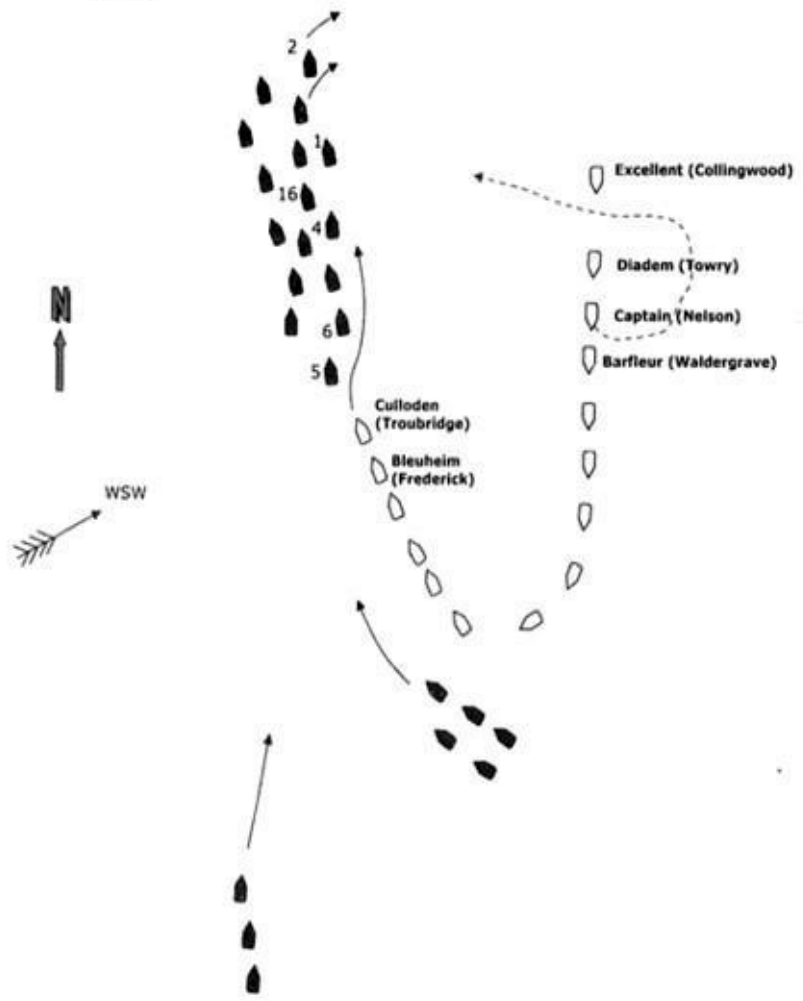


**Entre 1130 y 1145
(A esta última hora
Izó la señal 268)**

COMBATE DE SAN VICENTE (III)

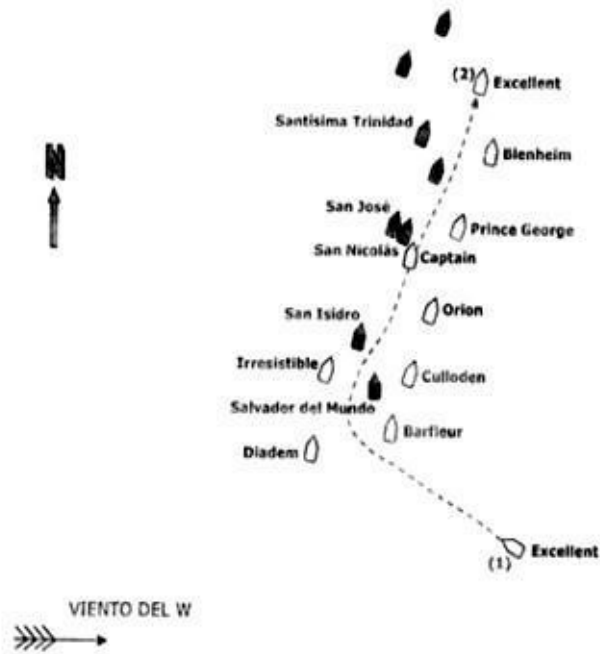


COMBATE DE SAN VICENTE (IV)



A 1300
(Inicio de la maniobra
De Nelson)

COMBATE DE SAN VICENTE (V)



*El centro
hacia 1530*

19. Ocasión perdida

Cuando cesó el fuego y las escuadras abrieron distancias, pareció entablarse el silencio mas profundo y contundente que jamás percibí sobre las aguas, como si la tierra hubiese dejado de girar sobre el sol, o la vida humana se detuviera en el mundo por orden de quien gobierna la noche y el día. Y para mis adentros que los dioses de la mar, estupefactos tras el sangriento combate, deseaban que pudiese comprobar la magnitud del desastre amparado en mi buque con el necesario sosiego y recogimiento. Porque, en verdad, la visión del navío Santísima Trinidad, el coloso de los mares, era para calar venas a la baja del marino más bragado. No había dirección posible a la que dirigir la vista, donde no apareciera el destrozo en su mayor amplitud, un conjunto de faltas y estragos cuya relación se haría interminable. Pero no era momento de cebarse en las desgracias, sino arrimar el lomo a la yunta por escalones de importancia.

Antes de comenzar a trazar los rumbos de urgente actuación y la necesaria discusión con mis oficiales, me atacó el comandante general, acompañado de su mayor general. Don José de Córdoba me hablaba con afecto y tono de voz tendido a la baja.

—Intente salvar su buque para el Rey, Leñanza. Sé muy bien que si alguien es capaz de conseguirlo, ése es usted. ¿Hace mucha agua?

—Según el último parte, tinas 37 pulgadas por hora, señor. Pero ya andan los carpinteros útiles, que no son muchos, con los tapabalazos^[106] en el callejón de combate, porque son más de 60 los disparos que aparecen a la lumbre del agua con entradas.

—Si me permite una recomendación, debería picar el palo mayor, porque más desgracia que provecho puede agenciarle, baleado a pontón como se encuentra. Pero, bueno, ya obrará usted con la necesaria cordura, que entra en su responsabilidad. Es mi intención transbordar a la fragata Diana con el personal de mi mayoría general en cuanto sea posible. Pienso volver a trabar combate con el inglés esta misma noche o mañana al alba, con objeto de recuperar las presas, como mal menor. En ese caso, la conservación del Trinidad con el resto de la escuadra sería arriesgada y presentaría una rémora y un obstáculo a nuestros movimientos. Debería perderse con la oscuridad que la noche ofrece, si es posible mover esta boya flotante en alguna dirección. Dejaré a la fragata Mercedes para que le apoye en lo necesario, incluso con la posibilidad de ofrecerle remolque, si ve que no es capaz de hacer andar a este elefante con vela propia. Y si llega a sufrir el peor de los momentos, ampare a sus hombres como merecen en la fragata.

—Muy bien, señor. Intentaremos armar bandolas^[107] con la mayor celeridad, aunque todavía no estoy seguro del camino a seguir. Este viento nos puede beneficiar si se mantiene en cuerdas y podría atracarme a la costa durante la noche, alejándome

de la escuadra inglesa. Pero es pronto para aventurar cualquier posible acción.

—Que nuestra Señora del Rosario le acompañe y ofrezca ventura, que falta le hará. Su buque se ha batido contra media escuadra britana y puede estar orgulloso de sus hombres, lo que así reflejaré como merece en el parte oportuno a rendir. Por desgracia, de todos es conocida la fuerte limitación de este gran navío en maniobra y empleo artillero, aunque logró sacar el máximo partido. Después de todo, ha sido un éxito que el buque insignia no fuera apresado por los britanos, lo que habría aumentado nuestra vergüenza hasta una cota muy negra —el tono de voz del general expresaba una profunda resignación, cercano al llanto, como si hubiese perdido al hijo más querido—. Suerte en la empresa.

—No se preocupe, señor. Salvaremos el Trinidad y lo marinaré hasta Cádiz, aunque deba dejarme los riñones en el empeño.

Don José de Córdoba me ofreció un inesperado abrazo, como si se tratara de una despedida definitiva. Noté su embargo y emoción en el pecho, lo que también elevó mi corazón a la borda de la tristeza. Es cierto que nada pude reprocharle en los adentros al general, en cuanto al trato personal ofrecido a mi persona en todo momento, pero no por eso puedo cambiar la opinión sobre otros aspectos de importancia, que de forma tan negativa influyeron en el desarrollo y resultado del combate.

Se dieron a la voz las órdenes del comandante general, porque no andaban las drizas de mi buque para efectos de colores y juegos de señales. Eran las siete de la tarde cuando don José de Córdoba transbordaba a la fragata Diana con su estado mayor, en dos falúas proporcionadas por otros navíos de la escuadra. Me permití un último detalle al rendirle los honores de ordenanza, aunque se tratara de un grupo de desarrapados y heridos saludando la insignia que abandonaba la capitana. Pero siempre defendí la opinión de que no se deben perder las reglas de nuestro ceremonial ni en casos de muerte cercana.

El general comisionó a las fragatas Santa Matilde, Nuestra Señora de la Paz, Ceres y Perla para que comunicaran la muda de la insignia a lo largo de la línea, al tiempo que se ordenaba mantener la última orden de formación, una frase que me hizo sonreír de tristeza. Por su parte, las unidades que habían recibido daños durante las acciones, debían reparar las averías necesarias en lo posible con la mayor actividad, para retomar el combate en la próxima mañana. Ya ese primer retraso lo achaqué a sencilla dejadez, que si nosotros recomponíamos los daños, también podría hacerlo el inglés, especialmente en los buques apresados. Pero, bueno, ya deben saber cómo se cocinaba el potaje en la perola del general.

Mientras yo andaba a lo mío en una experiencia solitaria y aislada, de la que mucho hay que narrar, la escuadra se mantenía formada en línea de batalla, esa situación perseguida sin éxito por el general durante tantas horas. Ordenó ponerse en facha por babor, amparados en el viento fresco de poniente, aunque rolara poco después al ONO. Y así se mantuvo durante toda la noche, con trabajo de pico y pala a

bordo de los buques más sufridos por el fuego britano. Pero ya saben, por mis experiencias contadas en anteriores cuadernillos, de lo que es capaz de rehabilitar y aderezar una buena dotación en escaso tiempo, componiendo en fortuna el aparejo más destrozado. En estas cuerdas se mantuvo la situación hasta las seis de la mañana del día 15, momento en el que el general ordenó virar por redondo y formar sobre la misma línea de bolina.

Antes de entrar en el detalle de mi especial y accidentado tornaviaje hacia el puerto de Cádiz, les expondré lo acaecido a la escuadra del general Córdoba, todavía con 19 navíos preparados para entrar en combate, de acuerdo a lo que con posterioridad me fue narrado por el capitán de fragata Cevallos, así como por mi buen amigo Pecas y otras noticias que me alcanzaron con el tiempo.

Una vez virada la escuadra y mantenida la formación con cierta regularidad, el general, a bordo de la Diana, preguntó a todas las unidades la situación efectiva de los diferentes navíos para batirse de nuevo contra el inglés. Y era de razón esta idea de volver a combatir, aunque ya se retrasara en el tiempo, porque la situación del almirante Jervis era poco apropiada a su gusto, con los buques apresados y otros propios en lastimoso estado de aparejo y guerra, trabajando sus hombres a machacante para poder navegar con ellos en libre y sin remolque. Era, desde luego, el momento ideal para nuestras fuerzas, sin esperar un solo minuto. Tanto es así que, como meses más tarde pude saber, la primera instrucción del almirante britano a su fuerza fue la de colocar cajones de estopa embreada, listos para darles fuego e incendiar los buques más destrozados, los cuatro apresados y el del comodoro Nelson, si eran atacados por los españoles. Estos ingleses, como siempre, muy pendientes de que el enemigo no aumentara una sola unidad a su favor.

Tras la virada, don José de Córdoba preguntó por señales a los comandantes de los navíos, la situación de mar y guerra en cada uno de ellos para batirse contra el inglés de inmediato. Y para mi sorpresa, al tener noticia de estos detalles, contestaron que no se hallaban en estado de llevar a cabo un segundo ataque los navíos Concepción, Mexicano y Soberano, dos de ellos de tres puentes. Por el contrario, confirmaban su plena disposición para batirse en cualquier momento los navíos de dos puentes Oriente, San Pablo, Pelayo y San Antonio. El resto, doce navíos, para nueva desesperación del comandante general, no contestaron a su pregunta o, por lo visto, no llegaron a comprender una vez más la señal. Don José de Córdoba, amadrinado a su normal indecisión, se mantenía a rumbo sur cuarta al sudoeste, la dirección por la que demoraba la fuerza enemiga en aquellos momentos.

De forma inexplicable en mi opinión, don José de Córdoba esperó hasta la tarde para reiterar la pregunta porque, según sus propias palabras, se mantenía sin comprender con exactitud la situación de sus buques, una expresión hartamente difícil de trasegar por boca en un general de mar con insignia. Y en mi modesta opinión, avalada con la experiencia de muchos años de mar y guerra, no era propio de quien manda escuadra tal actitud, sino la de ordenar lo que considerara conveniente para el

mayor beneficio de las armas propias. En cuanto a la posibilidad de contar con los navíos para el combate, sabía que de las 1480 bajas anunciadas por su escuadra entre muertos y heridos, 1319 correspondían a los cinco navíos que se habían batido casi en solitario con la escuadra britana, con lo que el resto no podía encontrarse en muy mal estado y, por supuesto, con maderas y ferros suficientes para entrar en combate a escotillón de sirena. Córdoba debería haberse preguntado, por el contrario, cómo se encontraban los buques del almirante Jervis, y si éste habría largado esa señal inquisitiva a sus comandantes.

Una vez reiterada la pregunta a las dos de la tarde, en este caso con el ligero pero importante matiz de si convenía atacar al enemigo, una pregunta impropia de quien manda cuerpos y almas en la mar, respondieron con un rotundo no los navíos Concepción, Mexicano, San Pablo, Soberano, Santo Domingo, San Ildefonso, San Juan Nepomuceno, Atlante y Firme. Por otra parte, respondían que convendría retardar la función los navíos Glorioso, San Francisco de Paula, Conde de Regla y San Fermín. Por último, solamente tres de ellos, los Príncipe de Asturias, Conquistador y Pelayo contestaban que era conveniente llevar a cabo el ataque de forma inmediata, y es de razón recordar que sus mandos eran el teniente general Juan Joaquín Moreno, así como el brigadier Antonio Escaño y los capitanes de navío Cayetano Valdés y José Butler. Y como siempre había alguno que no conseguía vislumbrar las banderas del insignia ni con largomira dorado, los navíos Oriente, San Antonio y San Genaro no contestaban, aunque de los dos primeros se podía suponer una respuesta negativa, tal y como respondieran a la primera de las preguntas. Sin embargo, el último de ellos, mandado por el capitán de navío don Agustín de Villavicencio, era de suponer que habría afirmado su plena disposición, al no haber perdido un solo hombre en un combate en el que no había tomado parte prácticamente.

Parece increíble que el general Córdoba no alcanzase a comprender que ese trasiego de preguntas y respuestas, más propias de reunión de generales en tierra para enjuiciar una situación de guerra, sólo beneficiaban al almirante Jervis, encantado con el resultado del día 14 y deseoso de poner a buen recaudo sus presas. Pero también es cierto que se buscaba como norma y con demasiada reincidencia por los mandos en nuestra Armada, la innoble táctica de descargar responsabilidades propias en los hombros de los subalternos, cuando la decisión siempre debería encontrarse en quien Su Majestad había nombrado para asumir el mando. También es posible, y lo siento por disponer de buenos amigos en el grupo, que la mayoría general de la escuadra no llegase a estar a la altura de aquellas circunstancias de tanta importancia, porque era de su obligación aconsejar con lealtad y honradez al comandante general en todo momento.

Don José de Córdoba se mantenía atrapado por las dudas, una escena repetida en el tiempo, incapaz de tomar una resolución en firme y por propio pensamiento. Porque siempre consideré las preguntas a los subalternos como necesarias y dignas de

tener en cuenta, pero sin intentar amoldarlas al capricho o deseo propio, que también se cocinaban garbanzos azules en la perola. Creo que una frase muy usada en aquellos años, deja en claro lo que intento explicar: Siempre se debe responder al general, aquello que sus oídos desean escuchar. Córdoba era quien debía decidir de una vez y por sus propias consideraciones que, en verdad, debían quedarle expuestas con claridad, no solo pensando en el estado de sus buques, sino en el de los enemigos a los que debía combatir, opinión que, estoy seguro, también habría gustado recibir, si ello fuera posible, para decidir con más propiedad.

Como explicó más tarde el general en su parte oficial, elevado a la superioridad a su llegada a puerto: En esta diversidad de opiniones, debiendo mirar la respuesta de cada comandante como la expresión justa del estado particular de su buque, no hallé conveniente forzar la vela sobre los enemigos, particularmente habiéndome participado a la voz averías de gran consideración los navíos Mexicano, Santo Domingo y Soberano, y falta de gente el Atlante, siendo la circunstancia de este último buque común a todos los navíos. Y es para rendir la conciencia a la baja, pensar que fiaba el general en la opinión de algunos comandantes, de los que despotricaba por las barbas el día anterior al no obedecer sus órdenes ni haber mostrado el arrojo necesario. En cuanto a la manifiesta falta de personal en los buques, se trataba sin velos de excusa trenzada a popa, por ser canción sabida desde la salida de Cartagena, una decisión que forzó sin escuchar las opiniones de algunos comandantes en tal sentido.

Tras este duro enfrentamiento de sus pensamientos, el general Córdoba mandaba gobernar franco al sudeste a las tres de la tarde, momento en el que los britanos demoraban al ESE. Y poco después caía una cuarta más de rumbo hacia el sur para poder montar con suficiente seguridad el cabo de San Vicente, un accidente geográfico cuyo nombre lo acompañaría toda la vida en negro por su memoria. No obstante, para continuar con sus despropósitos y dudas generales, bien entrada la noche ordenaba a sus buques fachear por estribor y mantenerse formados en línea de batalla, un canto de sirenas que a nadie podía engañar.

El día 16 solamente se avistaron desde las fuerzas españolas algunos buques menores en descubierta, que demoraban por el SE. Como el viento se cuadraba sin cambios, fresco del sudoeste, don José de Córdoba mantuvo el mismo rumbo, con los navíos en formación de línea de bolina por estribor. Según me comunicó el capitán de fragata Cevallos, el general pretendía cortar la derrota del enemigo, pensando que el almirante Jervis habría decidido dirigirse hacia su base en Gibraltar para reparar y abastecer sus buques, una idea hartó peregrina. A esta opinión respondieron en contra algunos miembros de su estado mayor, alegando que más bien buscaría el inglés la costa portuguesa, porque dado el estado de su fuerza, no parecía conveniente afrontar el paso del estrecho y atracarse por corto a la costa española.

En efecto, pocas horas después, el navío Concepción informaba haber observado cuatro navíos de la escuadra britana fondeados en el puerto portugués de Lagos. El

general envió a la fragata Brígida para aumentar la información, facheando una vez más a la espera. Y una hora más tarde, su comandante, el capitán de fragata don José González Ortiz, comunicaba al detalle que en dicho surgidero había contado los cuatro navíos españoles apresados y 15 britanos, dos de ellos desarbolados, fondeados todos en firme y al abrigo, sin que ofrecieran movimiento alguno que indicara una pronta salida a la mar. Estos datos parecieron decidir a Córdoba, que mareó la escuadra para dirigirse al nombrado fondeadero y, una vez comprobado en la distancia que eran ciertas las noticias, ordenó a sus buques ceñir por babor en demanda de Cádiz. De esta forma, el comandante general de la escuadra del Océano daba por zanjado el asunto, como si se tratara de una imposición superior. Pero en su interior sabía muy bien que, de esta forma, su nombre quedaba a la más baja altura militar y marinera que un general podía desear.

En el combate, los ingleses habían sufrido 73 muertos y 327 heridos, con el agravante de que cinco de sus navíos habían agotado casi al ciento el cargo de municiones por el intenso cañoneo sostenido, circunstancia que se podía haber supuesto y aprovechado en conveniencia. De ahí que resultara lógico pensar que el almirante Jervis buscaría el resguardo de Lagos, donde tenía establecido un buen sistema de abastecimiento, acorde a la falsa neutralidad portuguesa, denunciada repetidas veces por la Corte española.

Siempre defendí la opinión de que si el día 15 por la mañana, formada la escuadra española en línea de batalla, el comandante general se hubiera decidido a combatir con las condiciones de todo tipo a su favor, habría sido posible recobrar las presas y tomar alguno de los buques britanos desmantelados, o al menos evitar que pasaran a engrosar las listas de la Royal Navy. Pero aunque me cueste señalarlo en tan alta magistratura de la Real Armada, no era don Joseph de Córdoba y Ramos general de mar que presentara una mínima osadía y dureza mental para la acción, refugiándose en las opiniones de sus subalternos para emprender el camino más cómodo pero, al tiempo, más indecoroso para el servicio de Su Majestad, al que debía estar prendido por casta y deber.

Una vez en Lagos, el almirante Jervis procedió al desembarco de más de tres mil prisioneros españoles de los barcos apresados, así como algunos heridos graves de su propia fuerza. Y sin pérdida de tiempo, acometió las reparaciones necesarias y de fortuna en unos y otros, al tiempo que distribuía las dotaciones para marinar 19 navíos. Una vez libre de la escuadra española y con camino franco, abandonó el fondeadero para marear en demanda de su base en Lisboa. Para sorpresa y colmo de despropósitos, en dicha navegación comprobó admirado que los buques españoles apresados, con bandolas y aparejos provisionales acopiados al quite, andaban más que todos los de su escuadra.

Pero no era el almirante britano de los que desprecian un bocado de altura, si se encuentra en el círculo de posibilidades. En su momento, había sido informado por sus batidores de la maniobra llevada a cabo por el buque bajo mi mando, del que

conocía su precario estado con perfección, dejado al amparo solitario de la fragata Mercedes. Sin dudarlo y fiel a su costumbre, destacó cuatro fragatas y tres corbetas recién arrimadas a su escuadra, para dar caza al coloso de los mares, aunque sus maderas llamaran a la vista como un pingajo doliente y no como el buque más armado y poderoso del mundo. Siempre había sido el Trinidad la pieza más codiciada por los buques britanos, y así se mantenía. Pero esa es otra historia, que viví en mis carnes al tirón y que paso a narrarles con detalle.

20. Tornaviaje con sorpresas

Una vez desembarcado del Santísima Trinidad el comandante general de la escuadra con la mayor parte de su mayoría general, me mantuve con infinita tristeza durante alargados segundos, observando las reliquias del poderoso navío, que así podríamos conceptuarlas sin una pulgada de error. La faena que se nos presentaba por la proa era de quintal en lastre fino, bien lo saben los dueños de la mar y el cielo. Pero como nunca fui de los que sienten espanto por los retos en alto, decidí afrontarlo de cara y por los cuernos, que mucho nos iba en el envite, comenzando por el inminente peligro de perder el buque.

Decidí llevar a cabo una urgente reunión de trabajo allí mismo, en el alcázar, con mis oficiales y los principales responsables de los diferentes ramos profesionales sin perder un segundo, para señalar a la vista las mermas de orden, los peligros inminentes y posibles caminos a tomar. Y ya de entrada, tuve conocimiento de que la herida del segundo comandante, producida en inesperada desgracia durante las últimas andanadas britanas, era de consideración, con saco de metralla en un costado que presentaba pronóstico bastante negro en futuros. Lo sentí a fondo por don Francisco Piedrola, que de forma tan honrada y leal se había comportado desde el momento de mi embarco, y con valor supremo en combate.

Nombré para ocupar su puesto al teniente de navío más antiguo sin heridas de gravedad, don José Sartorio, aunque también anduviera el pobre con ligera cojera a la vista y un llamativo vendaje en el muslo, sin mayores consecuencias. El fue quien me dio el parte de bajas, todavía por montante aproximado, porque en las cubiertas altas andaban velas y aparejo enredados en faldón y con bultos rojos por descubrir.

—De momento, señor, hemos sufrido 70 muertos, unos 150 heridos de cierta gravedad y un total de 400 a 500 hombres fuera de combate, aunque algunos podrán prestar servicio con mayor o menor limitación. Y si no le expongo la información del número con detalle exacto es porque, de momento, no es posible, con el buque en tales circunstancias. Se ha ampliado la enfermería hasta el pañol de velas y chazas de onzas, aunque es posible que debamos ubicar una nueva en el sollado. Han muerto el alférez de navío Fermín Lámares y el guardiamarina Fortunato Cailler. Otro guardiamarina, el joven Benigno Pontones, se encuentra en agonía y sin esperanzas, con una pierna tronchada desde el muslo. El teniente de fragata Miguel Álvarez, con una fuerte contusión en la cabeza, amenaza peligro de muerte, así como el segundo comandante en menor grado.

Pareció tomarse unos segundos antes de continuar, como pidiendo disculpas por tener que exponer aquella lista preñada en negro. Lo animé en tal sentido.

—Continúe, segundo.

—En cuanto a oficiales mayores, el segundo cirujano don Miguel Gandía sufrió una severa contusión, aunque permanece en su puesto. Y ya vio caer al pilotín José

Marines a su lado, que anda en delirio de suma gravedad. Además, cuatro oficiales de mar muertos y seis heridos. Y para desgracia y sufrimiento de los que rellenan la enfermería, no resta una onza de láudano con lo que mitigar los dolores de heridas y posibles amputaciones, que llegarán sin remedio. Menos mal que no mermaron una sola pulgada los toneletes de..., de aguardiente, apartados para uso exclusivo de los cirujanos, como es lógico.

Me vino a la cabeza, como si se encontrara a mi lado, el rostro del guardiamarina Cailler, a quien pensaba reprender por haber abandonado su puesto junto a la bandera, sintiendo un amargo sabor y abierta desesperanza en el pecho. Después de todo, esos guardiamarinas eran niños más cercanos al chupete materno que a las tracas de sangre, y no merecían perder la vida cuando apenas se asomaban a ella. Sin saber porqué, recordé al punto el suceso achacado a don Antonio Barceló, como tantos otros sin prueba documental y elevados en epopeya, al recriminar como cobardes los cadáveres de algunos marineros tras uno de los muchos combates sufridos a bordo de sus jabeques, y negarse a ofrecerles cementerio marítimo con honor. No era éste el caso a bordo del Trinidad, desde luego, porque el niño se había portado como un león. Pero, bueno, no debía perderme en pensamientos de luto sino en actuar con diligencia.

A mi lado en el alcázar se encontraban todos los oficiales de guerra aptos para el servicio, así como el primer y segundo piloto, el contramaestre mayor, carpintero primero, maestro velero, buzo y patrón de lancha, todos los que debían aportar su experiencia personal para mantener a flote y hacer andar a nuestro buque.

—Bien, señores. Se nos presenta a proa una corrida de llagas, pero hemos de mantener a flote este navío de Su Majestad y marinarlo en conveniencia hasta Cádiz, aunque nos dejemos la piel en el empeño. En primer lugar y como es lógico, me preocupa el nivel de agua. ¿Cómo andamos en ese aspecto?

—Hacemos unas 37 pulgadas por hora en estos momentos, aunque hemos conseguido que no aumente su altura sobre cuaderna, por ahora —era don José Sartorio quien tomaba la voz con seguridad y su normal escepticismo, que no era de los que veían los claros hasta tocarlos con la mano—. Una bomba se encuentra a pleno rendimiento y con relevos continuos, pero necesitamos una segunda como especial y necesaria bendición, para disponer de suficiente seguridad. Como se trabaja a fondo y sin descanso en el callejón de combate^[108], es de suponer que no aumente el nivel sino que disminuya.

El nuevo segundo dirigió la mirada hacia el carpintero primero, don Melquíades Butrón, para que ampliara la información. Éste, tras masajear sus manos con fruición, tomó la palabra con gesto nervioso.

—Hace una hora, señor comandante, teníamos todavía 62 balazos a la lumbre del agua, en flor y con entrada de líquidos, algunos de ellos con llamativo escotillón, de forma especial en el costado de estribor, el más sufrido, así como por su aleta y popa. Trabajan todos los carpinteros, calafates y hombres disponibles, varios de ellos con

brazo en cabestrillo, incluso algunos acopiados en camino y sin experiencia. Vamos encastrando los tapabalazos, aunque nos falten piezas de orden por haberse desarmado el pañol con los disparos recibidos, que calaron hasta los fondos. Pero también se ajustan troneras y cascabeles para cerrar los grifos, que cada gota muerta obra en beneficio propio. La mar colabora al gusto, y esperemos que continúe durante algunas horas más porque nos va la vida en ello. Pero como dice el señor segundo, no entra ya más agua de la que podemos picar^[109], y con el tiempo mejoraremos el nivel, si las condiciones de mar y el viento se mantienen en estas cuerdas.

—Espero que el buzo remate la puesta a punto de la segunda bomba, señor —continuó Sartorio. Sin embargo, al comprobar el gesto de mi cara, porque no era habilidad propia del nombrado, se apresuró a aclarar—. Comprendo lo que piensa, señor, pero don Roberto Palanquines, el buzo primero, es experto por afición particular a esos artilugios, y el carpintero a cargo de la pieza se encuentra a los pies del Altísimo.

—De acuerdo. No pierda en ese caso el tiempo, don Roberto, y continúe con su trabajo, que esa bomba puede salvarnos la madre. Si entiendo necesario su concurso para despejar aparejos bajo la flotación o tender lonas en máximo apuro de entradas, se le hará saber. Vayamos ahora al tema mayor, una vez comprobado que podemos superar la entrada de agua. Situación del aparejo. Adelante y por sinceros, nostramo.

Me dirigí con una sonrisa hacia el contramaestre primero y mayor a bordo, don Plácido Requesón, uno de mis colaboradores más cercanos y con quien había trabajado durante el combate codo con codo. Era un gran profesional, de los que gusta a todo comandante tanto en paz como en guerra, optimista y de los que no se achican por nada. Debo adelantar que mucho y bien obró aquel hombre para hacer andar el mastodonte, lo que no era faena de romería ni mucho menos. Después de atusarse el bigote, comenzó lo que esperaba como penosa letanía.

—Sin que sirva para entrar a la negra, debo reconocer, señor comandante, que jamás observé un buque con aparejo tan dañado, al punto de ser ejercicio piadoso aplicarle dicho nombre a los restos en exposición, y milagro celestial que algún árbol quede en pie. Todos los palos se encuentran muy pasados de balazos y no me extrañaría que alguno se viniese abajo en cualquier momento, aunque sea la primera misión encomendada a remediar. El mastelero de gavia acabó por desarbolar casi al tronco, con sus vergas y velas colgando por el costado de estribor. También amenaza en el mismo sentido el del mesana, con su verga y vela en cuelgue. Sólo dos brazas del velacho, desde el tamborete, quedaron sin lección, y de allí hacia arriba muy maltratado —de vez en cuando mesaba sus cabellos para dar más fuerza a su triste recuento, que no parecía ofrecer un final a la vista—. El bauprés pasado de balas como colador y su botalón tronchado en junta. La verga mayor partida por la cruz, la del trinquete algo lastimada, aunque debe aguantar, así como la del velacho. La maniobra de fuerza se encuentra totalmente cortada, con dos o tres obenques solamente manteniendo los palos, que bien parece milagro, cortados los contraestayes

y lastimados los estayes. En general, no queda braza, escota, amura, driza ni cabo que pueda ser laboreado con la suficiente confianza en parte alguna del buque, aunque marcharemos al tranco y por etapas de necesidad. El primer y vital empeño, además de asegurar los palos, debe ser aclarar aparejos y cubiertas, que con el mare mágnun ceñido por derecho y revés no se puede ni circular por ellas con una mínima seguridad. Créame que siento ser tan amargo en estas luces, señor, pero no se abre la...

—Ya sé que no exagera un pulgar, don Plácido. Como dice, es de primera necesidad asegurar los árboles^[110] en ventura. ¿Estima necesario picar el palo mayor, dado su estado? Más valdría que abatiera a nuestro gusto y no rinda por donde le llame el movimiento del buque, con el peligro añadido.

—Si me permite discrepar en el tema, señor, por mi parte lo dejaría tal cual se encuentra en estos momentos. Si se mantiene la dulce ventolina y no se producen movimientos violentos del casco, en un par de horas podremos afirmarle dos obenques de fortuna a medio zuncho y superar su estay mayor. Si lo rindiéramos ahora, nos haría perder más tiempo y esfuerzo.

—En ese caso, de acuerdo. ¿Cómo anda la arboladura de respeto?

—Dada su estiba parcial a la vista en cubierta alta, y como es de esperar, se encuentra tan pasada a balazos como la de firme, aunque algún material se pueda utilizar en bandolas.

—Bien, cambiemos el tercio. ¿Y el casco? —Me dirigía al segundo, que intentaba emplazar la venda de su pierna en adecuada postura.

—El costado de estribor y aleta de la misma estera se encuentran completamente deshechos al serrín, y no exagero una pulgada. Es cuestión fácil de suponer, después de seis horas recibiendo bala, palanqueta y metralla por esa banda, con el tres puentes maldito disparándonos a los ojos desde pocas yardas. Si la mar aumentara deberíamos cerrar lonas por fuera del costado, aunque no es preocupación del momento. Cinco portas de la primera batería se hallan descompuestas al ciento y sin solución, con otras doce maltracadas, por lo que deberán ser atacadas por los carpinteros en cuanto puedan. Hemos aumentado el calado por barbas y con una mar picada serían de peligro, con abundante entrada de agua. Cámaras y jardines deshechos y con vistas al cielo. Desmontados el cincuenta por ciento de los cañones, algunos de imposible reposición al fuego por falta de sus aparejos y firmes, y dos de ellos reventados al disparar que salpicaron de muerte a sus sirvientes. El sollado y primer puente lleno de cadáveres, más los heridos que no han podido recibir atención todavía, que son demasiados, lo que dificulta los trabajos en gran medida.

Las negras explicaciones continuaban a ritmo, aunque navegando a la baja, por lo que ya mi mente trabajaba en otras direcciones.

—Bien, señores. Considero tarea primordial mantener la entrada del agua en nivel, despejar maniobras, atrincherar los palos y disponer de un trapo mínimo con el que marinar. Hemos de separarnos lo más posible durante la noche de la escuadra

inglesa que, según vemos, navega en vuelta del sur, mientras la nuestra lo corre del noroeste. Como hemos de andar mal que bien, entiendo, don Plácido, que podemos avanzar alguna milla, aunque sea en costra de tortugón, con las reliquias del trinquete y del velacho, habilitándolos con cabuyería provisional. De esta forma, aproaremos para ponernos en vuelta del norte, si continúa este viento galeno^[111] del OSO, que nos beneficia como madre al lecho.

—Tal medida pensaba como primera y posible para echar a andar, señor — confirmó el contramaestre—. Al menos le permitirá ponerse en rumbo, mientras acometemos las labores principales y nos desembarazamos de las ruinas que pueblan las cubiertas.

—Segundo —me giré hacia Sartorio—, deberemos llevar a cabo el ceremonial de cadáveres en cuanto sea posible, aunque se pierda un tiempo precioso. Pero es de ley y sin posible reparo.

—Muy bien, señor. En cuanto dispongamos de clareo suficiente y se encuentren preparadas las bolsas lastradas, le informaré.

Comenzó a discurrir el tiempo con infinita lentitud, que las horas y minutos varían al placer de la situación. Pero conforme corría el sol hacia su abismo, conseguíamos desembarazarnos de las ruinas de los masteleros rendidos y demás destrozos, asegurando los palos en oportunidad, aunque rogáramos a los cielos para que se mantuviera el tiempo bonancible o nos haría sufrir a modo y con peligro. Los maestros veleros preparaban el trapo de repuesto para conformarlo paso a paso y sin detenciones. De esta forma, la catedral flotante, como solía denominar Setum al Trinidad, comenzó a avanzar sin espuma, porque no creo que superáramos las dos o tres millas con viento en beneficio por el anca.

—Saldremos de ésta, señor, lo que estimo como milagro divino después del castigo recibido —aseguraba el africano, pegado a mi vera en el alcázar—. Pero puede estar seguro de que los britanos enviarán alguna unidad sobre nosotros en cuanto les sea posible, que esos bastardos no desperdician bocado a la mano y éste es de tamaño como para rellenar una tribu.

—Ya lo tengo en la cabeza, no creas. Si durante la noche conseguimos dar alguna milla más, podremos atracarnos a la costa con cierta seguridad, aunque mucho deberán favorecernos los vientos con tanta herida en el aparejo. Pero ya andan los artilleros montando los cañones que puedan entrar en uso, y tampoco caeremos en su bolsa sin discusión.

—Hemos perdido muchos hombres. La verdad, señor, no creí que saliéramos ilesos cuando nos batían los cuatro britanos al tiempo, con tanto soldado bujarrón en las cofas disparando a las casacas. Sólo hay que observar el estado en que acabó este triste y desolado alcázar, donde no aparece un trozo de madera sin mordida de hierro. No obstante, si esta catedral supo resistir y no cayó de rodillas en ese trance, nadie podrá hundirlo jamás. Pero como tantas otras veces, me rinde el pecho observar la muerte de esos jóvenes guardiamarinas, una penosa visión a la que no consigo

acostumbrarme.

—A mí también me ocurre lo mismo. Esperemos que todos los heridos se recuperen o, al menos, sufran lo menos posible. A ver si don Francisco Piedrola corre este temporal de su vida con capa de suerte y es capaz de arribar a puerto.

Perdía la tarde sus brillos, cuando decidí llevar a cabo el triste ceremonial marítimo, la entrega definitiva de los cadáveres a la mar. Recordé las palabras del general Barceló, cuando aseguraba que en la tumba del verdadero marino no se necesitan flores, porque las aguas lo recogen en su momento entre pétalos blancos. Nunca pude acostumbrarme a ese emotivo y tenebroso espectáculo, aunque incluyera una especial grandeza en sí mismo. Escuché demasiados nombres, muchos de ellos desconocidos con el embargo añadido de no poder recordar sus rostros, conforme las bolsas lastradas resbalaban sobre la tabla, para ser engullidas por una mar negruzca con rapidez. Pero como no podíamos recrear en exceso ningún sentimiento, aunque la vida nos empujara en esa vuelta, volvimos al trabajo en pocos minutos.

Recién finalizado el ceremonial, la fragata Mercedes se acercó por nuestra aleta de estribor para, a la voz, ofrecerse en todo lo que fuera menester, tanto de pertrechos, vituallas y cualquier otro auxilio, así como el posible remolque que estaba dispuesto a largar. Tan sólo le solicité la mayor cantidad de láudano posible para los heridos, aunque sólo me pudo entregar un pequeño frasco a medio consumir, lo que me hizo renegar de su alargada generosidad.

Me mantuve al mismo rumbo hasta las nueve de la noche, momento en el que, habiendo perdido de vista las dos escuadras y para que no fiaran mi posición al punto, ordené aproar al ENE, mientras el piloto reconocía el cabo de San Vicente en aureola, a una distancia aproximada de cuatro leguas^[112]. En mis adentros tan sólo pensaba en salvar el buque y correr millas a proa, que ésa era nuestra salvación si superábamos los problemas de a bordo.

En repetidas ocasiones intentó darnos el remolque la fragata Mercedes, hasta que desistí del intento, porque la mole del Trinidad, con agua embarcada al chorro y calando más de lo deseado, se la traía hacia nosotros como las moscas al panal, con lo que nos producía más estorbo y retraso que beneficio, sin contar el esfuerzo de tantos hombres que debían dedicarse a otros menesteres más urgentes. Ordené a su comandante, capitán de fragata don Manuel de Vitoria, mantenerse en conserva y a prudente distancia, por si fuera necesario su concurso. Y como parecía aumentar nuestra estela, antes de medianoche y ajustado el punto por el piloto, enmendé a estribor tres cuartas, que nunca se está seguro con el oído y sin vista a la costa.

Pasé una noche eterna, con trabajos a bordo de proa a popa, golpes de machota, silbidos de nostramo, gritos en las cofas y sinfonía de lamentos, noticias buenas y malas, las más de estas últimas por parte del cirujano primero, don Juan Destiba. Era la peor de las preocupaciones, porque había gran cantidad de heridos con urgencia de ser atendidos en hospital de tierra, para salvarles la vida o ahorrarles inútiles

sufrimientos. Pero poco a poco, aunque fuera noche cerrada a boca de lobo, suponía en mi cerebro al Trinidad con mejor aspecto y navegando con mayor seguridad, una vez envergados trinquete y velacho de repuesto. Por desgracia, este último debió ser dejado sobre el tamborete a palmas, aunque era la única posibilidad. Pero logramos envergar alguna otra vela de oportunidad, que cualquier pañuelo servía a la ocasión. También se afirmaban los palos con mayor fiabilidad dentro de nuestras posibilidades, aunque sea ésta una cuestión en la que no podíamos fiar al ciento, por lo que rogaba al cielo para que ninguno se rindiera.

Aunque, según los cálculos, en las bodegas del Trinidad debían almacenarse todavía agua y alimentos para setenta días, los desperfectos sufridos en el combate habían producido mermas importantes, especialmente en la aguada. Pero no me preocupaba en exceso porque si nuestra salvación se conseguía, debería producirse en escaso tiempo, que no era desmedida la distancia hasta el saco gaditano. Sin embargo, habíamos perdido al mozo y cocinero de equipaje, con heridas severas, así como varios fogones destrincados de su horma, por lo que no era fácil cocinar en caliente para tanto hombre, con las dietas de enfermería añadidas por largo. Como es lógico, di preferencia a estas últimas, haciendo repartir rancho en frío para los demás, especialmente cecinas, salazón y galleta, aunque se descompensara la proporción de alimentos por completo. Setum me alcanzó en el alcázar con un tazón, sin posibilidad de observar su contenido en la oscuridad.

—Di orden de ofrecer rancho frío, africano. ¿Qué me traes que tan bien huele?

—La vida de esos hombres depende de su pericia y resistencia. Sé que pasará algunas noches en blanco y debe mantenerse fuerte, si quiere salvar este navío. Le he preparado unas gachas suaves con majadas de tocino que puede tomar al sorbete, bien calientes. Y en la otra mano traigo una frasca de buen vino, para que le aclare los pensamientos.

—Gracias, Setum. Pero si aguantamos esta noche, no se llevará Neptuno este buque, puedes estar seguro.

—Ni Neptuno ni los britanos, señor, aunque preferiría el primero.

Como tantas otras veces, la presencia de Setum y sus palabras al tiro me reconfortaron por dentro, que la soledad del comandante se abre siempre como gruta de tinieblas espesas en la mar. Y bien que tomé las gachas al tirón y con extremo gusto, mientras el vino parecía insuflarme nuevas fuerzas.

Amaneció el día 15 de buen cariz, con cielos despejados, viento fresquito y rolón de componente variable entre el tercer y cuarto cuadrante, así como una mar rizada al alza por la popa, un conjunto que rendía a favor de muelas. Tan sólo una ligera bruma nos acompañó un par de horas, para aclarar por fin en visibilidad infinita y con el sol calentando cuerpos y almas, lo que bien se necesitaba. El piloto me indicó por la amura de babor y a cuatro leguas la punta de la Piedad, que nos demoraba al nordeste cuarta al norte. A popa, por el oeste, reconocimos una escuadra de la que pudimos

contar hasta 22 buques, unos desarbolados de palos y otros de masteleros, estimando en principio que se trataba de nuestros compañeros, con proa hacia el norte en busca del enemigo. Sin embargo, dos navíos parecieron separarse del resto y aproar en mi dirección con fuerza de vela, lo que me hizo ceñir los machos y comenzar a pensar en soluciones de drama y sangre. Por fortuna, poco después viraron para regresar al grueso, con lo que nos alcanzó la tranquilidad a bordo en ese vital aspecto.

—Es nuestra escuadra, señor —me indicó el alférez de navío Ginés Arteaga, bajando el antejo—. Han debido dar una bordada por orden, para mantenerse a la altura del resto de los buques.

—Eso espero.

Aunque los perdiera de vista dos horas después, por si acaso nos confundía la distancia y se trataba de la escuadra britana, me ceñí un poco más a la costa, donde esperaba ocultarme en la próxima noche. De esta forma, en caso de ser perseguido y con posibilidades de ser tomado sin remisión, me cubría a distancia que me propiciara una digna varada. Y así transcurrió el día, con benditas ventolinas del oeste y el Trinidad progresando en pasmosa lentitud pero sin pausa, al punto de contar las millas al pulso. La fragata Mercedes se había separado en la noche hasta perderse de vista, lo que me dejaba sin el escaso auxilio concedido aunque, en verdad, poco fiaba en su compañía. El segundo no lo comprendía y, aunque escaso de palabras, acabó por entrarme en desbarre.

—No se comprende que dejen al buque más poderoso de la Real Armada, en las circunstancias tan penosas por las que atraviesa, llevar a cabo la navegación hacia Cádiz sin la necesaria conserva. Una fragata nada más, menos escolta que la concedida a las urcas y presas acopiadas.

—Tiene razón, Sartorio. Pero nada ganamos con elevar protestas, salvo avinagrar nuestras tripas un poco más. Posiblemente pensarán que con las escuadras en posible confrontación, se olvidarían de nosotros.

—Los ingleses siempre apetecieron este buque y no desprecian una presa de calibre. Además, son muchas las unidades inglesas en misión o crucero que salen de Gibraltar hacia el océano, y pueden pasar a escasa distancia de nosotros.

—No me entre en maleficios y cruce los dedos. Esperemos que no sea así.

Amaneció el 16 en bendita soledad, que mucho gustaba de recorrer el horizonte con el antejo sin divisar palo o vela alguna, aunque la calima fuese de mayor grado. A mediodía marcamos el castillo de Carcela al N 9° O^[113] y 22 millas, observando el piloto al mediodía una latitud de 36 grados y 47 minutos, que cuadraba al ciento. Por desgracia, el viento roló al sur y flojo, aunque ya incorporábamos suficiente paño en bandolas para navegar con posibilidades e intentar ceñir alguna gota por estribor. En estas condiciones me mantuve toda la noche, cerrado en niebla que no molestaba para la empresa sino al contrario, hasta que sobre las tres de la mañana refrescó el viento del SSO y descargó un aguacero de pernas, que nos hizo elevar la tiritona y rebosar agua de más. Por pura precaución, que nunca entra en males, ordené sondar^[114],

dando la lectura 90 brazas y fondo de lama^[115].

El día 17 nos bendijo la luz con los cielos cerrados a tablazón y lluvia persistente. Por fin avistamos unos faluchos de pescadores, pero aunque largamos el pabellón español y disparé algunos cañonazos de aviso, ninguno de los malditos se vino hacia nosotros, una lástima porque nunca viene mal recibir información. Bien es cierto que con esa tozuda querencia britana, tan escasamente caballerosa, de falsear pabellones, pocos confiaban en los colores de las banderas, aunque el buque navegara en bandolas y destrozado.

Como andábamos en negro cerrado y con una visibilidad de yardas, volvimos a sondar, dándome 15 brazas con fondo de lama suelta. Por fortuna, poco después y en una clara de lentisco pudimos marcar la ermita de Nuestra Señora de Regla al ENE y unas cuatro leguas y media, por lo que deduje que nos encontrábamos a sotavento del puerto y que las aguas nos habían tirado en la noche hacia la broa^[116]. Era hasta cierto punto lógico, porque con las bandolas no podíamos ceñir el viento en menos de 7 a 8 cuartas. Por esta razón y para evitar males mayores, viré por redondo en vuelta del sudoeste cuarta al oeste, al tiempo que el viento rolaba al SSE y comenzaba a levantarse en soplos frescos y con tendencia a malas.

Esa misma mañana avisté dos místicos^[117] de la Armada, que se vinieron por derecho hacia mi costado al primer cañonazo. Y no era necesaria tal medida, porque habían sido enviados por el capitán general del departamento marítimo gaditano para tomar noticias del combate, del que tuvo conocimiento por una de las presas que se marinaron a puerto con dotación y arribó en la noche del 16. Dado el cariz que tomaba el tiempo a la mala y con esa aceleración que tantas veces se sufre en la mar, cargando el viento a escalas largas, despaché en uno de los místicos al segundo ayudante de la mayoría general que quedara a bordo, el teniente de navío don Juan de Osorsno, para informar con detalle del estado del Trinidad y de sus perentorias necesidades en cuanto a los heridos, así como la disposición en que habíamos dejado a las escuadras tras el combate de la mañana. Intenté retener el otro falucho para utilizarlo en beneficio propio, pero tanto el viento como la mar habían elevado la cresta al punto de no poderse aguantar, rompiendo la entena del mayor, por lo que también lo despaché con libertad y en ventura propia.

Por su parte, la fragata Mercedes debió creer que se encontraba atracada por más a la costa, por lo que forzó la vela con garfios y se separó hacia fuera, de forma que la perdimos de vista al mediodía. Y bien que lo apunté en la crónica para una futura información, que no era cabal ni ajustada su maniobra, habiendo sido comisionada para nuestra conserva y posible necesidad.

Debían ser las tres de la tarde, cuando se presentó la primera bola negra, que todo marchaba a son de rosas y era demasiada la suerte tendida a favor hasta el momento. Descubrimos por nuestra amura de estribor una balandra que hacía por nosotros en derrota al tiro. Como envergaba gallardete español, por nuestra la tomé en los primeros momentos. Pero al comprobar que, poco después, guardaba distancia y no

se acercaba a un navío, el inconfundible Santísima Trinidad, aparejado en bandolas y con tan desastrosa disposición, para ofrecerse en auxilio como es norma en la mar, no abrigué más dudas sobre su nacionalidad. Según parece, esos britanos del demonio disponen a bordo de más gallardetes hispanos que de su propia nación. Como ya nuestra artillería disponía de suficientes bocas para amedrentar al diablo, al menos en apariencia, le largué dos fogonazos, a los que no respondió y se mantuvo en distancia y observación, hasta que la perdimos de vista cuando comenzaban a caer las luces, ciñendo de nuestra vuelta al palmo y como los ángeles. Como supe días después, se trataba de una balandra enviada por el gobernador gibraltareño para indagar sobre el combate, así como del estado de mi buque y su posición.

No deben olvidar que el Trinidad seguía siendo fruta golosa para toda boca inglesa. Y por esa razón, ya aquel día 17 conseguimos asomar toda la artillería, con lo que el mastodonte se mostraba como tal a plena luz. Luego la verdad era distinta, porque la tercera parte de las piezas artilleras no podían hacer fuego por falta de aparejos y maderas con que retenerlos y meterlos en batería, así como escasez de brazos artilleros. Pero quien quisiera venir a por mí debía echarle morriones y con telas altas.

Poco antes de la anochecida, se presentó la fragata Mercedes de nuevo a mi costado, en aquel ir y venir como buque en navegación de dulce, que ya me encrespaba las venas muy por las nubes. Aproveché la ocasión para exponerle a su comandante a la voz y con bocina, mi opinión sobre las órdenes recibidas y su escasa o nula colaboración, todo ello con tono ronco y cara torcida al bies. Asintió con la cabeza, aunque no pareció cohibirle mi estado en demasía.

Esa noche fue de lobos y lluvia cerrada, añadida con un frío de escalada que sacudía los cuerpos al temblor. El diluvio llegó al punto de hacernos picar las bombas a ritmo y sin descanso, de tal forma que volvió a quedar fuera de servicio la número dos, con trabajo añadido para el buzo. En cuanto al aparejo, los quejidos de los palos mayor y mesana dolían tanto en el alma, con amenaza abierta sin remisión, que decidí mantenerme sobre bordos hasta el alba para no alejarme del puerto, que siempre debemos largar una maroma de esperanza al cañón^[118], y podía ser necesario guardar una carta en la vuelta.

El día 18, cuando ya los huesos de muchos llamaban al desarmo definitivo y las raciones frías escaseaban por deterioro general en la estiba, amaneció en las mismas penosas condiciones, aunque menos cerrada de luces. Pero para nuestra desgracia, todavía me obligaba a mantener la proa al sudoeste y con tiento de seda, alejándome de mi destino. A mediodía avistamos dos fragatas, por lo que envié a la Mercedes a reconocerlas. Resultaron ser americanas en travesía desde el puerto de Nueva York hacia Cádiz. Con excelente cortesía y la escasa querencia que profesaban a los britanos, nos informaron de que en las primeras horas habían sido reconocidas por tres fragatas inglesas que ceñían mura a babor con proa al norte. También habían avistado a la escuadra del almirante Jervis, que huyendo de la hispana se había

refugiado en el puerto portugués de Lagos, remolcando cuatro buques apresados a los españoles. Nos preguntaron si necesitábamos con urgencia algún bastimento, aunque habían sufrido dos temporales y llegaban al límite de cargos. De esta forma, les agradecí su atención y deseé una pronta arribada a puerto.

A mediodía, el piloto me informó que nos encontrábamos a 15 leguas de Cádiz, demorando nuestro deseado destino al E 20° N^[119]. Y qué larga se hacía aquella distancia, porque el viento se llamó al sudeste, pero tontón y refrescando, con lo que me obligaba a bordear en demasía con lento avance. Recordé el cuento del castillo encantado que se aleja conforme se cabalga hacia él, para acabar en locura del caballero. Y aunque no esperaba entrar en demencia, así parecía entablado nuestro destino. Setum, que parecía leer mis pensamientos, entró al quite sobre el tema.

—¿Navegamos hacia proa o andamos hacia atrás, señor? ¿No acabaremos por recorrer esas quince leguas que nos separan de Cádiz alguna vez?

—Ya sabes, Setum, cómo se mueve la señora de las aguas al capricho, que así la parieron los dioses. Es posible que lleguemos al puerto de Cádiz en dos singladuras^[120], pero también podemos acabar recalando en las islas Canarias el mes próximo, con este aparejo a disposición.

—No conozco esas islas que llaman Afortunadas. Dicen que son muy hermosas.

—Sí que lo son, pero no es el momento de recrearnos en tales visiones, africano. Anda, consígueme una frasca de vino espeso, que me tiemblan los huesos.

—En ese caso, señor, mejor le irá una taza de aguardiente hasta los bordes, para evitar las tiritonas y el mal del pecho.

—Que así sea.

En la amanecida del día 19, cuarta singladura en solitario con las maderas descompuestas, avistamos con claridad Las Arenas, cuya mediana demoraba al nordeste y a cinco leguas. Virando en vuelta del sur cuarte al sudoeste, continué como tortuga en mármol, para tristeza de algunos y desesperación de muchos. A mediodía todavía distaba de Cádiz 11 leguas, demorando al ESE cinco grados al Sur, lo que certificaba nuestro andar penoso y al capricho de los vientos en proporción. Por la tarde roló el viento a levante puro y refrescando para desgracia general, momento en el que avistamos un falucho que se dirigía sin dudarlo hacia nosotros. Arrimado a popa, me notificó que venía del departamento marítimo con pliegos, cirujanos, dietas y medicinas, lo que celebré en mis tripas a coro de ángeles, que ya nuestros galenos caían rendidos a muerte y necesitábamos todo tipo de ungüentos. Pero para romper la piedra al esquilón, el estado de la mar, abierta a gruesa y con espuma en barbas, no permitió el necesario barqueo. Le recomendé mantenerse abrigado a nuestra popa, porque el viento cargaba a más. Pero para desesperación de mis hombres y este comandante, lo perdimos en la noche, con escasas esperanzas de volver a verlo.

Para no reconcomer más las carnes y pensar como el nostramo en farios recibidos, intentamos olvidar el penoso incidente y los posibles auxilios que tan a mano teníamos, porque en vista de la situación debía poner mi buque a la capa^[121]

sin pérdida de tiempo, que no andaban las tablas para escenas de danza. Y en dicha empresa decidí emplear la gavia tan sólo y con dos fajas tomadas, envergada a la necesidad por mayor con la mura a babor. Y así seguí toda la noche y la mañana del 20, con los rezos elevados al púlpito, sin atreverme con la necesaria virada porque estimaba como muy posible que, llegado el caso, se vinieran abajo uno o dos palos por lo menos. Para constatación de las desgracias amadrinadas en racimo, a mediodía de aquel negro día 20 comprobamos que habíamos perdido distancia con la capa, quedando a 21 leguas de Cádiz. Esta noticia echó los ánimos de bastantes hombres a la cubierta baja porque, en verdad, no esperábamos haber perdido tanto barlovento. Intenté animar el ambiente, aunque no conseguí enhebrar coplas de optimismo con mi boca. Y aunque no lo sabía en aquellos momentos, todavía nos quedaba un largo calvario por navegar.

La bola negra en forma y tamaño de nubarrón preñado se nos apareió a las tres de la tarde. Me encontraba en el alcázar con la mayor parte de los oficiales, mientras escuchaba los lamentos de don Plácido por haberse rifado^[122] el trinquete. Era necesario, por lo tanto, envergar el tercero, porque esa vela es de las pocas que llevan dos respetos aparejados a bordo. Y en él fiábamos un elevado porcentaje de nuestro posible avance, por ser el palo que se encontraba en mejores condiciones de vida. Por esa razón soltaba lagartos a batientes desde la boca aunque intentara la sordina, que cualquier trabajo extra en palos pasados de balas era faena de cuidado especial y de tanto peligro en nuestra situación como la mar gruesa, al punto de haber ordenado a los vigiadores situarse a proa en el extremo del bauprés. Fue en aquellos momentos cuando me llegó la voz de haberse descubierto a poniente una división compuesta por dos navíos, cuatro fragatas y un bergantín. Navegaban de vuelta encontrada con mayores y gavias. El teniente de navío Sartorio me preguntó con cierta esperanza, aunque conociera de largo la respuesta.

—¿Es posible que sean de los nuestros, enviados en auxilio?

—Por nuestra Señora del Rosario que ya me gustaría creerlo —mantenía el anteojo arrimado con fuerza, con la desazón abierta en cruces, que ninguna noticia podía envergarse peor en mi ánimo—. Son ingleses, sin duda, con esos aparejos, los baupreses tendidos y sus botalones duplos en flecha.

Se hizo el silencio ante mis palabras, aunque ya corrían tales pensamientos en las demás cabezas. Y no podía ser peor nuestra situación, sin posibilidad de aproar a la costa para varar y evitar la captura. Porque en combate caeríamos sin remisión en pocos minutos, con aparejo de plumas, baterías reducidas, así como una dotación y guarnición muy rebajada en número y posibilidades. La fragata Mercedes, que acaba de avistarlos también, me pasaba señal en tal sentido, al tiempo que envergaba otra con un gracioso significado: recomiendo evitar el combate. Le contesté en acuerdo y gestos de escasa cortesía, al tiempo que sonreía de desesperación. Pero acabé por concederle libertad de obrar con independencia y a voluntad para librarse de la

guadaña. No lo pensó dos veces el valeroso comandante, por lo que forzó la vela para continuar de la misma vuelta y alejarse con rapidez. No parecía dispuesto, desde luego, a llevar a cabo algún juego de liebre ni arriesgar un solo gramo de su pellejo. También anoté el detalle en el cerebro, por si podía encararme con ese oficial algún día y expresarle mi opinión sobre su arriesgada conducta.

La división inglesa ya nos había avistado, porque viraron de nuestro bordo para repartirse en dos grupos, a barlovento y sotavento de nuestra posición. Nos podían envolver en pañolada de sangre sin mayor esfuerzo, lo que me hizo apretar la mano de carne sobre la de madera, hasta escuchar su quejido de propio dolor. Volví a escuchar la voz de Sartorio como triste melodía.

—¿Qué piensa hacer, señor?

Observé los rostros de mis oficiales, en los que creí entrever signos de definitiva entrega. Pero una voz en mi interior me decía que no podía pasar a la historia como el oficial español que había rendido el Santísima Trinidad a los britanos, aunque en ello me fuera la vida y hasta la salud del alma.

Comencé a dictar órdenes al aire porque, en verdad, mi cerebro trabajaba en otra estada.

—Que todo el personal capaz de moverse sin sangrar ocupe sus puestos de combate.

—No podremos utilizar más que la mitad de la artillería, señor, sin nombrar el estado de nuestro aparejo —insistió Sartorio—. Con dos navíos y cuatro fragatas podrán batirnos a dos bandas y en postura de conveniencia, sin salpicar los cantos.

Sus palabras, que entendí innecesarias, resbalaron al compás del viento. Mis oficiales asentían sin pronunciar palabra, lo que todavía me hacía sentir el fuego más adentro. Mi mente ardía en diferentes direcciones, llegando a pensar en prender fuegos o romper los fondos si era preciso para no entregar el buque. Pero era consciente de que tales soluciones se encontraban más cercanas a la enajenación, porque eran demasiados los heridos con escasa o nula posibilidad de movimiento, y tal decisión significaría su muerte sin una mínima esperanza de recogida. Fue entonces cuando se abrió una lejana luz en mi sesera. Debió ser mi antigua estrella, esa que no me abandonaba, unida a la acción de Nuestra Señora de Valdelagua, quienes me ofrecieron una remota posibilidad de salvación. Y a ella me aferré como gallo de pelea en la arena.

—Bueno, señores, creo que se nos abre una posibilidad, aunque sea remota. Ya sé que no la considerarán como una postura muy gallarda ni caballerosa, pero estimo que la ocasión lo reclama como única y desesperada medida. ¿Qué les parece si en lugar de nuestro pabellón en solitario, izamos bandera inglesa sobre española?

—¿Como si se tratara de buque español marinado por dotación de presa britana? —dijo el alférez de navío Rovira en voz queda.

—De eso se trata —confirmé con energía—. No es una idea nueva, ni mucho menos. Hace algunos años escuché que tal estratagema se la hicieron tragar al general

Gravina en aguas antillanas dos mercantes britanos, y picó el cepo como un cangrejo.

—No caerán en la trampa, que de esas estrategias son doctores y sientan cátedra los ingleses —aseguraba el teniente de navío Echenique.

—Peor es perder el navío —contesté con tono desabrido, que no me entraban las palabras en acuerdo cuando tanto jugábamos—. La mar es muy gruesa, dan bandazos de orden, y en poco les beneficia aproximar derrotas.

Supongo que habrán salido de Gibraltar tras el aviso del combate, para concurrir hacia Lagos en auxilio de su escuadra. Tan sólo necesitamos un poco de sangre fría y fe a raudales. Vamos, Sartorio, ordene izar la doble enseña en sitio bien visible.

—Muy bien, señor.

No crean que me hacía feliz la medida, pero la prefería a rendir el Trinidad y observarlo aparejado a la inglesa meses después, disparando sus cañones sobre nosotros. De esta forma, no ocupamos puestos de combate sino que, por el contrario, exhibimos un buen número de heridos tumbados en cubierta, visibles a través de los costados desarmados, así como el trinquete sin envergar todavía. No debíamos hacernos sospechosos con ningún movimiento, por lo que caí de rumbo tres cuartas a babor, intentando acercarme a los dos navíos. Todo ello con el cálculo de que cuando llegaran a nuestra altura, sería noche cerrada, por lo que con la mar en crestas y viento a turbonadas en negro añadido, era posible que no empeñaran demasiado en reconocernos.

Fueron dos horas interminables, de las más alargadas que sufrí en mi vida. Por fortuna, todos los oficiales aprobaron mi plan con energía, lo que aparejaba tintes de esperanza a sus rostros. Para ofrecer menos dudas, mandé cargar la mayor, como si deseara mantenerme a la espera y propiciar su alcance. Y al poco rato arribé de orden con la mar por el anca, como si no pudiera mantenerme de otro modo por temor a desarbolar. Los minutos pasaban y conforme se echaba la noche encima, se acercaban las unidades y subía la tensión en nuestras venas hasta límites de reventón. Por fin, la división inglesa izó su pabellón y se pusieron a nuestro rumbo, aunque no forzaran la vela en ningún momento. Cuando anoheció al ras, todavía le calculaba al navío más adelantado un andar cercano a las seis millas. Pero como estaba seguro de que dudaban y nos encontrábamos en el momento cumbre de la decisión, ordené izar un farol a popa y elevado al máximo. De esta forma, intentaba demostrarles mi situación con claridad, asegurándoles con la mayor rotundidad que se trataba de presa marinada por britanos, sin demostrar recelo alguno por su cercana presencia.

Debían ser las siete y media y entrados en noche casi cerrada, cuando, con la mar muy gruesa y el viento cargando más y más, me hallaba rodeado de todos ellos a tiro de cañón. No es fácil imaginar los sentimientos enhebrados al pecho en tales momentos, con el alma en roción de aguas. Y así continuamos hasta las nueve, aunque en el alcázar no se escuchaba un leve suspiro, aparte el silbido del viento. Por lo visto, ninguno de mis oficiales quería elevar palabra, no fuese a ser escuchada por los enemigos. Al menos, Setum se atrevió en un susurro.

—Me parece que esos britanos del demonio se han tragado el anzuelo, señor.

—Es pronto para asegurarlo pero, de momento, no se acercan para el necesario reconocimiento, lo que ya es un éxito.

—¿Y si intentamos escapar al abrigo de la noche con una brusca virada, señor? —se atrevió a ofrecer Sartorio como novedad.

—Aquí no se mueve una cuarta la proa —contesté con extrema decisión y mal tono ante idea tan peregrina—. Los dados están echados y hay que esperar a que muestren los números. Un cambio a estas horas sería determinante y en contra.

Pasaban de las nueve cuando observamos cómo el navío que navegaba a nuestra altura por estribor, mostraba una cruz de faroles, con lo que todas las unidades, siguiendo la orden del jefe de la división, caían de rumbo francos a ceñir. Y juro por Dios que sentí un placer difícil de igualar, como si hubiera conseguido la mayor de las presas en reñido combate, que tal lo era en la práctica. Y así continuaron de forma que a las diez ya no se divisaban en el horizonte. Un joven alférez de fragata, Manuel Núñez, consiguió lanzar la primera palabra de victoria.

—Se alejan, señor. Ha conseguido engañar a los ingleses con sus habituales añagazas. Podemos asegurar que ha salvado este buque de ser apresado. Tengo ganas de gritar en su honor.

—Quien a hierro mata a hierro acaba por morir —contesté amarrando por corto las vibraciones, que no eran pocas y por barbas altas—. Pero no cantemos victoria todavía, que la noche es larga y casi nula la visibilidad. Y por favor, nada de gritos, que no está la vereda para esas ruedas.

En prevención, que nunca es poca, continué el resto de la noche en vuelta del ONO. En esta ocasión nadie parecía prendido por sueño o cansancio, porque nos mantuvimos en el alcázar, con frío intenso, como si se tratara de reunión amistosa. Pero aunque no sobraran las palabras, todos esperábamos las primeras luces del orto para comprobar si la maniobra había salido redonda.

Amaneció el día 21 en maravillosa y feliz descubierta, tras el trance de muerte sufrido, que así lo entendía por vereda cierta sin dudar. Y no me refiero solamente a que la visibilidad fuera aceptable, sino a que no se veía una sola vela en el horizonte, lo que hizo dar vivas de alborozo a mis hombres, unos gritos de alegría guardados durante muchas horas. Ordené arriar el doble pabellón falsario, aunque quedara a disposición futura, así como largar el vino restante a disposición, porque habíamos ganado una batalla sin sangre pero de escotillón y la ocasión lo merecía en vuelos. Fue el momento en el que ordené caer al OSO para atracarme en lo posible a la costa africana. Como me pareció empresa imposible arribar hacia Zafi, creí oportuno, para ocultar la presencia del Trinidad en lo posible, mantenerme entre los paralelos de 34° y 35°, al oeste del meridiano del cabo San Vicente, por no ser paraje habitual de cruceros ingleses, mientras permanecieran los vientos de levante que me imposibilitaban una derrota clara hacia nuestro puerto.

Como días más tarde me comentó en Cádiz el jefe de escuadra don Domingo Navas, que los había visto pasar de vuelta encontrada desde la escuadra hacia poniente, la división britana navegaba en comisión y no en crucero, un rastro más de la suerte entablada por fin a nuestro favor. Habíamos librado a los ingleses con inmensa fortuna, aunque también debiera reconocerse mi habilidad en la estratagema. Y para colmar el vaso de la esperanza, a mediodía comenzó a llamar el viento entre el tercer y cuarto cuadrante, con lo que comencé de nuevo a retomar una derrota oblicua en dirección a nuestro puerto gaditano de tan difícil acceso, momento en el que se observaron 35 grados y 37 minutos de latitud, así como 2 grados y 40 minutos de longitud occidental del meridiano de Cádiz. Habíamos perdido distancia en rastrillo, por lo que iniciábamos la empresa una vez más, aunque los cuerpos se resintieran.

Continuamos en bendita y tranquila navegación sin incidentes, con vientos frescos del SE y, posteriormente, el día 25 con ventolina floja del NO que me permitía una proa del nordeste cuarta al leste en dirección a ese puerto fugitivo que parecía alejarse en el tiempo. Pero ya saben que en la mar se desea llegar a un puerto y, a veces, se acaba con las maderas muy lejos y sin quererlo.

En la amanecida del día 28, cuando ya llevaba casi dos semanas de sufrimiento en buque deshecho de maderas, que así puedo definir la navegación en tales condiciones, bajó el viento a cubierta, dejándonos como un corcho en un estanque de plata. Pero para alivio de nuestros pensamientos, pocas horas después regresó un vagajillo del nordeste que alguna milla nos concedía, intentando al tiempo apurar las corrientes de la boca atlántica.

Fue esa misma mañana, a las 8, cuando avistamos por la popa una fragata que, con toda la fuerza de su vela, se acercaba hacia nosotros. Tres horas después, todavía fuera del tiro de cañón, largaba bandera inglesa. Y aunque entonces no lo sabía, se trataba de la *Terpsicore*, mandada por el intrépido capitán de navío Richard Bowen. La verdad es que, después de la amenaza sufrida con la división al copo, esta amenaza en poco me convencía, que el *Trinidad* mantenía enjundia suficiente para largarle metralla en los ojos aun en el estado en que nos encontrábamos.

La fragata manejaba el aparejo manteniendo la distancia, como si formara puesto de conserva. Pero ya mi paciencia se agotaba y como estaba hasta la galleta de ver su figura a popa, aprovechando unos momentos en que refrescó el viento, viré a toda la banda sobre ella, dispuesto a chamuscarle los bigotes. Sin embargo, no quería la gacela mostrar orgullo, que apenas había caído nuestra proa una cuarta, la observamos virar por avante con extrema precipitación. Pero como acortamos algo la distancia y nos mostró su costado, comprobamos que disponía de 44 cañones y con las clásicas líneas de las descubiertas britanas. De esta forma, regresé a mi derrota, acortando pulgada a pulgada la distancia hacia Cádiz, aunque muchos a bordo comenzaban a dudar de que alcanzáramos nuestro destino algún día.

La fragata britana se situó ahora, terca como pocas, por nuestra aleta de babor. Por fortuna, la noche se abrió clara y con luna, de forma que a las 10 comprobamos

cómo arribaba sobre nosotros. Pero mis hombres estaban al quite, porque se había ordenado a los sirvientes de las baterías dormir sobre la joya de los cañones. De esta forma, mientras la gacela abría un vivo fuego sobre el herido Trinidad, viré hacia ella con los rabos a muerte. No debió advertir mi movimiento porque aunque acertara su vela, quedó a tiro casi por nuestro costado, momento en el que, sable en mano, abrí fuego con todos los cañones disponibles en las baterías desde el centro hacia popa, únicos que entraban en sector de tiro. Y de esta forma continuamos, disparando y maniobrando al tiempo, especialmente ella que con su agilidad se incorporaba a su posición por la aleta para evitar nuestras piezas, y yo con mis limitaciones para impedirlo. Y fue de inmensa alegría comprobar, en una de las viradas, que le habíamos desarbolado el mastelero de gavia.

Aunque esperaba que se retirara a componer sus aparejos y nos dejara en paz, la fragata cambió de táctica para situarse a popa y tratar de ofendernos por esa delicada parte, especialmente con el timón sobre hojuelas y guardines^[123] repuestos. Como tardábamos demasiado en virar, consiguió apostarse para su conveniencia, aunque olvidara que el Trinidad disponía como cañones de guardatimón^[124] con cuatro piezas de a 36 y a 24. Aunque no lo sabía, allí se encontraban los hermanos Ponce, dos cabos de cañón afamados a bordo por su puntería, aunque mucha chanza se vertía en cantares sobre su especial habilidad. Pero en la ocasión le atizaron tan duro, que la fragata calló sus fuegos. Una vez concluida la virada, volví a avivar nuestros disparos sobre ella, aunque también a bordo se recibían impactos de sangre. Pero, la verdad, después de lo vivido contra cuatro navíos al tiempo, aquello parecía el ataque de una simple avispa.

A las dos de la mañana, comprobamos que se separaba de nosotros al remo con ayuda de los botes, caído el viento a cero. La verdad es que intenté hacer por ella y rematarla, incluso llegué a pensar en la posibilidad de apresarla, lo que habría sido un trofeo de gloria para el Trinidad en su estado, pero la falta de aire nos impidió caer una sola cuarta de rumbo. Y así continuamos, como buque fondeado sin ferros, en espera de las luces.

En la amanecida observamos con claridad a la fragata por barlovento y a legua y media de distancia, con bastantes averías en su arboladura, jarcias y velas, que intentaba remediar con toda su dotación en fervorosa actividad, al punto de que ya casi había guindado^[125] un nuevo mastelero de gavia, que es faena de estopa. También intentaba asegurar el mesana con trincas de fuerza, así como la verga mayor cuyos penoles aparecían caídos, lo que significaba que una de nuestras rasas la había partido. Se mantuvo toda la mañana con una vela pasada por debajo de la quilla, entre el palo mayor y el trinquete, para remediar sin duda algún respetable boquete producido por nuestros disparos a la lumbre del agua. Y en mis adentros bufaba en carnes, porque era el momento oportuno para darle el estocazo de muerte, si el viento hubiese colaborado una sola mota. La suerte salvó al inglés en este caso, puedo jurarlo. Por la tarde quitó la vela, dejando tan sólo un encerado que le tomaba dos

chazas, momento en el que advertí cómo la mesa de guarnición de babor de su palo mayor se encontraba asimismo destrincada a popa, y se afanaban en componerla a machos.

Debo indicar que también a nosotros nos picó el fuego de la gacela, con ligeras averías en jarcias y velas, aunque de escasa consideración. Es de tener en cuenta que en nuestro desastroso estado, los problemas normales eran tomados como ligeras molestias, porque todo se observa y juzga en proporción. Tan sólo nos partió alguno de sus disparos una curva en la mura de estribor y recibimos algunos balazos por dicho costado, cuatro de ellos a la lumbre con flor y entrada, por lo que dedujimos que el calibre de su artillería y obuses eran de a 18 y 36. También para aumentar el dolor, perdimos un soldado muerto, así como cinco heridos, cuatro de ellos de extrema gravedad, y unos doce contusos. Por fortuna, ya la enfermería comenzaba a clarear.

Por fin levantó una ventolina calmosa del NNO, que nos permitió navegar proa a levante. Pero ya la fragata britana había recobrado el pulso y la muy tozuda se mantenía a barlovento, aunque todavía se observara su personal en los palos ajustando problemas de maniobra en fortuna. Tras observar^[126] el piloto, me comunicó encontrarnos a dieciocho leguas de Cádiz, puerto que nos demoraba al N 24° E, así como 14 leguas de cabo Espartel. Y toda aquella tarde se mantuvo la fragata ciñendo con todo su aparejo de nuestra misma vuelta, que pasó a ser del ENE. Estaba seguro de que envueltos en la noche intentaría una nueva entrada a fuego, por lo que ordené a mis hombres mantener encendidas y alistadas todas las baterías disponibles, aunque con las luces ocultas y portas cerradas para hacerles creer que nos hallábamos desprevenidos.

Pensé que tocaba otra noche en blanco, y así fue. Debió ser entre la una y las dos de la madrugada, cuando los vigiadores que seguían su sombra sin perder movimiento, me dieron aviso de que la fragata se acercaba por nuestra proa. Fue un momento magnífico en el que creí poder acabar con la gacela bastarda. Mandé arribar lo suficiente y abrir portas de golpe, pero la muy rabizona también arribó con fuerza en cuanto observó nuestro movimiento, para quedar enseguida fuera de la distancia de tiro. Cuando se abrió en luces la amanecida, se encontraba por nuestra proa y a unos tres tiros de cañón.

Como me encontraba agotado de cuerpo y alma, sentí placer al comprobar que el viento rolaba a fresco de levante, ya con nuestra proa hacia el norte. Y a las nueve se separó definitivamente la inseparable compañera, momento en el que avistábamos nuestra escuadra en el horizonte, a la que conseguí incorporarme aquella misma tarde. Y como sorpresa del destino, volvió a aparecer cerca de nosotros la fragata Matilde, en cuyo bote remití al comandante general de la escuadra, por medio del teniente de navío don Esteban Echenique, las noticias a voz sobre lo ocurrido en nuestra larga y accidentada navegación durante los últimos y eternos quince días, por no disponer del tiempo suficiente para manifestarlo de oficio, lo que haría al llegar a

puerto.

Navegamos durante la noche con viento flojo del NNO, con rumbo al nordeste, momento en el que pude dormir a salto de mata, que los quejidos de los palos y desperfectos saltaban en concierto a cada minuto. Pero aquel nuevo y esperanzador día 3 de marzo amanecí fresco y con el estómago entablado en orden gracias al servicio de Setum, que no sé de donde me pudo agenciar aquellas ricas tajadas de tocino. Cuando el sol comenzaba a enseñar el disco, distábamos cinco millas de la torre de San Sebastián y continuamos a rumbo para tomar fondeadero en la bahía de Cádiz, lo que ejecutamos a la una y media de la tarde frente a la Casería.

Debo declarar sin tapujos que sentí un inmenso orgullo al comprobar que los ferros agarraban en firme y me encontraba en aguas propias. Eché una nueva mirada a mi buque, o lo que de él restaba, sintiendo una gran felicidad al comprobar que había salvado el mayor navío de Su Majestad Católica, en condiciones de trance y dolor. Y como no era momento de entrar con malos pensamientos y protestar porque me hubieran dejado solo en aquel peligroso tornaviaje, con la única y poco activa protección de una fragata que acabó por perderse, reuní a mis más directos colaboradores para felicitarles y brindar con ellos, lo que debían hacer extensivo a todos los hombres. Ordené abrir toneles y repartir manduca en abundancia, así como comenzar el barqueo de los heridos que más lo necesitaban.

Con estos últimos trabajos se nos hizo la noche, y bien saben los cielos que tomé por primera vez en muchos días una comida abundante antes de caer en el camastro, adosado entre lonas y con entrada de vientos, para caer rendido en sueños como un náufrago extenuado. Pero a pesar de la derrota del combate y lo que de vergüenza general podía significar, porque ya me alcanzaban las noticias de que no se llegó a entablar el esperado desquite, por mi parte creía haber ganado una batalla particular de enorme importancia. Allí estaba el Santísima Trinidad, dispuesto para entrar en el arsenal de La Carraca, restañar sus muchas heridas y, en un futuro cercano, volver a surcar las aguas con nuestro pabellón para combatir al inglés en cualquier mar u océano.

21. Vergüenza propia

Aunque me encontraba preso de una febril actividad mental, condicionado todavía por la sangre estibada en alza durante tantos días de mar y sangre, pronto caí en la cuenta de que nada podía hacer sino esperar, una palabra que sabe a nada y huele a tinieblas en determinadas circunstancias. Las horas transcurrían al torno y el único movimiento que se avistaba en los buques de la escuadra era el continuo barqueo con lanchas de todo tipo, ordenado por el capitán general del departamento marítimo para desembarcar los cientos de lastimados, que debían tomar el camino de los hospitales sin pérdida de tiempo. Y por desgracia no se trataba de heridos de cierta gravedad tan sólo, porque el número de bajas seguía en aumento, llegando a desembarcar seis cadáveres, muertos en las últimas horas a bordo, de resultas de las heridas o contusiones recibidos en combate. Pude comprobar a la vista que el comandante general de la escuadra, don José de Córdoba, había mudado su insignia al navío Conde de Regla, aunque en mi interior pronosticaba como corta aquella estadía.

Durante dos largos días más me mantuve fondeado mano sobre mano, sin noticias ni órdenes sobre el futuro cercano, dedicado tan sólo a la redacción del parte sobre los hechos acaecidos al buque bajo mi mando entre los días 14 de febrero y 3 de marzo. Ya en la jornada anterior había cursado petición a la mayoría general, gracias a la falúa cedida con generosidad por el navío Oriente, fondeado a escasa distancia, en el sentido de la perentoria necesidad del Trinidad para pasar al arsenal, porque todavía manejábamos las bombas en trabajo continuo, así como otras urgencias relativas a víveres y aguada, por razón del deterioro de las sustancias que llegaron a quedar anegadas entre aguas sucias.

Para colmo de males y aumento de la desazón abierta, ni siquiera pude comunicar con Pecas, aunque enviara a Setum para indagar sobre su suerte. Y la respuesta no pudo ser más preocupante, porque andaba encerrado en su camarote y sin posibilidad de abandonar el buque un solo segundo. Quedé preocupado por la suerte de mi amigo, especialmente cuando el africano me anunció que andaban las drizas a bordo de su barco con especial tensión de capitán a paje. Pero era de suponer lo que debía haber sufrido el día 14 con el conde Morales de los Ríos a su lado, y la conducta observada que podía haber derivado en severas correcciones, porque el pequeño no solía guardar comentarios negros en su boca.

Debí esperar hasta la mañana del día 6 cuando, sin previo aviso, se acoderaron a mi altura dos lanchones de fuerza procedentes del arsenal de La Carraca, con la orden de tomarme a remolque de forma inmediata para conducirme al establecimiento industrial. Dispuse del tiempo justo para enviar mi parte escrito al general Córdoba, antes de atacar los caños en dirección al dique que ya me esperaba con portas abiertas, donde reposar las carnes heridas y comenzar una larga estadía de reparación, que era mucha la madera chamuscada y el desbranque sufrido por la catedral de

quilla a perilla. Y aunque fuese de natural beneficio y agradecimiento soltar la responsabilidad de mi mano al copo, sufrí de una profunda tristeza al desembarcar y observar una vez más el coloso de los mares con espadas clavadas en sus cruces. Pero en verdad que otros pensamientos más negros circulaban por las venas, en especial mi preocupación por la situación que Pecas podía sufrir, ignorante de todo lo que acontecía en los corrillos de la escuadra.

Mi primera conversación en derecho la mantuve con el comandante general interino del arsenal, el brigadier don José de Aramaz, cuando le avancé los pliegos del Trinidad y un repaso general de las reparaciones que, a mi entender, era necesario acometer, una lista como para albergar la construcción de una escuadra. Pero ni siquiera pareció tomarlas en consideración, porque cortó mi triste letanía con rapidez.

—No se preocupe en exceso por el navío Santísima Trinidad, Leñanza. Si los rumores que circulan entre los técnicos del arsenal son ciertos, acabará por entrar en carena de orden y nacimiento. Tras haberlo visitado en el día de ayer, le calculo bastantes meses de estiaje en grada y con grandes revoluciones en sus perfiles altos y bajos. Hace tiempo que los ingenieros navales, con don José Romero y Fernández de Landa a la cabeza, concibieron diferentes soluciones, pretendidamente definitivas, para encuadrar de frente los problemas de este navío, si es que existen. De esta forma, consideran posible eliminar de un plumazo tantos quebraderos de cabeza sufridos por sus comandantes a lo largo de muchos años. Entre otras medidas se barajan la de correr la cuarta batería, e incluso algunos alegan como necesaria la de embonar su cubierta en medida de fuerza. Y me barrunto que en vista de su estado actual, ha llegado el momento de que, al tiempo de devolverle a la vida activa, se intenten corregir sus fallos en maniobra y ajuste de baterías.

—Es una hermosa catedral, señor, aunque es cierto que algunos defectos son de tanta importancia que reducen su poder ofensivo.

—Me gustaría aprovechar la ocasión, si a usted no le importa, para que me narre en primera persona el combate habido en aguas cercanas al cabo de San Vicente, del que me alcanzan retazos que no permiten conjeturar la realidad en su conjunto.

—No espere escuchar cantos blancos o de sirena acomodada.

—Ya lo supongo.

No me atraía mucho la petición, pero me vi metido en callejón sin salida, por lo que con abierta desgana y sin entrar en mínimos detalles, narré mi opinión de lo observado desde el buque insignia, así como las dos semanas posteriores de tornaviaje en soledad. Conforme adelantaba en mi narración, se entristecía el rostro de don José, lo que era de ley y razón, porque le nombraba a muchos de sus compañeros y amigos, muerto alguno de ellos. Pero tras felicitar me por salvar de las garras inglesas la mayor de nuestras unidades, entró en cantos de tristeza.

—Mal momento atravesamos para ofrecer a la nación un suceso de tal envergadura y aspecto negativo desde cualquier punto del horizonte. Las voces interesadas y el pueblo en general, movidos en adecuado interés, sólo entenderán el

suceso del nefasto día 14 como una sangrienta derrota de una escuadra española ante una británica claramente inferior, aunque sólo nosotros sepamos la realidad. Se nos lanzarán al cuello desde todas las Instituciones, no le quepa duda. Ya me llegaron algunos comentarios desde la Corte, donde se anuncia a bombo y platillo el extraordinario desagrado de Su Majestad don Carlos, a causa del infamante ultraje recibido por sus reales armas.

Me llegó aquel comentario como andanada gruesa en la cara, aunque se trataba de una pequeña muestra de la pólvora que se comenzaba a prender en mechas por todas las fuentes. El comandante general del arsenal debió observar la variación en vinagre de mi rostro, porque entró en disculpa con rapidez.

—No me entienda mal, compañero Leñanza, que me limito a repetir los comentarios llegados a esta casa y con filtro de galán.

—Comprendo el enojo de Su Majestad, pero supongo que sus ministros le tendrán informado de la real situación de nuestros buques, sin personal profesional a bordo y faltos de bastimentos indispensables, sin que sea de disculpar alguna conducta negligente o escasamente gallarda, que tampoco debemos olvidar las balas negativas.

—No sea ingenuo, por favor. A nuestro Señor le sobarán los oídos con las noticias que guste escuchar, y éstas no se abren a favor de la Real Armada en los últimos años. Esa es la primera norma que se sigue en la Corte. No tiene más que contemplar la situación sufrida por don José de Mazarredo, desterrado por el gran pecado de describir la situación verdadera que se vive en nuestros buques, lo que es de dominio público a bordo de cualquier unidad de la Institución que caerá a los pies de los caballos. Lo siento de forma especial por don José de Córdoba, bajo cuyas órdenes serví hace algunos años, porque sufrirá las consecuencias.

—Es un buen hombre y valiente donde los haya, aunque..., aunque no...

—No es necesario que me explique más detalles en esa dirección. Le aseguro que puedo entreverla, sin haberme hallado en el combate, con lo que me ha dicho y conociendo a don José.

—Si le sirve como detalle ilustrativo, me comentó su mayor general, el capitán de fragata Cevallos, que en el desastre final, cuando se disponía a rendir el Trinidad, murmuraba entre dientes y de forma repetida como un poseso una sola frase: Con tanta bala, Dios mío, y ninguna alcanza mi pecho.

—Lo creo e imagino su sufrimiento actual. Estoy convencido de que habría preferido caer herido de muerte en el alcázar del buque insignia. En fin, será cosa de cerrar el capote sobre la cabeza y dejar pasar la marea. Pero si son ciertas las noticias que ya corren, viviremos momentos muy malos y de corrida en vergüenzas.

—¿A qué noticias se refiere, señor?

—Pues —parecía dudar en servirme aquella taza amarga—, pues según dicen se va a ordenar llevar a cabo las medidas pertinentes para que sean inquiridas, y judicialmente averiguadas con la debida diligencia, las causas que originaron lo que

se entiende como un desastre inconcebible para nuestras armas, consejos de guerra en tintes de castigo y con chuzo en mano para llevar a cabo los necesarios escarmientos, y le transcribo las palabras exactas que me alcanzaron. Incluso se habla de poner a la cabeza del Consejo de Guerra al capitán general don Antonio Valdés y Fernández Bazán, lo que mucho indica del camino elegido. Pero no me haga mucho caso, que se trata de simples comentarios.

No parecía el rumor de los de plancha de estero, por lo que quedé con el moscardón en vuelo y ronroneo permanente. La verdad es que no había tenido en cuenta tal posibilidad, que se abría por claros en el futuro cercano. Pero ya continuaba don José, cambiando el tercio para aminorar la carga.

—¿Qué piensa hacer ahora, Leñanza? ¿Dispone de residencia en la zona?

—Barajaba la posibilidad de tomar fonda con mi criado en Cádiz, si me considera liberado de responsabilidad sobre el buque bajo mi mando.

—Considérese libre de tomar cualquier decisión, que el Trinidad es cosa mía a partir de este momento y de tal prenda me responsabilizo de acuerdo a la ordenanza, al menos mientras dure el interinazgo que ejerzo. Así lo comunicaré al comandante general de la escuadra y capitanía general del departamento marítimo. Si desea acomodo en el arsenal, puedo facilitarle...

—No es necesario, señor, aunque se lo agradezco como merece. Si me proporciona un carruaje en conveniencia, marcharé hacia Cádiz, una vez desembarcadas mis pertenencias.

—Por supuesto. Cuento con él en el momento que estime oportuno.

No daba de sí el alicaído espíritu para mantener un segundo más aquella conversación, que se deslizaba sin remedio hacia laderas profundas y muy oscuras. Por esa razón, me despedí de don José de Aramaz con rapidez, mientras por el cerebro comenzaban a correr leguas caballos desbocados. Pocas horas después salía con Setum hacia la posada que llamaban El Portalón, un destartado pero limpio edificio utilizado normalmente por oficiales de la Armada en comisión de tránsito, situada en pleno corazón gaditano, a medio camino del bullicioso callejón del Tinte. Y allí deposité mis reales en espera de noticias, tras comunicar el desembarco y nueva dirección en la mayoría general del departamento.

Tres días más de nerviosa espera debí guardar en Cádiz, acompañado por Setum en absoluta soledad, hasta recibir noticias de Pecas a través de un recado escrito con letra apresurada. En él me comunicaba que había ordenado abrir una residencia en Cádiz, propiedad de un familiar, donde en breve se trasladaría y esperaba mi compañía. También me anunciaba la próxima llegada de María Antonia y nuestros hijos desde la Corte, porque estimaba como muy probable una alargada estadía en la ciudad.

Aunque sabía del especial amor a la teatralidad de mi compañero de armas, no era momento para andar sobre camino de flores, por lo que, como es lógico imaginar, la intriga impuesta en aquellas letras dejó mi ánimo abierto en permanente vigilia,

aunque el aviso de la llegada familiar recompusiera en algunos grados los humores entablados a la baja. Y debí esperar hasta el día 10, cuando en una de sus acostumbradas sorpresas, recibí la visita de mi buen amigo y cuñado en la posada gaditana. Me abracé con fuerza a Pecas, cuyo rostro y esqueleto mostraban una situación poco halagüeña, como si se mantuviera prendido todavía en doloroso trance. Pero tras observar que se encontraba sin herida ni magulladura alguna, le entré por vereda en sinceros, que eran muchas las preguntas a disposición para conjeturar a la llana.

—¿Y tu navío? ¿Ha entrado en el arsenal? En la distancia no parecía muy dañado.

—¿Dañado? Poco se dañan los buques que, prácticamente, no entran en combate. Por el contrario, pude observar tus perfiles de muerte en la distancia. Pero, bueno, entraré por negras. Se ha ordenado retranquear el fondeo de la escuadra aguas adentro, centrados en Puntales, mientras una parte importante ha tomado camino del arsenal. He sido relevado del mando de un plumazo y con extrema diligencia, así como todos nuestros compañeros. Según parece, es el primer paso para que seamos sometidos a un riguroso y multitudinario consejo de guerra.

—¿Para que seamos sometidos al consejo de guerra? No te comprendo.

—¿No escuchas las noticias que corren por bocas de diablos y tigresas? Deberemos sufrir consejo indagatorio de conductas todos los generales, comandantes de los buques, los respectivos segundos así como otros muchos oficiales. Se ha producido relevo general y los encartados deberán permanecer en el departamento marítimo a disposición de la superior autoridad, sin excepción posible —Pecas entonaba con visible cansancio, como si se tratara de una discusión labrada en doblete—. Según parece, no piensan dejar títere sobre cabeza.

—¿Todos los comandantes? ¿Qué culpa tenemos tú y yo de lo acaecido el día 14?

Pecas tomó asiento antes de responder. Parecía derrotado de antemano, agotado de cuerpo y mente, como si hubiera dejado de confiar en lo divino y lo humano.

—Mira, Gigante, hemos asistido en primera persona a una vergonzosa derrota. ¡Vergonzosa donde las haya! Nunca habría imaginado, desde que ingresé como guardiamarina en la Real Armada, haber tomado parte en tal indignidad. Siempre hemos defendido que se debía atizar el látigo para esclarecer las actuaciones personales de los diferentes mandos, cuando no se cumplía a la raya, y no me parece mal la medida tomada que se considera excepcional, acorde con lo sucedido en combate y su resultado. Tan sólo me preocupa que paguen justos por pecadores y que el desastroso funcionamiento de nuestra Armada en los últimos diez años, sea cargado a la espalda de unos pocos en general escarmiento. Sé de tu brillante actuación en combate y tu peligroso regreso, donde diste todo lo que es posible y mucho más, por lo que te felicito. En situación normal te valdría un ascenso de forma inmediata, aunque no se encuentre el albero en estos días como para ofrecer paseos de gracia —sonrió con desgana por primera vez—. Tampoco en mi caso particular espero tener problemas, que bastante debí sufrir a bordo con el conde Morales de los

Ríos y su más que dudosa actuación, por no emplear palabras más gruesas, con muchos testigos de mi personal ejecutoria. Pero no será trago de gusto padecer las mil y una preguntas que nos formularán los miembros del Consejo. Muchas de ellas, estoy seguro, rayarán sobre cotas de indignidad, y eso ya provocará dolor por largo.

—La verdad es que con el reñido combate que sufrimos a bordo del Trinidad, no me quedó mucho tiempo para observar el particular cometido de cada unidad. ¿Qué sucedió a bordo del Concepción? ¿Por qué no se cumplían las órdenes del general, en especial la de dar al enemigo un ataque general y que cada navío empeñase el combate en cuanto le fuese posible? Recuerdo a tu división navegando a vanguardia sin interesarse en la contienda.

—Mucho hemos hablado del teniente general conde Morales de los Ríos y su escasamente gallarda actuación en ocasiones precedentes. Es difícil de comprender que con su expediente personal, haya alcanzado tan alto grado en las filas de la Armada. Y ya se sabe que si se suelta la cabra del cercado, acaba por arrancar ladera arriba. La señal 166 de virar por redondo fue avistada con claridad, pero el general la consideró como especial para cada división. Te juro que son ciertas estas palabras, aunque difíciles de creer. Ahí comenzaron mis problemas particulares. Con posterioridad, es cierto que las señales izadas en tu buque en el palo mesana, supongo que por falta de drizas a proa, eran de difícil inteligencia con el denso humo en permanente rumazón, y me refiero a la 268 y 207, donde se ordenaba arribar a la escuadra simultáneamente. Es indudable que el desorden general fue lo que cimentó la derrota desde el primer momento, aunque algunas actuaciones personales obraron a favor del inglés.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero la señal...

—La señal 252 —Pecas entró donde yo blandía la manta—, la de empeñar combate, fue avistada con suficiente claridad por Cavarcos, uno de los ayudantes del general. Cada buque debía maniobrar con independencia de los demás para entrar en combate en cuanto le fuese posible lo que, ¡por Dios, no era necesario! Morales decía que debíamos aguardar una nueva señal del general Córdoba, para que determinara el modo o forma del ataque porque, en su opinión, era imposible creer que fuese su intención atacar en desorden. ¡Una rabiza argelina no creería tamaña estupidez! Jamás pensé que un general de la Real Armada llegara a declarar una idea tan peregrina en voz alta y con tono majestuoso. En fin, un conjunto de majaderías y estupideces, mientras seguíamos navegando a nuestro aire y alejándonos del cogollo del combate.

—Como bien dices, no eran necesarias señales para comprender que se debía hacer por el insignia y entrar en combate a batientes, como hizo el general Moreno. Continuamos con la putañera manía de andar prendidos en el antejo y a la espera de las órdenes del general, táctica anticuada donde las haya, sin dar oportunidad a los diferentes comandantes para que, en base a su propia iniciativa, obren en consecuencia de acuerdo a la estadía del combate, como hacen los ingleses y debería

hacer cualquier hombre de mar con sangre y voluntad.

—¡Por supuesto! Y sin olvidar el apoyo mutuo entre unidades, base principal de la táctica britana, un aspecto de la mayor importancia que jamás olvidan. Recuerda el momento en el que Nelson desobedece a su almirante y es apoyado a muerte por los navíos emparejados. Sin señal alguna del general Córdoba, estaba clara la maniobra que debíamos emprender. Y así se lo hice ver con claridad a ese conde culebrón, que poco gusta del olor de la pólvora y el combate a tocapanoles. Aunque comencé a opinar con sordina, acabé en grito con las portas abiertas y a las claras, notificándole mi incompreensión sobre su conducta y lo que consideraba como falta clara de la necesaria acometividad. Todo lo que Morales argüía sonaba a pretexto pueril y más propio de guardiamarina ignorante de lo que ha de hacerse en la mar. ¡Dios Santo y bendito! —Pecas abandonó el asiento, agitando los brazos como un poseso—. ¡Qué señal se ha de esperar al observar una parte de la escuadra comprometida con el grueso de la enemiga, y mantenerse en vanguardia sin virar con presteza hacia ella!

—Supongo que serían momentos terribles y de especial tirantez para ti.

—No lo puedes imaginar siquiera. Le dije sin cortarme un pelo, que los navíos fuera de la acción sólo disponían de dos alternativas. O bien se maniobraba por sotavento, con el fin de doblar al enemigo y colocarlo entre dos fuegos, o por barlovento, virando y revirando para prolongarse en retaguardia y llenar los claros que hubiese en ella. Estimaba la segunda como más factible, teniendo en cuenta que se mandaba división. Morales acabó ordenándome, con tono claramente amenazador, callar la boca y dedicar mi esfuerzo a gobernar el buque bajo mi mando. Pero no callé hasta que viramos para dirigirnos en vuestro auxilio, aunque ya estaba el puchero cocido en agrura.

—Y ahora nos someten a consejo de guerra. Que baje Cristo crucificado del cielo y lo entienda —protesté en cuerdas.

—Bueno, es situación normal. Según parece, se quiere dar un escarmiento general, lo que es de recibo tras el resultado, y se investigará a fondo. Y bien saben los dioses que espero sentencias adecuadas a tamaña indignidad. Parece que han nombrado nada menos que al bailío^[127] como presidente del consejo y un buen número de vocales de mota gorda. Sin olvidar al fiscal que, si son ciertos los comentarios, será el jefe de escuadra don Manuel Núñez Gaona, duro entre los duros. Y juro por todos los santos del cielo que mucho me alegro, porque alguno debería ser pasado por las armas en vista de su conducta.

—Deberemos nombrar defensor.

—Ya tengo dos o tres capitanes de navío voluntarios y deberemos ajustamos a ellos. Pero a todo esto, también llegan informaciones de que el almirante Jervis aumenta su escuadra en conveniencia y se prepara para acudir hacia la bahía de Cádiz.

—¿Hacia aquí?

—En efecto. Dicen que no sólo pretende bloquear nuestra escuadra en puerto,

sino incendiar el mayor número de buques posible. Pero conociendo a ese viejo camastrón, es probable que intente pescar en mares revueltos y lleve a cabo una intentona sobre la ciudad de Cádiz. Siempre han querido los britanos convertir esta punta de lanza en un nuevo Gibraltar.

—Y mientras tanto, nosotros con los comandantes y generales cesados.

—Bueno, estamos acostumbrados. Ya sabes que los relevos se llevan a cabo en nuestra Armada con demasiada rapidez. También se rumorea en ese sentido, que Su Majestad ha nombrado a don José de Mazarredo como comandante general de la escuadra.

—¿Lo sacan del destierro para tomar el mando? ¿No le habían dicho a don Carlos que se encontraba cercano a la más infame locura? Debía enseñarle el príncipe de la Paz a nuestro Señor las notas recibidas de este general sobre el verdadero estado de la escuadra y su reacción. ¡Parece difícil de creer!

—Sabes tan bien como yo que con Mazarredo al mando de la escuadra, no habríamos sufrido esta vergüenza. Pero también debería ser juzgado en el consejo de guerra quien puso la escuadra del océano en manos de ese incompetente de don José de Córdoba. Son muchos los culpables y se alcanzan cabezas altas, comenzando por Lángara y don Manuel Godoy, por no hablar de Su Majestad en persona, aunque no te guste mi comentario. Un Rey no debe dedicarse solamente a cazar por sus cotos y dejar los asuntos del gobierno en manos incapaces.

—Aunque me cueste decirlo, porque le profeso afecto después de todo, el primer responsable del desastre es don José de Córdoba, que para eso mandaba la escuadra. No admite discusión.

—Estoy de acuerdo contigo al ciento. Ya desde la bahía de Algeciras, la escuadra navegaba como falúas de golfo en Aranjuez, y en las mismas condiciones continuó durante muchos días. ¡Que diferencia con la formación britana, tocando baupreses contra balconadas!

—Tienes toda la razón.

—Pude leer el parte elevado a la Superioridad por Córdoba, el comandante general de la escuadra cesado, sobre la vergonzosa función junto al cabo de San Vicente. Debo reconocer que el pobre hombre no mete los dedos en la herida, como bien podría hacerlo en descarga propia. Sin embargo, en las últimas páginas, tras presentar el estado de muertos, heridos y contusos en cada unidad, divide a los buques de la escuadra en tres grupos. En primer lugar, los que se batieron en sus puestos de forma permanente con esfuerzo y decisión: Navíos Santísima Trinidad, San José, Salvador del Mundo, San Isidro, San Nicolás, Soberano y Mejicano. A continuación, ofrece una segunda lista de los que, en su opinión, se han batido en las ocasiones que les fueron oportunas, verificando sus maniobras con acierto y mostrando intrepidez y arrojo: Navíos Príncipe de Asturias, Pelayo, San Pablo, Conde de Regla y Oriente. Y por último, un tercer grupo, que de bordadas contrarias sólo correspondieron a las descargas de los enemigos, que mostraron tibieza y que

muchos no obedecieron las señales: Navíos Concepción, Conquistador, San Juan Nepomuceno, San Genaro, San Ildefonso, San Fermín, Firme, San Antonio, Glorioso, Paula y Atlante.

—Y dices que no mete los dedos en la herida. Deja bien claras las actuaciones — moví mi cabeza en clara incompreensión.

—No lo hace al exponer los detalles del combate y solamente en estas últimas notas. Por eso me sienta tan mal. Debes tener en cuenta, que junto a cada uno de los navíos citados, se nombra a su comandante. En el caso del Concepción, aparece el general conde Morales de los Ríos y, bajo su nombre, el mío como comandante. Siento vergüenza propia de que tal papel circule por la Secretaría de Marina.

Dejé pasar unos segundos, mientras intentaba asimilar aquel río informativo. No me entraba por luces la idea de sufrir consejo de guerra, aunque era consciente de que nada debía temer, porque mi conducta había sido de galleta y a la dura en todo segundo. Pero el momento era terriblemente peligroso, pensando en una escuadra britana fortalecida a las puertas de la bahía.

—¿Se conoce algún detalle de los movimientos del almirante Jervis?

—Para beneficio de nuestras armas, se lo toma con calma en Lisboa. Supongo que espera refuerzos de las islas. Pero en pocas semanas puede estar a la vista de la Torre del Vigía, y no se encuentra la escuadra para fuegos de artificio. Pero, bueno, vayamos a los asuntos particulares, que también nos interesan. Mañana llegará María Antonia con nuestros hijos. Un primo me ha dejado su casa, bien cerca de aquí, donde podremos instalarnos con suficiente decoro y comodidad.

—¿Cómo se te ha ocurrido tal idea? Si pensamos en posibles ataques del inglés, podría ser peligroso.

—No alcanzará a llenarse la frasca en tal medida. Además, en caso de que se atrevan a un bombardeo intenso, esta zona será la más segura y queda fuera de distancia. Cuando escuché lo del consejo de guerra y la alargada estancia que podemos sufrir en este puerto, decidí que era lo mejor. ¿Estás de acuerdo?

—Por mi parte, encantado. Si hemos de afrontar una mala época, más vale tener cerca a los nuestros, que siempre elevan el espíritu.

—Esa era mi opinión.

Sin mediar señal alguna en tal sentido, Setum nos atacó con un generoso almuerzo que nos hizo mejorar el aspecto. Comimos y bebimos como en los viejos tiempos, aunque un deje de amargura volaba en libertad sobre nuestra conversación. En aquellos días echaba de menos mi estadía de guardiamarina, cuando era tan sencillo obedecer y no pensábamos en más complicadas disquisiciones que la de guerrear y cumplir con nuestro deber.

Al día siguiente, poco antes de recibir la llegada de nuestra familia, un compañero instalado en El Portalón nos comunicó que con fecha 6 de marzo, se había expedido una Real Orden por la que se facultaba al jefe de escuadra don Manuel Núñez Gaona, como fiscal para incoar causa indagatoria sobre el combate naval que había tenido

lugar el 14 del pasado mes de febrero en las aguas del cabo de San Vicente, entre la escuadra española del mando del teniente general don José de Córdoba y la inglesa del almirante Jervis. En efecto, se confirmaba el rumor que otorgaba la presidencia del consejo de guerra al antiguo Secretario de Marina, don Antonio Valdés y Fernández Bazán. También se nombraban como vocales a los tenientes generales Joaquín Cañaveral y Basco Morales, los jefes de escuadra Pedro Autrán, Gabriel Guerra, Francisco Javier Rovira, Antonio Chacón, José Bermúdez de Castro, Francisco Milláu y José de Adorno. La lista de los vocales finalizaba con el brigadier Andrés Valderrama y los capitanes de navío Miguel Orozco y Alonso de Torres Guerra.

Y como Pecas había vaticinado, todos los generales, comandantes de buque, segundos, así como un buen número de oficiales de mayoría y dotaciones quedaban sometidos al consejo, algunos en el empleo de alférez de fragata, debiendo permanecer en la provincia gaditana a su disposición. Por tal razón, tomamos como defensores de nuestra causa a los capitanes de navío don Martín de Cotarrello, a favor de Pecas, y el de su mismo empleo don Sebastián Pancorbo a favor de mi causa. Este oficial se encontraba recién ascendido y era de mi absoluta confianza desde que lo tuviera bajo mis órdenes en el navío Triunfante. Mucho debíamos trabajar para preparar las sesiones que, en el fondo, sentíamos como acción injusta contra nuestras personas. Pero era un trago negro que debíamos atravesar, y a él nos pusimos con la suficiente confianza.

Pero no era ése el único bastión que debíamos afrontar de cara. Ya las gacetas y los corrillos hablaban en deshonor de nuestra Institución hasta dejarla a los pies de los caballos, lo que era condición de esperar. Y como de costumbre, comenzaron las coplillas a circular por las calles, así como en panfletos impresos con inaudita celeridad. Al menos y para regusto propio, la primera era dirigida contra ese personaje al que tan escaso aprecio profesábamos:

*Alivio de nuestros males,
la cabeza de Morales.*

Así es nuestra gente en España, que saca punta y mecha mojada en vinagre de la mayor desgracia. Pero era de tamaño gigantesco la faena que se avecinaba, aunque todavía no lo supiéramos.

22. De nuevo con el general Gravina

Aunque los días que se abrían por nuestra proa amenazaban con cariz tendido a la más negra espesura, la llegada de María Antonia y nuestros hijos desde la Corte, así como el consiguiente traslado a la casa palacio gaditana del marqués de Villavelviestre, en la cercana calle de la Amargura, parecieron calmar las aguas ampolladas por alto en nuestras vidas como por encanto. Una vez más, que he de reconocerlo con la merecida sinceridad, había sido una sabia decisión de Pecas, porque nada como la presencia de los seres queridos y el habitual ajetreo de la vida familiar, podían elevar en mayor medida nuestro ánimo, unos espíritus alicaídos muy por bajo hasta la barrera.

Por mi parte, debí narrar el combate habido en aguas de San Vicente a mi primogénito con todo detalle. El joven escuchaba embobado los quites de cada acción, intercalando preguntas al tono, aunque debiera ceñir velos y correr la imaginación para presentarle una escena bien distinta a la real. Pero el coro familiar disfrutó sobremanera al exponer el alargado tornaviaje, con el engaño al inglés, hasta llegar a batir palmas de entusiasmo. El tercer Gigante de la familia continuaba despuntando, a sus doce años, en fuerza y maneras como para pensar en un próximo asiento de plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, meta a la que aspiraba con esa habitual impaciencia de su edad. Y como pronosticara Setum en sabia profecía, el joven Okumé se había convertido en su inseparable sombra, compartiendo vida y confidencias que lo convertían en el gran amigo del que, sin embargo, consideraba como su señor.

María Antonia tomó a su cargo la nueva empresa familiar con mano férrea sobre el timón, como si sus dos hijos y tres sobrinos formaran una parte inseparable del todo. Por mi parte asistía entusiasmado al despliegue de su belleza y actitud, porque no era mi cuñada mujer de las que se achantan ante cualquier adversidad, y sin pronunciar palabra se hizo cabal cuenta del estado emotivo y profesional por el que atravesábamos Pecas y yo, aunque intentáramos cubrir las heridas con venda larga.

El consejo de guerra que debía aclarar conductas y actitudes de tantos generales, jefes y oficiales de la Armada, había comenzado sus trabajos con una celeridad alejada de la habitual parsimonia, por lo que debimos declarar ante el fiscal y vocales en diversas ocasiones. Y para mayor incomodidad, debíamos trasladarnos hasta la cercana villa de la Isla de León^[128], donde se había establecido la sede del consejo en forma permanente. Es bien cierto que las preguntas a que éramos sometidos con tono de correa, en más de una ocasión habrían sido capaces de avergonzar al más corrido de los oficiales de guerra, un plato que no le deseo al mayor de los enemigos. Por fortuna, nuestras actuaciones en el combate y situaciones añadidas no dejaban lugar a dudas, aunque Pecas debiera echar mano de los argumentos de algunos de sus oficiales a bordo del navío Concepción para quedar alejado de la malhadada sombra

del conde Morales de los Ríos, nefasto personaje capaz de arrastrar a media Armada con su más que indecorosa actuación y comentarios en defensa propia.

Aunque pasáramos la mayor parte de las horas reclusos en el caserón con los nuestros y sólo nos trasladamos para las necesarias comparecencias indagatorias, tuvimos noticia del oficial nombramiento del general don José de Mazarredo como comandante general de la escuadra, así como la llegada a Cádiz del general don Federico Gravina el día 13 del presente mes de marzo, nombrado como segundo cabo, un puesto que, en opinión de Pecas, le venía al pelo.

—Ya te dije que tu admirado Gravina —mi compañero entraba en una discusión largamente debatida entre nosotros—, es de los mejores para el destino de general subalterno, aunque persona a la que nunca conferiría el mando absoluto de una escuadra. Y así debe entenderlo él mismo, si no le conozco mal. Jugará un magnífico papel en el puesto para el que ha sido nombrado.

—Basas todas tus opiniones en los sucesos acaecidos durante aquellos días del sitio de Rosas, muy particulares en lo que a mando de escuadra se refieren. No debes cegarte y recordar que don Federico atravesaba una situación personal muy difícil y en varios frentes, que acabó por reventar con el ataque de perlesía.

—No me ciegan ocasiones puntuales, Gigante. Ya sabes que le aprecio como persona y le debo favores de altura, lo que no olvidaré jamás. Siempre tendrá a su lado a Santiago de Cisneros, si necesita de mí. Pero esta opinión que sólo ante ti expresaría, se encuentra muy fundamentada. Y conste que el trabajo abierto por su proa en estos días es de los de ronza y arenas blandas.

—Supongo que don José de Mazarredo llegará pronto para tomar el mando.

—El general Lángara debió enviarle la orden a Ferrol y se retrasará algunos días su presencia. Además, le será necesario pasar por la Corte para que Su Majestad compruebe su cordura actual. Por eso te decía que la llegada de Gravina a la escuadra debió ser de cintas calientes y balas rojas. Si son ciertos los rumores, se trasladó desde la Corte a uña de caballo y sin un mínimo descanso para hacerse cargo de la situación hasta la llegada del vasco. Tomar el mando de manos de quien debe afrontar el peor trago profesional de su vida, con riesgo de perderla y castigado en opiniones de indignidad desde cualquier punto de España, debió ser marea gruesa.

—Y como decías, el trabajo que se le abre a Gravina por la proa no es de batalla galana. La amenaza del inglés le sopla en las barbas, con navíos en mal estado, averiados muchos y faltos de personal, suspendidos los jefes hasta que el consejo decida sus conductas, y la moral abatida hasta los suelos tras la infame derrota. En fin, que no le envidio en estos momentos.

—Tampoco yo. Pero con alguien por encima que le ordene y asuma la responsabilidad, se distinguirá en claros, puedes estar seguro.

—Ya estás con la historia de siempre.

Así discurrían nuestras discusiones, pensando en un grave y espinoso problema que se abatía sobre manos ajenas, aunque sufriéramos con él en primera persona.

Pero al mismo tiempo, el ambiente generado en toda España por caminos y ciudades, así como en la ciudad gaditana en particular, contra la Armada y sus miembros, era para largar estachas en sangre, lo que sentíamos como lanzada en el costado. El ambiente popular y también en círculos altos, aunque cerraran la boca en oportunidad, no podía ser más negativo, al punto de rayar en el insulto colectivo que no merecíamos desde ningún punto de vista. Más de una vez debimos apretar los puños en aguardo y contener los ríos internos, porque algunos comentarios lanzados en recepciones y corrillos entraban por boquera cerrada y con daga afilada. Y como conocía la intransigencia de mi compañero, hube de tomarlo por el brazo y apartarlo en ocasiones, para que no pasara a mayores lo que se entendía por chanza pasajera.

La gran sorpresa, una más de las que nos suele ofrecer nuestra Institución donde siempre se navega con horizontes tomados, llegó una mañana a mediados de mes, víspera del Jueves Santo, cuando en el caserón palaciego recibimos un recado del general Gravina. En el mismo, don Federico nos citaba con urgencia a Pecas y a mí en su domicilio particular, situado junto a la plazuela de Santiago. Y allí nos dirigimos sin pérdida de tiempo, tras haber analizado entre nosotros las posibles causas de aquella llamada, sin que fuésemos capaces de imaginar la causa. Llegamos a suponer como más posible que, dado el habitual carácter bonachón y animoso para con sus hombres, quería ofrecernos el necesario aliento para atravesar la marea negra impuesta a nuestras personas.

Fuimos recibidos por el criado particular del general, Gemonte, que nos dio paso franco sin dudarle un momento. Y ya en el zaguán, el mayordomo Mazanini, a quien conocíamos de otras visitas al domicilio de don Federico en Madrid, nos recibía con una sonrisa.

—El general les espera en su estudio, señores. Mucho me alegro de verlos de nuevo, sanos y salvos tras el combate.

Aunque ardíamos en espera de noticias, cerramos los machos de la impaciencia y nada inquirimos al hombre de confianza sobre la causa de nuestra llamada. Poco después nos presentábamos ante el general, que en aquellos momentos departía con el capitán de navío don Cosme Damián Churruca, uno de los oficiales de mayor prestigio en la Armada, tanto por su valor en las misiones de guerra sufridas, como pericia en las expediciones científicas y de navegación llevadas a cabo en las Indias. También se encontraban presentes Porlier, su ayudante, así como Barreda que actuaba como su secretario de forma permanente. El general abandonó su asiento para ofrecernos un caluroso abrazo.

—Por todos los santos que mucho me alegro de su rápida respuesta, señores. Ya le dije, Leñanza, que su destino parecía haberse amadrinado al mío con fuerza y sin solución de continuidad. Necesito hombres como ustedes para la ardua empresa que se nos abre por la proa.

Nos tomó desprevenidos aquel apunte directo, aunque se tratara de un detalle habitual en la conducta de don Federico, porque no cuadraba con la situación

procesal que atravesábamos. Así debió advertirlo el general, que entró en explicaciones sin perder un segundo.

—Ya sé lo que piensan, amigos míos. De acuerdo con las ordenanzas en su más precisa exactitud, no pueden prestar servicio en la situación de proceso que atraviesan, en mi opinión inmerecida por más. Pero toda norma ha de tener su excepción y la situación por la que atravesamos es suficientemente grave y así lo requiere. No son los únicos, porque con tanto oficial encausado, no podríamos aligerar esta empresa que se abre con especial peligro para nuestra Patria. Aquí tienen a Churruca en labores de mayor general de la escuadra aunque de forma interina, puesto que cederá, en cuanto consigamos la necesaria exención, al brigadier don Antonio de Escaño, que también anda encausado como ustedes por haberse encontrado al mando del navío Príncipe de Asturias en el nefasto combate. Aunque ya me comunicó el general Mazarredo, que ha de llegar a esta plaza en los próximos días para tomar el mando, su deseo de que este valiente vasco —apretó el brazo del subordinado mencionado con su habitual afecto— ocupe el puesto de primer ayudante de la mayoría.

—La verdad, señor —me sentía ligeramente emocionado y respirando felicidad por cada poro de mi cuerpo, abriendo los ojos al palmo para creer la noticia como cierta—, que en mucho le agradezco sus palabras. Ya sabe que puede contar conmigo para el destino que estime oportuno, con exención o sin ella.

Pecas se expresó en los mismos términos, sin esconder una alargada sonrisa en su rostro. Cortesano como siempre, le ofreció sus palabras de elogio.

—Al mismo tiempo, señor, le ofrezco mi más sincera enhorabuena, al haber sido designado como segundo jefe de la escuadra por Su Majestad.

—No fue fácil esa maniobra, sino de las de paso estrecho con maretón tendido. Todavía me entra el palpito en la garganta al recordarla. No sé si estarán al día de los hechos, pero tras el revés sufrido en las aguas del cabo de San Vicente, Su Majestad se sintió ofendido como pocas veces, con la excepción de la rendición de la plaza de Figueras que todavía no ha olvidado. Y en uno de sus pocos arranques emocionales, porque es hombre de decisiones pausadas, ordenó a nuestro Secretario que concediera el mando de la escuadra al teniente general don Francisco de Borja y Borja, marqués de los Camachos, sin perder un minuto. Lángara nos reunió en la Secretaría a varios generales, para comentarnos la Real Orden que, con su habitual sabiduría, no había diligenciado todavía.

—¿El general Borja? —pregunté, extrañado—. Pero si a estas alturas debe andar...

—En efecto —sentenció Gravina—. Nadie ignora los excelentes servicios prestados a la Corona por ese gran cartagenero que es el marqués de los Camachos. Pero como supongo quería decir, Leñanza, en estos días cuenta con 71 años, sufre de gota reincidente y aunque otros hayan desempeñado cargos de tal responsabilidad a dicha edad, no parece disponer del vigor y energía que este especial momento

reclama.

Don Federico cesó en su parla, como si se perdiera en los cercanos recuerdos o dudara en continuar la narración con los detalles del nombramiento. Todos los presentes esperábamos que continuara y así pareció entenderlo.

—Don Juan de Lángara era de la opinión que algunos generales con cierta ascendencia en palacio, y acceso al mismo por haber sido acreditados en su momento con la llave^[129], pudiéramos hacer cambiar de opinión a Su Majestad. Nos aseguró sin rodeos que se trataba de una decisión personal de don Carlos, así como la de haber ofrecido la presidencia del consejo de guerra al capitán general Valdés, y en ninguna había intervenido el príncipe de la Paz. Por nuestra parte, todos coincidíamos en que debía ser don José de Mazarredo el designado, una opinión en la que, estoy seguro, coincidirá la mayor parte de nuestros compañeros.

—Estoy de acuerdo con usted al ciento, señor. En ese caso, ¿se presentaron en palacio? —preguntó Pecas con su habitual curiosidad.

—Su Majestad vio con buenos ojos la audiencia solicitada por don Juan de Lángara porque, aunque algunos no lo crean, es de los pocos que nos defiende en su entorno y aprecia con sinceridad. De esta forma, allí nos presentamos con una difícil misión, porque no es sencillo indicar a nuestro Señor que entendíamos su nombramiento como erróneo, aunque utilizáramos palabras en almíbar. Pero debo aquí señalar la decisión del Secretario, que sin mayores preámbulos se ciñó al tema y con los detalles que acabamos de exponer sobre el general Borja. Don Carlos alegó que había hablado pocas semanas antes con el citado general en palacio y lo había encontrado lúcido, ágil de movimientos y con la mente clara, aunque confiaba en la opinión expuesta por Lángara. De esta forma, nos pidió opinión a los restantes, que ya entrando al melón con cimitarra y sin ambages, citamos a don José de Mazarredo como la persona idónea para el puesto.

—Se extrañaría Su Majestad, tras las informaciones que sobre don José le habían corrido —me permití preguntar, aunque cobrara prenda en rumores.

—En efecto. Poco le agradó la oferta a nuestro Soberano, cuyo rostro se alargó en gestos de diferencia y posible desconfianza. Alegó por derecho como imposible entregar el mando de la escuadra del Océano, el destino capital de la Real Armada, a quien, por desgracia, no andaba con su cerebro en sano juicio.

—Era el momento de que Su Majestad comprendiera por las claras y en derecho, que alguien muy cercano le había mentido.

Pecas se lanzaba, como otras tantas veces, al agua y sin madera de flotación, apuntando hacia el príncipe de la Paz. De forma imprudente olvidaba la estrecha relación de Gravina con el nefasto personaje a quien, sin embargo, consideraba como gran amigo y protector. Don Federico lo miró a los ojos con signos de clara reconvencción, largando sus palabras en dardos de lentitud.

—No dispare con trabuco cegado, Cisneros, que le puede reventar en los ojos. Debe medir sus palabras.

Pecas comprendió su error y bajó la cabeza. Pero la sonrisa de Gravina me tranquilizó, al tiempo que continuaba su narración.

—Fue el momento más delicado de la real audiencia porque, tras mantenerse silencioso durante unos segundos y sin esperar alguna otra consideración, Su Majestad declaró en firme que revocaba el nombramiento del general Borja y me escogía a mí como nuevo comandante general.

A todos nos tomó por sorpresa aquella nueva y desconocida noticia. Miramos hacia nuestro general con abierta interrogación, mientras él esbozaba una socarrona sonrisa antes de continuar.

—Con aquellas cartas en la mano, debí acometer el trance más difícil y decisivo de mi vida. Pero no se puede circular por esta tierra sin la necesaria lealtad a quien tanto se debe. Decidí echarle humo a las cuerdas y, adelantando unos pasos, me situé frente a Su Majestad. Sé que a nuestro Señor le gusta la sinceridad y por esa derrota decidí entrar. En primer lugar, le agradecí el grande e inmerecido honor que me concedía, un cargo al que aspira todo general de la Armada. Pero el mismo amor que siento por nuestro rey y lo que representa, me obligaba a comunicarle que el general Mazarredo era el más preparado en todos los aspectos para mandar la escuadra, y superior por leguas al resto de nuestros compañeros, entre los que me incluía. Además, salía fiador de su cordura y patriotismo, solicitando quedar como segundo cabo a sus órdenes. Fueron momentos de ligero desconcierto, no exentos de cierto temor por mi parte, dudando en haber dado un paso en falso. Pero cuando observé ese gesto afable y paternal tan habitual en el rostro de nuestro Señor, me supe ganador de la batalla. De esta forma accedió a lo que solicitábamos, aunque me ordenaba salir de inmediato y con la mayor urgencia hacia Cádiz, para hacerme cargo de la escuadra hasta la llegada de don José. No debía permanecer ni un día más el mando en manos del general Córdoba, y aquí repito sus palabras al punto, que no añado de mi cosecha ni una coma. Y esa es la función completa, señores, que espero guarden en cajera con la debida discreción.

Se hizo el silencio una vez más. Por mi parte sentía los ojos de Pecas clavados en mi nuca, porque conocía sus opiniones sobre Gravina y la posible aversión al mando. Pero escuché su voz en nueva pregunta, ahora elevada con suma discreción.

—Es un detalle que lo distingue, señor, aunque pocos generales habrían renunciado a tal prebenda. El mando de la escuadra es el fin al que todos aspiran y el máximo honor que podemos recibir.

—Pero no es leal aceptar cargos para los que otros se encuentran más capacitados, Cisneros. Pero, bueno, dejemos los comentarios de Corte y centremos nuestro trabajo que no es miga de campo, de acuerdo a los planes embastados con el general Mazarredo, aunque los haya recibido a lomos de postas. Como habrán comprobado, comienzan a aparecer velas inglesas por el horizonte, aunque de momento se trate solamente de fragatas y buques menores en descubierta. No me cabe duda de que en pocos días, la escuadra del almirante Jervis se presentará en la

bahía para cerrar el bloqueo al copo, una empresa en la que nuestros enemigos son especialistas. Pero no creo, y así opina el general Mazarredo, que en esta ocasión se limiten a tal actividad, porque piensan que estamos derrotados de espíritu y con los brazos caídos, actitud que es cierta pero debemos enmendar sin pérdida de tiempo.

—No está el ánimo de nuestros hombres y buques para andar en juegos de gloria —apunté con decisión.

—Ya lo he podido comprobar. Debemos reorganizar la escuadra desmoralizada, enviar algunas unidades al arsenal para su puesta en servicio, desarmar los navíos necesarios para completar dotaciones adecuadas en los que sea posible, y mil funciones más como conseguir artilleros, hombres de mar y los pertrechos necesarios. Porque al general Mazarredo se le han dado todos los poderes al alcance de la mano, aunque sea difícil de creer con los antecedentes que sobre él se habían corrido —miró a Pecas con especial vehemencia—. Bueno, debo aclarar que se le concedieron todos los poderes menos uno, los dineros necesarios, porque en ese aspecto anda la saca del estado en cueros. Pero ya sacaremos oro de la arena si es preciso. No obstante, es deseo del general, y aquí entran ustedes en juego —nos señaló a Pecas y a mí con la mirada—, organizar una armadilla, un conjunto de lanchas de fuerza con las que podamos oponer resistencia al bloqueo britano si éste pasa a las malas. Ya sé que no disponemos de ese conjunto utilizado por el general Barceló en la bahía algecireña, pero habremos de inventarla si es preciso.

—¿Queda alguna lancha de fuerza utilizable en el arsenal? —preguntó Pecas con rapidez.

—En efecto. Y ya he ordenado traer las destacadas en Algeciras a la mayor brevedad, antes que cierren la bolsa los britanos. Pero no alcanzan en número ni mucho menos, por lo que utilizaremos las falúas y lanchas de los navíos, así como cualquier otra embarcación disponible al uso, embarcándoles un cañón de a 24, aunque sea a barbas de granate. Y deberemos repartirlas en divisiones, emplazándolas de forma que puedan entrar en fuegos cruzados desde diferentes puntos de la bahía. Por favor —se dirigía a su ayudante—, abra alguna ventana o moriremos de asfixia, especialmente los brigadieres presentados en casaca de paño grueso.

En efecto, aunque rayando la entrada en primavera, aquellos días se abrían con extremo calor en la ciudad gaditana, acariciados por un lebeche suave y remolón. Porlier abrió el ventanal, para dejar entrar un soplo de aire que se necesitaba. Gravina rubricó la orden con generosidad.

—A partir de ahora, les concedo comodidad en el vestuario, señores, que tal condición facilita el trabajo por largo.

Creo que fue en aquellos momentos cuando desde la plaza a la que se abocaba la ventana abierta del aposento, comenzaron a escucharse rumores de niñas con su parloteo habitual, recién salidas del colegio cercano para disfrutar unos minutos de recreo. Como se encontraban a escasos metros, sus voces se distinguían con extrema claridad. Gritaban y discutían sobre el juego a disfrutar, dentro de los muchos que se

utilizaban por aquella época entre la juventud. Escuchamos la discusión infantil con penosa exactitud.

—Juguemos al Círculo de Reyes —decía una de las niñas con escasa convicción.

—Nada de eso —contestó otra—, es más divertido rotar a La Torre en Guardia.

—Eso es muy aburrido. Yo prefiero correr a Ángel del Oro —protestó otra con tono aflautado.

—Y yo a Los Colores o a Las Figuras.

—Nada de eso —ahora se escuchaba una voz de mando que, sin duda, debía pertenecer a la niña que suele detentar la llave maestra en todo grupo juvenil—. Jugaremos a La Derrota del 14.

—Eso, eso —gritaban en conjunto—. Juguemos a La Derrota del 14.

Nada más escuchar aquellas palabras, giré la vista por la estancia para comprobar cómo se encendían los rostros de mis compañeros. Pero ya la niña continuaba con voz altiva, dirigiendo el coro con sus preguntas, cantadas en festivo sainete.

—Respondan todas. ¿Por qué se llevó el inglés dos navíos y dos reales?

—Por culpa del general Morales —contestaron en letanía.

—¿Y qué hacía el general Moreno en la ocasión?

—Estaba en observación.

—¿Y qué era lo que observaba?

—Cómo el inglés se los llevaba.

—¿Y Córdoba con quien se batía?

—Con las plumas de su tía.

—¿Qué navíos han venido?

—Los que el inglés ha querido.

—¿Qué navíos han entrado?

—Los que el inglés ha dejado.

La vergüenza que sentía se agrandaba por momentos. Juro que deseaba retorcer el cuello de aquella soleta deslenguada, que dirigía el griterío con voz altiva y prepotente, como si hubiera presenciado su particular combate de San Vicente del día 14 en el aula del colegio. No pude evitar un rechazo absoluto, cerrando la ventana de un fuerte golpe.

—Ha hecho bien, Leñanza. Más vale sudar a chorros que escuchar esos juegos del infierno —afirmó Gravina con el semblante demudado—. Está claro que somos burla general, señores, hasta de los niños.

—Es una insoportable vergüenza —subrayó Pecas—. Precisamente, el general Moreno se batió con extremo arrojo y pundonor.

—Será cuestión difícil y de largo recorrido borrar esta página deshonorosa, que nos ha caído sobre los hombros en el peor de los momentos. Ya pueden imaginar los comentarios que corren por la Corte sobre los oficiales de la Real Armada y sus

batallitas, como algunos figurines patilargos denominan los combates de escuadra. Porque esa niña se limita a repetir lo que escucha en casa de sus mayores, no les quepa duda.

—Esta página indigna de nuestra historia sólo se puede borrar con sangre, señor general.

Las palabras habían salido de mi boca con independencia de mis deseos, como si un duende escondido las hubiera lanzado sobre la mesa. Todos me miraron en silencio, como si no comprendieran el sentido. Pero continué sin pensarlo, porque así lo entendía como necesario.

—Si entramos de nuevo en combate contra el inglés, hay que barrerlos o morir en el empeño. De los muertos no se hacen coplillas en chanza.

—Tiene toda la razón, señor —suscribió Barreda con esa energía que lo caracterizaba—. Como usted dice, la sangre borra la indignidad.

—Pues apliquemos las páginas a este cuento. Aunque algunos opinan en contra, estimo que el inglés intentará forzar el puerto, incendiar la escuadra y, si le es posible, tomar Cádiz o hacer rapiña, que llevan demasiadas semanas sin cobrar réditos algunos de sus comandantes.

—Que corra, pues, la sangre.

Pecas entonó las últimas palabras con una sonrisa, aunque no sonaban en tono de chanza ni mucho menos. Sentí un ramalazo de frío en las venas, como si en verdad hubiera pasado la guadaña sobre nuestras almas.

23. El bloqueo de Cádiz

Tal y como suponíamos, las fuerzas del almirante Jervis habían sido reforzadas desde el canal de la Mancha de forma notable, con la orden de bloquear la bahía Cádiz e intentar destruir la escuadra española allí refugiada, sin desdeñar posibles operaciones sobre la ciudad si se presentaban al claro. También se había visto elevado el prestigio de su persona, al haber sido nombrado, tras el éxito cosechado en el combate del 14 de febrero, barón de Meaford, conde de San Vicente, par del reino y con derecho a recibir una nada despreciable pensión de 3000 libras al año, ese tintineo metálico de monedas que con tanta pasión mueve al corazón britano empeñado en las armas. Pero también la figura del comodoro don Horacio Nelson, por su destacada y valerosa actuación por encima de muchos en la batalla, comenzaba a escalar cotas de inmensa popularidad en toda Europa, habiendo sido ascendido al empleo de contralmirante.

Por fortuna para España y sus fuerzas navales, el almirante ennoblecido a las alturas se había dejado dormir en los elogios cortesanos, dejando pasar un tiempo que se demostró capital para nuestras fuerzas. Cuando pienso en el estado de nuestra Armada por aquellos primeros días del mes de marzo, con navíos en descuadre absoluto, generales y comandantes encausados y apartados del servicio, así como dotaciones con la moral tendida bajo cubierta, temo todavía que Jervis hubiese atacado puerto y escuadra sin concederle el tiempo necesario para su mínima recomposición. Y no me consideren agorero si estimo que los britanos podían haber ofrecido la estocada de muerte, así como una posible toma de la ciudad gaditana con futuro más que incierto.

El día 23 de marzo cerraron los ingleses el bloqueo, presentándose en la boca de la bahía con 23 navíos de línea. Una de las divisiones fondeó sin mayores problemas ni estorbos añadidos en el placer de Rota, manteniendo otra en crucero permanente con la inseparable compañía de las fragatas y buques menores, que los españoles observaban con detalle desde la Torre de Tavira. El copo ordenado por el almirante llegó al extremo de prohibir el paso a los faluchos y barcas de pesca, llevando a cabo su apresamiento en algunos casos, conducta deplorable y en contra de todo principio marítimo que, por fortuna, fue evitado tras la protesta de algunos comandantes britanos. Y aunque parezca difícil de creer, ellos fueron los que impusieron las reglas del juego en nuestra casa porque, como tantas otras veces, dominaban la mar a su antojo.

Por fortuna, el teniente general don José de Mazarredo era el hombre que la Armada necesitaba para sobrevivir, ese gran general que, de forma incomprensible, había sido apartado del mando cuando con mayor necesidad se urgía su presencia. No era más que el claro exponente de la desidia e incapacidad del príncipe de la Paz, que había antepuesto su desorbitado orgullo personal al bien de la Patria, así como la meliflua actuación de muchos generales de mar que callaron o miraron hacia popa en

vergonzosa omisión y beneficio propio.

Aparte de su elevado prestigio personal como táctico, maniobrero y conductor de hombres, era Mazarredo un personaje cuya simple visión imponía respeto y subordinación. De elevada estatura, robusta constitución y gran fuerza muscular, desplegaba una actividad incansable que pocos de sus subordinados podían seguir, tanto en la mar como en tierra. Además, era persona de aspecto sociable y maneras distinguidas, hábil diplomático y negociador, aunque su aspecto grave e imponente supusiera un freno inicial a sus interlocutores.

Desde el primer momento, aunque el marino vasco no reclamara una restitución moral y pública a la que tenía derecho tras el injusto destierro, se le concedían poderes omnímodos en cualquier campo que estimara pertinente para organizar y regir todas las fuerzas navales del Océano. Desde la Corte se dictaban órdenes tajantes a las autoridades de los diferentes departamentos y jefes del Ejército en las plazas relacionadas con la empresa, para que no se le pusiera impedimento alguno en buques, pertrechos y hombres, incluidos los soldados del Ejército que estimara necesarios.

Don José de Mazarredo arribó a la villa de la Isla de León el día 8 de abril, llevando a cabo las presentaciones de rigor y los primeros contactos con sus subordinados más directos al día siguiente. Sin pérdida de tiempo, plantaba sus reales a bordo del navío Purísima Concepción, izando su insignia el día 10 con los honores de ordenanza. Y como era de esperar, su primer paso fue reclamar a los jefes que normalmente habían trabajado bajo sus órdenes en estrecha relación, comenzando por don Antonio de Escaño para desempeñar el cargo de mayor general de la escuadra, aunque estuviese sometido al juicio del consejo de guerra.

También Pecas y yo nos vimos favorecidos por la medida, pasando a depender directamente del general Gravina, con lo que se suavizaban nuestras condiciones de vida profesional y, en modo más o menos cubierto, se nos reconocía la inocencia debida de antemano. De todas formas, la incansable actividad del nuevo comandante general centraba nuestras conversaciones de aquellos días, mientras trabajábamos a destajo para intentar organizar la armadilla de lanchas y cañoneras necesaria para oponerse con alguna posibilidad de éxito a los planes de la fuerza britana. Y ya entrábamos en los calores del verano, cuando nuestra moral cobraba enteros.

—Otra cosa bien distinta habría sido haber navegado por las aguas del cabo de San Vicente bajo las órdenes de este general. En algunos aspectos, como su incansable actividad y contagioso entusiasmo, me recuerda a don Antonio Barceló.

—Pero no en su aspecto distinguido —comentó Pecas en sonrisas.

—Desde luego. Pero da gusto ver cómo ha planificado la reorganización de la escuadra. Tras elevar un detallado y sincero informe a la Corte, los navíos se envían por turno al arsenal, donde se reciben pertrechos de toda España y se acometen las obras de rigor. Ha decidido desarmar algunas unidades para liberar hombres útiles, siempre con la obsesión de conseguir dotaciones adecuadas, nuestro gran problema.

Estoy de acuerdo con su opinión de que más vale un buque con buenos marineros y artilleros que dos con prendas en el alero, como hemos presentado hasta ahora.

—Está desembarcando a casi todos los presidiarios y gentes de leva, por considerarlos negativos para el servicio. Busca hombres de mar hasta debajo de las piedras y, como solución menos mala, ha decidido embarcar 600 artilleros y 1600 fusileros del Ejército. Dicen que mucho le costó a Godoy tragar esa estopa avinagrada, en contra de su elevado orgullo personal. Ayer leí un oficio del gobernador de Ceuta, en el que ofrece al general Mazarredo 90 presidiarios buenos, fuertes y robustos, de los que 50 pueden ser considerados bien instruidos en el servicio de la artillería. Pero no los ha aceptado explicando por escrito, que esos hombres son aplicables únicamente a los trabajos de fuerza material, y aun así, esto no con mucha utilidad, por su falta de costumbre de mar y la facilidad de enfermar con las comidas saladas y clase de vida nueva. Además y como norma, los presidiarios van desapareciendo de a bordo como moscas, en la imposibilidad de reducir a cárcel los navíos.

—Es un gran hombre y aparejará una escuadra eficaz, aunque más reducida en número. Y sirven de mucho a los oficiales las clases impuestas de señales y evoluciones tácticas, realizadas en botes por los caños, habituándolos a las mil incidencias que pueden surgir en combate y el modo de resolverlas. Como habrás comprobado, ha concedido al general Gravina, además del puesto de segundo jefe de la escuadra, el mando de las divisiones de lanchas en las que basamos la defensa de este puerto.

—Vamos, Gigante, no me entres de nuevo al cuero con ese tema que te hace mover el espíritu entre dos aguas. No dudo del valor y pericia de don Federico, a quien considero con arrojo incomparable y como el mejor segundo jefe de cualquier dispositivo naval. Tan sólo aseguro que nunca será persona idónea para mandar escuadra, y lo sabes muy bien.

—Bueno, dejemos ese tema. Mañana hemos de practicar otra vez con nuestras lanchas, aunque algunas no merezcan tal nombre. Te aseguro que, a veces, estimo como misión peligrosa disparar esos cañones de a 24 desde plataformas tan ligeras.

—Lo mismo pensamos en Algeciras el primer día que embarcamos en una cañonera, aunque alguna de las utilizadas en estos días no alcancen su tamaño. Cumplirán su trabajo si conseguimos meterlos en vereda. Por fortuna, los ingleses siguen esperando, aunque han aumentado sus fuerzas, de forma especial en unidades menores.

—Esa rata del almirante Jervis, a quien tanto gustan las presas de nuestro comercio americano, está al acecho de algún buque procedente de las Indias. Por fortuna, perdió los días necesarios para que organizáramos la defensa con un mínimo de fiabilidad. Además de las lanchas, ya son 16 los navíos que podemos considerar listos para la acción y con dotaciones adecuadas.

—Perdona que te corrija, pero el día primero de junio cuatro navíos más pueden

considerarse en orden de revista. De todas formas, los ingleses oponen 23 y ocho de ellos con tres puentes. Y todavía sus dotaciones son otra cosa, aunque corren rumores de rebelión.

—Según parece, esa es la gran preocupación del almirante Jervis, porque los refuerzos recibidos son de buques que pertenecían a las fuerzas del canal de la Mancha, los que se amotinaron en Spithead y Portsmouth. Y aunque el parlamento consiguió aplacarlos con alguna medida de gracia, se mantienen rumores de boca gruesa sobre esa pandilla de desalmados.

—Desalmados pero marinos como la copa de un pino. Jervis apagará sus nervios porque es capaz de colgar a una dotación completa de las vergas, aunque éstas se vengan abajo —Pecas reía sus palabras.

—En ese punto tienes razón. Dicen que en Lisboa ordenó colgar a tres marineros en su propio buque. Al negarse a hacerlo sus propios mandos, porque va en contra de sus tradiciones y normas oficiales, colocó a un tres puentes a tiro de pistola, con la amenaza de hundirlo en una hora si no aceptaba la orden. Por supuesto, esos tres hombres agitaron los pies desde el aire con rapidez. No se anda con chiquitas este conde de san Vicente, como ahora lo llaman. Así se coman sus tripas las toninas a mil brazas de profundidad.

—Me preocupa que los britanos hayan aumentado las fuerzas sutiles, por lo que puede significar en sus planes de ataque. Hay quien dice que el almirante Jervis, para aumentar la moral de sus hombres, intentará el bombardeo de la ciudad y quemar los buques de nuestra escuadra que se encuentren a su alcance, aunque esta segunda parte es más difícil.

—Sería indigno bombardear la ciudad contra civiles sin armas y derramar la sangre de los inocentes. Según parece, han traído un par de bombarderas de gran tamaño, aunque sólo una se divisaba desde la Torre esta mañana, llamada Thunder. Y una tercera abrió derrota hacia estas aguas desde Lisboa días atrás. Montan unos morteros de gran potencia.

—Ya los gaditanos han rebautizado a esa primera como El Bombo —Pecas reía con ganas—. Este pueblo le saca chispa a todo, hasta lo que puede amenazar sus vidas. Eso sí que es alegría de vivir.

—Llevan siglos recibiendo ataques desde la mar y ya se han acostumbrado a ellos como si se tratara de cantar coplillas y beber vino. Es un pueblo especial y con los machos bien puestos, que muchos de sus habitantes se presentan como voluntarios cada día. Pero impediremos que ese Bombo lance sus granadas contra la ciudad. Para ese fin es la reunión a bordo de la capitana dentro de pocas horas. Gravina es de la opinión que el ataque puede producirse esta misma noche. En estos momentos debe andar con el antejo en la Torre del Vigía, espionando los movimientos británicos.

En efecto, el aumento en las fuerzas ligeras de los ingleses no dejaba lugar a dudas. Aunque se consiguiera burlar el bloqueo y que algunos buques procedentes de América entraran en puerto, así como la salida nocturna de otros en misión

ultramarina, se habían perdido las fragatas Elena y Ninfa, mandadas por don Juan Carranza y don Ignacio Fonnegra, la primera con el general Ezpeleta a bordo. Fueron atacadas por el navío Irresistible y la fragata Emerald, acabando por varar en el seno de Conil tras un combate desigual, pero salvando equipajes y pertrechos notables. No obstante, ahora la preocupación máxima era la defensa de la ciudad.

En la tarde del día 3 de julio, asistimos a la reunión programada a bordo del navío Concepción, con los principales mandos de la escuadra. El general Mazarredo llevó a cabo una rápida exposición general, para acabar exigiendo a todos el máximo esfuerzo. A continuación cedió la palabra a don Federico Gravina, para que expusiera el plan pergeñado en orden de rechazar el ataque que se esperaba en cualquier momento, según los movimientos que se seguían desde la Torre de Tavira, a la que acudíamos diariamente, si las condiciones de mar lo permitían. Gravina expuso la distribución de fuerzas en una carta colgada de un atril.

—Bien, señores, parece que ha llegado el momento definitivo y esperado. Hemos distribuido las lanchas en cuatro apostaderos, de forma que en todo momento podamos cubrir la derrota inglesa por flancos. El primero se encuentra en Sancti Petri, el segundo —señalaba con el puntero—, en la Caleta, entre el castillo de Santa Catalina y el de San Sebastián, el tercero y más numeroso, compuesto por las lanchas y botes de los navíos de la escuadra, en la rada misma. Y por último, uno más reducido en Sanlúcar, de difícil comunicación para enlazar las acciones en su conjunto. El Bombo, acompañado de un buen número de embarcaciones menores, incluidas algunas lanchas de buques mayores armadas con cañón grueso, serán protegidas por un navío y una fragata como mínimo. Y tenemos suerte, de momento, porque ya disponen de dos bombardas más, cuya puesta a punto ultiman aguas afuera, las llamadas Terror y Strombolo, cuyo concurso y donativos podemos esperar en los próximos días.

—Tres Bombos de una tacada no es poca cosa, con esos calibres en cubierta —comentó Mazarredo entre dientes—. Si el bombardeo les va bien, intentarán forzar el puerto, incendiarnos la escuadra y entrar en botín de guerra. Seguro que Jervis dará el mando del ataque a su estimado contralmirante Nelson. De todas formas, podemos estar contentos, porque en pocos días hemos sido capaces de armar y poner en disposición de combate 8 tartanas, 34 lanchas de navío con cañón de a 24, 10 lanchas de fuerza, 12 barcos del puerto con cañón, 4 lanchas bombarderas, 64 lanchas y botes de abordaje y 31 botes de servicio armados. Un total de 167 cucarachas de mayor o menor tamaño, con cañón de calibre, que pueden picar huevos en el pajar —se concedió una ligera sonrisa para pasar con rapidez a la mayor seriedad—. También disponemos de una veintena de navíos casi dispuestos al ciento de sus posibilidades. Pero nada de esto serviría si no echamos el resto. Hay que dejarse la piel en el empeño, señores, y así han de pedírselo a sus hombres, ofreciendo especial ejemplo por adelantado.

—No se preocupe, señor, que no lo conseguirán —aseguró don Federico Gravina

con seguridad—. Hace pocos minutos que he llegado del observatorio de la Torre de Tavira, donde divisé sus movimientos con claridad, y estimo como seguro el ataque para esta misma noche. Nuestra ventaja es que conocemos esta bahía al palmo y barrunto que su plan será situar el Bombo aquí —señalaba el lienzo de la muralla que corría desde el fuerte de la Maestranza al castillo de Santa Catalina—, cercanos a la medianoche. Mi idea, señor, si le parece oportuno, es salir inmediatamente con las seis divisiones de lanchas de los navíos, para atacar a los ingleses con tres de ellas, dejando las otras tres frente al Perejil, al noroeste de Cádiz. También entrarán las lanchas y botes de abordaje desde el mismo puerto. Y he enviado un aviso a la división de la Caleta, para que Irigoyen les ataque por la contera.

—De acuerdo, Gravina, apruebo tu plan y lo celebro. Pero como estas acciones se repetirán en el tiempo, debemos establecer unos relevos para nuestros hombres, y me refiero de capitán a paje, porque no se puede mantener la actividad en esas lanchitas mucho tiempo seguido. Si el cuerpo no se encuentra al ciento, baja el esfuerzo de la mente. Hoy dirigirás la faena con los hombres elegidos, pero para la próxima, que la habrá, se pondrán al mando Escaño, Villavicencio y Miralles. Espero que el viento de levante no aumente su estadía o podrá complicar en mucho las operaciones. Y ahora ve con Dios, Federico, y al toro por los cuernos. Mucha suerte a todos.

Sin pérdida de tiempo, nos dirigimos en la falúa del general hacia nuestras divisiones respectivas, avisadas desde el mediodía con la orden de encontrarse listas para hacerse a la mar en cualquier momento. Y ya desde la boca chica se divisaban las fuerzas inglesas, progresando de acuerdo a las suposiciones expuestas por el general Gravina. Tres divisiones, donde Pecas mandaba la segunda, dieron la vela para dirigirse hacia las inmediaciones del Parque, mientras las otras tres, con Gravina y yo mismo al mando de una de ellas, formadas en columnas abiertas para ofrecer un blanco menor, iniciábamos la marcha hacia la línea británica que protegía la bombardera.

Estimé para mis adentros que debíamos haber forzado el comienzo de la faena una hora antes, porque ya se divisaban los ingleses cercanos a su posición y podrían comenzar el bombo de la ciudad antes de que llegáramos a su altura, a no ser que lo impidieran las lanchas de la Caleta. El levante se había levantado con mayor fuerza, fresco en danza, aunque todavía la mar se mantenía en cuerdas de altura para las lanchas y aumentaba nuestro andar. Me sentía tranquilo de espíritu, aunque a mi cabeza llegaban imágenes de aquellas lejanas nocturnadas en aguas gibraltareñas, mis primeras acciones de guerra, lanzando balas contra la Roca con ese espíritu guerrero y juvenil del guardiamarina recién destetado a la mar. Y a diferencia de entonces, en esta ocasión mantenía a Setum a la caña, que ahora como brigadier era capaz de mudar voluntades y destinos. Aunque no distinguía el rostro del africano en la oscuridad, sabía que se sentía orgulloso por el puesto concedido.

Debíamos cruzar la medianoche, cuando un fagonazo de orden se divisó por nuestra proa. Renegué en voz alta, aunque los gualdrapazos de la vela ahogaron mis

blasfemias. Con rapidez hice un cálculo de la distancia que nos quedaba por cubrir, llegando a la conclusión de que todavía tendrían tiempo los britanos de conseguir doce a quince disparos más hasta que llegáramos a la distancia de tiro, unos fuegos que no merecía la población civil gaditana ni era cuestión mínima de honor.

Pocos minutos después, la tormenta de fuego se abatió también sobre nosotros, porque ya las unidades britanas disparaban sobre la nube de cucarachas que sobre ellos se cernían sin pausa. Mi división y la del general Gravina aproábamos sin dudarle para romper la línea que custodiaba el Bombo, comprobando cómo los piques de las balas inglesas caían sin misericordia a pocas yardas. Por mi parte apretaba el puño derecho sobre la tapa de la regala y aguantaba la respiración, deseando escuchar el fuego del general para abrir el cajón de los truenos. Aunque estaba a cierta distancia, escuché la inconfundible voz de don Federico elevada a los vientos.

—¡Viva España! ¡Fuego!

Y largamos metralla sin perder un segundo. Mi lancha saltaba como potro desbocado a cada disparo, con quejido de maderas que poco importaban. Por fortuna y con suerte añadida, porque apuntábamos al bulto, en los primeros disparos hicimos callar el poderoso cañón del Bombo, el más temido por el daño que podía hacer a la ciudad. Pero continuamos a ritmo, hasta fundirnos con la línea inglesa, disgregadas las divisiones y pequeñas unidades con el único fin de buscar un blanco de oportunidad que se nos presentaba de continuo, que era mucha la madera por cortar a la vista. Y fue en esos momentos cuando sentí un fuerte golpe en el brazo izquierdo que me hizo girar el cuerpo, para comprobar que la mano izquierda, tallada en madera por Setum en aguas americanas, había volado por los aires, dejando el muñón al descubierto pero sin sangre a la vista. Menos mal que el africano no pudo observarlo, porque habría sido capaz de lanzarse al agua para recuperarla como precioso trofeo.

En la primera hora de ataque conseguimos desequilibrar las fuerzas inglesas y producir en ellas el desorden más absoluto, una visión de gloria. Creo que no se esperaban un aluvión de lanchas como aquel, dispuestas a llegar al abordaje para cobrar presas y vidas si era necesario, y con ganas de venganza bien guardadas en la cabeza, que más de uno pensaba todavía en el combate de San Vicente. Fue el momento en el que el almirante Nelson decidió que era más prudente retirarse, una vez comprobado que no podría conseguir ninguno de los fines propuestos, porque el Bombo tan sólo llegó a disparar 16 proyectiles que no causaron daño alguno en la ciudad. Pero no le era fácil la maniobra, porque todas las divisiones, con la falta de los de la Caleta que no consiguieron asistir a la fiesta, perseguían a los britanos, al punto de entrar algunas lanchas en cuerpo a cuerpo y abordaje de sangre con las inglesas.

Por mi parte, intenté arrimar los lomos a una balandra que nos batía con fusilería. Con el personal abatido a plan, le largamos una rasa de a 24 a pocos metros que le

barrió el bauprés de un plumazo, quedando su maniobra en títere. Y elevados los cuerpos a la orden disparamos a quemarropa, aunque también escuchara lamentos a bordo, pero no era momento para caer en tales pensamientos. Setum manejaba la caña a mi orden con extraordinaria pericia. De esta forma, abrimos distancia para entrarle en vuelta por la popa y endosarle tres disparos más a flor de cubierta, con destrozo de balconada, maderas y cuerpos. Y como premio final, le arrancamos con la última bala disponible la pala del timón, que quedó flotando en el agua con los guardines batidos en solfa.

Llevábamos más de dos horas de lucha, con las municiones agotadas en algunas lanchas, cuando el almirante Nelson decidió proteger la retirada de sus unidades menores con la fragata Southampton y el navío Egmont, cuya sola presencia era suficiente para desbrincar los cerebros. Y pude observar cómo largaban remolque a la balandra que dimos matute por varas. Pero también a las unidades de fuerza intentamos hincarle el diente, aunque algunas lanchas fueran arrolladas en el empuño por las rodas de los gigantes.

Me sentía agotado de fuerzas cuando ya los ingleses se perdían en la distancia, escaldados como perro en charca. Fue el momento del recuento, recogida de náufragos y los apoyos necesarios para regresar a nuestra base, con aparejos de fortuna y remos acopiados en algunos casos. Por suerte, en mi división habíamos perdido solamente seis hombres y unos doce heridos, aunque tres lanchas habían saltado por los aires. Pero se respiraba felicidad a raudales, que como había dicho Pecas, con sangre se borra la indignidad.

El regreso a Cádiz fue penoso, con un levante fresco que operaba a la contra y nos obligaba a continuas bordadas. Deben tener en cuenta que una vez finalizado el combate, se sienten todos los rumores por el cuerpo a quemazón, lo que produce debilidad en los corazones poco habituados. Y comenzaban a aparecer las primeras luces del nuevo día cuando vimos al navío Neptuno navegando hacia nosotros, con la insignia del comandante general a los vientos. Pocos minutos después, el general Mazarredo en persona nos felicitaba en cubierta, momento en el que pude comprobar, aliviado, que Pecas también se encontraba ileso. Gravina, aunque mostraba rastros de enorme felicidad en su rostro, preguntaba por el fracaso de la división de la Caleta, que podía haber ofrecido un apoyo extraordinario y mejores resultados. Uno de los ayudantes, el enviado con las órdenes en dicho sentido, se lo aclaró.

—Cuando llegué a la Caleta, señor, las lanchas del capitán de fragata Irigoyen habían salido contra el Bombo sin esperar órdenes, al observar los movimientos de los ingleses. Pero era escaso bocado para los britanos, que destacaron fuerzas suficientes sobre ellos para no darles opción alguna, aunque se batieron al fuego. Tres de las lanchas fueron tomadas, con don Miguel de Irigoyen y don Juan Ferriz, así como el guardiamarina Clavijo, heridos de gravedad^[130] y en poder del inglés. Y para mayor desgracia, la muerte en esa acción del teniente de navío don Juan Cavaleri, rotas ambas piernas por un balazo. Algunas lanchas pudieron escapar y regresar a su

base.

—Hay que reorganizar ese apostadero, Gravina —comentó el general Mazarredo, que se mantenía al quite de toda información.

—Ya lo pensaba, señor. Si me lo permites, enviaré a Miralles allí para que tome el mando y lleve a cabo las obras necesarias.

—De acuerdo.

Sonreí para mis adentros, al comprobar la fidelidad de Gravina para con sus hombres, porque Miralles era quien había defendido con uñas y dientes el castillo de la Trinidad en Rosas, cuando don Federico mandaba la escuadra allí destacada. Mazarredo nos ofreció a bordo un generoso desayuno, que atacamos como perro flaco. Y horas después, nos informaban de que los ingleses navegaban en demanda de Gibraltar, según algunos para desembarcar heridos y reponer municiones. La verdad es que me sentí feliz al pensar que el almirante Nelson salía de la bahía gaditana con el rabo entre las piernas, fracasado en su intento, aunque lo apreciara como persona. Posiblemente era de los pocos oficiales de la Real Armada que observaba por segunda vez la popa en retirada de quien ya cobraba gloria como excelso almirante. Así se lo comuniqué a Pecas. El enano me contestó en acuerdo.

—Le disparé seis veces a su buque, más que nada por joderles la tranquilidad. Y cerca estuve de arrancarle la pala del timón, que me quedó a tiro de paloma, lo que habría sido hazaña de gloria. Pero ese hombre nació con estrella propia, porque lo sospeché una balandra rabizona que andaba cerca y casi me quema los bigotes con mecha de estopa.

—Bueno, podemos estar orgullosos. Hemos cumplido, por hoy.

—¿Por hoy? ¿Qué quieres decir? —preguntó Pecas, extrañado.

—Que sólo ha sido la primera de otras muchas tentativas. Los britanos vendrán de nuevo a por brevas en pocos días, y me imagino que esta vez con tres Bombos y más fuerzas ligeras.

—Pues también nosotros les opondremos castañas al fuego, no lo dudes.

—Por cierto, Pecas, ¿quién es ese aventurero que circula por la cubierta del buque insignia como alma en pena?

—Es don Tomás de Ayalde, aquel que mandaba la fragata Mahonesa y se rindió a una inglesa sin echar los cueros al límite. Fue condenado en consejo de guerra por conducta inapropiada ante el enemigo, a servir durante seis meses como aventurero en el buque insignia del comandante general.

—Ahora lo recuerdo. Pobre hombre, comprendo su semblante.

—Pues don Federico quiere recuperarlo para el servicio en cuanto sea posible, porque ya le quedan escasas semanas para cumplir el castigo impuesto. Parece ser que anduvo a sus órdenes.

—Entonces lo recuperará.

Por fin, regresamos a Cádiz, con el cansancio rendido hasta la cofa. Los semblantes de los ciudadanos por las calles parecían haber mudado al ciento y, para

nuestra sorpresa, ofrecían vítores a los oficiales uniformados. Ya lo decía don Antonio Barceló con su habitual sabiduría, que la opinión popular es quebradiza como el humor de las damas, el estado de la mar y la fuerza de los vientos. Para colmo de bienes y elevar la moral hasta las nubes, al trasponer una esquina, escuché una voz ronca que tañía una guitarra. Llegué a escuchar una de sus estrofas, que inundó mi alma de alegría:

*¿De qué sirve a los ingleses
tener fragatas ligeras,
si saben que Mazarredo
tiene lanchas cañoneras?*

24. Nuevo intento de Nelson

En contra de las previsiones iniciales, poco tiempo dispusimos para el necesario descanso del cuerpo y posible agasajo popular. A don Horacio Nelson debía haberle dolido por grave en la entropierna la derrota, porque en la tarde del mismo día 4 se nos echaba el peligro inglés sobre los hombros a racimo de muerte. Los observadores emplazados en la Torre de Tavira mantenían información puntual, y de acuerdo a sus avisos los britanos parecían disponer de los tres Bombos en flor de cuño para un nuevo bombardeo, por lo que era necesario establecer nuestras fuerzas en nuevo plan. En primer lugar, se reemplazaron las doce lanchas y botes perdidos, incluso con algunos de propiedad particular en fervoroso patriotismo, de forma que aquella misma noche, las divisiones organizadas en disposición sumaban un total de 174 cucarachas, siete más que en la sesión anterior y en parecida disposición.

Para animar al alza nuestros corazones, don José de Mazarredo ordenó embarcar en las ocho tartanas^[131] disponibles, hornillos de brequera para utilizar bala roja^[132] en sus cañones. Deben tener en cuenta que esas armas sólo eran practicables en condiciones de mar generosa, porque tal sistema de común utilización en baterías emplazadas en tierra, es de peligrosa función a bordo con bandazos de orden. De todas formas, su utilización suele producir elevada desmoralización en las fuerzas enemigas. Y bien que las recordaba yo de aquella funesta jornada del 13 de septiembre de 1782, cuando cayeran a cientos sobre las flotantes que atacaban la plaza gibraltareña y me lanzaron a los aires en alargado sueño.

Atravesamos la tarde del día 4 en tensión y con las mechas dispuestas para la ocasión. Aunque se habían previsto los necesarios relevos, nadie parecía dispuesto a perderse la jarana nocturna, por lo que unos y otros andábamos al quite para embarcar en las lanchas a disposición y zafar botalones al punto. Pero no adelantaban posiciones las fuerzas inglesas, por lo que parecía demorarse la función algún día más. Por esa razón, intenté que mi pequeño compañero, flojo de carnes, descansara.

—No has dormido más de dos horas, Pecas, y bien que se nota en tu rostro. Busca un camastro de fortuna y larga sueños por unos minutos.

—Igual andas tú, gigantón. No creerás que me voy a perder los fuegos de artificio y dejar que asciendas tú solo a jefe de escuadra por méritos, ahora que te alcancé en la escala —guiñaba el ojo con picardía—. No te preocupes, apoyaré a Miralles desde la Caleta, con permiso del general.

—A mí me han adjudicado la segunda línea de la bahía. Esta vez nos dividiremos en tres grupos para entrar a cada Bombo por diferentes direcciones. Pero es importante que no empleen muchas unidades auxiliares, que tanto estorban con su fusilería.

—Todos parecen copiar el sistema de don Antonio Barceló, hasta los britanos, aunque fuera criticado en su momento por la mayor parte de nuestros generales. Y no

es mala esta variante de emplear las lanchas y botes de los navíos, cuando no se disponen de suficientes lanchas de fuerza. Se ha demostrado el daño que pueden aparejar, especialmente en actuaciones de defensa como la que vivimos la pasada noche.

—Supongo que en esta ocasión, Nelson intentará establecer los Bombos en diferente posición, posiblemente más al sur. Pero en cualquier caso, no pueden alcanzar nuestro domicilio.

—Ya te dije que se encontraba en situación segura. No olvides que Pecas piensa en todo.

Por fin, esa noche descansamos con ribetes de trazo largo, aunque situados a tiro de pistola de nuestros puestos por si se lanzaba la sorpresa. El día 5 amaneció con un cariz excelente, cielos claros, temperatura elevada pero soportable y sonrisa de levante sin abrir surcos. Y también el cariz moral de los gaditanos cambiaba al ciento, que ya no se veían las caras de mofa ni se escuchaban frases insolentes, sino más bien al contrario. Y para colmo de bienes, comenzó a entrar capital en la bolsa de la escuadra, lo que más se necesitaba en aquellos momentos, desasistida por el gobierno en tan principal aspecto. El señor Obispo, don Antonio Martínez de la Plaza, abrió el cofre de forma inesperada, entregando al general Mazarredo la nada despreciable cantidad de 30 000 reales para su distribución entre oficiales y marineros, como estímulo a su heroicidad. Y no venía mal tal medida con dotaciones sin recibir un doblón en muchos meses, endeudados la mayor parte de ellos para mantener a las familias. Pero cundió el ejemplo y el Consulado ofrecía de inmediato cuatro millones de reales que abrieron los ojos de don José hasta el flequillo, sorpresa ampliada al recibir cien mil pesos fuertes por parte del Concejo de la ciudad, esa taza de plata que tanto ha sentido siempre la necesidad de la mar y de sus hombres.

Estas dádivas, misericordias que podían indignar a quien estimaba como ineludible obligación de la Corona asumir las necesidades de sus hombres, regaron las plantas en sequía de muerte. Y no sólo empleó Mazarredo los dineros en alivio de sus hombres, porque junto a créditos avalados por su personal patrimonio, compró trigo y cecina, así como elementos necesarios para fabricar municiones, que ni siquiera la pólvora del Rey alcanzaba para alimentar sus cañones. Y aunque les parezca mentira, así se movía la escuadra por aquellos días, porque como decía Pecas, nuestra Marina era de mera perspectiva, como aquellos árboles que, huecos y carcomidos, sólo ostentan una corteza que impone a quien no registra en sus entrañas.

Aunque los britanos no atacaran el día 4, se mantenían en alerta nuestras fuerzas, como en días anteriores, que era mucha la función y la gresca al día y la hora. En ocasiones se protegía la entrada de algún buque propio, otras en su salida encubierta, a veces se apresaba alguna balandra con víveres para la escuadra inglesa, aunque como se decía en las cortes de Europa, el almirante Jervis mantenía el bloqueo de Cádiz desde las costas del Algarbe, portugués, donde se abastecía a diario con pasmosa impunidad de una potencia neutral. Mucho daño nos hizo a lo largo de los

años, el decidido apoyo ofrecido por nuestros hermanos ibéricos al enemigo inglés.

El día 5 a mediodía, nos llegaron noticias de nuevos movimientos britanos. Mantuvimos nueva y apresurada reunión en el buque insignia, con detallado despliegue de misiones, aunque ya las tuviéramos bien grabadas en la mollera, porque la bahía de Cádiz la creo Dios para siempre y dos más dos suelen sumar cuatro. No obstante, sentimos alegría al comprobar que se podrían utilizar los hornillos de bala roja y de esta forma lo ordenaba el comandante general, con las precauciones necesarias. Era deseo generalizado el intento de chamuscar los bigotes de los putañeros casacones, y enviarlos en el mayor número posible hacia los infiernos.

En las últimas horas de la tarde, nos dieron aviso de que los ingleses arrumbaban los Bombos en remolque hacia las inmediaciones de la torre de San Sebastián, lo que Gravina consideró como mejor emplazamiento. Y para que no sufriéramos el retraso de la ocasión anterior, dos horas antes de la medianoche largábamos amarras y embocábamos la bahía, con un viento fresquito de levante que beneficiaba de largo a las cucarachas, al tiempo que imponía cierta lentitud al remolque britano.

Nelson, que aprendía con rapidez de los fracasos, emplazó esta vez las bombardas en la posición que preveíamos, con mayor campo de tiro aunque, para rebajar su fama de caballerosidad, lo centrara en edificios de almas civiles con mujeres y niños incluidos. También renovaba ideas en la necesaria protección, porque en esta ocasión empleaba dos fragatas, la Emerald, donde enarbolaba su insignia, y la Niger, así como tres balandras, las Bonne-Citoyene, Brulle y Raven, y el cúter Fox, arrebuados todos ellos con unas cincuenta lanchas y botes de navíos o fragatas.

Tal y como estaba previsto, abandonamos el puerto y apuntamos por columnas en derechura hacia los Bombos, que era el principal fuego a impedir. Las tartanas, con independencia, se atracaban a la costa para barrer costuras en lo posible. Y como en la noche del día 3, comenzamos una lucha sin cuartel, con balas, metralla y fusilería salpicando el aire sin descanso. Pero ya desde el primer momento comprendí que no estaban los ingleses empeñados al ciento o estimaban la función como imposible, al verse atacados por jauría en toda la rosa y con ganas de morder madera hasta morir. De esta forma, los famosos Bombos llegaron a disparar 19 granadas solamente, aunque una cayera visiblemente en la mar tras ser desbrincada la pieza por nuestros cañonazos, y el resto en la plaza con escaso daño material.

Setum se mantenía con orgullo y pericia a la caña de mi lancha, tras haber trabajado sin descanso para tallar una mano izquierda de maderas nuevas que, sin embargo, no era de líneas tan hermosas como la americana. Me prometió llevar a cabo un nuevo trabajo cuando se mantuvieran los ánimos con suficiente tranquilidad. Y la suerte volvió a brillar por mi popa, que un balazo raso del cúter al que atacábamos casi en abordaje, reventó a la lumbrera del agua de la lancha cercana a la mía, lanzando a los aires a sus desgraciados hombres, algunos medio desmembrados. Pero en general, fue una jornada menos sangrienta a la anterior, más coordinada y con

mejores efectos por nuestra parte, porque esos combates de guerrillas marítimas también crea su escuela propia, y estábamos alcanzando el doctorado.

Dos horas después de comenzar la función, ya tomaba Nelson las de Villadiego y volvía a mostrarme la popa por tercera vez. Llegué a creer que le tenía tomado el pulso al excelente marino, en vista de los resultados. Es posible que la decisión final la tomara don Horacio al entrar una bala roja por la balconada de la fragata Emerald, con incendio amadrinado que necesitó de muchos hombres para hacerlo callar. Pero se perdieron unidades y vidas por ambos bandos, quedando, como especial trofeo en nuestras manos, la lancha del buque insignia del almirante Jervis, del navío Victory, que acabó por varar en la playa de Santa María.

De regreso al puerto, se vino abajo el viento como si Eolo hubiese decidido cerrar los fuelles al ras. Fue necesario ayudarse del remo para progresar aunque con ordenada flojera, que no debíamos castigar los cuerpos magullados sin necesidad. Por fortuna, en mi lancha tan sólo dos soldados andaban heridos de bala y sin mayor preocupación. Y como en la jornada precedente, salió a recibirnos el comandante general a bordo del navío Firme, donde volvió a homenajear nuestra actuación con unas sabrosas paletillas de cordero que debía haber comprado de su particular peculio, porque sabían a fresco y en incomparable delicia de paladar. Don José nos enardeció la sangre al comentarnos el plan embastado para los próximos días.

—He observado que los ingleses han rebajado el número de fuerzas en crucero permanente. Parece que el almirante Jervis se confía y es medida que nos favorece. En los próximos días intentaremos darles una lección, con lo mejor de la escuadra y a barbas de muerte. Ahora descansen, pero esta tarde les informaré de mi plan para salir a la mar con catorce navíos y tomarles en vuelta sin que lo sospechen. Ha llegado el momento de vengar el combate de San Vicente como se merece.

Debo declarar, no obstante, que el placer abierto en cruces se cortó de cuajo, porque en aquel momento, cuando bebíamos con placer y comenzaban a llegar los destacados en la Caleta, recibí la primera negra a quemarropa, y en qué medida.

Fue el capitán de fragata Miralles quien me llegó en directo con el rostro sombrío, lo que ya me abrió llagas en penosa premonición.

—Debo darle una mala nueva, señor.

Sin saber todavía por dónde entraba la marea, una voz interna me avisó en estrepada de la posible noticia.

—¿Y el brigadier Cisneros? ¿Regresó a su estación sin novedad? —La pregunta salió de mi boca con esfuerzo.

—A él me refería. Mandaba la división que se situó delante de las murallas de la Catedral de acuerdo al plan, en espera de la llegada de las lanchas mandadas por don Juan María de Villavicencio. Pero su lancha fue alcanzada a tiro de pistola por la fusilería de una balandra. Por desgracia, una bala mosquetera le entró en el pecho y se encuentra... —Parecía dudar en continuar su narración, porque todos sabían que nuestra amistad pasaba por alto de todas las cofas.

—¿Cómo se encuentra? ¿Herido de gravedad? —Temía hacer la pregunta definitiva que, sin embargo, acabó por salir de mi boca—. No habrá muerto, eso es imposible.

—Se encuentra en situación de bastante gravedad, en el hospitalillo instalado en el convento de Santo Domingo.

No aguardé un segundo más ni pedí permiso alguno. Tan sólo pude ver de pasada el rostro de don Federico Gravina, que me miraba con profundo afecto, al tiempo que asentía con su cabeza. Y ya en cubierta localicé a Setum, a quien tomé por el brazo con fuerza.

—Don Santiago tiene un balazo en el pecho. Vamos para allá sin perder un segundo.

Atacamos el muelle, donde tomé uno de los carruajes sin preguntar a quién pertenecía. Y mi rostro no debía expresar dudas, porque el cochero se atuvo a la orden sin muestra alguna en contra. Fue un corto trayecto que se hizo eterno. Escuchaba las palabras de Setum como si me llegaran de muy lejos.

—No se preocupe, señor. Don Santiago es pequeño de cuerpo pero fuerte como un león y lo superará. Yo lo curaré como yo hice en otras ocasiones.

Su voz se parecía más a una súplica elevada a su Dios que otra cosa, aunque gustaba escucharla. En mi cerebro se mostraba la cara del pecoso en sonrisas, como siempre, abierto en chanzas y bromas. Pero la llegada al fúnebre destino quebró los sueños y nos hizo bajar a la dura realidad.

El hospitalillo, como se denominaba en común, se encontraba establecido en el convento de Santo Domingo, por la cuesta de las Calesas. Y como es de suponer, entre en él como corsario al abordaje, para tomar por el brazo al primer cirujano que me llegó a la vista.

—¿Dónde se encuentra el brigadier Cisneros? Ha sido herido en el pecho durante el combate de esta noche.

—Sí, señor, yo mismo le hice la primera cura, aunque me limitara a limpiar su sangre y ofrecerle láudano. Tiene una bala encajada en el pecho, donde nada se puede hacer. Siento decirle que se encuentra sin esperanzas. La bala le atravesó...

—¿Qué dice? —Elevaba mi voz, al tiempo que lo tomaba por la pechera—. Eso que dice es imposible. Lléveme a su lado.

El galeno, un cirujano segundo joven y con manchas de sangre en el mandil, pareció temer por su integridad. Sin pronunciar palabra alguna, nos dirigió por un estrecho corredor, hasta una habitación donde se escuchaba un rumor de quejidos apagados. Cinco camastros se encontraban apilados en fila, aunque era difícil distinguirlos por la escasa iluminación de la estancia. Pero no debimos esperar mucho tiempo porque, una vez habituada la vista, pude observar la pequeña figura de Pecas, con el uniforme retirado del pecho y gruesas vendas al cruce manchadas de sangre negra. Y nunca, jamás en la vida podré olvidar su rostro, al elevar su mirada y comprobar que era yo quien le tomaba por la mano con especial cariño.

—¿Cómo estas, amigo mío? —Debía esforzarme para mantener el tono de mi voz en nivel de normalidad.

—¡Gigante! —Intentó esforzarse, aunque mucho le costaba articular las palabras.

—No hables, pecoso. Saldrás de ésta como siempre, que aquí traigo a Setum con sus hierbas.

Se mantuvo en silencio unos pocos segundos, mientras clavaba sus ojos en los míos con fuerza. Pero no crean que veía el miedo en ellos, sino un gesto más cercano al amor y al agradecimiento.

—Mi estrella no es tan luminosa como la tuya, gigantón —intentó una sonrisa que quedó a medio camino. Se percibía con claridad el dolor que le producía hablar—. Después de tantas balas calientes y frías de calibre grueso que nos lanzaron a la cara a lo largo de los años, es triste morir por un simple balazo de mosquete.

—No morirás, pecoso. Como siempre has dicho, nadie puede acabar con Santiago de Cisneros, con el gran Pecos. Vamos, Setum, cura esa herida de una vez.

Me giré hacia el africano para comprobar sus ojos saltones cercanos al llanto, pero sin decir una sola palabra. Movié su cabeza hacia ambos lados, una señal que pocas dudas ofrecía. Hoy en día, tantos años después, recuerdo aquellos momentos como si los hubiera vivido esta misma mañana, porque jamás sentí un sufrimiento parecido, ni cuando debieron cortarme la mano con el hacha de abordaje. Pecos sufría mucho a la vista, pero también mi corazón salpicaba en llanto y desgarró, un dolor difícil de explicar con palabras.

—¿No te han dado láudano estos cerdos incompetentes? Les diré que...

El movimiento de labios en mi amigo, reclamando silencio, cortó mis palabras.

—Calla, por favor. No he querido que me administren mucha cantidad porque deseaba hablar contigo. Tienes que escucharme con oreja abierta, Gigante, que es escaso el tiempo a disposición.

—Dime lo que quieras, amigo mío.

—Debo pedirte un gran favor.

—Por Dios, Pecos, sabes que haría por ti todo lo que fuera posible, hasta ofrecerte mi vida.

—Lo sé. Eres el buen amigo, el mejor que jamás soñé en disfrutar. Pero llegamos a mucho más porque formamos una sola familia y te quiero tanto o más que al hermano que no tuve. Pero es momento de seriedad porque sé que voy a morir.

—No digas eso, Pecos, no... —El gesto de su rostro me hizo callar de nuevo.

—Ya sabes que creo en los presentimientos. Hice un nuevo testamento en acuerdo a las leyes de Castilla. Os lego el poder a María Antonia y a ti como tutores y curadores de mis hijos, para que administréis sus bienes en conformidad y libre criterio. Nadie mejor que tú para preocuparse de ellos. Conoces bien a mis administradores y estás al punto de mis propiedades.

—Sabes que cuidaría de ellos como si fuesen mis hijos, aunque no lo dijera ningún papel.

—Ya lo sé, amigo mío —Pecas apretó su mano sobre la mía—. Pero quiero pedirte dos detalles muy especiales. El primero es que deseo ser enterrado en la capilla de la hacienda de Santa Rosalía, junto a mi hermana Cristina. Ahí gustaría que acabáramos por reposar los cuatro, y me refiero a María Antonia y a ti cuando os llegue el momento, que espero lejano. Pero queda un último y más importante aspecto —un golpe de tos le hizo gemir de dolor, elevando su pecho del camastro.

—No hables, por favor. No quiero verte sufrir.

—Debo acabar, es necesario. Quiero pedirte un último e importante deseo. Debes contraer matrimonio con María Antonia. Por favor, no quiero escuchar nada de tu boca en tal sentido. Tan sólo quiero que lo contemples como una aspiración personal por mi parte, que considero muy beneficiosa. Haced una familia de lo que ya lo es. Y no olvidaros de mí.

—Cómo podría olvidarte querido amigo —mis palabras salían a borbotones, mezcladas con el dolor—, si estoy muriendo en estos momentos por ti.

Por segunda vez en la vida, sentí las lágrimas correr a través de mis mejillas, como agua por imbornal de buque entrado en temporal. Acaricié el rostro pecoso con la mano de madera, sintiendo su calor, mientras apretaba la derecha de carne contra la suya. También Setum se acercó por la banda contraria, tomando su mano izquierda. Y para mi sorpresa, el africano dejaba caer gruesas lágrimas de dolor, como quien pierde el hijo más querido.

Pecas murió pocos minutos después. No pronunciamos más palabras, sólo ojos contra ojos abiertos en dolor infinito. Noté como se iba, esbozando una sonrisa picara en el último momento. Y como un niño que pierde a su madre, lo apreté contra mi pecho al tiempo que cerraba sus ojos para siempre. Y juro por Dios que habría dado la vida en aquel momento para que mi gran amigo la recobrará.

No creo que puedan comprender quienes lean estos cuadernillos en oportunidad, lo que significó aquella muerte para mí, si no han vivido ocasión parecida. No perdía solamente un amigo sino el significado de mi propia vida, porque Pecas se había amadrinado a ella desde el primer momento, cuando comencé un nuevo discurrir por este mundo de dolor y pecados. Y como rescoldo de brasas, comprendí que el pequeño pecoso lo sabía todo, que con su rara habilidad de leer sentimientos, era consciente de mi escondido amor por María Antonia desde el primer momento, lo que me hacía sentirme peor y renegar del propio corazón al tacho.

María Antonia no llegó a tiempo para ver a su marido con vida. Fue una escena desgarradora, aunque ya la alberca del dolor se encontraba a rebosar por mi pecho y nada nuevo me hizo sentir. Me abracé a ella para remediar su pena, sin pronunciar palabra alguna.

Desde aquel momento, el bloqueo inglés y todo lo que a la escuadra concernía pasó a un segundo plano. Así lo entendió el general Gravina, que me concedió permiso a libre elección. Pero me mantuve en el puesto algunos días más, por si era necesario mi concurso. El general Mazarredo ordenó la salida de la escuadra a la mar

para una intentona de castigo, pero los britanos echaron espuma a popa en dirección a la costa portuguesa, con lo que rompimos el bloqueo impuesto. Y ése fue el momento que escogí para acompañar a la familia y dar el definitivo reposo a quien merecía andar todavía en el mundo de los vivos. Había muerto mi gran amigo y todavía despertaba por las noches creyendo que se trataba de una pesadilla, de un mal sueño que acabaría por cesar.

25. Duelo en Santa Rosalía

En la mañana de un caluroso y soleado 16 de julio dimos sepultura a los restos de Pecas, de Santiago de Cisneros y Ruiz de Espinosa, sexto duque de Montefrío. Llevamos a cabo el enterramiento, como era su deseo, bajo la pequeña ermita de la hacienda de Santa Rosalía en ceremonia familiar. De esta forma, mi gran amigo reposaría para siempre junto a su querida hermana Cristina, la madre de mis hijos e inolvidable mujer, en espera de que tanto María Antonia como yo rellenáramos los huecos que hice preparar junto a ellos.

También en esta ocasión el párroco de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena en la cercana villa de Cehegín, don Constantino Cifuentes, que solía acudir a la hacienda con regularidad para officiar y rellenar el buche en conveniencia, comentó en voz queda la necesidad de obtener el preceptivo permiso arzobispal para llevar a cabo la inhumación en ermita sin cripta consagrada a tal efecto. Bastó, sin embargo, una desafiante mirada por mi parte, llevando la mano a la espada sin dudar, para que excusara en escapada de fortuna y accediera a una petición o consulta posterior.

De esta forma cayó la tierra sobre el gran amigo, alejándolo de mí para siempre. Era la condición más dura de aceptar, al punto de no llegar a creerlo como una real posibilidad hasta mucho tiempo después.

Tras la particular ceremonia, donde tanto María Antonia como los niños lloraron sin consuelo, salimos al campo para cobrar un aire que necesitábamos. Mi cuñada, más hermosa que nunca con el luto ceñido, dejó caer algunas palabras.

—Duele más no poder llorar en momentos como estos, Francisco.

—Tienes razón, pero debió secarse el pozo de mi lacrimal en aquel hospitalillo gaditano. Te advierto que ni siquiera en la muerte de Cristina pude dejar rodar lágrimas y, como dices, esa condición apareja un dolor añadido. Pero desde que supe la muerte de mi familia, no lo había hecho hasta aquella inolvidable conversación con la persona que más quería en el mundo, en la madrugada del día 5 de marzo, rendida en un miserable jergón hospitalario. No merecía aquella muerte mi gran amigo, Dios mío.

—Decidió nombrarnos como tutores de mis hijos a los dos. Una sabia decisión. La verdad es que formamos una sola familia.

Dudé por unos segundos, al advertir un tono extraño en las palabras de María Antonia. Parecía dudar en ofrecerme una información cerrada. Quedé en silencio para que continuara.

—Antes de salir a la mar, Santiago dejaba un sobre que sólo debía abrir en caso de su muerte. Aunque tuviera fama de frívolo y despreocupado, era todo lo contrario.

—Ya lo sé. Y de los hombres más valientes que salieron de estas tierras. Muchos Pecas nos hacen falta en España y en su Real Armada —un sexto sentido me invitaba

a evitar un camino que era necesario recorrer.

—En la carta, además de los detalles que conoces, me hacía una especial petición.

Miré a María Antonia a los ojos. Creo que por primera vez dejaba caer los velos y comprendí que ese amor escondido en mi capa durante tanto tiempo era de doble vía. Pero ni siquiera ese sentimiento me ofreció un soplo de felicidad. Ella continuó, bajando la mirada hacia la tierra.

—Te extrañaría saber esa última petición que me hacía.

—Quería que nos uniéramos en matrimonio.

—¿Cómo lo sabes? —Me miró a los ojos con sorpresa.

—Porque me lo dijo antes de morir. Creo que, al igual que tú, conocía mis verdaderos sentimientos, por mucho que intentara disfrazarlos.

Volvimos a mirarnos a escasa distancia. Y si difícil es explicar el dolor en palabras, imposible exponer aquellos sentimientos encontrados de amor y sufrimiento. Por fin, María Antonia se refugió en mi pecho. Y la recibí con fuerza, al tiempo que escuchaba sus sollozos. Amor y dolor, dos fuerzas tan distantes y, sin embargo, aparejadas por largo en nuestras vidas.

Aclaración histórica

Como habrán comprendido los lectores en su discurrir por los diferentes pasajes de esta obra, una vez más he debido situar a mis personajes de ficción, Gigante y Pecas, en puestos de relieve a bordo de la escuadra, en detrimento de los auténticos. En el navío Santísima Trinidad, el brigadier don Rafael Orozco no sufrió enfermedad alguna y se mantuvo al mando del buque insignia, hasta el momento de su entrega al arsenal gaditano, tras su azaroso tornaviaje en solitario. Y se apareja el mismo caso con el comandante del navío Purísima Concepción, don José de Escaño, que tampoco sufrió mal alguno salvo el de mi pluma, hasta su regreso a Cádiz con la escuadra derrotada.

En cuanto a los consejos de guerra incoados para aclarar las conductas en el desdichado combate de San Vicente, sus trabajos se alargaron en el tiempo, hasta que se firmaron las sentencias para su elevación a la Secretaría de Marina, rebajando o aumentando en diferentes grados las propuestas del fiscal. Poco después, el 10 de septiembre de 1799, Su Majestad don Carlos IV las ratificaba, imponiendo perpetuo silencio y sin admitir recurso alguno para que se ejecutaran sin dilación en la forma siguiente:

Que el teniente general de la real Armada don José de Córdoba^[133], comandante general de la escuadra, como convencido que estaba de no haber sabido desempeñar su Real confianza en el mando de aquellas fuerzas navales, por su insuficiencia y desacierto en las maniobras y disposiciones del ataque, de que resultó principalmente su desgraciado éxito, quede desde luego privado de su empleo, sin que pueda obtener en tiempo alguno otro mando militar, prohibiéndole asimismo que resida ni se presente en la Corte ni en las capitales de los departamentos de Marina.^[134]

Que el segundo jefe de la misma escuadra, conde Morales de los Ríos, teniente general de la Real Armada, por falta de cumplimiento de sus obligaciones en aquella crítica situación, por su inactividad, y porque no hizo lo que debió hacer para dirigir el cuerpo de vanguardia que mandaba, al socorro de los navíos atacados y doblados por los enemigos a retaguardia, quede también privado de empleo, sin que se presente en la Corte ni en las capitales de los departamentos de Marina.

Que los capitanes de navío don Gonzalo Vallejo, don Juan Aguirre y don José de Torres, que eran de los navíos Atlante, Glorioso y San Fermín, por su convencida desobediencia a las señales, por su falta de pundonor y de espíritu marcial, su ineptitud, abandono y mala disposición para sostener la

gloria de las Reales armas, sean privados de sus empleos, y lo mismo el oficial de igual clase don Agustín de Villavicencio, comandante del San Jenaro, agregándose a éste que no pueda obtener otro mando militar.

Que el capitán de navío don José Ussel de Guimbarra, comandante del San Fermín de Paula, quede suspenso de su empleo por seis años.

El de igual clase don Rafael Maestre, comandante del navío San Ildefonso, suspenso de su empleo por tres años.

El de la misma clase don Antonio Boneo, comandante del San Juan Nepomuceno, suspenso de su empleo por dos años, y, cumplidos, pueda obtener los destinos de su cargo.

El de igual clase don José Butler, comandante del Conquistador, suspenso de su empleo por dos años, y, cumplidos, quede habilitado para mando.

El de la misma clase don Salvador Medina, comandante del San Antonio, suspenso de su empleo por un año.

Y los de igual clase don Bruno Ayala y don José Suárez, comandantes de los navíos Firme y Oriente, sean puestos desde luego en libertad, dándoles por libres de todo cargo y quedando recomendado el último en la piadosa recomendación de S. M., conforme a la sentencia del Consejo.

Que los capitanes de fragata don Antonio Alós, don Juan González de Rivera, don Bruno Palacios, don Fermín Quintano, don Gabriel Mella, don Dionisio Candado, don Manuel Flores, don José Zuloeta, don Vicente Perlé y don José Meléndez, segundos comandantes de los navíos San Juan Nepomuceno, Atlante, Glorioso, Jenaro, Conquistador, Firme, Oriente, San Francisco de Paula y San Antonio, sean públicamente reprendidos por los jefes a cuyas órdenes se hallaren actualmente, por no haber representado y reconvenido a sus comandantes, según el sentido de los artículos 8.º del tít. II y 9.º del tít. III, tratado 3.º de las Ordenanzas generales de la Armada, para que cumpliesen con su deber en circunstancias tan importantes, maniobrando con toda diligencia para acudir al empeño, y sostener en él a los navíos batidos ventajosamente por los enemigos.

Finalmente, que sean asimismo reprendidos por el mayor general del departamento o escuadra en que estuvieren, por no haber satisfecho sus respectivas obligaciones, el alférez de navío del San Juan Nepomuceno, don Juan Uruecha; el de fragata don Ángel Cubillo, del San Jenaro; los tenientes de navío don Antonio de Torres y don Benito Bourges, del San Antonio; el

teniente de fragata don Juan Varona, y el alférez de esta clase don Luis Kenort, del Glorioso.

Como siempre suele suceder, hubo quien estimó las condenas como benévolas, mientras otros muchos, especialmente compañeros de la Institución, opinaron que los miembros del Consejo se habían excedido en buscar un escarmiento general, sin que en ningún momento analizaran, como era su obligación, el deplorable estado en que se encontraban los buques de la escuadra, tanto en el aspecto del material como en el del personal. También argumentaban que aquellos llegados a entrar en combate, algunos juzgados y condenados por el Consejo, lo hicieron con valor demostrado y en muchos casos heroico.

Para concluir esta anotación histórica, debemos reconocer que el desgraciado combate sufrido en aguas cercanas al cabo de San Vicente, ha constituido un negro baldón en la historia de la Armada, por mucho que la mayor parte de sus componentes en aquellos días tan negros para nuestra Marina, desatendida por las más altas magistraturas hasta límites vergonzosos, no lo merecieran.

Desde que inicié los primeros pasos en esta colección de novela histórica naval, he defendido mi intención de escribir todos sus volúmenes con el rigor debido y sin escamotear momentos más o menos delicados. No creo aceptable entrar en esas tramas más propias de historia-ficción, a las que tan aficionados son los autores británicos del género, porque la Historia es un tema demasiado importante para frivolar con él. Por esa razón y aunque duela, decidí mostrar esta página, según muchos, indecorosa de nuestra Armada. De nada sirve ocultar sucesos más o menos negativos de nuestra historia, porque está ahí y nos pertenece al completo. Es importante recordar que, en las aguas de San Vicente, perdieron la vida cientos de nuestros compatriotas en defensa de España.

También de los errores se pueden sacar beneficiosas lecciones, como sucedió en este caso particular, razón que me movió a redactar como complemento del volumen los capítulos correspondientes a la defensa de Cádiz. Y para dar el carpetazo final, no debemos olvidar que todas las Marinas del mundo albergan garbanzos del mismo color oscuro en su historia, aunque algunos permanezcan sellados con lacre y a puerta cerrada.



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] La mayoría general conformaba lo que, hoy en día, llamaríamos como estado mayor. <<

[2] Se entendía cabo como jefe. De esta forma, el segundo cabo de una escuadra era el que sucedía en el escalón de mando al comandante general. <<

[3] Galones. <<

[4] Ministro de Marina. <<

[5] Se refiere al Secretario de Marina e Indias, capitán general de la Armada bailío frey don Antonio Valdés y Fernández—Bazán Quirós y Ocio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio. <<

[6] Se refiere al fajín que incorporaban los oficiales generales a partir del empleo de jefe de escuadra. <<

[7] No se volvió a construir un navío en los arsenales españoles hasta 1852 con el Reina Doña Isabel II, de 86 cañones. <<

[8] Al declararse la guerra contra la Convención francesa en 1793, se formaron tres escuadras, la del Océano, la del Mediterráneo y la de las Antillas, bajo las órdenes de los tenientes generales Lángara, Borja y Aristizábal, respectivamente. <<

[9] En la Armada se denomina tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reserva para la tropa embarcada. El conjunto de los dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de las galeras, constituye la dotación. <<

[10] Cañón carro, de poco peso y mucho calibre, montado sobre corredera y en un eje sobre el que gira verticalmente. Aunque de menor alcance, era de extraordinaria utilidad en los combates a corta distancia. <<

[11] Garrotín de madeta en cuyo extremo se emplazaba la mecha encendida para dar fuego, desde cierta distancia, a las piezas de artillería. <<

[12] Ataques de perlesía, en los que se producía una privación o disminución del movimiento en algunas partes del cuerpo. <<

[13] Parte exterior y convexa que forma el casco de la embarcación a cada lado del codaste, por bajo de la bovedilla. La voz de viento por el anca es similar a la de viento por la aleta. <<

[14] Magnífica serie de navíos construidos con planos e ideas del ingeniero don José Romero y Fernández de Landa. Tomaron ese apelativo popular del que fue su prototipo, el navío de dos puentes y 74 cañones San Ildefonso, construido en el arsenal de Cartagena. <<

[15] Navíos construidos bajo las directrices del ingeniero don Francisco Gautier. <<

[16] El Mayor General de una escuadra podría ser considerado, hoy en día, como su Jefe de Estado Mayor. <<

[17] Se denominaban a bordo como pajes de escoba, a los jóvenes grumetes, casi niños, que ejercían como aprendices de marinero. <<

[18] Gentilhombre de cámara con ejercicio. <<

[19] El calibre de los cañones se medía por el peso en libras de la bala que lanzaban. Los había de a 36, a 24, a 18, a 12, a 10, a 8, a 6 y a 4 libras. <<

[20] Se refiere al honor de ser nombrado por Su Majestad como gentilhomme de cámara con ejercicio. <<

[21] Normalmente conocidas en la Armada como las fragatas Sabina y Matilde. <<

[22] Cierta pereza en levantar la proa. <<

[23] Ciñendo al máximo. <<

[24] Camino que debe hacerse para trasladarse en la mar de un punto a otro. <<

[25] El velamen del buque. <<

[26] Se entiende por rendir, romperse o rajarse un palo, mastelero, verga, etc. También cuando ceden las cubiertas por faltarles los puntales o troncharse algún bao. <<

[27] La orilla por donde una vela se une a su verga, palo o nervio. <<

[28] La escala de los vientos en esos años, corría de menos a más por calma muerta o chicha, vagajillo, ventolina, fresco (de todas las velas), frescachón (sin juanetes), cascarrón (rizos a las gavias), ventarrón (sólo mayor y trinquete) y temporal (trinquete y capa). <<

[29] Pedazo de la especie de trenza llamada cajeta, que pasada por el ollado hecho a propósito en las velas, sirve para aferrar una parte de éstas y envergar la restante, disminuyendo su superficie para que pueda resistir la fuerza del viento. <<

[30] Tendencia del viento de rolar hacia el sudeste. <<

[31] Nombre que se da en el Mediterráneo al viento del sudeste o sueste. <<

[32] Se entendía en los bateos como dar cañón, a la pena de azotes, por llevarse a cabo, normalmente, con el reo de bruces sobre uno de las piezas artilleras del alcáza.

<<

[33] Conjunto de nubes. <<

[34] Anteojo. <<

[35] Se entiende por arribar, meter la caña para que el buque caiga hacia sotavento. La acción contraria, caer la proa hacia barlovento, se conoce como orzar. <<

[36] Se entiende por navegar a un descuartelar, cuando el buque hace proa con viento más largo al de bolina, cerca de las siete cuartas. <<

[37] Se refiere a la norma, más o menos utilizada, de que los fusileros apuntaran contra el comandante y oficiales cuyos uniformes destacaban en la cubierta enemiga, especialmente los situados en el alcázar. <<

[38] Solía reforzarse el vino con aguardiente o cualquier otra bebida de alta graduación alcohólica. <<

[39] Se entiende como *virar por avante* forzar al buque hasta aproarse al viento para caer a continuación sobre la mura o banda contraria. <<

[40] Se llamaba *miras* o *cazadores* a las piezas de la batería más cercanas a proa en cada banda, útiles para disparar en persecución una vez instaladas en conveniencia. Algunas unidades mayores solían montar dos cañones a proa, una a cada lado del bauprés en el castillo, para cumplir dicha misión. <<

[41] Balas rasas. <<

[42] Los tres palos del buque se denominan, de proa a popa, trinquete, mayor y mesana. <<

[43] Al igual que barlovento es el costado por donde entra el viento, se entiende por *barlofuego* la banda por la que se dispara, y *sotafuego* la contraria. <<

[44] En efecto, la fragata *Minerve* había sido apresada por los británicos a la Marina francesa en 1795, durante la guerra a la Convención. <<

[45] Cuando un buque arriaba el pabellón y, por tanto, se rendía al enemigo, debían introducirse en una bolsa de loneta las órdenes secretas o lacradas, documentos reservados y cuadernos de señales tácticas, que, convenientemente lastrada, era lanzada al agua. <<

[46] En aquellos días Horacio Nelson contaba con 38 años. <<

[47] Se refiere a la habitual costumbre de, una vez apresado, obtener la libertad tras ofrecer palabra en honor, de no tomar las armas contra el apresor durante el resto de la contienda. <<

[48] Se refiere a la utilización de las pequeñas lanchas cañoneras, bombarderas y obuseras en el sitio de Gibraltar, entre los años 1779 y 1783. <<

[49] En sus cartas y escritos, don Horacio Nelson llamaba dons a los caballeros españoles, cuando se refería a estos en plural. <<

[50] Forma despectiva con la que los marineros españoles solían denominar a los miembros de la Royal Navy en general. <<

[51] Rumbo intermedio entre el oeste (O) y el sudoeste (SO). <<

[52] En este caso se entiende por *botalón* al palo redondo, herrado y aparejado convenientemente, que se saca hacia fuera de las vergas para marear las velas llamadas alas y rastreras. <<

[53] Años más tarde, Thomas Hardy fue el comandante del navío *Victory*, buque insignia del almirante Nelson en el combate de Trafalgar. <<

[54] Escrito relativo al canje o rescate de los prisioneros, o a alguna otra proposición de los enemigos. <<

[55] Se refiere al mascarón de proa. <<

[56] A los navíos de tres puentes, los británicos los denominaban como de primera clase. <<

[57] En efecto, el 29 de enero de 1707, un mes después del combate, los tenientes Hardy y Culverhouse, así como el criado de Nelson, fueron transportados hasta la plaza de Gibraltar a bordo del navío español *Terrible*, como parte del intercambio de prisioneros. <<

[58] Se denomina como combate a tocapenoles, aquel que tiene lugar a tan escasa distancia, que los extremos de las vergas (penoles) podrían llegar a tocarse. También es un término utilizado para exponer en general un combate a muy corta distancia. <<

[59] Por condenar a muchos hombres a ser colgados del palo. <<

[60] El Mayor General de una escuadra venía a ser lo que hoy en día denominamos como Jefe de su Estado Mayor. <<

[61] Se entiende por *bornear* el giro que lleva a cabo el buque sobre los cables de las anclas por efecto del viento o las corrientes, una vez fondeado. También se denomina como *virar*. <<

[62] Espacio que media entre el palo mayor y el trinquete, en la cubierta de la batería situada bajo el alcázar y castillo. <<

[63] Martín Fernández de Navarrete es uno de los historiadores más relevantes con los que ha contado la Armada. Alcanzó el empleo de capitán de navío y fue nombrado director de la Real Academia de la Historia. <<

[64] Se denominaba como vómito prieto o negro fulminante, a la muerte que se producía tras sufrir el contagio de la fiebre amarilla. <<

[65] 61,40 y 16,59 metros respectivamente. <<

[66] 7.47 y 7,18 metros respectivamente. <<

[67] 36 libras correspondía al peso de la bala a disparar. <<

[68] 63,36 y 16,67 metros respectivamente. <<

[69] 8,57 metros. <<

[70] 920 toneladas. <<

[71] Se dice que un buque es *tormentoso* o *tempestuoso* cuando por defecto de construcción o estiba inadecuada trabaja demasiado con la mar y el viento. <<

[72] Agregar tablonos sobre el forro de un buque por toda la parte inferior de su cinta principal, con el fin de aumentar su manga y ofrecerle, de esta forma, una mayor estabilidad. <<

[73] Después del combate de San Vicente, al llevar a cabo las reparaciones necesarias, se cumplieron las dos medidas expuestas, quedando con cuatro puentes. <<

[74] Perfume de fuerza, pólvora líquida y otras denominaciones se utilizaban para enmascarar a los aguardientes, de uso prohibido a bordo en teoría, dada su facilidad de inflamarse, y con el que se fortificaba el vino a dispensar al personal antes del combate. <<

[75] Repuesto. <<

[76] Contrafoque y foque. <<

[77] Apodo que recibían las visitadoras que, con entera libertad, se atracaban a los buques ingleses de la *Royal Navy* en puerto, para disfrute de sus hombres que no tocaban tierra en años. <<

[78] Nombre con el que se conoce en el Mediterráneo al viento del noroeste. <<

[79] Se refiere a los navíos de dos puentes y, normalmente, con un porte de 74 cañones. <<

[80] Cabo que asegurado por sus extremos a una verga, sirve para que la gente se apoye o agarre al ejecutar en ella alguna maniobra. También se conoce como *guardamancebo*. <<

[81] Se entiende por garrear o ganar, cuando el ancla se arrastra por el fondo con el movimiento de deriva del buque, por no haberse afirmado a él en conveniencia. <<

[82] Se entiende el viento como vagajillo o vabajillo, cuando se percibe muy flojo, sin llegar a rumorear en la superficie de las aguas. <<

[83] Se entiende por espiar, halar de un cabo firme a un ancla, noray u otro objeto firme, para hacer navegar el barco en dicha dirección. <<

[84] Formarse la mar, manifestando el pequeño oleaje que producen las *cabrillas* o pequeñas olas blanquecinas. <<

[85] Se entiende por *partir el puño* la acción de girar el buque hacia el viento. Los muy propensos a esta acción, aun con el esfuerzo del timón a la contra, se denominan *buques ardientes*. <<

[86] Se denomina como *meter, coger* o *ponerse en facha* a la capa que se hace braceando unas velas en contra de otras para que el barco se mantenga sin avance. <<

[87] Se entiende por *puntear*, navegar orzando al máximo posible para aprovechar el viento cuando este escasea por más. <<

[88] Capaces de ceñir en proporció. <<

[89] Cabo delgado que envuelto en su carretel y dividido en partes que representan millas y medias millas, servía para medir la distancia que la embarcación andaba en un tiempo determinado. <<

[90] En este caso debe entenderse como *bordear*, aunque el término *voltejar* se aplique en muchas ocasiones como *barloventear*. También se utiliza para indicar los movimientos de pequeñas embarcaciones en viradas de entretenimiento. Antiguamente se designaba como *voltear*. <<

[91] Parajes cercanos a la costa y de escasa profundidad, con fondeaderos a propósito de las embarcaciones. <<

[92] Se entiende por *redoso*, respecto a un accidente geográfico, la revuelta o la parte del otro lado. <<

[93] La hinchazón que forma una vela a causa del viento que la hiere. Al de una sola parte se le llama *papo de viento*, mientras que si ataca a toda la vela recibe el nombre de *seno* o *saco*. <<

[94] Se entiende por *culebrear* o *culebrar* sujetar una vela a su palo, o un cabo a otro, tomando el nombre de culebra por la forma con que se hace la sujeción. <<

[95] Pequeña embarcación con velas al tercio, cangrejilla o mesanilla en un pequeño palo a popa y diversos foques. <<

[96] Ver gráficos, numeración de buques y mandos al final del capítulo. <<

[97] Este-Sudeste. Rumbo intermedio entre las dos direcciones señaladas. <<

[98] Una cuarta (11°,25) desde el sur hacia el sudeste, es decir, al 191°,5, aunque en la época se ajustaran marcaciones y rumbos a la cuarta solamente. <<

[99] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[100] Se dice que dos buques o formaciones navegan de vuelta encontrada cuando se cruzan en la mar a rumbos contrarios. <<

[101] Evolución que hace una línea o columna de navíos maniobrando todos de forma sucesiva en un mismo punto. <<

[102] Cada una de las piezas que forman el canto bajo y alto de las portas de las baterías. <<

[103] Al igual que *barlovento* y *sotavento* indican las bandas del buque por las que se recibe o aleja el viento, se entienden por *barlofuego* y *sotafuego* las correspondientes a los disparos de las baterías. <<

[104] Tablón o tabloncillos que forman la parte superior de la borda. <<

[105] Se adjunta la numeración, para su reconocimiento en los gráficos. <<

[106] Zoquetes de madera revestidos de estopa, encastrados a golpe de maza en los agujeros que hacen las balas en los costados. <<

[107] Armazón de arboladura y aparejo provisional. <<

[108] En el sollado se abre un pasillo por ambas bandas de proa a popa, que recibe el nombre de *callejón de combate*, separado del centro por un pequeño mamparo que no supera los dos pies. Por él se puede circular con entera libertad, y allí trabajan los carpinteros cuando se reciben disparos a la lumbre del agua, que atraviesan el costado y es necesario cerrar por medio de los tapabalazos. <<

[109] Bombear. <<

[110] Palos y masteleros. <<

[111] Dícese del viento o brisa suave y apacible. Antiguamente y en el Mediterráneo también lo llamaban *galerno*, por adaptarse dicha voz a los vientos bonancibles que soplan entre el levante y el septentrión. <<

[112] Se entiende por legua marina la vigésima parte de la extensión lineal de un grado de meridiano terrestre que, dividida en tres millas, se utiliza en todas las medidas de pilotaje para la cuenta de estima. <<

[113] Norte, nueve grados, oeste. <<

[114] Medir por medio de un cabo aplomado con escandallo (sonda) la profundidad del mar en cada paraje determinado. <<

[115] Cieno blando, suelto y pegajoso, de color del plomo. <<

[116] Abra o ensenada de poco fondo y costa baja, en la que es peligroso internarse, especialmente con vientos de travesía. <<

[117] Embarcación de dos palos y velas místicas (trapezoidales muy parecidas a las latinas, por ser muy pequeño el lado entre el puño de la amura y el car) envergadas en sus entenas. Los de la Real Armada se utilizaban como guardacostas y solían armarse con cuatro a seis cañones. <<

[118] Era norma habitual utilizar cañones en desuso, clavados en los muelles, como norayes para amarrar los buques. Todavía pueden observarse hoy en día algunos ejemplares en puertos y arsenales. <<

[119] En esos años, las demoras se contaban desde el punto cardinal más cercano. En este caso, 20 grados desde el este hacia el norte, lo que hoy marcaríamos como al 070°. <<

[120] Intervalo de veinticuatro horas de un buque en la mar, que comienza a contarse normalmente a las 0000 horas. Antiguamente, también definía la distancia recorrida por un buque en un día, contada desde un mediodía al siguiente. <<

[121] Se denomina capa, capear, en capa o a la capa, cuando se dispone el aparejo de forma que, por conveniencia o precisión, se desee que el buque ande poco o rerroceda lo inevitable, bien en situación de temporal o por necesidad de esperar otra unidad.

<<

[122] Rasgarse la vela trinquete. <<

[123] Cabo o beta blanca con que se sujeta y maneja la caña del timón, envolviéndola en el tambor de la rueda. <<

[124] Cualquiera de las portas que se abren en el espejo o estampa de popa, para colocar los cañones de mira en dicha zona sensible. <<

[125] Se entiende por *guindar* a la acción de arbolar palo o mastelero. Procede de la palabra *guinda*, que es la dimensión en altura de palos, masteleros o arboladura total.

<<

[126] Observación astronómica para el cálculo de la situación del buque. <<

[127] Se refiere al capitán general de la Armada, bailío frey don Antonio Valdés y Fernández Bazán, un gran Secrerario de Marina e Indias que rindió servicios bajo los reinados de Carlos III y Carlos IV. <<

[128] La villa de la Real Isla de León pasó a denominarse en 1810, por decreto de las Cortes allí establecidas, como San Fernando, en reconocimiento a los esfuerzos de sus habitantes a favor de la independencia. <<

[129] Aquellos nombrados como gentilhombres de cámara con ejercicio. <<

[130] El contraalmirante Nelson trató en persona a los heridos con la mayor deferencia, devolviéndolos al siguiente día en un bote de su buque acompañados de una carta dirigida al general Mazarredo en la que elogiaba su heroico comportamiento. <<

[131] Embarcaciones menores de vela latina y con un solo palo, perpendicular a la quilla en el centro, muy utilizadas en el cabotaje gaditano. Algunas incorporaban otro pequeño palo a popa, desde el que largaban una mesanilla. <<

[132] Bala rasa calentada en hornillo hasta encontrarse incandescente, para producir incendio en las unidades batidas. <<

[133] El fiscal le imputó quince cargos. <<

[134] El 6 de enero de 1806 Su Majestad restableció a don José de Córdoba en el empleo de teniente general de la Armada, a petición del príncipe de la Paz, concediéndole su jubilación con el goce de sueldo de cuartel. <<